

AMERICA

ATLANTA



*Problemas
y perspectivas
de la
revolución*

[illegible]

-

PAZ Y SOCIALISMO

AMERICA LATINA

*Problemas
y perspectivas
de la
revolución*

EDITORIAL
PAZ Y SOCIALISMO
PRAGA 1966

I

**CAMINOS
DEL MOVIMIENTO
REVOLUCIONARIO
EN
AMERICA LATINA**

Algunos aspectos actuales del proceso revolucionario en América Latina

RODNEY ARISMENDI

La celebración del aniversario de la I Internacional se produce en plena época de auge revolucionario. La Revolución de Octubre, que consagró al Partido de los bolcheviques como la vanguardia reconocida del movimiento comunista mundial, definió nuestro tiempo como la era de la revolución socialista, punto de confluencia de todos los movimientos de liberación (antimperialistas, democráticos y antifeudales, antimonopolistas, etc.). En el centro de nuestro siglo se inscriben los nombres de Marx, Engels y Lenin, creadores geniales de la teoría que está transformando la historia, que erige un poderoso sistema de Estados socialistas, que guía a millones de hombres a la construcción o al combate en toda la tierra. La esencia de esa doctrina es el internacionalismo proletario, la unidad de principios del movimiento obrero mundial. Esa unidad que el PCUS defiende hoy, como lo hiciera ayer, con indoblegable firmeza.

Como revolucionarios latinoamericanos, sentimos el regocijo de celebrar este acontecimiento cuando el socialismo llegó ya a nuestras tierras; cuando las luminarias del marxismo-leninismo arden en la Cuba entrañable; cuando en el friso revolucionario mundial asoma el rostro de nuestro continente; cuando millares de hombres en Iberoamérica luchan, sufren, aman y mueren portando sobre el corazón el carnet de militantes comunistas.

Es hora, pues, de reflexionar en voz alta acerca de algunos de los aspectos actuales de nuestra revolución.

Una etapa de transición hacia grandes batallas revolucionarias

Hasta el triunfo de la revolución cubana, Iberoamérica —a pesar de su vastedad continental y de su proyección en la estrategia del mundo contemporáneo— aparecía como una provincia periférica, apenas si integrada vagamente en la práctica de la revolución socialista internacional. De cierto modo, mucha gente se acostumbró a ver las posibilidades del socialismo en América Latina en términos de lejano futuro más que según magnitudes del presente. De pronto, Cuba tocó a rebato en nombre del continente. La agresividad norteamericana y la presta solidaridad de la Unión Soviética y el sistema socialista elevaron a la isla a punto de definición de la guerra y la paz, al cruce de caminos de la política internacional.

El sacudimiento vertebral de nuestros pueblos mostró luego que los problemas de la revolución latinoamericana se planteaban al rojo vivo y exigían soluciones concretas. Las respuestas generales ahora eran insuficientes. Las hipótesis de trabajo ya no estaban sometidas a la crítica de las academias, sino al examen más implacable de la vida cotidiana. Se exige un análisis ajustado del desarrollo histórico-social y definir concepciones estratégicas y tácticas que correspondan al momento de cada país, según una perspectiva clara. Estamos en un continente en ebullición dentro de una época marcada por el desempeño histórico determinante del sistema socialista mundial. Para nosotros —comunistas latinoamericanos— llegó la hora de «la cabeza fría y el corazón caliente», como pidiera Lenin. El papel de las fuerzas de vanguardia se eleva cualitativamente; la historia inmediata nos va a someter a muchas pruebas.

Es verdad que, desde el punto de vista internacional, los comunistas hemos recibido una ayuda invaluable: el XX Congreso del PCUS estimó adecuadamente la correlación internacional de fuerzas, y en ella la proyección de la quiebra del sistema colonial del imperialismo. Golpeó así frontalmente el quietismo dogmático y contribuyó a preparar la actitud mental de los comunistas para todas las «astucias» de la revolución, para

todas las violaciones de las «reglas establecidas» que bien pronto cometería el movimiento encabezado por Fidel Castro. A diferencia de lo que repiten arbitrariamente los dirigentes chinos, si hay faltas a computar ellas no caen en el deber del XX Congreso, sino en cualquier lugar en la inconsecuente apreciación de sus tesis. Por lo demás, es legítimo pensar que sin la estimación básica del citado Congreso, y su inalienable afirmación internacionalista, Cuba —y nuestra revolución— hubieran estado expuestas a más tremendos golpes.

En todo el lustro transcurrido nuestra América fue el escenario de encarnizada, pero augural batalla. Una empeñada lucha política de masas se libra en Chile. Corre la sangre panameña al borde del canal. En las islas, los dominicanos flamean banderas de independencia. Venezuela prosigue la multiforme y heroica lucha. La guerrilla guatemalteca se muestra indestructible. La clase obrera argentina ocupa las fábricas. Huelgas generales políticas y acciones de masas en el Uruguay, Colombia, Ecuador, Paraguay. Bolivia, Perú, Brasil: todos los días la gente sencilla de otras tierras va aprendiendo la geografía de Iberoamérica.

La simple enumeración comprueba que nuestra revolución sigue su signo inexorable. A veces los procesos aparentan un menor dramatismo que los asiáticos o africanos. Los fenómenos políticos de masas pueden no emerger todavía con la imponencia sísmica que en otros lugares; pero las cuestiones referentes a la liberación del imperialismo son hoy problemas que se resuelven prácticamente, estén los movimientos en una etapa de acumulación de fuerzas o afronten ya una crisis revolucionaria.

Es bueno, por lo mismo, que los comunistas nos detengamos un instante a examinar en que fase estamos de esta lucha continental. La revolución cubana marcó una flecha de auge; abrió una etapa cualitativamente nueva, que la crisis del Caribe subrayó a pesar de la desatinada campaña de los dirigentes chinos. Desde mediados del 63, el imperialismo yanqui, imposibilitado de agredir a Cuba, precipita una ola de golpes de Estado que en abril del 64 culmina con la captura de Brasil. Amenazas similares se perfilaron en Uruguay en junio y están presentes en Argentina. La elección chilena se carga de una tensión extrema.

¿Ha llegado al cénit el ascenso del movimiento antimperialista, democrático y popular que luego de Cuba se encrespó

embravecido? ¿Se abre, como piensan algunos, un lustro negro de ofensiva del imperialismo y la reacción?

Para los que creyeron que el curso sería idílico y que culminaría en un paseo triunfal, el endurecimiento visible de las luchas puede hacerles perder la perspectiva. Por el contrario, nosotros creemos que vivimos una etapa de transición hacia grandes batallas revolucionarias, las que, como es natural, estarán señaladas, también, por un intento de brutal contraofensiva del imperialismo yanqui. Pero esta hora endurecida es además de nueva crisis de la política norteamericana, de mayor estrechamiento de sus bases sociales e ideológicas de dominación y de agudización de los antagonismos llamados a sazonar los procesos objetivos de la revolución.

Las clases y capas sociales potencialmente revolucionarias son urgidas a imperiosa respuesta y el papel del Partido de la clase obrera —con vistas a la formación del frente de liberación nacional y a su propia capacidad como vanguardia— se elevará más aún como factor de decisión. La victoria dependerá cada vez más de nuestra claridad ideológica y de nuestra iniciativa táctica, así como de nuestra sagacidad para distinguir cuál es el eslabón del desarrollo revolucionario, de la conducción de las masas. En una palabra, la victoria de la revolución continental dependerá directamente de nuestra aptitud para hallar los senderos políticos adecuados y para dominar todas las formas de la lucha y la actividad social.

II.

Las principales coordenadas para estimar el momento latinoamericano

¿Confirma nuestra afirmación el análisis económico-social? ¿Van los países de América Latina a una extremada agravación de su situación económica, a una agudización de sus contradicciones con el imperialismo yanqui y las oligarquías traidoras, a una acentuada lucha de clases y a nuevas crisis políticas?

Para prever en sus grandes líneas la evolución de los aconte-

cimientos políticos y las tendencias del desarrollo, es obligatorio tomar en cuenta, por lo menos, algunas coordenadas fundamentales: a) la base material, marcada esencialmente por el desarrollo capitalista deforme producido en todos los países, particularmente en México y América del Sur, sin modificar radicalmente las relaciones de propiedad de la tierra y sin romper la dominación imperialista; b) inseparablemente unido al examen anterior cabe enfocar el estado de las relaciones políticas y económicas con el imperialismo; c) estas tendencias deben estimarse dentro del marco de la evolución previsible de la situación internacional, presidida por el antagonismo entre los sistemas socialista y capitalista.

INFLUENCIA DE LOS FACTORES INTERNACIONALES

Respecto a este último factor (último pero no en importancia), basta un señalamiento. Los casi 6 años que restan de la década del 60 serán de prueba para la paz mundial y la política de coexistencia pacífica. Pero serán años de inequívocas modificaciones de la correlación de fuerzas en favor del socialismo. La edificación del comunismo y el crecimiento del papel internacional de la URSS, el fortalecimiento y la ampliación del campo socialista gravitarán en todo el ámbito internacional. Aumentará la contribución a los pueblos que se liberan y el poderío para enfrentar las agresiones y la exportación de la contrarrevolución. Todo ello será una palanca decisiva para el mantenimiento de la paz mundial, y al mismo tiempo un poderoso factor para el triunfo del movimiento de liberación de los pueblos coloniales y dependientes y para el tránsito al socialismo de pueblos que inician su revolución democrático-nacional. La crisis general del capitalismo se ahondará sin remedio.

Desde el punto de vista general (del planteamiento de los problemas del desarrollo histórico en escala internacional, pero también de las implicaciones más inmediatas) partimos de que habrá un ensanchamiento de las perspectivas revolucionarias para todos los pueblos. Las amenazas contra Cuba no podrán impedir la construcción socialista en la isla y su influencia en la conciencia de los latinoamericanos. Desde este

ángulo, no sólo es de prever el ascenso de la necesidad objetiva de las transformaciones revolucionarias, sino que crecerán también en sectores de las burguesías latinoamericanas las tendencias a debilitar la brutal coyunda de los EE.UU. Buscarán una política exterior más independiente y sentirán más premura en cuanto a los problemas del comercio exterior y el desarrollo económico, a medida que se estrechen las posibilidades del imperialismo norteamericano. El caso brasileño no debe ser visto sólo desde el ángulo negativo (el triunfo del golpe gorila con dolorosa facilidad), sino también en su fase anterior. Nos muestra determinadas tendencias objetivas en la realidad de nuestros países hacia una política exterior más independiente, que la distensión internacional y el papel del sistema socialista las estimulan. El olvido de esta circunstancia nos llevaría a estrechar las posibilidades tácticas. Claro está que este ejemplo también exhibe cruelmente la otra cara del fenómeno. El imperialismo yanqui —que no ha podido adaptarse a la existencia de Cuba— reaccionó allí como era de esperar, con desnuda violencia e ilímite desparpajo.

Cabe pensar que el proceso mundial que contribuye a situar históricamente la revolución como un problema práctico de América Latina, agudiza la «sensibilidad» de los imperialistas yanquis y vuelve más críticos y sobresaltados los procesos latinoamericanos. Dicho de otro modo; aumenta la importancia de las tierras del Sur para el imperio del Norte y es lógico prever el aumento de su brutalidad y la ferocidad de sus crímenes.

No inferimos de aquí ningún juicio fatalista. En una coyuntura propicia —hacia la cual confluyan factores políticos favorables, de formación histórica, de ubicación geográfica, de quebrantamiento de la resistencia de las clases dominantes—, el referido desarrollo internacional puede ensanchar las posibilidades de un curso pacífico en tal o cual país. En ciertas circunstancias, incluida en ellas la existencia de un gobierno ant imperialista en Brasil o Argentina, ¿quién puede negar tal posibilidad para el Uruguay? Claro está, subordinándola siempre —en cuanto a su transformación en realidad— a la correlación interna de fuerzas. Tampoco era fatal el derrumbe brasileño; por el contrario, allí se daban todas las condiciones para una evolución más avanzada, así como para enfrentar y frustrar el complot imperialista.

Pero la pregunta también puede hacerse desde otro ángulo: ¿Quién puede olvidar que el imperialismo yanqui tratará de

modificar por todos los medios, incluido el gorilismo, tales situaciones?

Las perspectivas internacionales nos hacen sentirnos más fuertes y más seguros; pero sin olvidar que antes y después de la victoria nos espera una encarnizada y múltiple batalla. El enemigo no dará tregua ni se parará en normas jurídicas y en principios morales.

AGRAVACION CRITICA DEL CUADRO ECONOMICO-SOCIAL

Desde el punto de vista interior, las sociedades iberoamericanas se precipitan en un nuevo giro de su crisis estructural, y es de esperar una agravación relativamente acelerada de la situación económica.

Las relaciones de producción en la mayoría de estas sociedades son ya predominantemente capitalistas (producción para el mercado basada en el trabajo asalariado). Pero la deformidad del desarrollo capitalista, que conserva la propiedad latifundista y el dominio económico del imperialismo, acentúa la inestabilidad de las economías y estrecha un nudo de contradicciones no sólo propias del modo capitalista de producción, sino también hijas de la dominación extranjera y de la forma de propiedad de la tierra. A la estrechez del mercado interno, se suma una dependencia extrema del mercado exterior. Esta última no se motiva sólo por el carácter de exportadores de artículos primarios de nuestros países, sino también porque el incremento industrial de las últimas décadas agregó un elemento más de sensible subordinación. En todos los países (también en aquellos que poseen una cierta siderurgia pesada y producción de máquinas), la industria y, con ella, el importante sector estatal dependen de la importación en cuanto al abastecimiento de su consumo productivo. (En buena parte, la reproducción capitalista se procesa anormalmente entre un sector II interno y un sector I, externo). El desarrollo industrial que fortaleció correlativamente a las burguesías nativas y al proletariado, que echó en cierto sentido bases socio-económicas para una mayor independencia y para una zona más amplia de fricciones con el imperialismo, anudó a la vez con un cordel más apretado las contradicciones de cada economía y volvió más monstruosa la dependencia a un mercado foráneo controlado por los monopolios imperialistas. Así son más agu-

das las consecuencias del comercio no equivalente, más sensibles las formas de evasión de los frutos del trabajo nacional absorbidos por los monopolios internacionales y más cruda la traba a la acumulación capitalista interna ya contenida por la estrechez del mercado interno. De este modo, las balanzas comercial y de pago resultan un peculiar espejo de todas las contradicciones de la economía de la mayoría de los países iberoamericanos.

Como era de prever, esta situación ha conducido primero al estancamiento y luego al retroceso actual del desarrollo económico. La crisis estructural se manifiesta con particular violencia. Ya aparecen en muchos países índices del descenso de la producción industrial y de todo el producto bruto en general. Hasta hace bien poco, lo característico era que mientras se ahondaba sin cesar la crisis agrícola o se mantenía en un estado de estancamiento crónico la minería o la rama básica de exportación (con excepción del petróleo), proseguía empero el incremento industrial. Es verdad que hace ya tiempo las tasas acumulativas anuales iban descendiendo desde los altos guarismos de la guerra o la inmediata postguerra que alcanzaron hasta un 10 por ciento. Este descenso llegó ya hasta la raya del estancamiento y en muchos países el signo se ha invertido, es negativo. El informe de CEPAL al Consejo Económico y Social de la ONU (julio de 1964) verifica que el «ingreso por habitante» no creció en 1962 y tendió a caer en 1963. La «producción interna de bienes y servicios» (per cápita) en el lapso de 1959-61 estaba ya en un 2,5% anual y volvió a bajar en 1962 y en 1963. En Mar del Plata, hace bien poco tiempo, la misma y citada CEPAL registraba tristemente que «las economías latinoamericanas» mostraban «incapacidad para absorber productivamente el crecimiento de la fuerza de trabajo y mano de obra que se desplaza de la agricultura», que la «concentración urbana desmesurada» se acompaña «de amplios núcleos de población marginal»; que «si se incrementase la productividad agrícola esto tendería a agravarse» y que tal «contradicción sólo podrá resolverse mediante aumentos más acentuados en el ritmo de acumulación del capital». Y el señor Prebisch, en su informe, buscó una primera causa de esta débil capitalización que conduce al estancamiento o a la declinación del desarrollo económico: el 50% de la población tiene 2/10 del consumo total de personas, y el 5% disfruta de casi 3/10 del total.

La tremenda concentración de los medios de producción en manos de una ínfima minoría es lo que engendra tales cifras en cuanto al consumo. Este es uno de los términos del problema; el otro es el fabuloso drenaje de la expoliación imperialista. Entre 1950 y 1961 la relación de precios entre productos primarios y manufacturados significó para los primeros una pérdida del 17%. América Latina perdió por tal causa alrededor de 10 mil millones de dólares. En ese período, la afluencia de capital extranjero (comprendidas las reinversiones) sumaron 9.600 millones de dólares. Agréguese las transferencias de fondos hacia el exterior (beneficios, amortizaciones, servicios de deuda, royalties, etc.), que totalizaron en ese período 13.400 millones de dólares. Hasta aquí las estadísticas del señor Prebisch. La International Financial Statistics (del FMI) estima que entre 1951 y 1962 nuestros países perdieron por comercio no equivalente alrededor de 20.500 millones de dólares. Y según el Banco Internacional de Desarrollo el endeudamiento externo proseguía sin tregua. La deuda pública externa (pagadera en divisas) siguió estos guarismos: en 1950, 1.741 millones de dólares; en 1955, 3.606 millones de dólares; en 1963, 9.100 millones de dólares. En 1962, América Latina destinó 1.200 millones de dólares a los servicios de estas deudas. El BID prevee que en 1965 éstos llegarán a 2.200 millones anuales. Y... podríamos seguir.

Sobre este fondo se procesan muy agudamente todos los fenómenos críticos: crisis financiera, pérdida de las reservas de oro y de divisas, caída de la moneda, déficit presupuestales, suba de los precios internos, desocupación y desarrollo profundísimo de la lucha de clases. Estas tendencias —apenas anotadas teniendo en cuenta la dimensión de este artículo— proclaman la profundidad de la crisis de estructura e indican que estamos pasando a otra fase en cuanto a la inestabilidad económica de la mayoría de los países latinoamericanos.

Los antagonismos que oponen a nuestros pueblos al imperialismo, particularmente yanqui, y a los latifundistas y grandes burgueses antinacionales pueden adquirir una gran tensión. El desarrollo de las fuerzas productivas agrava su contradicción con las relaciones de producción ya caducas. Estas condiciones, que son la base objetiva de la revolución latinoamericana, impulsarán seguramente nuevas crisis políticas, ya anticipadas tanto por la frecuencia de los golpes de Estado, como por la intensidad de las luchas que en variadas formas recorren América Latina.

ESTRECHAMIENTO
DE LAS BASES SOCIALES
E IDEOLÓGICAS
DE LA DOMINACIÓN
DE LOS EE.UU.

Desde otro ángulo, esta situación ha llevado a una nueva crisis a la política latinoamericana de Washington. En ella debemos buscar la causa del rápido fracaso de la Alianza para el Progreso —ese «caballo muerto», según un comentarista de EE.UU.—. En octubre del 63 *Chicago Daily News* escribía este juicio con sabor a epitafio: «La idea fue buena... pero no deja de ser un hecho que el Eje Figueres—Betancourt—Lleras no ha sido capaz de servir de contrapeso al fidelismo. Ninguno de los tres realizó el milagro de atraer hasta sus puertos a los latinoamericanos famélicos y oprimidos. En rigor, han perdido su influencia.»

La Alianza debía servir para el soborno de las clases dominantes de Iberoamérica a fin de comprar su complicidad en la agresión a Cuba. Luego de la crisis del Caribe —además de todos los factores económico-sociales de orden interno llamados a poner la Alianza en tela de juicio— se hizo conciencia en el continente de que Cuba era un hecho irreversible. Luego, vino el asesinato de Kennedy. Pero ya antes, desde principios del 63, se desató la ola de los golpes gorilas. El brasileño coronó simbólicamente la bancarrota de la Alianza: el señor J. Kubischek, el precursor, «el desenvolvimientista» por excelencia, que adobara la operación panamericana y hasta escogiera un poeta-economista como Schmidt para pegarle míticas alas de cera, es hoy un proscrito, cual un rojo cualquiera. Es cierto que el señor JK ya había proclamado el fracaso de la Alianza, pero no es menos cierto que su persecución se vuelve el más irónico de los símbolos.

El golpe brasileño ha sido un golpe a todo el continente, pero ha hecho más ostensible, sin embargo, la crisis de la política de sometimiento a Washington de las clases dominantes. Aumentó los peligros para todos nuestros pueblos, pero es a la vez un índice de la debilidad de las posiciones políticas de los EE.UU. en América Latina. El imperialismo pagará por este éxito el precio de una agravación de todas las contradicciones y de un nuevo estrechamiento de las bases sociales e ideológicas de su dominación. Al pisotear como hojarasca sin valor todas las invocaciones a la democracia representativa, desnuda

la esencia expoliadora del panamericanismo. Acumula así nuevo material inflamable en esta parte del mundo. Crecen, por lo tanto, las obligaciones para los partidos de la clase obrera.

ALGUNAS ANOTACIONES
DE CARÁCTER
IDEOLÓGICO Y TÁCTICO

Nos parece conveniente hacer a este respecto algunas anotaciones. 1) Lenin señalaba, irónicamente, que por el hecho de que deba esperarse un niño a los nueve meses de la concepción no quiere decir que sea posible desde ya determinar la hora y el minuto del alumbramiento, la posición del niño durante el parto, el estado de la parturienta al dar a luz y el grado de dolor o de peligro que deberán afrontar el niño y la madre.¹ Esta es una verdad indiscutible, pero ella debe complementarse con otras: cada vez más dependerá de los partidos revolucionarios el que esta hora del parto no se malogre. La condición imprescindible de la victoria será siempre la unidad de la clase obrera y el pueblo y la consolidación ideológica y orgánica del Partido.

2) El XVIII Congreso de nuestro Partido formuló esta advertencia a los comunistas uruguayos, que pensamos sigue siendo válida para nosotros: Cuando la revolución madura objetivamente, dos peligros acechan al luchador de la clase obrera y el pueblo; uno, puede ser el del aventurerismo pequeñoburgués, la creencia de que tal o cual receta, tal o cual acto aislado y estridente, siempre y en cualquier circunstancia hará avanzar el curso de la revolución; y otro (que es para el revolucionario una vergonzosa enfermedad), el perder de vista las perspectivas de la revolución, el no percibir el trueno subterráneo que viene anunciando la hora del destino para la clase obrera y las masas populares. Para uno u otro mal (que en estilo de tesis podríamos definir, en un caso, como extremismo pequeñoburgués o infantilismo revolucionario y, en otro, como oportunismo y amoldamiento a tal o cual forma de lucha apropiada a los períodos de lento desarrollo social) no puede haber otro remedio que la construcción sistemática, en el marco de la lucha de masas y teniendo en cuenta todas las formas posibles del movimiento, de la gran fuerza político-social de la revolución.

¹ *Obras Completas*, t. XXXIII, pág. 320. Edit Cartago.

3) Cuando más estrecha y brutal se hace la política de dominación del imperialismo yanqui, más amplia y flexible (y no más sectaria ni infantilista) debe ser la táctica del movimiento liberador y del Partido de la clase obrera. El eje de nuestra conducta política es enfrentar y aislar al imperialismo yanqui y a las clases y capas sociales a su servicio. Ello nos reclama saber combinar nuestra labor básica y primordial —la unidad y conquista ideológica de la mayoría de la clase obrera, la estructuración de la alianza obrero-campesina, la unidad de las capas medias urbanas con el proletariado— con una política de adecuados matices, capaz de neutralizar o de llevar a una actitud benévola respecto al movimiento revolucionario a todos aquellos que hoy defienden las libertades democráticas, el desarrollo económico, los lineamientos de una política exterior independiente, justamente todo lo que el imperialismo yanqui está pisoteando en forma brutal. La combatividad revolucionaria —inclusive la preparación subjetiva de los cuadros para la revolución— no está reñida con la mayor sensatez política, con la apreciación exacta de cada escalón en el ascenso de las luchas, con el establecimiento de consignas intermedias capaces de hacer de la vanguardia revolucionaria —por su arraigo de masas— un auténtico factor del proceso político.

4) La previsible dureza de los días venideros subraya la necesidad de que los revolucionarios dominen efectivamente —y no lo vean sólo como un planteamiento teórico de carácter general— todas las formas posibles de lucha, para estar en condiciones de pasar en cualquier circunstancia de una a otra forma, como lo enseñara Lenin.

5) La vida nos reclama, pues, bregar con más fuerza que nunca por la pureza ideológica, por la cohesión y claridad de pensamiento de los partidos marxistas-leninistas de nuestro continente. No sólo por la obligación internacionalista, sino también por las exigencias inmediatas de nuestra realidad. Los problemas ideológicos y tácticos adquieren importancia primordial. Además, la labor escisionista de la dirección del Partido Comunista chino está agregando dificultades complementarias a nuestro trabajo.

Desde el punto de vista ideológico, las tesis de los dirigentes chinos salen al encuentro y se confunden con los más rancios planteamientos del nacionalismo burgués y pequeño-burgués de América Latina. Estos postulaban el enfrentamiento de la revolución latinoamericana al sistema socialista mundial y a la Unión Soviética, negaban el papel dirigente de la clase

obrero, tendían a aislar a los partidos marxistas-leninistas. La experiencia cubana y los pronunciamientos de Fidel Castro asestaron un duro golpe a tales concepciones. Esas tendencias se replegaron, pero no podían desaparecer. Expresaban el pensamiento de capas sociales opuestas al imperialismo yanqui, aliados potenciales de la clase obrera, pero también opuestas en principio a la ideología y al método marxista-leninista, al internacionalismo proletario. La campaña china —cuya esencia consiste en la revisión de la teoría de Lenin acerca de la revolución socialista internacional— viene a alentar tales tendencias. Es así un factor de retraso en la constitución del frente liberador nacional y un elemento de dispersión ideológica en el campo de la revolución latinoamericana.

Desde el ángulo táctico, el verbalismo chino otorga una patente de corso a viejas ideas y métodos derrotados por Marx, Engels y Lenin. Va desde incursiones desdeñosas respecto a la utilización del parlamento burgués (en verdad replanteando la polémica del «izquierdismo» contra Lenin) hasta el desprecio de la lucha por las reivindicaciones inmediatas, las libertades democráticas y la legalidad del movimiento obrero revolucionario. Hoy se visten con túnica china grupos de la pequeña burguesía radical que sostienen, en cuanto a métodos revolucionarios, polvorientas ideas respecto «a la acción directa ejemplarizadora» que las varias sectas del anarquismo importaron al Río de la Plata hace más de 50 años. Frente a la táctica de masas del marxismo, ellos pontificaban acerca de «acciones directas» de grupos audaces capaces de iluminar al pueblo y acelerar la revolución social. Estas concepciones se tocan, desde otro ángulo, con el blanquismo o con las antiguas opiniones de los socialrevolucionarios, populistas y otros —recogidas por el aprismo juvenil y por ciertas tendencias pequeño-burguesas nacionalistas de América Latina— acerca de la función protagónica de las masas agrarias y no de los proletarios, en nuestra revolución. Sectarismo, verbalismo, infantilismo, contraposición esquemática de ciertas formas de lucha con otras, se combinan, en tales formulaciones, con el antisovietismo. Es interesante destacar que en los últimos tiempos —a influjo de ciertos grupos de tendencias trotskistas— hacen críticas solapadas a Fidel Castro y a los dirigentes cubanos, a quienes acusan de «capitular ante la Unión Soviética».

Desde el punto de vista de los partidos, la línea de los dirigentes chinos apunta a minar la unidad (internacional y

local) y a alentar a quienes hoy procuran, por cualquier camino, su destrucción ideológica y orgánica.

Claro está, el mejor antídoto para esta campaña nefasta reside en la combatividad y firmeza de cada partido; en el ejercicio efectivo de su función de vanguardia; pero ello no exime del deber internacionalista de bregar por la unidad internacional del movimiento ni de la obligación de desenvolver la lucha ideológica promovida por las urgencias del proceso revolucionario latinoamericano.

III.

Hacia una más profunda unidad de los partidos marxistas-leninistas de América Latina

Podamos ya apreciar o no como de inicio de una etapa nueva este momento de transición (que puede precipitar su ritmo en estrecha dependencia con la claridad política, la flexibilidad y audacia para situarse al frente de las masas y la capacidad combativa de los partidos obreros y populares), es de cualquier modo evidente que entramos en días movedizos y difíciles, de agudizada lucha social y nacional, de acentuados peligros; pero de nuevas perspectivas para la revolución latinoamericana.

Esta circunstancia subraya nuestro deber de reforzar los vínculos fraternales entre los partidos marxistas-leninistas, así como la ayuda mutua entre las organizaciones obreras y el movimiento nacional liberador de todo el continente. Militan en esta dirección las razones permanentes de principio y también, las responsabilidades inmediatas. Destaquemos principalmente dos.

UNIDAD ESENCIAL DEL PROCESO REVOLUCIONARIO

El imperialismo yanqui viene ejecutando un plan estratégico en toda Iberoamérica: pretende ser la contraofensiva general a nuestros pueblos. Con ello está confirmando, empero, el ca-

rácter unitario del proceso revolucionario continental, que queremos destacar y que es función de nuestra dependencia respecto al imperialismo yanqui. Somos la porción sustancial de su «imperio invisible». Para asegurar su expoliación EE.UU. ha ido conformando una superestructura político-militar que combina las herramientas de tipo económico con la acción policial y militar coordinada en escala del continente. Las formas del dominio económico se han ido apoyando fundamentalmente en los canales del capital monopolista de Estado de los EE.UU. A su vez, a través de la Junta Interamericana de Defensa, de las misiones militares, de los cursos en Panamá y EE.UU., inclusive en Argentina y en Brasil, el imperialismo yanqui dirige una batalla conjunta represiva, de provocación y espionaje, a lo largo y ancho de Iberoamérica. Por este medio trata de transformar las fuerzas armadas nacionales en una especie de legión extranjera de ocupación de sus propias patrias. Esta es la clave del desarrollo sincronizado de los golpes gorilas. Todo ello debemos tomarlo rigurosamente en cuenta, no en el marco de la consideración de un partido determinado, sino en el de una estrategia y acción común de todos los partidos de América Latina.

LA MADURACION DE LAS LUCHAS DARA MAYOR VARIEDAD A LA TACTICA EN CADA PAIS

La desigualdad del desarrollo social, así como la distinta altura del proceso revolucionario de los diversos países, no militan en pro de la dispersión, sino a favor de una mayor unidad, de un frecuente y sistemático intercambio de opiniones, de la asistencia modesta y fraternal entre los partidos marxistas-leninistas y los movimientos obreros y populares de todo el continente. Ello nos dará una conciencia más clara de los problemas comunes, evitará el particularismo y la contraposición arbitraria de las distintas experiencias.

Toda América Latina es hoy una cantera de ricas enseñanzas y de experiencias esclarecedoras en los más diversos órdenes: en cuanto a la unidad de la clase obrera, a los caminos del frente único, a las formas de luchas legales e ilegales, parla-

mentarias y guerrilleras, de eficaces trabajos clandestinos y de acciones —armadas o no— de increíble heroísmo. Triunfadoras unas, derrotadas otras; lamentables unas, verificadas por la vida otras, todas ellas nos previenen de querer ver el continente a través del ojo de cada cerradura. Aquí se ubica la severa advertencia de Lenin: «Cada país aporta al caudal común sus valiosos rasgos originales; mas, en cada país, el movimiento adolece de uno u otro exclusivismo, de unos u otros defectos teóricos o prácticos de los distintos partidos...»¹. Sólo la asimilación de la experiencia de todos —y su superación crítica al aplicarse al plano nacional y más aún al momento político concreto— pueden darnos, a la vez, la concepción del conjunto y la aptitud táctica para conducir a las grandes masas y acelerar el curso revolucionario.

Es fácil comprender, por lo demás, que no es posible encajar todo el raudal de la revolución latinoamericana en una receta táctica, en un «curalotodo» acerca del empleo de tal o cual método de acción. Por el contrario, los bruscos virajes de la situación de cada país harán más notorias las particularidades de la táctica, independientemente de que pasen en cada caso a primer plano unas u otras, o a que, como enseñara Lenin, formas de lucha que hoy son fundamentales mañana pasen a ser accesorias. Esos enfoques diferenciales concretos son los que obligan a actuar de modo relativamente distinto en Costa Rica que en Venezuela, en Argentina que en Uruguay, en la República Dominicana que en Bolivia, en Chile que en el Brasil actual o que en Ecuador. Cualquier pretensión de elaborar una receta táctica o de acuñar un molde universal se volvería siempre una especulación ajena a la práctica del movimiento revolucionario o un esquema llamado al fracaso.

LA TACTICA DEL PROLETARIADO SEGUN MARX, ENGELS y LENIN

En esta fecha recordatoria de la I Internacional es bueno releer la síntesis efectuada por Lenin de la táctica que elaboraron Marx y Engels. Ella puede ceñirse en estos cuatro rasgos principales: 1) la táctica reclama siempre un enfoque concreto, la consideración objetiva del conjunto de las relaciones mutuas de todas las clases sin excepciones, el grado de desarrollo de

cada sociedad y sus relaciones mutuas con otras sociedades, 2) este enfoque debe ser dinámico, mirar no sólo el pasado y el presente, sino también el futuro; 3) no debe ser el enfoque de los evolucionistas, que solamente ven los cambios lentos; debe ser dialéctico: «en los grandes procesos del desarrollo histórico —decía Marx en carta dirigida a Engels— veinte años equivalen a un día, pero hay días que condensan esos veinte años»; 4) «debe tener en cuenta... esa dialéctica inevitable de la historia humana; de una parte aprovechando las épocas de estancamiento político o de desarrollo a paso de tortuga llamadas pacíficas para desarrollar la conciencia, la fuerza y la capacidad combativa de la clase de vanguardia, y de otra parte, encauzando toda esa labor hacia la “meta final” del movimiento de dicha clase, capacitándola para resolver prácticamente las grandes tareas en los grandes días en los que se condensan veinte años».¹

Lenin destaca agudamente la relación dialéctica entre los períodos de acumulación de fuerzas y las situaciones revolucionarias. Claro está, en América Latina y en esta hora, no puede hablarse de un período largo de desarrollo pacífico, ya que tanto las condiciones objetivas generales, como la evolución mundial presidida por la elevación del papel del sistema socialista y el ahondamiento de la crisis del capitalismo, hacen depender cada vez más la transición a una situación revolucionaria de la capacidad de las vanguardias para llevar a las masas a la lucha, de la flexibilidad de su táctica y de la energía y la combatividad de sus acciones.

Por ejemplo, el XVIII Congreso de nuestro Partido estimó que Uruguay vivía un período de acumulación de fuerzas. Pero ni aun en el marco de esta sociedad, es posible considerar la fase de la acumulación de fuerzas como de una duración inalterable. El pasaje a otra superior se dirime, en última instancia, por nuestra capacidad actual para unir y educar a la mayoría del pueblo y conquistar ideológicamente a la mayoría del proletariado. Aquí, como es natural, las formas de la lucha legal se hallan en el primer plano. Pero también los factores objetivos cambiantes —entre ellos las medidas de la reacción— pueden acelerar el proceso, siempre que nuestra acción arraigue en las grandes masas.

¹ *Obras Completas*, t. XV, pág. 177. Edit. Cartago.

¹ *Obras Completas*, t. XXI, págs. 70—71. Edit. Cartago.

IV.

¿Cuáles son las relaciones dialécticas entre períodos de «acumulación de fuerzas» y «situaciones revolucionarias»?

Recientes amenazas de golpe de Estado en Uruguay nos abocaron directamente al referido problema.

En el cuadro de agudas luchas de clases, de honda crisis económico-financiera, de debilidad marcada del gobierno, se tuvo la información de un complot policíaco-militar de cuño derechista. Un clima de inquietud se extendió a la mayoría de la población. En sectores del gobierno, de los grandes partidos tradicionales y del ejército, existían tendencias antigolpistas. Las organizaciones obreras y populares movilizadas contra la política gubernamental tuvieron, sin embargo, conciencia clara del peligro. Desde el primer instante, el Partido Comunista, el Frente Izquierda de Liberación Nacional, la Central de Trabajadores, la Federación de Estudiantes Universitarios y todas las organizaciones gremiales denunciaron la amenaza. En menos de una semana se efectuaron centenares de asambleas de obreros, empleados, profesores, maestros y estudiantes. Estas unieron la lucha por sus reivindicaciones a la defensa de las libertades democráticas. Al grito de: «soluciones, sí; golpes, no», las asambleas declaraban su voluntad de batirse en todos los terrenos frente a la amenaza gorila. Una gran manifestación y luego una huelga general por 24 horas, que abarcó a medio millón de trabajadores y estudiantes, subrayaron este propósito. La energía de la reacción popular quitó momentáneamente la iniciativa a los sectores golpistas.

Los momentos vividos en junio —tanto más cuando la amenaza golpista no se ha extinguido— obligan a meditar sobre aspectos de esta experiencia. Como hemos dicho, el objetivo principal de nuestra táctica es hoy por hoy la movilización, organización y unidad de la clase obrera y el pueblo. Estos objetivos se sitúan en el período de acumulación de fuerzas, característico del actual momento uruguayo; pero, por cierto, ellos no variarán si pasamos a una circunstancia más crítica, por ejemplo, al enfrentamiento de un golpe reaccionario. También entonces, el triunfo dependerá antes que nada de la actitud de las masas, de su comprensión de los motivos de nuestra

lucha y de la simpatía y ayuda de los sectores políticamente más activos del proletariado y las capas medias. Esta primera condición (el factor movilización y lucha por la conciencia de las masas) puede ser empero insuficiente para aislar a los sectores más regresivos y disuadirlos de sus propósitos golpistas. Ante la clase obrera y el pueblo del Uruguay se plantea el problema que otras veces han debido afrontar dramáticamente tantos países de América Latina. Me refiero a la capacidad de pasar rápidamente de una a otra forma de lucha, ya en lo referente a la preservación de un movimiento popular que puede verse obligado a pasar a la clandestinidad, como a la posibilidad de enfrentar al enemigo con las armas en la mano.

¿Qué problemas surgen en un país en el cual no existe una situación revolucionaria, del modo que la definiera Lenin, en un país que vive la etapa de acumulación de fuerzas, si la reacción toma la iniciativa de la violencia contra el pueblo, a través de un golpe gorila? ¿En tales condiciones, la preparación para «todas las formas de lucha» significa solamente procurar la resistencia «pacífica» de las masas, a la vez de montar o preservar una estructura para continuar el trabajo en la ilegalidad?

Clásicamente, si en un país dado no existe una situación revolucionaria, la toma del poder por vía pacífica o violenta no está en el primer punto del orden del día. La cuestión de la lucha armada es antes que nada un problema político que debe ser resuelto de un modo concreto. La lucha armada exige para su iniciación, por lo menos: a) la existencia de una crisis revolucionaria, b) la estimación exacta del momento político para la acción, determinado muy claramente por Lenin en «El marxismo y la insurrección», c) la conquista siempre de la simpatía de la mayoría de la clase obrera y el pueblo.

En un período de acumulación de fuerzas, tales condiciones no existen. Sin embargo, en el marco de un golpe gorila sin base de masas, pueden precipitarse las condiciones políticas. La lucha del pueblo en defensa de sus libertades es inicialmente mucho más amplia en cuanto a las alineaciones de las clases y capas sociales en presencia y al grado de conciencia ya existente en las masas, que en las correlaciones a darse en una situación revolucionaria. En ese sentido, el golpe regresivo puede ser un coagulador de la crisis política, un acelerador de ese proceso de acumulación en donde «veinte años se condensan en uno», al decir de Marx. Sin embargo, aun en esas condiciones de iniciativa de la violencia por la reacción,

la elección de los métodos de lucha sigue estando subordinada a la situación política, en particular al estado de ánimo de las masas. La práctica de tales métodos pasa, pues, a depender en gran medida de una adecuada preparación previa, de la existencia de cuadros y de la iniciativa combativa de la vanguardia revolucionaria capaz de arrastrar tras de sí a la mayoría de la clase obrera y el pueblo.

La respuesta nunca puede darse separada de una consideración del papel de las masas; pero la respuesta obligatoriamente debe englobar las posibilidades de luchar en todos los terrenos a que nos lleve el enemigo. Si no debe haber lugar para la desviación blanquista o para el aventurerismo irresponsable, tampoco puede haber para una postergación de las oportunidades de la lucha hasta el día en que maduren las cosas como para otorgarnos la plena iniciativa de la toma del poder. No basta el heroísmo de una minoría que ofrende su sangre al margen del gran río de las decisiones populares; pero siempre existen determinadas condiciones de réplica obrera y popular (manifestaciones, huelga general, demostraciones combinadas con una autodefensa de masas, iniciativas múltiples de acciones de miles de personas conmovidas por el acontecimiento y dispuestas a lanzarse al combate, etc.) que en casos similares ponen a prueba la capacidad combativa de un partido de la clase obrera.

Y combatividad, iniciativa y preparación de la clase obrera y el pueblo, se funden en un plano superior cuando la vanguardia encuentra los medios políticos y técnicos para ponerse al frente de las masas en el instante en que el enemigo hiere las más sentidas convicciones populares y coloca las definiciones en el terreno de las armas.

Por lo tanto, del mismo modo que sería un sacrificio heroico pero una insensatez irreparable, exponer a la vanguardia aislada al fuego del enemigo para que la calcine y extermine sus mejores cuadros, cabe pensar que supone una capitulación sin atenuantes el retroceso y la entrega de posiciones, por falta de iniciativas combativas y ausencia de una adecuada preparación. Nadie, en oportunidad parecida, puede garantizar la victoria, tanto más cuando el enemigo lleva la posible enorme ventaja de la iniciativa. Pero el triunfo del enemigo sin lucha sería significa un factor de desmoralización, que hará luego muy dura la labor política de una vanguardia no sólo golpeada, sino afectada en su prestigio.

Justamente Lenin recuerda las opiniones de Marx al respecto:

la capitulación sin lucha desmoraliza más al proletariado que una dura derrota.

Y siempre en tales casos hay derrotas y derrotas: unas, se vuelven premisas de espléndidas victorias, otras, desfibran al movimiento obrero y popular por varios años.

De cualquier manera, el problema de las transiciones entre los períodos de acumulación de fuerzas y de lucha armada constituye en América Latina una cuestión práctica que nos está exigiendo un estudio y un enfoque dialéctico más profundo y más actual.

Montevideo, julio de 1964.

REVISTA INTERNACIONAL, N. 10, 1964

El proceso revolucionario en América Latina

*Algunas enseñanzas del movimiento
de liberación en Argentina*

ERNESTO GIUDICI

1.

PARTICULARIDADES LATINOAMERICANAS Y CONJUNTO MUNDIAL

Con la Revolución Cubana se inicia una nueva etapa en el proceso revolucionario de América Latina: la etapa de las revoluciones triunfantes en nuestras luchas de liberación nacional y social. ¡Tenemos ya el socialismo en América!

El proceso revolucionario latinoamericano engendra una serie de problemas nuevos que el marxismo creador debe encarar y solucionar. Son problemas determinados por las condiciones particulares o específicas de la realidad latinoamericana en una nueva relación de fuerzas mundial. Se trata, entonces, de problemas nuevos que deben comprenderse y resolverse dentro de una particularidad y en la universalidad del marxismo-leninismo en su etapa actual de desarrollo.

Se observan así diferencias en el conjunto mismo de países antes considerados en bloque como dependientes o semidependientes. Hay diferencias entre los países asiáticos, africanos y latinoamericanos, especialmente entre estos dos últimos. Es evidente que América Latina es una zona de particularidades muy definidas. Escapa a la comprensión que quisiera hacerse según el modelo o esquema europeo. Estas particularidades se

explican por una diferente disposición de fuerzas, que se explica a su vez por el distinto nivel de desarrollo de los países del continente.

Pero en el conjunto de la realidad latinoamericana deben señalarse diferencias entre los países según el nivel o carácter del desarrollo económico-social, el grado de dependencia de cada país respecto del capital extranjero y la procedencia de éste, la disposición y correlación de las clases (diferente peso del proletariado, de la burguesía nacional y de la pequeña burguesía), el grado y la forma del desarrollo político y las influencias ideológicas. Hay países en los cuales se enfrentan oligarquías nativas ligadas directamente al imperialismo yanqui, y el proletariado y masas indígenas. En otros países —Argentina es uno de ellos— es notable, por un lado, el gran peso específico del proletariado y, por el otro, la gran influencia de las capas medias y de la burguesía nacional.

Se puede, pues, generalizar en unos aspectos, pero no en todos. El proceso revolucionario en América Latina se desenvuelve, por ello, en medio de una gran variedad de formas. Por eso, es el partido marxista-leninista de cada país quien, teniendo en cuenta todas las condiciones y posibilidades existentes, está en mejores condiciones que nadie para decidir sobre el camino y las formas de la lucha revolucionaria en el país dado y es él quien tiene la responsabilidad de hacerlo. Esto no contradice, sino que supone, el respeto mutuo y la ayuda fraternal entre los partidos hermanos de los diversos países. La diferencia, por un lado, implica por el otro una mayor solidaridad. Las diferencias tácticas obligan a una identidad estratégica.

La Revolución Cubana tuvo lugar en las condiciones específicas de ese país dentro de las particularidades latinoamericanas. El movimiento revolucionario encabezado por Fidel Castro tiene el gran mérito histórico de haberse iniciado y desarrollado, con decisión, audacia y heroísmo, aprovechando todas las condiciones existentes bajo el gobierno de Batista, eligiendo el momento, el camino y las formas y apoyándose en aquellas clases y sectores sociales que en esas condiciones ofrecían mayores posibilidades de éxito. Se demostró así cómo podía abrirse una brecha revolucionaria en un continente dominado económica y políticamente por Estados Unidos, y cómo, por el desarrollo consecuente del proceso revolucionario y la existencia del campo socialista, podía pasarse rápidamente a la etapa de construcción del socialismo. La incor-

poración al campo socialista, la ayuda de la Unión Soviética y demás países socialistas y la solidaridad de otros pueblos, sobre la base de su propia construcción del socialismo, darían a esa revolución la fuerza que hoy posee.

La Revolución Cubana abre y desarrolla nuevas posibilidades revolucionarias en todos los países latinoamericanos. En la vigencia mundial del principio marxista-leninista acerca del rol histórico del proletariado y de la lucha por su hegemonía, la Revolución Cubana, como otros procesos revolucionarios que se desarrollan actualmente en América Latina, demuestra el papel que en etapas más o menos largas e importantes pueden desempeñar las capas medias y sectores de la burguesía nacional, el campesinado, el estudiantado y la intelectualidad. Otra enseñanza teórica y práctica de la Revolución Cubana consiste en no repetir mecánicamente en un país lo que se ha hecho o se hace en otro. Si en unos países pueden darse condiciones similares a las de Cuba, en otros la situación es distinta. En la Argentina, por ejemplo, es el proletariado y no la pequeña burguesía el que encabeza las luchas más importantes y decisivas. Y en Cuba misma es el rol creciente del proletariado, bajo la dirección del Partido marxista-leninista, el que asegura fundamentalmente el desarrollo victorioso del proceso revolucionario.

Pero, al mismo tiempo, el proletariado no puede ser idealizado. Debe ser estudiado concretamente en cada país, distinguiendo en él su sector aristocrático y combatiendo la influencia de la ideología burguesa. Esto no rige solamente en los países capitalistas desarrollados. En América Latina hay sectores de la clase obrera que actúan dentro de los intereses y la influencia no sólo burguesa, sino también imperialista.

En el período histórico de la transición del capitalismo al socialismo, la contradicción fundamental es, mundialmente, entre proletariado y burguesía. La misma etapa democrática de la revolución pasa a ser encarada desde esa contradicción y desde los objetivos revolucionarios y últimos del proletariado. La lucha contra las sobrevivencias feudales es abordada por el proletariado desde los fines revolucionarios de éste, y esta actitud explica por qué la burguesía nacional debe devenir aliado del proletariado y no al revés. Esto es más cierto aún al perder la burguesía, en general, su capacidad revolucionaria.

En estas condiciones históricas del proceso íntegro, toda etapa intermedia pasa a ser parte integrante de él. Pero si la

parte no puede perder de vista el conjunto y el fin último, el conjunto y el fin último no pueden desconocer las particularidades intermedias y de cada lugar. La cuestión es saber hasta qué punto puede generalizarse acerca de estas particularidades. Una generalización más allá de lo necesario puede convertir lo antidogmático en un nuevo dogmatismo.

Ya no puede verse sólo el tronco en el conjunto mundial: Hay que ver cada una de las ramas y lo que cada una de ellas puede significar en el conjunto. El marxismo creador se abre así, cada vez más, a un mayor número de caminos y formas sin encerrarse en ninguno. En América Latina se abre el camino no pacífico al lado del desarrollo de posibilidades pacíficas. La discusión sobre la forma del movimiento no puede aislarse del conjunto. En la unidad de fines y medios, lo decisivo es el objetivo revolucionario, la organización adecuada y la lucha en el eje de las contradicciones fundamentales y sobre la base de las fuerzas progresistas más importantes en cada lugar y momento. Se trata de operar con las fuerzas reales existentes, no con las que se desearía contar.

Es un hecho que, en la nueva relación de fuerzas mundiales, se ha abierto la posibilidad pacífica en cuanto a las relaciones internacionales y al proceso revolucionario interno. Pero posibilidad no implica fatalidad. La posibilidad del camino pacífico es un hecho nuevo de extensión mundial. De este modo, el problema del camino a seguir se plantea ante cualquier país. Pero si en un país dado el camino pacífico no puede descartarse dogmáticamente y de antemano, tampoco puede convertirse en un dogma impuesto a cualquier realidad.

Los dogmáticos absolutizan la posibilidad del camino no pacífico y ciertas formas de lucha. Los partidos marxistas-leninistas combaten ese dogmatismo no descartando en la posibilidad pacífica general ningún camino no pacífico en particular.

Los sectario-oportunistas, al sacar la cuestión colonial y semi-colonial de la contradicción fundamental proletariado-burguesía, socialismo-imperialismo, caen en el nacionalismo burgués, el «tercer mundo». Saltan, con frecuencia, del rechazo completo y en bloque de toda la burguesía nacional como aliado del proletariado, a la subordinación completa del movimiento revolucionario a la ideología burguesa y aun a los grupos capitalistas más ligados a la oligarquía terrateniente y al imperialismo. Esto lo vemos, por ejemplo, en la Argentina y otros países latinoamericanos. Tal actitud sectario-oportunista sirve para reunir en conglomerados espurios y sin principios a los más

extremistas de ultraizquierda y a los nacionalistas de derecha, es decir, a los dos bandos desde los cuales se enfrenta al marxismo-leninismo y a los partidos marxistas-leninistas.

Pero de los numerosos casos de traición de la burguesía no puede extraerse como conclusión general, de validez universal, la inevitabilidad de la traición de toda la burguesía nacional. Sin perder de vista los principios y los objetivos finales, el problema de los aliados debe decidirse en concreto, en cada lugar y momento, mediante una valoración correcta de cada una de las demás fuerzas sociales y políticas, en función del objetivo revolucionario y del enemigo principal de la revolución. Cuando esto se realiza desde una posición independiente de clase no se corre el riesgo del oportunismo o de las concesiones oportunistas.

Los pueblos latinoamericanos tienen el deber común de derrotar la dominación continental del imperialismo yanqui como parte muy importante en la derrota de su poderío mundial. El apoyo común y coordinado a la Revolución Cubana está así unido a la comunidad de esfuerzos contra el imperialismo yanqui.

¿Qué es hoy lo dominante en Latinoamérica: el avance de los pueblos en sus luchas liberadoras o la contraofensiva de la reacción? Evidentemente, esta última se ha acrecentado con su teorización en la doctrina agresiva e intervencionista de Thomas Mann. Es también evidente que después de la Revolución Cubana el imperialismo yanqui está más alerta a todo movimiento popular latinoamericano y utiliza en contra cualquier medio. La celeridad con que actuó en la crisis brasileña lo demuestra. Ante esa actitud agresiva, que no debe subestimarse, pareciera que todo triunfo popular se tornara imposible. Pero, ante esto, debe tenerse en cuenta que aunque el imperialismo yanqui puede todavía hacer muchas cosas no podrá hacer todo lo que quiere. La prueba está en que no ha podido abatir a Cuba. Tampoco puede impedir el desarrollo de las luchas obreras y populares, que en el mismo Brasil aumentarán. No puede impedir el desarrollo de las fuerzas democráticas ni imponer o mantener en todas partes la ilegalidad reaccionaria.

La contraofensiva de la reacción crea nuevas dificultades al movimiento revolucionario. Al mismo tiempo, al intensificar su presión y forzar la represión interna, el campo del imperialismo y de la reacción restringe su base social. El proceso revolucionario se acelera y profundiza, y la necesidad de la liberación antiimperialista, la necesidad de un cambio inme-

diato de la estructura económico-social se hace más clara en la conciencia de mayor número de personas. Si un sector capitalista se supedita más al imperialismo, en otro sector de la burguesía nacional crece la necesidad, en razón de sus propios intereses, de la resistencia al imperialismo.

Lo importante, en esta situación, es que, ante un triunfo parcial y momentáneo del imperialismo yanqui, todos los pueblos respondan solidariamente y conviertan ese triunfo parcial en derrota general del enemigo. Así, con la formación del frente común de las fuerzas antiimperialistas en cada país, se irán creando, de hecho, las condiciones para organizar el gran frente latinoamericano de liberación.

2.

ARGENTINA: DESARROLLO, ETAPA Y FORMAS REVOLUCIONARIAS

El XII Congreso del Partido Comunista de la Argentina se realizó bajo la consigna «Por la acción de masas a la conquista del poder.» Fijó así un objetivo a través de un medio bien caracterizado.

La situación argentina se presenta también con rasgos propios y, por lo tanto, hay en ella problemas específicos a resolver.

La Argentina, sometida primeramente por el imperialismo inglés, casi como todos los países sudamericanos en el siglo XIX, sufrió este dominio durante largo tiempo. Después de la primera guerra mundial, y sobre todo desde 1930, el imperialismo inglés fue siendo desplazado por el yanqui. En la Argentina aún hoy día se mantienen fuertes contradicciones entre ambos grupos imperialistas. A diferencia también de las regiones mineras y de las grandes plantaciones, dominadas por el imperialismo norteamericano, la Argentina fue, desde sus orígenes, un gran país ganadero, agrícola-ganadero después. Además, antes que otros países latinoamericanos y en mayor medida que en muchos de ellos, llegó a tener un importante desarrollo industrial, aunque limitado y deformado por la subsistencia del gran latifundio de explotación feudal o semifeudal y la depen-

dencia del imperialismo extranjero. Se formó así una extensa pequeña burguesía y una rica burguesía nacional. En un desarrollo de tipo prusiano, las relaciones capitalistas se han extendido últimamente también en el campo. Con el predominio de la producción industrial y el crecimiento del capitalismo en el campo, el proletariado pasó a ser la clase más numerosa del país.

Por su desarrollo económico, la disposición de sus clases, desenvolvimiento cultural y las formas políticas, la Argentina fue el país más «europeo» de América Latina.

Con el desarrollo de la burguesía y su ascenso al poder político, los gobiernos terratenientes fueron siendo reemplazados por gobiernos burgués-terratenientes. La Argentina alcanzó un apreciable desarrollo democrático-burgués. Los partidos políticos, ya desde fines del siglo pasado, se van formando y definiendo de acuerdo a las clases que representan (oligarquía terrateniente: conservadores; pequeña burguesía y burguesía nacional: radicalismo; clase obrera: socialdemocracia y más tarde el Partido Comunista). El ejército fue por mucho tiempo formalmente prescindente de las luchas políticas; predominó en el país una relativa y formal estabilidad política.

Pero la situación cambió notablemente desde 1930. El radicalismo, en el poder político desde 1916, impulsó la democracia formal, pero no cambió la estructura atrasada y dependiente del país. La crisis de estructura se fue agudizando y, desde 1930, al mantenerse por la fuerza una estructura caduca, la democracia formal es reemplazada por regímenes dictatoriales. Un sector capitalista, incluso la burguesía industrial, se liga más al imperialismo y a la oligarquía terrateniente. Las grandes compañías industrial-financieras se convierten también en terratenientes. El capital yanqui se introduce en la ganadería.

Aparecen así nuevos grupos económicos industrial-terrateniente-financieros, entrelazados con el imperialismo y la oligarquía, que amplían los grupos antes dispersos. Frente a ellos, el sector no comprometido de la burguesía nacional se orienta, por necesidades de su propio desarrollo, a posiciones más anti-imperialistas y democráticas. Ambos sectores capitalistas luchan entre sí y tratan de predominar en el poder político y esto explica el carácter diverso de los gobiernos que se suceden desde 1930.

Al gobierno de clases y partidos más o menos definidos sucede la dictadura de grupos y de la estabilidad se salta a la inestabilidad. Viejas contradicciones y nuevas se acumulan

complicando el relativamente simple esquema anterior. Los partidos políticos tradicionales, a excepción del comunista, se dividen y subdividen. Al mismo tiempo se distingue una clara diferenciación de alas de izquierda en oposición al ala derecha en el seno de ellos; esta polarización en dos campos tiende a ser lo dominante y es un síntoma de la demarcación que tiene lugar en el campo económico-social. La crisis deviene total: económica, política, ideológica. Se forman otros partidos nuevos, entre ellos el peronista y el demócrata cristiano. La anarquía en aumento es contenida u ocultada por regímenes dictatoriales con base social y política restringida. Junto con la oligarquía y el imperialismo es combatido de más en más, por la clase trabajadora, las capas medias y el sector no comprometido de la burguesía nacional, el grupo capitalista ligado a los primeros. La lucha es, pues, antiimperialista, antioligárquica y anticapitalista. La crisis no afecta ya solamente a la vieja estructura del país, sino que alcanza también al capitalismo.

La polarización en el campo económico-social determina sucesivos intentos de constituir, desde los gobiernos o fuera de ellos, coaliciones de derecha opuestas a la obligada coincidencia a que se tiende en el campo opuesto. Al amparo del Estado y de sus órganos represivos aparecieron numerosos grupos fascistas, pero la reacción no pudo formar en la Argentina un partido fascista de masas.

El Estado se fue también militarizando. Los grupos militares más reaccionarios fueron constituyendo un «poder paralelo» al poder formal de los gobiernos. La teoría que esos grupos militares sostienen para todas las fuerzas armadas es la llamada del «frente interno», según la cual ellas se reservan el derecho de intervenir directamente desde el Estado —presionando a los gobiernos o dando un golpe de Estado— ante el «peligro comunista» o todo movimiento popular que ponga en peligro los privilegios de los grupos económicos dominantes. Se lleva a cabo una preparación política e ideológica del ejército para reprimir los movimientos populares. A este fin oficiales y suboficiales se instruyen en cursos especiales contra el marxismo. La fuerza militar es la verdadera y última organización política de la ultrarreacción.

Es contra esa concentración reaccionaria cívico-militar que, según el criterio de los comunistas, debe también concentrarse la acción del frente democrático.

El ejército, cada vez más politizado, dividido y anarquizado

por la rivalidad de grupos, aparenta una unidad mayor que la real. Pero en él también, sobre la división en grupos, se desarrolla una demarcación política e ideológica. Hay sectores democráticos y aumentan los sectores «nacionalistas» que se oponen dentro mismo del ejército al concepto de casta de los altos mandos. En esta situación deberá tenerse en cuenta que el ejército no es un todo homogéneo y, fundamentalmente, el origen popular, no mercenario, de los soldados. Finalmente, la obligada preparación antimarxista de los cuadros es un arma de doble filo que en algunos casos se expresa en un interés creciente por el marxismo...

La demarcación entre reacción y democracia, derecha e izquierda, alcanza también a la Iglesia católica.

En la Argentina existe una larga y honda tradición liberal, respetada y sostenida también por amplios sectores católicos democráticos. Frente a estos mismos se alza un sector ultrarreaccionario del alto clero. La unidad con los católicos no puede descuidar esa tradición y la existencia de ese sector reaccionario. Tiene que hacerse tomando en consideración las nuevas tendencias democráticas y antiimperialistas en el movimiento católico y los intentos que puede hacer el imperialismo de aprovechar a sectores católicos en la lucha contra el movimiento de liberación nacional.

Por tanto, la politización del país aumenta, de la clase trabajadora al ejército y el clero. Las crecientes acciones del proletariado y de las masas populares, enfiladas contra la reacción, adquieren a veces un carácter muy violento.

El contenido cada vez más profundo de las luchas obreras y populares está determinado por la etapa actual del desarrollo económico argentino. La Argentina debe ser considerada no sólo un país de terratenientes aliados del imperialismo extranjero, sino también un país capitalista. No sólo han fracasado en el poder los partidos conservadores, representantes de la vieja oligarquía terrateniente, sino también los partidos de la burguesía. El sector progresista de ésta, aprisionado entre las dos grandes fuerzas en que se polariza el país, carece de fuerza política propia y oscila ante la presión de esas dos grandes fuerzas.

En la burguesía nacional hay importantes sectores progresistas en actitud antiimperialista y democrática. Pero ella por sí sola no puede servir de base a un gobierno democrático. De ahí la necesidad de un amplio y concreto frente obrero y popular con su participación, y en el que el proletariado debe

luchar cada vez más por la hegemonía en el proceso revolucionario.

En el gobierno actual de Illia, la burguesía nacional está representada por el sector democrático del mismo, hostilizado dentro y fuera por la reacción. Está bajo la presión del «poder paralelo» y su correspondiente amenaza de golpe de Estado.

Ese gobierno, situado entre la presión obrera y popular, de un lado, y la presión ultrarreaccionaria, del otro, oscila entre posiciones democráticas y de cierta independencia frente al imperialismo y las concesiones al «poder paralelo». La reacción sabotea sus débiles medidas de carácter social y político. La ultrarreacción no puede tolerar ya la más mínima concesión democrática o social. Teme que cualquier resquicio sea la puerta abierta al desborde de la acción popular. La situación es así cada vez más tensa entre ambos campos de la polarización social y política del país y en ésta tendrán que definirse todas las posiciones intermedias.

En síntesis: a pesar de sus deformaciones, limitaciones y contradicciones internas, y a pesar también de un relativo estancamiento, el capitalismo se desarrolla en la Argentina. Con él se desarrolla el proletariado, que es hoy indiscutiblemente la fuerza revolucionaria fundamental.

Ante la reacción burguesa-terrateniente, ejecutada por los organismos represivos militar-policiales del «poder paralelo», y ante el fracaso e impotencia de la burguesía liberal para mantenerse en el poder por sí sola, el proletariado ha pasado a ejercer de más en más un rol dirigente en las luchas, no sólo por sus propias reivindicaciones económico-sociales, sino también por las libertades democráticas y el progreso democrático en general.

Cabe destacar el hecho de que, gracias a las luchas sostenidas por la clase obrera y diversos sectores populares, el Parlamento se ha visto obligado a derogar la legislación represiva que proscribía a los partidos Comunista y Peronista.

La movilización reciente de acuerdo al plan de la Confederación General del Trabajo (CGT) demostró cómo la clase trabajadora une cada vez más sus reivindicaciones económico-sociales a las de carácter político, y a ambas con la exigencia de un cambio de estructura. Es un signo de su creciente madurez política y de la lucha por la hegemonía en el proceso revolucionario.

La realización del plan de la CGT —que culminó con la ocupación de las fábricas en todo el país— demostró la fuerza de

la clase trabajadora, su organización y su disciplina. (El proletariado urbano está totalmente agremiado en sindicatos únicos y la CGT agrupa 4 millones de trabajadores. El campesinado y el proletariado agrícola cuentan también con importantes organizaciones gremiales.) La ocupación de las fábricas puso sobre el tapete la cuestión de la propiedad privada capitalista. Durante meses, esta movilización obrera fue la nota dominante en la política del país. Varios partidos políticos apoyaron el plan de la CGT. Paralelamente se desarrollaron grandes luchas estudiantiles, de unidad obrero-campesina, de las mujeres, de los jóvenes. Ellas han demostrado la amplitud de la acción progresista y democrática.

Se reconoce cada vez más en las fuerzas democráticas el papel dirigente de la clase trabajadora. El movimiento estudiantil universitario ya no pretende colocarse «sobre» el proletariado, sino que se desarrolla en unidad con él y con aquel mismo reconocimiento. En unidad con el plan de la CGT ha elaborado su propio plan reivindicativo y democrático en la enseñanza.

La lucha de las masas populares es contra el imperialismo, la oligarquía terrateniente y el sector capitalista ligado a ambos. La revolución agraria-antiimperialista se ha profundizado. Es también contra un sector del capitalismo. Cuanto más ese sector se vincule al imperialismo y a la oligarquía, dependiendo más del primero, más también el proceso revolucionario será, en parte, anticapitalista. Con la nacionalización de los resortes fundamentales de la economía en poder de los monopolios extranjeros y la realización de la reforma agraria se adoptarán también medidas anticapitalistas y la revolución podrá avanzar rápidamente al socialismo. Por eso, el XII Congreso de nuestro Partido la ha definido como «revolución democrática, agraria y antiimperialista, con vistas al socialismo». **Cuanto más se ha «demorado» la revolución, más ha madurado el proceso revolucionario en profundidad y las etapas a cumplir devienen más avanzadas. Ya no se trata sólo de una dependencia de la oligarquía terrateniente respecto del imperialismo; hay también dependencia de un sector del capitalismo. La independencia económica nacional implica también la lucha contra ese sector capitalista y sólo venciendo podrá abolirse la oligarquía terrateniente y con ella las sobrevivencias feudales.**

Así, el proceso revolucionario argentino entronca con las luchas del proletariado mundial por el socialismo a través de la lucha de liberación nacional y social.

La importancia creciente del movimiento obrero y sindical indica no sólo la perspectiva del proceso revolucionario, sino también cuál es la fuerza fundamental en que deberá apoyarse el movimiento popular y democrático, y en torno a la cual se forma el frente de la unidad de acción contra el enemigo principal.

3.

PROGRESOS Y DEBILIDADES DE LA UNIDAD. CONTENIDO Y FORMAS

Desde 1930, el hecho político dominante ha sido que frente a cada ascenso de las luchas obreras y populares sobreviene un golpe de Estado reaccionario. En ese drama argentino, la tragedia reside en que, a pesar de los progresos unitarios, la unidad no ha llegado a concretarse en un frente sólido y organizado capaz de vencer a la reacción en el terreno en que ésta presente la lucha.

Llegar a la verdadera unidad de la clase obrera argentina es la tarea decisiva inmediata en el trabajo unitario.

Las vacilaciones y tardanzas en concretar la unidad es lo que alienta a la reacción y le permite conspirar, preparar nuevos golpes de Estado y mantener al país en el atraso y la dependencia del imperialismo.

En correspondencia con el proceso revolucionario, la idea unitaria adquiere un contenido fundamentalmente antiimperialista y antioligárquico, de liberación nacional, democrático, popular.

El proceso unitario debe ir respondiendo a las necesidades de cada uno de los momentos y por lo tanto el contenido y la forma de la unidad también cambian. En algún momento llegó a formalizarse una acción coincidente de varios partidos políticos y el movimiento obrero y estudiantil, pero por culpa fundamentalmente del peronismo esa acción no se concretó en unidad. Hoy, junto a contactos por arriba, la idea unitaria se desarrolla especialmente por abajo, y esto está en relación con la demarcación de alas izquierdas y alas derechas en los partidos y movimientos. Con sus altos y bajos, el proceso unitario está en relación directa con el proceso de demarcación entre

ambas alas. Por eso es un proceso abierto en el cual caben formas y denominaciones diversas.

En la ejecución del plan de la CGT ha habido *coincidencias* en la acción, pero no acción *unida*. La dirección de la CGT se limitó al cumplimiento formal del plan en sus dos primeras etapas, pero lo hizo evitando que participaran otros sectores sociales hondamente afectados por la crisis económica, junto al proletariado, no llevando la acción al campesinado y rehuyendo formar el comando único propuesto por el Partido Comunista e integrado por la clase trabajadora, los partidos democráticos y los movimientos de masas. Las acciones que tuvieron lugar con este contenido se realizaron por iniciativa comunista y del Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical y al margen de las directivas de la CGT.

Por otro lado, la dirección peronista de la CGT se propuso utilizar el desarrollo del plan con fines partidistas (el regreso de Perón) y parte de esa dirección estaba en vinculación con la ultrarreacción para que ésta diera su golpe de Estado en el clima adecuado de una gran conmoción social y ante la negativa del gobierno de reprimir violentamente al proletariado, como lo reclamaba públicamente el «poder paralelo».

Dirigentes peronistas tratan de supeditar todo el movimiento obrero y popular a la ideología del peronismo, que es, fundamentalmente, una ideología burguesa conciliadora con la oligarquía terrateniente y el imperialismo. En efecto, si bien las masas trabajadoras y muchos dirigentes medios del peronismo tienen un fuerte sentimiento antiimperialista, antioligárquico y, en gran medida, anticapitalista, y aceptan gustosos la unidad de acción con nuestros camaradas, no ocurre lo mismo, por desgracia, en las alturas peronistas. Varios altos dirigentes peronistas sirven directamente al imperialismo yanqui. Hay un grupo de dirigentes corrompidos al frente de importantes organizaciones sindicales, al modo de la realidad norteamericana o de la situación que existía en Cuba con el gobierno de Batista. Estos elementos se oponen a la unidad obrera tanto por su ideología burguesa cuanto por temor de perder sus posiciones usurpadas.

Con el «retorno de Perón» se ha vuelto a agitar la «tercera posición», una posición diferente a la de los países no comprometidos que luchan activamente por la paz y la democracia, y que, como lo han demostrado los hechos, ayuda sólo al campo del imperialismo.

La dirección actual de la CGT proviene de un compromiso

con el gobierno de Frondizi y es compartida por peronistas e independientes, con exclusión explícita de los comunistas. Hay una central obrera única porque los comunistas, pese a esa exclusión, la apoyan y luchan contra su división, pero no hay *dirección unitaria*.

Ante la importancia decisiva de la unidad obrera y popular, la reacción dedica sus mayores esfuerzos a impedir la, mutilarla o deformarla. Intenta, además, atraer al peronismo o utilizarlo fomentando la provocación contra los comunistas. Pero la unidad de peronistas y comunistas, por abajo, aumenta de hecho y todo anticomunismo ha fracasado en el seno de las masas populares.

Otro escollo en el proceso unitario es la acción de los grupos de «ultraizquierda» que oscilan desde las posiciones «proletarias» más extremas a las posiciones properonistas más conciliadoras con la ideología de la burguesía. Esos grupos se colocan «sobre» el movimiento de masas y lo desprecian o subestiman en aras de otros métodos de «acción directa». Sirven así, lo quieran o no, a la reacción, que teme esencialmente, y con razón, al desarrollo del movimiento de masas y su unidad.

Cuando algunos dirigentes peronistas y grupos de «ultraizquierda» concentran el fuego contra el gobierno actual y contra la burguesía en general y dejan a un lado al enemigo fundamental —el imperialismo y la oligarquía terrateniente—, no sólo desfiguran el verdadero cuadro argentino, sino que facilitan la tarea de la ultrarreacción, que a través del «poder paralelo» actúa como gendarme armado tanto en la Argentina, como ante otros países de Sudamérica.

Es un hecho que la ausencia de esa unidad hizo perder a las fuerzas obreras y populares varias oportunidades de acceso al poder en medio de algunas de las crisis por las que atravesó el país. Esto permitió a la reacción, dividida y desorientada, reagrupar sus fuerzas y mantener su dominio estatal.

Ante las condiciones objetivas ampliamente desarrolladas en la prolongada crisis argentina, corresponde el desarrollo de las condiciones subjetivas a través de la lucha de masas e ideológica a fin de concretarlas en organización unitaria.

Pero, en la generalidad de la tarea unitaria, hay que establecer algunas precisiones.

En primer término, la unidad ha ido cambiando de contenido y formas desde 1930, en relación a la profundización de la crisis de estructura, que ha estado acompañada de un desarrollo capitalista. Este desarrollo se ha realizado, en parte, en el

marco de la vieja estructura terrateniente y de la dependencia imperialista, superándola también en parte, pero en una u otra forma ha conducido a que la actual crisis económico-social incluya en sí elementos de crisis de las relaciones capitalistas. Es necesario saber que el sector capitalista que en un momento nos puede acompañar en la defensa de algunas libertades democráticas, en otro momento se opondrá a las luchas obreras y populares de mayor contenido social y de liberación nacional. Además, es preciso considerar que la democracia misma, por la que nosotros luchamos, tiene ahora un contenido social más profundo y su desarrollo es inseparable de las reivindicaciones económico-sociales, en primer lugar de la clase trabajadora, el proletariado agrícola, las capas más empobrecidas de la pequeña burguesía, el campesinado, y de la lucha por la independencia económica nacional. Y esto, en lugar de justificar el ataque a la burguesía «en general», será un motivo más para ahondar la división entre el sector capitalista conciliador y el sector de la burguesía nacional no ligado al imperialismo e interesado en el desarrollo independiente del país, a fin de atraer a este último en la lucha contra la reacción.

En esta lucha tratamos de apoyar al sector democrático del gobierno actual para que tenga una base desde la cual pueda librarse del «poder paralelo» y de la reacción que lo acosa dentro y fuera del gobierno, pero desarrollando al mismo tiempo las luchas obreras y populares y esforzándonos por atraer a la unidad al sector no comprometido de la burguesía nacional, que no está ligado ni a la oligarquía ni al imperialismo. La acción es por el desarrollo de las luchas obreras y populares y contra el golpe de Estado, al mismo tiempo, y sobre la base de lo primero.

En dependencia de la situación concreta puede, entonces, establecerse distinto agrupamiento: amplia unidad democrática, unidad de izquierda, frente de liberación nacional. Ante la reacción política más extrema impulsamos la unidad democrática más amplia, pero en ésta desarrollamos la unidad más concreta por objetivos más profundos en la perspectiva revolucionaria. En el plano político impulsamos la unidad no sólo con los socialistas de izquierda, sino también con los partidos aparecidos en los últimos decenios a base de nuevos contingentes obreros (de reciente extracción campesina) y de capas medias incorporadas a la actividad política. Se trata del movimiento peronista y de la democracia cristiana con su contradictoria ideología.

En segundo término, las condiciones subjetivas de la unidad deben desarrollarse en base a esa situación compleja y teniendo en cuenta que el camino pacífico puede entorpecerse una vez más por otro golpe de Estado reaccionario, y aun cerrarse. La unidad, organizada, debe estar preparada para cualquiera de esas eventualidades a fin de responder rápidamente al golpe y orientar la lucha por el camino que sea necesario. La cuestión no reside, pues, en una oposición mecánica de lo pacífico y lo no pacífico, sino en precisar los objetivos y realizarlos en base a la lucha de masas y la unidad correspondiente y por los medios posibles y más adecuados. Preparado nuestro Partido para ambos caminos, desarrolla, en estos momentos y tras una larga serie de violencias reaccionarias, la posibilidad pacífica. Pero ni lo uno ni lo otro depende sólo de la comprensión y voluntad de los comunistas; depende del resultado que vayamos obteniendo en nuestro esfuerzo unitario y organizativo.

Sin destacar ningún medio de antemano, sería incomprendible que ante el desarrollo de las luchas obreras y populares que movilizan millones de personas se exalte la acción guerrillera de grupos separados de las masas. La lucha contra el aparato militar puede ser más eficaz y decisiva en el terreno de las luchas obreras y populares, en el que ese aparato militar puede encontrarse fuera de la acción específica para la cual se prepara. Si se llegara a la lucha armada, en países como el nuestro será siempre con las grandes masas, preparadas convenientemente, como se podrá vencer.

Así es como nuestro Partido impulsa en la Argentina el desarrollo de las condiciones para concretar la unidad y organizarla ante diversas tareas, pero tendiendo siempre a elevarla hacia el objetivo revolucionario de cambio de estructura. Lo fundamental es que el movimiento amplio y diversificado se concreta en unidad y ésta en organización apta para cambios rápidos ante las diferentes situaciones y los diferentes caminos a seguir.

REVISTA INTERNACIONAL, N. 2, 1965

La situación económica de América Latina y el desarrollo de la revolución

E. MORA VALVERDE

Los pilares en que se afirma la explotación imperialista en la América Latina se tambalean. Un oleaje emancipador y revolucionario recorre el continente, especialmente a partir de la Revolución Cubana. **Del carácter pre-revolucionario de la actual situación en la América Latina se dan también cuenta nuestros enemigos del campo imperialista. Y el reformismo liberal de la Alianza para el Progreso y la insolencia de la intervención en la República Dominicana reflejan de distinta forma, naturalmente, «el gran miedo del imperialismo» engendrado por su convicción del carácter irreversible de la tormenta revolucionaria.** («No tengo la menor duda de que la revolución en América Latina es inevitable», afirmó Milton Eisenhower en reciente libro).

Por su parte, los revolucionarios latinoamericanos, sin hacerse absurdas ilusiones, se han convencido de que **los días de dominación del imperialismo en América Latina están contados. Es comprensible, en consecuencia, que las fuerzas revolucionarias latinoamericanas se encuentren hoy en una apasionada discusión sobre las vías apropiadas en cada país y en cada situación, para alcanzar el objetivo común. Y uno de los aspectos sobre los cuales enfocan su atención es el referente a las formas para superar la etapa de atraso económico en que vive América Latina y llevar el bienestar material a los pueblos.**

Trataremos de abordar este amplio y complejo problema recurriendo a ejemplos y circunstancias de Costa Rica, los cuales parecen ser característicos de diversos países latinoamericanos.

I

Los economistas califican a nuestros países de «subdesarrollados». Afirman que un país subdesarrollado tiene las siguientes características: predominio de la agricultura sobre la industria; supeditación en diversos grados del Estado y de la economía del país al capital extranjero; existencia de un comercio exterior que no responde a las necesidades del país; ingreso nacional bajo y distribuido muy desigualmente; baja producción por habitante; insuficiente aprovechamiento de los recursos naturales, financieros y humanos; analfabetismo, bajos salarios... y la lista continúa. ¡Así es de dolorosa la suerte de los países subdesarrollados!

Sobre la causas del atraso económico de nuestros países se han elaborado las más diversas teorías. Unas tratan de fundamentarse en la voluntad de Dios; otras en condiciones climáticas; otras en el espíritu negligente de ciertos pueblos; etc., etc. Pero hay otras teorías que explican el subdesarrollo económico como debido a una insuficiente utilización de la fuerza de trabajo, a un reducido consumo de los obreros y empresarios, a un crecimiento excesivo de la población, a un débil incremento de lo que los keynesianos llaman la «propensión marginal a la inversión», a una baja tasa de crecimiento de la productividad, a una insuficiente utilización de los métodos avanzados de la técnica, etc.

En efecto, es indiscutible que los países atrasados tienen una deficiente utilización de la fuerza de trabajo, una baja capacidad de consumo de su población, un volumen de inversión muy reducido, etc., etc. Pero, ¿se debe a que son subdesarrollados, o al revés: son subdesarrollados debido a esas insuficiencias?

Si los pueblos latinoamericanos, igual que los demás económicamente atrasados del mundo, no logran saltar esas barreras, no es por falta de empeño de sus masas populares patrióticas, sino porque hay poderosos intereses imperialistas que les oponen tenaz resistencia.

Es cierto que además del dominio del imperialismo existen otras causas primordiales y reales del atraso de los países del Tercer Mundo. Fundamentalmente se trata de los restos (o del predominio) de las relaciones de producción feudales en el campo en la mayoría de los países de América Latina y de Asia. A pesar de la importancia gigantesca y trágica de ese factor hay que tener en cuenta que su papel no es idéntico en las

diferentes regiones del mundo subdesarrollado e incluso en diferentes países de América Latina. En Perú, Ecuador, Paraguay, Guatemala, El Salvador, etc., las relaciones de producción anteriores al capitalismo se manifiestan con muchísima mayor intensidad que en Argentina, Uruguay, Chile, México, etc.

En Costa Rica, por ejemplo, todavía algunos años después de lograrse la independencia del dominio colonial de España, era prácticamente inexistente el latifundio. Las extensiones de tierra mayores pertenecían a las Municipalidades y éstas las destinaban al disfrute común. Otra parte estaba dividida entre propietarios privados, no latifundistas, y el resto pertenecía al Estado. Los gobernantes liberales de aquella época, influenciados por las grandes luchas revolucionarias europeas, impusieron incluso algunas limitaciones a la formación de latifundios.

Cierto es que desde la década del 80 del siglo pasado y particularmente en lo que llevamos de este siglo, el latifundio en Costa Rica ha logrado cierto desarrollo. Sin embargo, a pesar de la existencia en el país de determinadas formas de relaciones precapitalistas, la oligarquía terrateniente de Costa Rica es relativamente poco numerosa y de menos influencia política y económica que en otros países de América Latina. No obstante, Costa Rica es un país económicamente subdesarrollado con todos sus rasgos característicos.

Por eso, las condiciones de nuestro país muestran con particular relieve que el imperialismo es hoy, cabalmente; el principal obstáculo que se opone al desarrollo económico de los países subdesarrollados.

Por supuesto que el dominio y la explotación imperialistas no se manifiestan en igual forma y en el mismo grado en todas las regiones subdesarrolladas del mundo. Las formas y los medios de explotación imperialista en América Latina se presentan, por ejemplo, más enmascarados y más ligados al desarrollo del capitalismo local en comparación con los medios clásicos adoptados en los siglos pasados en Asia y África. Sin embargo, en cualquier caso el verdadero progreso económico de los países subdesarrollados está en contradicción con los intereses cardinales de la camarilla gobernante de los países capitalistas desarrollados: la conservación de los países atrasados como apéndice de materias primas de los gigantes imperialistas permite a los monopolios extraer ingentes beneficios y les brinda ilimitadas posibilidades para las inversiones de capital.

Recientemente tuvimos una amplia conversación con un grupo de economistas pertenecientes al ala izquierda del partido político gobernante de Costa Rica y en ella ese grupo sostuvo los siguientes puntos de vista en relación con la nefasta influencia del imperialismo en el desarrollo económico. Aunque su formulación no es siempre exacta, esa concepción presenta, a nuestro juicio, interés. Afirman que: a) el intercambio comercial de los países imperialistas con los subdesarrollados es indignante y desproporcionado; b) tal desproporción se origina en el hecho de que a estos últimos les han sido prohibidas en la práctica las inversiones en la Sección I (maquinaria y equipo); c) los países imperialistas se niegan incluso a vender a los subdesarrollados medios de producción con el propósito de obstaculizar el desarrollo económico; d) a los países subdesarrollados, el imperialismo sólo les permite invertir en la Sección II, en la producción agrícola y de materias primas. Pero ese permiso no abarca todas las materias primas, ya que, por ejemplo, la producción de petróleo y bauxita requiere inversiones que nuestros países no pueden hacer. Aunque los gobiernos de los países dependientes pudieran hacer esas inversiones, para asegurar el desarrollo independiente de dichas ramas recurriendo a empréstitos, etc., el imperialismo no se lo permitiría, pues los monopolios del petróleo, del aluminio, etc. no toleran que salga de sus manos la producción de dichas materias primas; e) las inversiones norteamericanas alcanzan en la América Latina la cifra de 12.000 millones de dólares. Estas inversiones obtienen cuotas de ganancias un ciento por ciento más altas que las de los propios Estados Unidos. Por eso la descapitalización de América Latina se origina no sólo en el intercambio inequivalente, que le deja una pérdida anual de 2.000 millones de dólares, sino principalmente en las inversiones directas e indirectas de las compañías extranjeras.

A este análisis se podría agregar muchas cosas. En particular, en nuestro país es precisamente una compañía extranjera, la famosa United Fruit Company, el mayor propietario de la tierra (más de 500.000 Has.). Por eso también la lucha contra el latifundismo tiene en Costa Rica, en lo fundamental, un carácter antiimperialista.

El interés de las poderosas fuerzas imperialistas en mantener las bases de la tradicional estructura económico-social de nuestros países condiciona la necesidad de emplear métodos revolucionarios para transformar esta estructura. La emancipación económica no puede dejar de ir acompañada por

agudos conflictos políticos, que, según las condiciones concretas, adoptan la forma de lucha armada o de lucha pacífica. En estos conflictos, las masas trabajadoras y las fuerzas democráticas y patrióticas se enfrentan con uno u otro grupo social vinculado al sistema tradicional, con una u otra forma política de dominación de estos grupos. En dependencia de esto, la lucha puede atravesar en diferentes países etapas distintas bajo la hegemonía de diversos grupos sociales. Mas, en todo caso, para abrir paso al desarrollo económico es necesaria la liberación del dominio imperialista, son necesarias profundas transformaciones de la estructura económica, política y social. En una palabra, es necesaria la revolución.

II

Todas estas verdades las tratan de ignorar ciertos representantes de las burguesías latinoamericanas. Por ejemplo, cuando los ex-presidentes de Colombia y Costa Rica, señores Lleras y Figueres, denuncian (por lo demás en forma muy razonable) que los países capitalistas desarrollados pagan mal a los países atrasados, lo hacen en forma tal que presentan el «sub-pago» como si fuera el obstáculo principal que impide el paso adelante hacia el desarrollo de nuestros países.

¿Bastaría —como lo sugieren Lleras o Figueres— con que el ingreso se ensanchara en los países subdesarrollados, elevando los precios de las materias primas y los productos alimenticios en el mercado imperialista, para que de esa manera quedaran derribados automáticamente los obstáculos que se interponen al progreso económico de estos países?

El ejemplo de nuestro país es también sintomático en este sentido.

Costa Rica tuvo, durante el período comprendido entre los años 1946—1954, lo que podríamos llamar la «época de oro» de su economía. En el mercado mundial, los precios del café, su principal producto de exportación, subieron de la siguiente manera: entre 1946 y 1950 a una tasa anual de 24% y entre 1950 y 1954 a una tasa de 11,4%. En 1946, el producto social global fue de algo más de 900 millones de colones; pero en 1954 ya era de 1.800 millones de colones; casi el doble.

Evidentemente, en aquellos años el señor Figueres y sus partidarios tuvieron la oportunidad ideal para ver comprobada su teoría. Pero el siguiente cuadro, elaborado con cifras oficiales del «Proyecto de investigaciones del desarrollo económico de Costa Rica» (1956), nos demuestra la realidad de las cosas.

Participación porcentual de los sectores económicos en el producto social global

RUBROS	1946	1954
TOTAL	100,00	100,00
Agricultura	37,2	37,3
Industria	12,5	11,7
Comercio	15,0	14,6
Transporte	4,0	3,8
Construcción	2,2	4,0
Otros servicios	10,1	10,3
Energía eléctrica	0,6	0,6
Sector público	12,4	13,7
Renta	5,7	4,6

El crecimiento del ingreso nacional en Costa Rica no se tradujo, ni mucho menos, en una transformación progresiva de la estructura económica del país. El peso específico del sector industrial incluso se redujo un poco. Cambios esenciales se operaron únicamente en la estructura del comercio exterior, pero tenían un carácter negativo: creció el peso específico de la importación de artículos de consumo, se reforzó la dependencia del país del mercado monopolista.

¿A dónde fueron a parar en su mayor parte los ingresos durante ese lapso? Como indica el cuadro, en primer lugar al sector de la construcción. Durante ese período la gran burguesía costarricense construyó lujosas zonas residenciales y palacetes particulares. Con fines coyunturales y políticos, el Estado concedió a los empleados públicos, profesionales, etc. créditos para construcción de residencias particulares.

En segundo lugar, esos ingresos fueron a parar también al sector estatal, pero no para la realización de planes de desarrollo, sino para atender a exigencias perentorias de diversos sectores. Bien es cierto que gracias a la lucha popular durante ese período, una parte relativamente importante del producto generado por el sector estatal se dedicó a ajustar los salarios de los empleados públicos; pero se emplearon sumas considerables en la atención de la deuda externa, deuda en gran proporción arbitraria e injusta que tiene el Estado con Estados Unidos, Inglaterra y Francia.

Por esa razón, el crecimiento del producto social, equivalente casi a un ciento por ciento, no significó cambios saludables desde el punto de vista del desarrollo económico; es decir, el país no pudo adquirir bienes de capital. El imperialismo, actuando en lo fundamental a través del mecanismo del mercado monopólico controlado por él, obstaculizó el desarrollo de fuerzas productivas modernas, respondiendo de esa manera a su inflexible política de no poner en riesgo sus posiciones económicas claves.

Las formas que utiliza el imperialismo para sabotear el desarrollo económico independiente y asegurar sus intereses económicos en un relativo «clima de paz» son muy diversas: amenazas, engaños, chantajes, sutilezas, etc. Veamos algunos ejemplos de la realidad costarricense:

En enero del año 1959, una institución del Estado, después de realizar infructuosos esfuerzos en los Estados Unidos, resolvió iniciar gestiones ante el Gobierno de la Unión Soviética a fin de conseguir facilidades para instalar en Costa Rica dos fábricas de cemento. El Gobierno soviético se mostró dispuesto a atender los deseos del Estado costarricense. Pero de inmediato se hizo sentir la presión imperialista. El Banco Mundial se apresuró a ofrecer un empréstito para inversiones eléctricas y el gerente de esa institución estatal recibió, de parte de una empresa imperialista, ofrecimiento para un puesto, mejor remunerado, en una empresa norteamericana. Al mismo tiempo comenzó en la prensa una campaña contra el establecimiento de relaciones con los países socialistas. El Estado costarricense, aunque no negó públicamente sus gestiones ante el Gobierno soviético, encarpetó la solicitud. Finalmente, una compañía norteamericana creó una fábrica de cemento, de capital mixto, acaparando la mayor parte de las acciones.

Otro ejemplo: en Costa Rica opera desde hace varios decenios una empresa de producción y distribución de la energía eléctrica, perteneciente a la Electric Bond and Share Co. El pueblo protestó más de una vez contra la desenfrenada ingerencia de este monopolio en el país. En 1949 el Gobierno creó el Instituto Costarricense de Electricidad, como empresa estatal para la producción de energía eléctrica y para el desarrollo de esta rama de la economía. Pero el chantaje, las presiones y los halagos de la Bond and Share Co. a funcionarios y técnicos impidieron que se procediera a la nacionalización. Sin embargo, la ley le prohibió ampliar sus instalaciones para la producción de energía eléctrica, pero le entregó, de hecho, el monopolio

de la distribución de la energía eléctrica en todos los lugares en que ya tenía sus instalaciones.

El 15 de septiembre de 1958, en un mitin en la capital el Presidente de la República prometió al pueblo nacionalizar esta compañía. Pero la promesa no la cumplió, pues la empresa eléctrica en sus contratos previó esa posibilidad y ahora se vale de ciertas cláusulas para cobrar al contado una suma exagerada de dólares que el Estado costarricense no está en capacidad de reunir.

Hoy es el Estado quien produce la energía eléctrica, pero en las principales zonas del país es esa empresa extranjera la que la distribuye, y por la simple operación de revenderla cobra tarifas muy elevadas que suben la cuota de ganancia de su capital invertido hasta más de un 10%. Las puertas para una nacionalización pacífica se encuentran cerradas según el actual contrato, dejando abiertas sólo las de una confiscación.

Un ejemplo más de los métodos y de los resultados de la prepotencia imperialista en el país: en la región sur se han descubierto fabulosos yacimientos de bauxita. Inmediatamente el monopolio imperialista ALCOA hizo las gestiones para su explotación. El pueblo reclamó entonces una explotación nacional y el Gobierno tuvo que adoptar medidas para crear una compañía nacional de explotación de los yacimientos. En vista de la carencia de suficientes recursos financieros propios, el Gobierno solicitó ayuda económica a los Estados Unidos y a otros países capitalistas, pero, por supuesto, como se encontraba de por medio el más poderoso monopolio internacional del aluminio, todas las gestiones fracasaron. Sin embargo, el campo socialista y particularmente Checoslovaquia, ofreció las instalaciones requeridas, la ayuda técnica indispensable y otras condiciones que resultaban necesarias para que el Estado costarricense pudiera explotar en su exclusivo beneficio el mineral. De nuevo se exacerbó la campaña anticomunista, se hizo correr el rumor de que se preparaba un golpe reaccionario, etc., y el Estado terminó por ceder ante la presión de la ALCOA. Lo que pudo ser fuente de fortalecimiento económico y de desarrollo del país, se convirtió en un medio más de sometimiento al capital imperialista estadounidense.

Podríamos seguir dando ejemplos, quizás algunos aún más indignantes, pero los anteriores permiten comprender cómo el imperialismo echa mano a una gran variedad de recursos a fin de impedir a los países atrasados que promuevan eficazmente su desarrollo económico.

III

¿Cuáles son en las presentes condiciones las formas de lucha para superar verdaderamente el atraso económico y conseguir la independencia económica de nuestro país?

Intentemos señalar algunas de las medidas de carácter económico-social indispensables para lograr el avance del país (hay que subrayar una vez más que en estos momentos estas medidas sólo pueden tener éxito dentro de un proceso revolucionario de verdad, pues —como se verá— cualquier medida progresista habrá de afectar los intereses de tal o cual sector de las clases dominantes, de tales o cuales grupos capitalistas de los Estados Unidos).

1) Eliminar las relaciones precapitalistas en el campo y realizar una reforma agraria que entregue las tierras improductivas y latifundarias a los campesinos.

Estas medidas robustecerían de inmediato el mercado interno y le darían un gran respaldo de masas a la revolución, pero naturalmente provocarían un choque con el principal latifundista del país, la United Fruit Company, y con la oligarquía terrateniente.

2) Recuperar la propiedad de los monopolios imperialistas.

Esta medida, por supuesto, le reintegraría a la economía del país parte del capital que le ha sido robado y le permitiría mejorar las posiciones económicas en esa fase de la revolución. Pero elevaría al rojo vivo las contradicciones con el imperialismo.

3) Controlar nacionalmente el comercio exterior para evitar el intercambio inequivalente y las demás odiosas discriminaciones imperialistas.

Estas medidas ampliarían grandemente las perspectivas del desarrollo económico, pero llevarían a un enfrentamiento violento con los monopolios.

4) Establecer una política tributaria con tasas altas y progresivas.

Esta medida permitiría disminuir en cierto grado el poder adquisitivo excedente y reducir el consumo de bienes y servicios no esenciales, como artículos de lujo, viajes de placer al exterior, etc., pero provocaría una resistencia brusca de la gran burguesía.

5) Establecer de inmediato un sistema estricto de control de cambios.

Esta medida evitaría la salida de capitales bajo los rubros de amortizaciones, utilidades, intereses, etc., pero naturalmente provocaría un choque con los inversionistas de capital imperialista y también con poderosos intereses del capital costarricense.

6) Establecer un control de precios y un programa de contracción de gastos no esenciales.

Estas medidas contrarrestarían en gran parte un proceso inflacionista, pero disgustarían enormemente a los grandes comerciantes, a los especuladores y a las clases parasitarias. También a las firmas comerciales extranjeras, por supuesto.

7) Ensachar el sector estatal de la economía. La debilidad del capital privado en nuestro país condicionó el nivel relativamente alto del desarrollo del sector estatal. Hoy día, al sector estatal corresponde el 18% del producto social. La rama básica de la economía costarricense, que es la producción de electricidad, se encuentra en manos de una empresa estatal. Pertenecen también al Estado parte considerable del transporte del país, la industria minera, etc. Entre las instituciones del Estado de carácter autónomo hay que mencionar también el Instituto Nacional de Seguros (los seguros están nacionalizados en Costa Rica), el Instituto Nacional de la Vivienda y Urbanismo, el Instituto Costarricense de Turismo, la Universidad Nacional y la Caja Costarricense del Seguro Social, una de las conquistas más importantes alcanzadas por la clase trabajadora en la tempestuosa década de los años 40.

Costa Rica es el único país capitalista, o uno de los pocos, en que el crédito está nacionalizado. Es así como existe un sistema bancario estatal y no está permitida la existencia de banca privada.

El fortalecimiento de las empresas estatales, autónomas y semiautónomas permite concentrar y utilizar de mejor manera las acumulaciones internas, impulsa el desarrollo de determinadas ramas de la economía que al sector privado no le interesan como fuente de lucro. Cualquiera que sea la vía de desarrollo de la revolución, pacífica o violenta, en un determinado momento, cuando las masas populares tengan que tomar en sus manos las palancas claves del aparato estatal, encontrarían una experiencia administrativa muy valiosa y resortes importantes para encauzar la vida económica del país hacia rumbos de progreso y bienestar. Al mismo tiempo es evidente que el

desarrollo del sector estatal exige una enconada lucha contra los monopolios de EE.UU.

En fin, es claro que una política de desarrollo económico, según estas medidas apuntadas y otras indispensables como la modificación de la estructura industrial, el ensanchamiento del sector estatal de la economía, la renuncia al monocultivo, la ampliación de planes económicos, etc., no puede llevarse a feliz término, según lo dijimos anteriormente, dentro de un proceso «suave». Al revés, el proceso será seguramente muy complejo, muy difícil, irá acompañado de las más agudas explosiones de la lucha de clases.

A nuestro juicio es también evidente otra cosa. **Los imperativos del desarrollo económico y la distribución de las fuerzas de clase en el transcurso de la lucha por conseguir los cambios llamados a abrir camino a este desarrollo, nos plantean importantes problemas ligados a las perspectivas de esta lucha.**

IV

¿Se puede conseguir el desarrollo económico de nuestros países en los marcos de la tradicional revolución democrático-burguesa? ¿A dónde conduce objetivamente la revolución anti-feudal y antiimperialista en unas condiciones en que la lucha de liberación nacional forma parte del proceso revolucionario, determinado y encauzado por el desarrollo de la revolución socialista mundial?

Al responder a estos dos interrogantes hay que tener en cuenta que en las nuevas condiciones históricas la lucha revolucionaria de las masas populares se distingue por su elevado grado de conciencia y de organización. Sus reivindicaciones directas van mucho más lejos de lo que la burguesía quisiera. **Las futuras revoluciones en los países de América Latina no pueden ser revoluciones burguesas que conduzcan hacia un capitalismo desarrollado. El análisis objetivo muestra que marchando por la vía capitalista los pueblos de los países subdesarrollados no podrán alcanzar la verdadera independencia económica, no podrán desprenderse del sistema de la división internacional capitalista del trabajo, dentro de la cual se les condena a ser simples suministradores de materias primas y de productos agrícolas. A nuestro juicio, la única perspectiva real de desarrollar con éxito la lucha por la independencia económica y de superar con rapidez el atraso social y econó-**

mico es la vía socialista. Esta verdad, tan patentemente confirmada por la experiencia de Cuba, debemos esclarecerla con paciente tesón a nuestros aliados.

Dentro del aparato administrativo del Estado costarricense, en los partidos liberales burgueses y pequeñoburgueses ligados al mismo se ha venido observando un fenómeno que debe ser común a muchos otros países latinoamericanos: se definen cada vez con caracteres más nítidos dos corrientes o tendencias. Una de ellas es la que ha sido dominante, que responde a los intereses del capital imperialista y de las clases latifundistas y que sigue el camino de promover un «desarrollo económico» bajo el control de los monopolios imperialistas. Algunos altos representantes de esa corriente incluso han puesto como ejemplo para la América Latina el «adelanto económico» de Puerto Rico, colonia estadounidense en el Caribe. Ciertamente es que la cínica intervención de los Estados Unidos en la República Dominicana ha mitigado ahora sus entusiásticos «sí» a todo lo que viene del Norte.

La otra corriente es bastante heterogénea. Cada vez asume más claramente posiciones antioligárquicas y antiimperialistas, pero con vacilaciones y temores. En los últimos tiempos habla con mayor decisión de la necesidad de establecer relaciones con los países del campo socialista. Incluso ya ha promovido con éxito pasos importantes en ese sentido. Algunos de los integrantes de esa corriente son conscientes de que la vía del desarrollo capitalista no ofrece ya perspectivas firmes para el progreso económico de Costa Rica y de América Latina, y hablan de una vía socialista. Claro que preconizan un socialismo que llaman «democrático», pero en todo caso sus posiciones son evolucionantes y juegan cada vez un papel más positivo. Las realizaciones de la Revolución Cubana y el ejemplo grandioso de la Unión Soviética y demás países socialistas, así como el desarrollo de las luchas populares en Costa Rica y en Latinoamérica, ayudan cada día a radicalizar más a esta corriente.

Sin embargo, al mismo tiempo estos grupos y corrientes ven con cierto recelo el desarrollo de la lucha de los trabajadores, comprendiendo que a medida que se hace mayor esta lucha el pueblo dará en fin de cuentas un verdadero contenido socialista a las instituciones democráticas ya existentes en nuestro país y a las nuevas conquistas democráticas que consiga en el futuro.

Para comprender la verdadera naturaleza del recelo de estos grupos hay que tener en cuenta que sus integrantes son en su

mayor parte de las capas medias de la ciudad y aunque están animados de ideas democráticas y patrióticas, con facilidad se dejan amedrentar por una propaganda habilidosa del imperialismo que intenta —y no sin éxito— suscitar en ellos miedo al futuro, pintándoles fusilamientos y hambre, aplastamiento de la democracia y expropiación de la pequeña propiedad como atributos de la vía socialista de desarrollo.

Naturalmente, la falsedad de semejantes afirmaciones está demostrada por la propia vida, por el desarrollo de la democracia socialista en la Unión Soviética y en otros países del socialismo, por el ejemplo de Cuba.

No obstante, es indispensable una actividad ideológica de nuestro Partido para superar el miedo de las capas medias (y de cierta parte de los trabajadores) al socialismo.

Nuestro Partido, lo mismo que los demás partidos comunistas de la América Latina, no responde, por supuesto, a las afirmaciones subjetivistas de ciertos grupos «ultrarrevolucionarios», diciendo que la tarea inmediata de nuestra lucha es la conquista del Poder por el proletariado y la realización de todo el programa de la revolución socialista. Si así respondiéramos estaríamos olvidando que nos encontramos en las puertas de la revolución antiimperialista y democrática, para cuya victoria es absolutamente necesaria la alianza de todas las fuerzas sociales y políticas interesadas en los objetivos de esa revolución y dispuestas a aceptar métodos apropiados para esa lucha. Como es sabido, los comunistas prestan también una gran atención a buscar las diferentes formas de incorporar a la lucha (o de neutralizar) a aquellos grupos que rechazan los métodos revolucionarios, pero, que, sin embargo, están objetivamente interesados en los resultados de la revolución antiimperialista y democrática.

Sería un error político imperdonable plantear hoy consignas que no responden a la realidad de la lucha en la actual etapa y que lo que harían sería dividir las fuerzas que hoy son capaces de participar en la lucha contra el imperialismo.

Al mismo tiempo la experiencia internacional, y para nosotros los latinoamericanos es de tomar muy en cuenta la experiencia de Cuba, nos enseña que en la época actual la **revolución antiimperialista y antifeudal es, como regla, una premisa y un punto de partida para la vía de desarrollo socialista.**

La burguesía nacional en Cuba demostró no encontrarse en disposición de resolver la mayor parte de las tareas de la revo-

lución democrática y antiimperialista. Es más, como se trataba de la revolución antiimperialista, la burguesía se pronunció contra ella. En consecuencia el desarrollo de la revolución se aceleró. La clase obrera, los intelectuales revolucionarios, el campesinado pobre y los sectores radicales de la pequeña burguesía la llevaron hasta el fin, hasta la transformación socialista de su país. **El desarrollo del proceso revolucionario en Cuba demostró que cuando la lucha contra el imperialismo se conduce en forma resuelta e intransigente, crea las condiciones para el paso rápido a la construcción de la sociedad socialista.** Las vacilaciones en esa lucha ponen en peligro el porvenir de la revolución y pueden conducir a dolorosos retrocesos.

Durante decenios, muchos comunistas de nuestros países ponían demasiado énfasis en la «revolución antifeudal y antiimperialista», y muy poco en la necesidad de prepararse para el paso a la revolución socialista. **Creemos que teniendo en cuenta la situación objetiva existente hoy en el mundo y en América Latina, la labor de educación y de preparación de las masas para la revolución —sea cual sea el carácter de sus primeras etapas— exige de nosotros que presentemos con claridad la perspectiva del socialismo.**

No es un secreto que en América Latina la consigna del socialismo no tiene por ahora la misma fuerza de atracción que en Europa Occidental o en la mayoría de los países liberados de Asia y Africa.

Para que la perspectiva socialista encuentre también aquí el cálido apoyo de los obreros, de los campesinos y de las capas medias es necesario, evidentemente, que comprendan la verdadera correlación entre la independencia nacional, el desarrollo económico, la democracia, la dignidad humana y el socialismo. El camino de la verdadera independencia nacional y de la superación del atraso económico en América Latina apunta al socialismo. Por otra parte, la lucha consecuente por la independencia, la democracia y el progreso social y económico conduce al socialismo. Debemos convencer a las masas —y la propia marcha de la lucha será nuestro mejor aliado— de que esto no es una simple frase, sino el imperativo de una ley objetiva del desarrollo social.

Otro importante aspecto de nuestra labor ideológica es, a nuestro juicio, mostrar a los trabajadores, engañados por la propaganda enemiga, y a nuestros aliados potenciales de las

capas medias en la lucha por el socialismo la auténtica cara del verdadero socialismo. Para resolver con éxito esta tarea debemos apoyarnos en los mejores elementos de las ricas experiencias acumuladas por los pueblos de los países socialistas, y también en la revaloración crítica de diversos aspectos de esas experiencias hecha por los comunistas de dichos países en los últimos diez años. En esta labor nos ayudan sin duda las nuevas conclusiones teóricas de todo el movimiento comunista internacional en lo que se refiere a las vías y a los métodos de la lucha por el socialismo. Nos referimos, concretamente, a la nueva solución de los problemas que se relacionan con la vía pacífica del desarrollo de la revolución y con la ampliación de la base social de la revolución socialista; los comunistas han distinguido mejor el papel que pueden jugar en este proceso las reformas profundas de estructura económico-social; han formulado planteamientos sobre el multipartidismo en la construcción del socialismo; han demostrado que en la construcción de la nueva sociedad existen condiciones para garantizar las libertades democráticas y perfeccionar sus formas; han demostrado también la posibilidad de la existencia de la pequeña propiedad privada, durante un período prolongado, en los marcos de la economía socialista. *Claro es que debemos comprender todos estos problemas y soluciones de acuerdo con la realidad continental y nacional, con las condiciones cambiantes de la lucha.*

A fin de contrarrestar con éxito las constantes afirmaciones de la propaganda enemiga de que el socialismo es «antinacional», «enemigo del espíritu y de las tradiciones del país», etc., nos parece que es muy importante plantear la cuestión sobre las peculiaridades nacionales específicas del futuro desarrollo de nuestro país hacia el socialismo dentro del marco de las leyes regionales y de las leyes generales del proceso revolucionario mundial. La estructura económico-social y política de Costa Rica lleva implícitas diversas particularidades, incluso en comparación con los países vecinos: un nivel más elevado de desarrollo capitalista, una relativa debilidad de la oligarquía latifundista, unas capas medias que forman un conjunto de gran peso numérico y de gran influencia en la vida política y social del país. En la sociedad costarricense están hondamente arraigadas diversas tradiciones democrático-constitucionales. El camino hacia el socialismo en nuestro país tendrá, como es claro, sus propias características y sus propios impulsos, condicionados por estos y otros factores objetivos.

Creemos que en nuestra actividad ideológica no debemos eludir los problemas ligados a la perspectiva socialista concreta. Pensamos que tal planteamiento abierto y claro no nos distraería de la lucha inmediata, de cada día, contra el imperialismo y sus agentes, sino que, por el contrario, la haría más eficaz, la daría objetivos más claros y, en fin de cuentas, la proporcionaría bases para que sea más ofensiva y más unitaria.

A nuestro juicio, precisamente este planteamiento de la cuestión puede convencer a nuestros aliados de que no tratamos de «utilizarles» en «una etapa determinada de la revolución» y después «arrojarles como un limón exprimido» en la siguiente etapa, cuyas vías de desenvolvimiento «silenciamos significativamente...» Al mostrar que el socialismo es la finalidad objetiva de todos los movimientos antiimperialistas y democráticos consecuentes, y no un mérito exclusivo de nuestro Partido (recordemos de nuevo la experiencia de Cuba), contribuimos a ampliar el frente de la lucha de hoy, cooperamos a su mayor eficacia.

Afirmar que el socialismo no es para nosotros el objetivo inmediato es correcto en el sentido de que la revolución en nuestro país comienza como revolución antiimperialista y democrática. Y al mismo tiempo esto necesita una aclaración adicional para no dejar la impresión de que entre una revolución y la otra existe un extenso período, o de que se exagera la diferencia entre estas dos revoluciones. Creemos que en las condiciones concretas de nuestro continente y de nuestra época se trata de dos etapas ligadas, condicionadas entre sí y en cierta medida entrelazadas de un proceso objetivo único y —desde el punto de vista histórico— bastante concentrado en el tiempo. Nos parece, en consecuencia, que limitarse en la lucha ideológica y política a decir que el socialismo no es nuestro objetivo inmediato, indicando que «más tarde o más temprano» también nuestro país llegará al socialismo, es pasar a ocupar una posición defensiva, incluso en caso de que a la vez demos a conocer a las masas las victorias del socialismo en el mundo. *Por supuesto, las amplias masas llegan a luchar por el socialismo a través de su propia experiencia en la lucha de clase y antiimperialista. Ninguna propaganda —por muy amplia y excelente que sea— puede sustituir esa experiencia. Pero sí puede acelerar su asimilación, acabar con los mitos de la propaganda del enemigo, convencer a los vacilantes...*

Es este, por supuesto, un tema delicado. Muchos camaradas tendrán, posiblemente, discrepancias en varios de los planteamientos, pero creemos que un intercambio de opiniones podría darnos una contribución inestimable en la lucha de liberación de nuestros pueblos.

* * *

Nos espera un futuro de grandes luchas y de grandes sacrificios, pero también de grandes éxitos, pleno de felicidad auténtica para todos los pueblos de la Tierra.

Sin unidad de las fuerzas populares no sería posible enfrentar y resolver las históricas tareas que se avecinan en la América Latina.

Estas son tareas que nuestros pueblos se están acostumbrando a ver como metas próximas y realizables, porque sus batallas se desarrollan en una situación de constante fortalecimiento del socialismo y de crecimiento de todas las luchas revolucionarias en el mundo, y ganan a sus filas cada día que pasa a los hombres más honestos, a los más valerosos y a los más amantes de su patria.

REVISTA INTERNACIONAL, N. 8, 1965

¿Se ha hecho más difícil la revolución en América Latina?

JOSE MANUEL FORTUNY

Se ha hecho ya lugar común decir que como antaño a Roma, **hoy todos los caminos conducen al socialismo**, fórmula tan asequible como la de expresar que el contenido fundamental de nuestra época lo constituye el paso del capitalismo al socialismo.

Pero la cita del apotegma no viene al caso para mostrar la inevitabilidad del proceso histórico que el genio de Marx mostró a la humanidad, que por otra parte el tiempo ha confirmado a través de las encrucijadas y complejidades inherentes al desarrollo de la situación internacional, sino para confrontar su sentido literal con la realidad actuante de una región tan vasta —y tan característica— como la de América Latina. *Comprobar si su anunciación se funde ya con la tendencia general que asume el movimiento revolucionario antiimperialista latinoamericano que, desde el triunfo de Cuba, plantea la exigencia del socialismo como inevitable y directa continuidad de la revolución popular de liberación nacional.*

Habría que advertir, no obstante, que quisiéramos emplear el término «camino» no como sinónimo de «vía», sino como **búsqueda de soluciones propias que corresponden a problemas y modalidades de la realidad latinoamericana también propias.** Y aun a la mera investigación rigurosamente científica, y por ello mismo rigurosamente nacional, de nuestra realidad. En este sentido, en mi entender, lo revolucionario y la madurez de cada partido marxista-leninista de la clase obrera, en América Latina, podría medirse por la intensidad y la eficiencia de esa

búsqueda, por la capacidad dialéctica para enfrentarse, percibir y adoptar soluciones que correspondan al resultado de la investigación.

Diversas fuerzas progresistas —y no sólo los comunistas—, cenáculos y élites intelectuales discuten hoy en el Continente las cuestiones cruciales de la «Revolución Latinoamericana», término que está dejando ya de emplearse como recurso verbal para transformarse en posición o en tendencia a convertir la práctica y la teoría del movimiento revolucionario latinoamericano en categoría estratégica. *Este debate abarca toda la gama ideológica del arco iris social y político de Latinoamérica y se ha venido profundizando, yo no diría a medida que se agriaron las divergencias en el movimiento comunista internacional, sino a medida que se fue radicalizando y consolidando la victoria de la Revolución de Cuba, porque fue no solamente su vía táctica, sino en forma principal su rica variedad de enseñanzas de todo tipo, las que animaron la discusión.*

Pretendemos participar de tal inquietud con las opiniones que luego expondremos sobre algunas de las cuestiones más apremiantes, criterios que requieren estudios más profundos y mejor fundamentados.

* * *

Uno de esos diálogos se ha sostenido, el año pasado, en Nueva York entre el escritor mexicano Carlos Fuentes y el sociólogo norteamericano Irving L. Horowitz.¹ Aunque todo el debate tiene interés, ha llamado mi atención principalmente la siguiente apreciación de Horowitz:

«Ahora, por el contrario, el precio de las revoluciones en América Latina se ha ido a las nubes, y es en verdad excepcional el dirigente, el partido o el pueblo que puede hablar ahora de una revolución total en América Latina fuera de Cuba. Ciertamente, la responsabilidad no es de Cuba, pero el hecho escueto de que Cuba sea una minúscula piedrecilla geográfica en un mar de aguas turbulentas, sólo intensifica los dilemas de la revolución moderna, y hace que su mecánica se vuelva más compleja y más difícil. Ahora, los Estados Unidos no dudarán en sofocar inmediatamente cualquier indicio de verdadera independencia.»

Es evidente que Horowitz trató de minimizar el significado político de la Revolución Cubana, pero podríamos responderle

¹ Suplemento del número 597 de la revista mexicana *Siempre*.

que con haber mostrado la posibilidad de una victoria completa sobre el imperialismo y con el hecho extraordinario de estar construyendo el socialismo en América —y por eso mismo— Cuba no es «una piedrecilla en un mar de aguas turbulentas», sino la bandera de la Revolución en América Latina.

Tampoco podemos estar de acuerdo con otras conclusiones de Horowitz, pero sería ingenuo negarle cierto valor profético a sus palabras o decir que no reflejan una parte de la brutal realidad. Es suficiente demostrarlo con la intervención directa de los Estados Unidos en la República Dominicana y el cinismo con que el gobierno de Johnson trató de justificar el desembarco de los «marines». Es muy grueso el «garrote» para poner en duda que es real. Y hay que considerar que no se trataba de inmediato de una revolución «total», sino de reponer al señor Bosch en la presidencia de la República y de restablecer una Constitución pisoteada dos años antes por los militares trujillistas, o como dice Horowitz, de mostrar un «indicio» de independencia.

Es muy probable que, si no se hubiese dado la Revolución de Cuba, al producirse una situación como la que apareció en la República Dominicana, el gobierno de los Estados Unidos habría actuado con menos descaro y brutalidad. Hay que considerar que ese complejo de histeria y de rencor que ha provocado en los círculos imperialistas la Revolución de Cuba, se ha echado encima ahora, con un enorme despliegue de tropas, sobre la pequeña República del Caribe.

Podríamos, en cambio, compartir el criterio expresado por Carlos Fuentes: «El hecho es que después de Cuba, paradójicamente, las revoluciones latinoamericanas se hacen más difíciles pero también más imperativas.» A mi entender, el escritor ha querido decir que en América Latina, tomada en su conjunto como una continentalidad económica y política, se ha creado una situación revolucionaria, y que a partir de la Revolución Cubana esa situación se ha diferenciado cualitativamente de otros períodos anteriores de auge del movimiento revolucionario. No se trata, naturalmente, de afirmar que esa situación revolucionaria exista en cada uno de los países latinoamericanos, pues es evidente que en varios países no ha madurado todavía.

Al hacer esta interpretación, hay que puntualizar que la sola existencia de dicha situación en un país no quiere decir que la revolución estalle; que pueda tener siempre una salida victoriosa en todos los países; que el triunfo de la revolución será

simultáneo en todas partes, que habrá de seguir el mismo camino táctico que en Cuba, o que los revolucionarios deban recurrir sólo a las formas de la insurrección armada.

Recordemos que Lenin, durante la primera guerra mundial, apreciaba que en los países capitalistas beligerantes de Europa se iba a crear una situación revolucionaria y que el estado de crisis económica y política engendrada por la guerra se debía utilizar para la revolución socialista, aprovechando las dificultades que la guerra causa a los gobiernos y el descontento de las masas contra el régimen capitalista de los países en guerra. Pero Lenin no consideraba que debía producirse el triunfo simultáneo de la revolución en todos los países. Fue precisamente el mismo Lenin quien, antes de la Gran Revolución de Octubre, demostraba que la revolución podría vencer al principio en un solo país, tomando en cuenta el desarrollo desigual de las premisas de la revolución socialista en la época del imperialismo.

Sin embargo, contrariamente a lo que ha mostrado la dialéctica del desarrollo histórico, después del triunfo de cada revolución de repercusión mundial siempre ha surgido la tendencia a universalizar su experiencia, a generalizar su camino en los demás países. Lenin demostró que tal tendencia conduce al esquematismo, al simplismo revolucionario. Ha sido necesaria la confrontación indispensable de la especulación con la realidad, de los deseos subjetivos con la vida, en un proceso prolongado y contradictorio, para que el movimiento comunista internacional llegase a estas conclusiones.

Después de la Revolución Socialista de Octubre, el pensamiento revolucionario se orientaba a deducir que todos los países capitalistas de Europa seguirían por el mismo camino en un plazo más o menos breve, que la revolución socialista en esos países repetiría todo lo esencial —incluso las peculiaridades tácticas— de la gran experiencia rusa. El curso de los acontecimientos mostró que no sería así. Ya en 1921 el gran Lenin indicaba que los comunistas no debían «copiar» la táctica del Partido Bolchevique, sino que «analizasen por cuenta propia las causas de su peculiaridad, las condiciones y resultados de esta táctica, aplicando en las condiciones locales no la letra, sino el espíritu, el sentido y las enseñanzas que brinda la experiencia del período 1917—1921». Por desgracia, esta indicación, así como algunas otras advertencias que hizo Lenin por aquella época, no fueron comprendidas en toda su profundidad a lo largo de las dos décadas posteriores. Lo mismo ocurrió, bajo

condiciones distintas por supuesto, en lo que se refiere a Asia y África al culminar victoriosamente la Revolución China, y al triunfo de la Revolución Cubana en lo tocante a la América Latina y otras regiones del mundo.

* * *

Dicho de otra manera, el punto de partida no pueden ser las ilusiones, sino las realidades, para ser fieles a nuestra ideología científica y para no arrojar a las nubes del esquematismo abstracto o a los moldes de un dogmatismo de nuevo cuño, la línea política de las fuerzas revolucionarias. Realidades y realismo, profundidad y exactitud en el análisis, tienen que ser los pilares de esa política y de la acción revolucionaria.

Uno de los aspectos más importantes de la realidad latinoamericana, como lo muestran palpablemente los hechos, es la negativa cerril a cualquier transformación democrática, ya no digamos revolucionaria, de parte de la inmensa mayoría de los gobiernos de las oligarquías dominantes. A esta obstinación se empalma la política agresiva de los Estados Unidos destinada a sostener o instaurar gobiernos de fuerza para impedir la movilización de las masas, y en último término, a intervenir ellos mismos con sus tropas de ocupación. *Este carácter que asume la ofensiva cargada de violencia del enemigo, temeroso de que el auge del movimiento revolucionario pueda culminar en otra revolución como la de Cuba, está creando una situación explosiva que en el momento actual parece no ofrecer otra perspectiva que la de recurrir a la lucha armada contra la violencia de la reacción y del imperialismo norteamericano.*

Salvo en muy pocos países, de los cuales el ejemplo más palpable es Chile, yo no alcanzo a percibir ninguna vía pacífica en el período actual para los demás países latinoamericanos. En Chile concurren varios factores específicos para determinar lo que, a mi juicio, es una situación excepcional, entre ellos el contar con un Partido Comunista al que desde todo punto de vista se le puede llamar partido de masas.

Más debe entenderse que no se pretende dar recetas ni señalar líneas de conducta. Es cuestión de hechos. Si teóricamente cada partido decide la vía a seguir, no es menos cierto que la decisión no depende únicamente de su voluntad, como lo demuestra la línea que aplican ya algunos partidos comunistas latinoamericanos ante el curso represivo que ha tomado la política de los gobiernos reaccionarios y ante la acción agresiva de los Estados Unidos. Es verdad que la acción del pueblo, y

en especial la movilización de las masas trabajadoras, en ciertas condiciones puede imponerle al enemigo un determinado cauce a seguir. Eso depende, en última instancia, de la correlación de fuerzas. *Pero recíprocamente es también el imperialismo y la reacción quienes al emplear la violencia extrema para oponerse a los cambios revolucionarios, nos obligan a decidir nuestra propia vía una vez que se han dado las condiciones para seguirla.*

La brutal agresión a la República Dominicana, sólo con haber puesto otro brochazo violento en el cuadro latinoamericano, podría no dar mayor fuerza a nuestro punto de vista. Mas el asalto a Santo Domingo por las tropas yanquis muestra que la intervención abierta de los Estados Unidos tiene hoy otro carácter, cualitativamente distinto a las anteriores. Ahora el imperialismo norteamericano actúa así para aplastar el movimiento popular ant imperialista y atajar la revolución. Y no es cuestión sólo de la pretendida e ilegítima zona de influencia, sino de que no se altere en lo más mínimo el «statu quo» ni en América Latina ni en ninguna otra parte del mundo. Y precisamente, tomando muy en cuenta la experiencia aleccionadora de la República Dominicana es que hay que considerar, en primer término, que al decidirse por el recurso supremo el pueblo armado tendrá que enfrentarse, en muchos países, irremediablemente a las tropas de los Estados Unidos y a fuerzas punitivas latinoamericanas instrumentadas bajo la batuta de Wáshington.

Más aún, en la mayoría de los países latinoamericanos no solamente la lucha armada, sino las grandes acciones de las masas conducentes a la revolución —independientemente de las formas que adquieran— tendrán que enfrentarse en una o en otra etapa de su desarrollo a las tropas de la reacción de ambas Américas.

La repulsiva «doctrina» del no menos siniestro Thomas Mann, de instaurar gobiernos «duros» en todo el Continente, es la ratificación de la política norteamericana que ha culminado con la intervención abierta en Santo Domingo. Asimismo, la mayoría de los golpes de Estado en Latinoamérica ocurridos después del triunfo de la Revolución de Cuba, presenta como característica común el perseguir la eliminación de regímenes que, a juicio del Pentágono y de los militares nativos, no pueden por su propia debilidad o por la presión de las masas aplastar el descontento y la creciente movilización revolucionaria del pueblo.

Los golpes que derribaron a la junta cívico-militar en El Salvador en 1961, al gobierno de Arosemena en el Ecuador, al de Ydígoras Fuentes en Guatemala, al de Villeda Morales en Honduras y al de Juan Bosch en Santo Domingo, presentan las marcas inconfundibles del temor de las clases dominantes a que se repita una situación que pudiera desembocar en nuevas «revoluciones totales». El golpe militar contra el gobierno democrático y nacionalista de Goulart, en Brasil, es el ejemplo más ilustrativo y el de mayor trascendencia, la cual aún no se ha medido en toda su magnitud. Y ahora nuevamente, en el caso sangrante de Santo Domingo, la política norteamericana se ha mostrado en toda su impúdica infamia. El gobierno norteamericano, una vez que se sirvió del gastado pretexto de proteger a unos ciudadanos de los Estados Unidos que nadie amenazaba, declaró sin tapujos que de lo que se trataba realmente era de impedir «una segunda Cuba».

Lo que hay, asimismo, tras todos esos golpes militares, es la pretensión ilegítima de cerrarle a las fuerzas democráticas y progresistas cualquier vía pacífica de acceso al gobierno, o la obstinación reaccionaria de impedir la realización de importantes reformas, por la vía institucional, que podrían disminuir el poder económico de la oligarquía agraria y los privilegios de los monopolios norteamericanos.

Igual sucede en otros países donde los gobiernos han impuesto la estabilidad de los cementerios. ¿Qué salida democrática pacífica ofrecen los gobiernos de Stroessner en Paraguay, de Duvalier en Haití, de los Somoza —porque son los Somoza quienes siguen gobernando tras la pantalla de Rene Schick— en Nicaragua? ¿Es que en Panamá existe la posibilidad de establecer un gobierno que rescate la soberanía nacional por una vía legal pacífica, tomando en cuenta que su territorio está ocupado por el ejército norteamericano?

En algunos países latinoamericanos ha surgido ya la lucha armada, particularmente en forma de lucha guerrillera, bajo circunstancias distintas, adoptando modalidades diferentes, pero que pueden anudarse con las premisas de una fuente común: el pánico de las clases dominantes a la gran movilización de las masas y a que el estado de ánimo del pueblo tome un camino revolucionario desalojando del poder a la oligarquía.

Convendría detenerse en el caso de Guatemala, que aun no siendo el más típico, puede ilustrar la cuestión.

El 30 de marzo de 1963 el ejército arrojó a Ydígoras Fuentes del poder y se convirtió en el gobernante directo del país. Las

causas del golpe venían acumulándose desde los sucesos de febrero, marzo y abril del año anterior. En febrero de 1962 apareció por primera vez el movimiento guerrillero. Este acontecimiento y el descontento político general determinaron las heroicas jornadas populares de marzo y abril, que pusieron al gobierno de Ydígoras al borde del derrumbe. El pánico a que el movimiento popular cobrara mayor ímpetu y desembocara en un cambio radical de gobierno, hizo retroceder a la oposición de derecha, que trataba de capitalizar para sí el movimiento, y a que tras la intervención de la diplomacia norteamericana Ydígoras nombrara como ministros a los altos jefes del ejército. Para que la institución armada gobernara como tal hacía falta eliminar de la escena al propio Ydígoras Fuentes.

Las elecciones presidenciales estaban fijadas para diciembre de 1963. Todas las fuerzas políticas organizadas, excepto el partido de los comunistas guatemaltecos, postulaban candidatos y se aprestaban para la batalla electoral. La situación era bastante sombría para la reacción en general, cuyos distintos grupos no llegaban a ponerse de acuerdo sobre un candidato común. En cambio, la candidatura del ex-presidente Juan José Arévalo ganaba fuerza por el apoyo que le prestaban importantes fuerzas democráticas. La reacción se veía perdida. El golpe de Estado, previsto acertadamente por el Partido Guatemalteco del Trabajo, puso fin a las ilusiones electorales y abrió otra etapa, cualitativamente nueva, en el proceso político del país.

Días antes del golpe militar de marzo de 1963 habían hecho su aparición nuevamente los destacamentos guerrilleros que desde entonces operan y se consolidan en la parte norte-oriental de la República. Pero este hecho, que sin duda también tuvo influencia en los acontecimientos, no fue el determinante de la acción de los militares. Fue el temor a que se repitiese la situación que prevaleció durante el gobierno de Arévalo, entre 1945 y 1951, el factor decisivo del paso dado por el ejército —con la aprobación y el estímulo del Pentágono— para cerrarle toda vía legal y pacífica a los anhelos del pueblo. Entonces, durante el gobierno de Arévalo, se llevaron a cabo algunas reformas sociales y políticas, mas dentro de los marcos de una revolución democrático-burguesa, y sobre todo, se crearon las premisas para ahondar la revolución en el período del gobierno revolucionario de Arbenz (1951—1954).

Hay que hacer notar, además, que Arévalo había reiterado su posición anticomunista, incluso atacando al gobierno revolu-

cionario de Cuba y pronunciándose abiertamente por la política de Kennedy hacia la América Latina. Se demostraba, pues, que ni aun las reformas que supuestamente persigue la Alianza para el Progreso, de las cuales Arévalo se mostraba partidario, serían toleradas por la reacción guatemalteca y su aparato de represión.

La actitud ante la corriente que representa uno de los llamados «reformistas liberales» de América, como Arévalo, no es la única. El caso se ha repetido con el ex-presidente Juan Bosch de Santo Domingo, a quien los Estados Unidos le pusieron su veto armado con la intervención de los «marines». Más aún, como se sabe, en esta oportunidad, Johnson llegó a declarar que iba a terminar con la «política de la silla mecedora», es decir, con la política de Kennedy hacia la América Latina.

Obsérvese además que al mismo tiempo que se aplicaba la política de la Alianza, paralelamente funcionaba la línea dura del Pentágono y de los grupos más reaccionarios de Washington hasta imponerse con los golpes de Estado.

El 13 de marzo de 1962, refiriéndose a la Alianza para el Progreso, Kennedy dijo en un discurso: *«Aquellos que poseen riquezas y poder en las naciones pobres deben aceptar sus propias responsabilidades. Ellos deben dirigir la lucha por aquellas reformas básicas que son indispensables para preservar la textura de su propia sociedad. Aquellos que hagan imposible la revolución pacífica harán inevitable la revolución violenta.»* *Són las propias palabras del presidente norteamericano asesinado las que podrían definir hoy la situación que prevalece en Guatemala y otros países latinoamericanos.*

La respuesta de las fuerzas revolucionarias guatemaltecas, impuesta como una necesidad, ha sido la insurrección armada que ha tomado la forma de lucha de guerrillas y de ofensiva armada de grupos de resistencia. Esta insurrección es el principio de lo que el Comité Central de nuestro Partido ha definido ya como Guerra Revolucionaria del Pueblo en su reunión plenaria de marzo de este año. En la resolución respectiva el Comité Central subraya que desde abril de 1961 nuestro Partido fundamentó que en las condiciones históricas por las que atraviesa Guatemala «no se puede concebir la posibilidad de la vía pacífica en la lucha por el desplazamiento de las fuerzas reaccionarias del poder, ni por consiguiente, como vía de desarrollo de la Revolución Guatemalteca».

En su resolución de diciembre de 1963, nuestro Comité Central confirmaba que «no existiendo posibilidades de una solución

pacífica de los graves problemas que afectan al pueblo, y ante la negación obstinada de sus derechos políticos y sociales, la lucha armada ha sido un paso obligado y una respuesta adecuada a la obcecación de las clases reaccionarias».

Volvamos a Santo Domingo, y a la fuerza hemos de volver, a causa de las profundas consecuencias que tendrán los acontecimientos, tanto si los vemos como un acto grosero de gendarmería de los Estados Unidos, como si apreciamos la acción decidida y heroica del pueblo dominicano.

La decisión de algunos jefes militares de permitir el acceso del pueblo dominicano a las armas y la rapidez y entusiasmo con que éste respondió al no tan insólito gesto de aquéllos, deben servir para algo más que meditaciones políticas. Lo mismo habría que decir de la prolongada resistencia del pueblo armado a las fuerzas intervencionistas y a las tropas reaccionarias que dejó el trujillato. Mas también hay que ver el nuevo carácter que asume esta intervención norteamericana y ponernos a pensar si el imperialismo yanqui está asimilando más rápidamente que nosotros algunas lecciones de la Revolución Cubana.

Sea como fuere, los sucesos de la República Dominicana, la oposición armada de los mineros de Bolivia a los abusos del gobierno militar, la aparición reciente de focos guerrilleros en el Perú son otros tantos brotes de la situación convulsa que vive la América Latina. **No puede haber duda de que tanto en estos acontecimientos como en las situaciones de Guatemala, Colombia, Venezuela y otros países latinoamericanos, se refleja una crisis de las «capas altas» que ya no pueden seguir gobernando como antes, y una crisis de las «capas bajas» que ya no quieren seguir viviendo como antes. Mientras se agravan a ojos vistas las calamidades de las clases oprimidas, mientras crecen sus necesidades, se producen cambios en el estado de ánimo de las masas y se eleva su actividad. Se aproxima o ya está en curso esa «crisis nacional general» de que hablaba Lenin para hacer posible la revolución.**

* * *

La otra gran realidad, a la que no podemos sustraernos, sino por el contrario investigarla hasta sus orígenes profundos, es el retraso con que marchan las condiciones subjetivas de la revolución, en particular sus vanguardias, los partidos revolucionarios de la clase obrera, las izquierdas y las llamadas «élites» revolucionarias. Y en esto, como se

verá, no se trata solamente de que se hayan intensificado «los dilemas de la revolución moderna» o de que su «mecánica se vuelva más compleja y más difícil», como estima Horowitz, sino de otras causas que vienen de más lejos.

En los últimos diez años la mayoría de los partidos comunistas y otros partidos latinoamericanos de izquierda han acrecentado sus fuerzas, influyen cada vez más entre las masas, han aumentado su capacidad dirigente de vanguardia y avanzan hacia el objetivo de convertirse en una fuerza política nacional de primer orden. La represión policiaca y la ilegalización de la gran mayoría de ellos atestiguan el temor de los gobiernos oligárquicos a su influencia y desarrollo. No obstante lo dicho y a pesar de su abnegación y sacrificio, de sus programas acertados y de su entera consecuencia con los anhelos de la clase obrera y del pueblo en general, se podría decir que la inmensa mayoría de los partidos comunistas de América Latina no ejercen todavía una influencia política constante y eficiente entre las masas fundamentales, unos en extensión, otros en extensión y profundidad.

A esta cuestión ciertamente se le ha prestado mucha atención, pero los análisis han sido a menudo parciales y no suficientemente profundos y autocríticos. A mi juicio, no se ha ahondado bastante en ciertas etapas del desarrollo del movimiento latinoamericano.

Una de ellas comprende la época de la III Internacional que se abre a fines de la década del 20 y el período del culto a la personalidad, cuya influencia se ha hecho sentir por mucho tiempo. La Internacional Comunista ayudó bastante a la formación y desarrollo de una buena porción de partidos comunistas latinoamericanos y de no pocos cuadros dirigentes, probados y capaces. Los hizo fieles al marxismo-leninismo, al internacionalismo proletario, a los intereses nacionales y a los de la clase obrera en cada país. Entonces se forjaron las virtudes fundamentales de los comunistas latinoamericanos.

Pero al mismo tiempo la III Internacional ejerció sobre el movimiento algunas influencias nocivas, semejantes a las que sufrieron los partidos de otras regiones, en particular en el período que va del VI al VII Congresos. Se adoptaban en América Latina generalizaciones muchas veces inaplicables a la realidad nacional y fórmulas concebidas para países de distinto desarrollo económico-social, sin contar con que la inevitable limitación de la independencia de los partidos los forzaba a

adoptar un patrón único de pensar, que es el mejor caldo de cultivo de la estrechez y del dogmatismo. Y es claro que no me refiero a los fundamentos científicos del marxismo-leninismo, a las leyes generales del desarrollo social, ni a nuestra concepción filosófica del mundo. Todo lo negativo repercutió desfavorablemente en las relaciones entre el partido y las masas, estancó su influencia entre las masas, incluida la clase obrera. El VII Congreso de la Internacional Comunista, al promover una nueva concepción creadora de la conducción de las masas hacia la revolución, contribuyó en gran medida a superar el sectarismo y los esquemas anquilosados, abrió nuevas perspectivas ante el movimiento comunista internacional. Pero entonces no se consiguió desarraigar del todo estas deficiencias.

La disolución de la III Internacional hizo independientes desde el punto de vista de organización a los partidos comunistas de cada país, pero no fue bastante para corregir la situación. Subsistió su esencia, contenida en la influencia del culto a la personalidad de Stalin que se proyectó fuera de la Unión Soviética al movimiento comunista internacional. Tal influencia, como se ha venido a poner en claro, era perjudicial, pues provocaba el agarrotamiento del pensamiento marxista-leninista, el reducir a esquemas toda la preciosa y compleja realidad de la vida nacional y la subestimación del buceo propio en lo profundo de la realidad, ya que los oídos estaban más atentos a la opinión suprema del Olimpo revolucionario. Como se sabe, también fue el origen del traslado mecánico de aquellos métodos que contrariaron y deformaron el espíritu leninista de partido o que no eran aptos para adaptar el partido a las peculiaridades nacionales.

Durante un largo período, que comienza, como ya se dijo, finalizando la década del 20 y termina con la sacudida que produjo la Revolución de Cuba, ocurrieron grandes cambios en el mundo y en la corriente general del pensamiento comunista. La América Latina también se transformaba, pero los comunistas de esa parte del mundo, según mi entender, no apreciábamos en todo su valor aquellos ni estos cambios. Las fórmulas, casi siempre no adecuadas a la realidad cambiante, se mantuvieron en esencia inalterables y con el paso de los años adquirieron menos validez. La revisión de tales fórmulas solamente comenzó, según creemos, después del XX Congreso del PCUS.

Mencionaremos algunos ejemplos, advirtiendo que no se pretende ni un estudio analítico ni enumerar todas las concepciones y métodos que estancaron, en la inmensa mayoría de

los países latinoamericanos, las relaciones entre el partido y la clase obrera, entre el partido y las masas.

1. En muchos países latinoamericanos de muy escaso desarrollo industrial se hacían formulaciones sobre el papel teórico y práctico de la clase obrera como si se tratase del proletariado de los países capitalistas desarrollados. La acción organizativa y política se dirigía, a veces exclusivamente, a una *clase obrera urbana muy poco numerosa* y lejos aún de adquirir una madura conciencia de clase por su reciente formación. El esfuerzo se perdía o tenía que desviarse hacia el artesanado de las ciudades que disminuye cada día mientras crecían otras clases.

La consecuencia fue que en esos países se dio no todo el valor del caso al papel de relevante importancia que, a mi juicio, están llamados a jugar ahí *los asalariados del campo*. Este sector de la clase obrera era clasificado sin remedio en la denominación genérica del campesinado y su papel se reducía al de fuerza aliada de la clase obrera, cuando él mismo constituye el sector más explotado de la clase obrera.

No prestándose mucha atención al crecimiento de la clase media y, lo que es más importante aún, a la posición y papel que destacan a la pequeña burguesía radical y a los estudiantes al frente de las luchas democráticas y nacionales, se ha subestimado considerablemente ese papel. En cuanto a la burguesía nacional, con frecuencia hubo bandazos de izquierda a derecha y viceversa, con la consiguiente sobrestimación o subestimación de su papel.

2. Los comunistas hemos introducido la noción general del socialismo en América Latina. La difusión de todos los éxitos y realizaciones admirables de la sociedad soviética y de los demás países socialistas se debe fundamentalmente a los comunistas, pero asimismo, las concepciones y la imaginación sobre el régimen socialista que advendría a la América Latina no iba más allá de la imagen, casi siempre idealizada, de la vida en la Unión Soviética y otros países socialistas. Muchas preguntas nacidas de las inquietudes de la clase media y aun de los trabajadores se respondían con los clichés de costumbre que sólo a los comunistas y a otros cuantos convencían. A las ansias de libertad que se expresan en Latinoamérica por las clases oprimidas y los individuos como tales, a la propaganda anticomunista sobre las anomalías que ocurrían en la Unión Soviética durante la época del culto a la personalidad, todavía hoy no se dan respuestas satisfactorias. *No hemos sabido explicar la*

trabazón dialéctica entre libertad y socialismo, no ponemos bien los puntos sobre las «ies» en cuanto a las realizaciones de la democracia y la libertad en el socialismo que se comenzaron a practicar al iniciarse la corrección de las consecuencias del culto a la personalidad. A mi juicio, no hay esfuerzos suficientes por aplicar el afán investigador y la imaginación a las múltiples y variadas peculiaridades nacionales que encierra el futuro socialista de América Latina.

Estas cuestiones son objeto de interrogaciones aprehensivas de parte de la clase media y aun de muchísimos trabajadores a fin de vencer sus vacilaciones en cuanto al socialismo, porque en mi criterio, no se ha recalcado bastante sobre los errores y fenómenos nocivos a que dio lugar el culto a la personalidad. Incluso me atrevería a decir que no hemos aprovechado como es debido la gran lección del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética.

3. El desempeño del Partido en relación a las demás fuerzas revolucionarias o en el frente único de fuerzas democráticas, el problema de la hegemonía del proletariado en la revolución serían otras tantas interrogantes a darles una respuesta que atraiga a grandes sectores hacia las posiciones de los comunistas.

Lamentablemente muchas veces no se ha distinguido que una cosa es el papel que teóricamente el Partido está llamado a desempeñar como vanguardia de la revolución y otra su papel real en cada situación concreta, que una cosa es la hegemonía teórica de la clase obrera en el proceso revolucionario y otra muy distinta el papel efectivo que está jugando en un momento dado de ese proceso. Otro tanto ocurre respecto a las apreciaciones sobre la fuerza principal de la revolución antiimperialista en aquellos países donde evidentemente la clase obrera no puede todavía actuar como tal.

Una serie de factores objetivos (que también otros partidos y grupos revolucionarios enfrentan en su desarrollo) impiden el aumento de la influencia de los partidos comunistas entre las grandes mayorías de trabajadores de la América Latina. Fundamentalmente son los siguientes: ausencia de libertades democráticas, represiones continuas contra los comunistas (en la actualidad sólo dos partidos comunistas de América Latina actúan legalmente, ejerciendo todos los derechos de los partidos políticos). Y en los últimos tiempos, el surgimiento de grupos aventureros «ultrarrevolucionarios», a veces honradamente radicales, pero con frecuencia provocadores como el grupo

trotskista mexicano infiltrado en el movimiento revolucionario guatemalteco, que atacan sistemáticamente a los partidos comunistas amparándose en algunos temas de las divergencias del movimiento comunista internacional, contribuye a disminuir el prestigio de los comunistas entre el pueblo.

A todo lo anterior hay que sumar el fardo de la propaganda anticomunista de toda laya, la del imperialismo, la de sus agentes locales, la del clero, propaganda que con grosería o con sutileza aprovechó a sus anchas nuestros puntos débiles y ha rodeado de terror los términos socialismo, comunismo y comunistas. Millones de gentes sencillas, que sin saber lo que es el socialismo guardan entre sus anhelos las mismas categorías económicas y morales del socialismo, tiemblan ante esa palabra y se hacen cruces ante el comunismo.

Por supuesto, no podríamos agotar la enunciación de los problemas que sin una salida acertada paralizarán durante bastante tiempo el progreso de la influencia de los comunistas entre las masas, como la posición ante los católicos, la intelectualidad, la creación artística y literaria y otros. A propósito, sería de mucho interés confrontar las apreciaciones hechas por Santiago Alvarez en su artículo de REVISTA INTERNACIONAL sobre las relaciones con los católicos con la situación que se desarrolla en este terreno en América Latina.

Una cosa es cierta, los comunistas latinoamericanos hacen esfuerzos incansables por ligarse a las masas, por acumular fuerzas y convertirse en partidos de gran influencia nacional. En este sentido puede compartirse el punto de vista de William Kashtan, quien refiriéndose al Partido Comunista del Canadá, ha dicho que su partido podría convertirse en una «fuerza nacional real si reacciona a tiempo ante todos los problemas nacionales». «Una secta no puede llegar a ser una fuerza nacional. No lo puede ser tampoco un partido que se limite exclusivamente a la labor propagandística o permanezca inactivo en espera de “tiempos mejores”», añade el mismo Kashtan.

* * *

Con el triunfo de la Revolución de Cuba, a la que algunos califican de «tan poco ortodoxa», se abrió en América Latina una nueva época. Pero la trascendencia universal de este acontecimiento no se refiere sólo al cuadro histórico general y a sus experiencias específicas tan apasionantes.

Lo tan «poco ortodoxo» reviste también la particular importancia de haber sacudido el pensamiento de los partidos y diri-

gentes marxistas-leninistas. Su impacto fue similar, digamos, al que produjo el XX Congreso del PCUS entre los partidos comunistas de Europa.

Lo que el XX Congreso no pudo estremecer en el pensamiento revolucionario, porque no se comprendió entonces por completo su espíritu, lo hizo la Revolución Cubana saliendo de los moldes «ortodoxos». Y si el XX Congreso ayudó extraordinariamente a los comunistas latinoamericanos a valorar con justeza la Revolución Cubana, no menos cierto es que precisamente la Revolución Cubana nos descubrió en toda su profundidad el significado histórico universal del XX Congreso.

Serán un tesoro los estudios y conclusiones científicas que a su tiempo se hagan de la Revolución de Cuba. Entonces tendremos respuestas más concluyentes a la pregunta de por qué la Revolución de Cuba ha tenido tales «astucias» —como decía Lenin—, por qué esta revolución es tan rica de contenido y tan variada de formas. Y tal vez muchas de estas respuestas serán tan sorprendentes como las que ya damos a nuestras inquietudes. Mas, al margen de las suposiciones, habrá que apuntar el hecho de que al echar abajo aquellos esquemas que se tenían por verdades intocables y no eran sino mitos, la experiencia cubana nos aportó a los comunistas latinoamericanos un servicio inestimable.

Es común que se destaque sólo uno de los aspectos de la Revolución Cubana, el de su vía táctica, el de los heroicos combatientes que con las armas en la mano se fueron a la sierra y tras vencer a la tiranía de Batista se dispusieron a cumplir las tareas de su revolución ejemplar. Destacar esa fase es, naturalmente, importantísimo, pero no es menos necesario poner de relieve las otras enseñanzas de Cuba, lo que hay de nuevo en otras experiencias suyas y todos los hallazgos que en el curso de las primeras etapas, y ahora en plena construcción socialista, son una fuente de inspiración creadora.

Mucho de lo nuevo que repunta en la marea revolucionaria y social de América Latina, la búsqueda e investigación de nuestra realidad en el período actual, la marcha por nuevos caminos que se intenta para liberarnos de la sujeción al imperialismo y encarrilarse luego hacia la sociedad socialista, es consecuencia de ese impacto de la Revolución de Cuba.

Sus lecciones nos han enseñado a que cada quien piense mucho más en la realidad propia de su país y de su continente, a que cada partido busque caminos propios, a que cada quien se prepare mejor para las grandes batallas que están por venir,

a que cada uno comience a marchar con sus propios pies y a pensar con su propia cabeza. Los cambios que ya se han operado en el pensamiento revolucionario latinoamericano, en la estrategia y táctica de varios partidos hermanos, en el ánimo de las masas populares, son muy prometedores, y el ladrido con que el imperialismo norteamericano ha respondido al movimiento revolucionario de la República Dominicana revela que «la caravana marcha».

La cuestión de si la revolución socialista debe incluirse entre los objetivos y formulaciones del programa inmediato que se dirige a ciertos medios, aquellos precisamente que se estremecen ante la palabra socialismo, es discutible y de índole táctica. El hecho es que en Cuba la revolución fue obligada por la agresión continua del imperialismo, por el entusiasmo extraordinario de su pueblo, por la correlación de fuerzas favorable al socialismo y por la ayuda de los países socialistas, especialmente de la Unión Soviética, a emprender rápidamente las tareas de la etapa superior, y nada nos induce a pensar que no sería así, dándose los mismos factores, en los demás países latinoamericanos.

Nosotros nos inclinamos a creer que desde ahora debemos poner la revolución socialista, como continuación de la revolución antiimperialista, en la mira de un objetivo no lejano. Desde su III Congreso, el Partido Guatemalteco del Trabajo consideró que «la revolución democrático-nacional y la revolución socialista (en nuestro país) son dos etapas distintas indisolublemente unidas de un movimiento revolucionario único».

* * *

Con decir que la agresividad del imperialismo norteamericano hace más duro el esfuerzo de los revolucionarios o más difícil la revolución, sólo se está exponiendo una cara de la medalla. Pero la otra, la que muestra la creciente movilización y combatividad de las masas y la maduración de la capacidad de los comunistas y otras fuerzas de izquierda, dice que se van a facilitar las tareas revolucionarias, o lo que es lo mismo, según la expresión de Fuentes, que se hará más «imperativa» la revolución.

Cabalmente esta agresividad del imperialismo, que quiere ahogar en sangre la lucha de nuestros pueblos por la liberación nacional, exige una ayuda mutua más efectiva y una unidad más estrecha de todas las fuerzas democráticas y revolucionarias en escala continental y mundial, exige que nos pre-

guntemos una y otra vez si esta solidaridad es hoy tal y como lo requieren el espíritu y las tradiciones del internacionalismo proletario.

Y si «el precio de las revoluciones en América Latina se ha ido a las nubes», como supone Horowitz, al mismo tiempo la experiencia de Cuba nos ha facilitado la tarea abriendo el camino inexplorado del socialismo en América. Cuba ha trazado a grandes rasgos el modelo latinoamericano del socialismo y ha mostrado que América Latina es también un Continente del socialismo. Lo que esto supone para la maduración completa de los partidos comunistas latinoamericanos y hacerlos más aptos para dirigir la revolución, es de inmensa valor. Así no podrán aparecer como excepcionales ni el dirigente, ni el partido, ni el pueblo «que pueden hablar ahora de una revolución total en América Latina».

REVISTA INTERNACIONAL, N. 8, 1965

Problemas de la democracia en el proceso revolucionario de América Latina

PEDRO MOTTA LIMA

Hay actualmente un gran interés por el estudio de los problemas de la democracia en el proceso revolucionario de América Latina. Esto se explica no sólo por la particular importancia que asume en el mundo de nuestros días este continente, envuelto en las llamas de la lucha libertadora, sino también porque precisamente en estos últimos años se han puesto de manifiesto muchos rasgos específicos y originales en los procesos políticos de América Latina. Frente a lo que afirman algunos enemigos del socialismo científico, estos rasgos específicos no niegan, sino al contrario confirman las tesis fundamentales del marxismo-leninismo. Y las confirman, no con la repetición de esquemas inmutables, sino en el curso de la historia, a través de una variedad de formas del desarrollo social.

Encontrándose en un período de extrema agudización de las contradicciones sociales y de creciente maduración de las condiciones para cambios estructurales que facilitarán la emancipación social y nacional, más de 20 naciones latino-indo-afro-americanas hacen frente a problemas fundamentales comunes. Esta comunidad de los problemas fundamentales, a pesar de las numerosas diferencias y peculiaridades geográficas, étnicas, económicas, sociales y políticas, que, por supuesto, no pueden ser ignoradas, es evidente. **Todo esto se refiere en particular también al problema que aquí nos interesa, el de la democracia política en América Latina.**

Los elementos comunes en las estructuras políticas de nuestros países, en el desarrollo de las libertades democráticas en el continente (o, mejor dicho, en la debilidad de este desarrollo) surgieron como resultado de un complejo y largo proceso histórico.

En los orígenes de la sociedad iberoamericana contemporánea está el proceso de conquista y colonización, acompañado de la bárbara destrucción de las civilizaciones autóctonas, de la esclavitud o el exterminio de la población aborígen y de la implantación violenta de un sistema político-social semifeudal, de tipo militarista, basado en los latifundios, en el trabajo de esclavos de los indios y los negros y en la exportación de materias primas a las metrópolis.

Durante más de tres siglos todo estuvo determinado en el continente conquistado por los intereses de los colonizadores; no cabía hablar de la solución de los problemas locales, en particular del mejoramiento de las condiciones de vida de la población nativa y, por tanto, de la creación de condiciones para su desarrollo político y cultural.

Todo esto no podía dejar de provocar la resistencia de la población esclavizada. Son conocidas las numerosas guerras e insurrecciones de las tribus indias, la lucha de guerrillas sostenida por los destacamentos de esclavos negros huidos (su más alta expresión fue la llamada «República de los Palmares» que existió en Brasil durante varias décadas del siglo XVII) y muchas otras manifestaciones de descontento y de protesta de las clases humildes, que abrieron el camino hacia la conquista de los derechos más elementales y, más tarde, hacia la liberación nacional. No obstante, el heroico movimiento por la independencia, que culminó con las guerras victoriosas del primer cuarto del siglo XIX, no asumió en la mayoría de los países de América Latina el carácter de una profunda revolución social, que incorporase a la lucha de clases a las grandes masas de la población (como sucedió, por ejemplo, en la revolución burguesa en Francia). **En esto estriba una de las causas más importantes de que la consecución de la independencia por los países latinoamericanos no fuese acompañada por profundas transformaciones de sus estructuras socio-políticas semifeudales.**

La lucha de las tendencias democráticas y oligárquicas en la vida política de América Latina continuó después de la con-

quista de la independencia por sus países. *Ciertamente, en el siglo XIX prevaleció una segunda tendencia, expresada en la dictadura latinoamericana, de triste fama en todo el mundo: el gobierno tiránico, sangriento, de uno u otro grupo feudal-burocrático, apoyado en las fuerzas armadas (o en parte de ellas) y que hacía tabla rasa de los intereses y de la voluntad del pueblo.* Sin embargo, la implantación de estas dictaduras no fue fácil a las clases dominantes, exigió de ellas no pocos esfuerzos y provocó tempestuosas convulsiones. En el Brasil, después del decenio siguiente a la independencia, la reacción feudal-esclavista recurrió a la forma de gobierno monárquico constitucional bajo la pantalla del «sistema parlamentario de dos partidos», caricatura del inglés. Y aun así, en este período de 50 años en que el poder estuvo en manos de un monarca «constitucional», no hubo ni un lustro en el que no se produjeran insurrecciones armadas, levantamientos en los cuarteles o combates en las calles por la abolición del trabajo esclavista y por la República.

Allí donde a la oligarquía por unas u otras causas no le fue posible imponer su dominio por medio de una dictadura descarada, entró en alianza con el imperialismo inglés, y más tarde, con el norteamericano, para tratar de organizar su sistema de gobierno bajo una aparente y raquílica democracia representativa de tipo presidencialista. (Por cierto que también las dictaduras adoptaban, generalmente, este ropaje oficial).

El único objetivo de las fraudulentas elecciones celebradas de tiempo en tiempo estribaba en distribuir los cargos en el aparato del Estado entre las minorías de representantes de la élite dominante, que se disputaban el Poder en el curso del juego de los dos partidos. A veces este juego lo interrumpían golpes palaciegos o militares. La inmensa mayoría de la población estaba privada del derecho a votar y a ser elegida, bajo el pretexto de la pobreza o del analfabetismo (y lo está hasta ahora en muchos países). El terrateniente, el cura y el general (además, presidente en muchos casos) eran los tres pilares en los que descansaba la tradicional estructura política del continente.

Mientras en Europa Occidental y en Estados Unidos la democracia burguesa, pese a sus limitaciones bien conocidas, era una expresión real de la formación económico-social capitalista, en América Latina las instituciones democráticas burguesas sólo significaban en la inmensa mayoría de los casos una decoración, copiada mecánicamente de modelos extranjeros, y que no expresaban ningunas relaciones sociales reales. Era una fachada sin

casa, una original pantalla, tras la cual se encubría el sistema semifeudal y semicolonial con sus verdaderos organismos de poder. En este sistema, tímidamente, «en la medida de lo posible», trataba de integrarse la naciente burguesía, que en la mayoría de los países del continente no hizo el menor esfuerzo por transformar democráticamente la estructura política. **El surgimiento y desarrollo de elementos de la democracia en nuestro continente obedeció, por regla general, no a la aparición de la burguesía en la escena de la historia, sino al desarrollo del movimiento obrero, a la lucha de la intelectualidad progresista y de su vanguardia, el combativo destacamento de los estudiantes.**

Estos elementos —la existencia de libertades políticas y civiles, de un derecho electoral más o menos democrático, la relativa rareza de los golpes militares, un movimiento sindical desarrollado y legal, la autonomía universitaria, etc.— adquirieron mayor amplitud en países como Uruguay, Chile y Costa Rica, y relativamente menor desarrollo en Argentina, Brasil, Colombia, Cuba, etc. Por supuesto este desarrollo de las instituciones y libertades democráticas en América Latina no puede compararse ni siquiera hoy con lo alcanzado hace ya medio siglo por los trabajadores de Europa Occidental, salvo excepciones.

En algunos países del continente las realizaciones logradas por la vía de la democratización han sido fruto de los movimientos patrióticos y democráticos, de las insurrecciones progresistas, de la lucha de los campesinos por la tierra, de las huelgas generales en grandes ciudades, primeros chispazos de la tormenta revolucionaria que conmovieron a América Latina en la segunda y la tercera década de nuestro siglo. Fueron los años de la revolución mexicana, del movimiento continental por la reforma universitaria, del movimiento de Sandino en Nicaragua, de los levantamientos en Río de Janeiro y San Paulo bajo la dirección de jóvenes oficiales y de la heroica marcha de dos años de la columna de Prestes...

La década siguiente se significó por la incorporación de vastos sectores populares a una lucha política que era ya un reto directo al sistema oligárquico tradicional. Las revoluciones con un carácter social más marcado vienen a sustituir a los pronunciamientos. *La crisis del tradicional sistema político asentado en el poder omnímodo de la oligarquía (sin duda alguna parte de la crisis general de las estructuras tradicionales) por primera vez se puso de manifiesto claramente en los años 30.* Esta crisis estaba ligada tanto con el desarrollo de la lucha po-

lítica de las masas como con la creciente actuación pública de la burguesía.

Aunque en América Latina la burguesía de los países más desarrollados en el sentido industrial intervenía por lo común como aliado, y no como adversario de la jerarquía latifundista, en los años 30 se vio por primera vez en forma evidente su aspiración a resolver las contradicciones de la vida social surgidas a la superficie manteniendo posiciones propias. Al intentar obtener una mayor representación en los parlamentos de tóteres y participar más activamente en la lucha por el reparto de las carteras ministeriales, la burguesía y los intelectuales burgueses se dirigieron por primera vez a otras clases y capas de la población, ante todo en las ciudades. En algunos países los grupos progresistas de la burguesía nacional, no vinculados a los intereses de los latifundistas ni supeditados a los monopolios imperialistas, se sumaron a la reivindicación de reformas agrarias, a la resistencia a los actos de los monopolios imperialistas. Esta línea de la burguesía nacional se expresó más claramente por aquellos años en México, Brasil, Chile y, en cierto grado, en algunos otros países.

En Brasil, bajo la dirección de estos círculos de la burguesía sobrevino la sublevación que acabó con la vieja república de elecciones fraudulentas, de desenfrenada corrupción y de incondicional sometimiento al imperialismo. *«Haremos la revolución antes de que la haga el pueblo»:* esta fue la consigna del movimiento nacionalista burgués encabezado por Getulio Vargas. La burguesía que antes no había hecho el menor esfuerzo para organizar la lucha democrática contra la oligarquía semi-feudal, intentaba entonces presentarse como depositaria de las transformaciones revolucionarias. Es indudable que en los años 30 y 40 algunos líderes nacionalistas burgueses, ante todo Vargas y Perón, supieron ganar a ciertos sectores —en primer lugar «jóvenes»— de la clase obrera (al mismo tiempo que perseguían a su vanguardia) y realizaron en la esfera de la legislación social importantes reformas por la que hacía tiempo que luchaban los trabajadores (el derecho a la constitución de organizaciones sindicales, la prohibición de los despidos, una mejora considerable de la seguridad social). Por entonces en Brasil se adoptaron algunas medidas en defensa de los intereses nacionales y de la industria, se aceleró el desarrollo del capitalismo de Estado en las ramas de la economía que exigían grandes inversiones y que durante largo tiempo no reportaban cuantiosas ganancias:

Al mismo tiempo, el reformismo nacionalista burgués del tipo Perón-Vargas (en los países en que se produjo este fenómeno) no se fundió con el movimiento por la democratización de la vida política. Al contrario, los representantes de esta tendencia consideraban que el mejor método para asegurar el «desarrollo independiente» y mantener su dominio era crear un «poder fuerte». Apoyándose en las tradiciones del caudillismo, tan difundidas y arraigadas en nuestro continente, intentaron formar un Estado paternalista-autoritario, y con este fin limitar más aún y desprestigiar las instituciones representativas de la democracia: el Parlamento, los partidos, las libertades políticas, una opinión pública independiente.

La vieja desconfianza de las masas en la seudodemocracia y en un sistema «representativo» fraudulento facilitó la tarea a los gobiernos paternalistas. La circunstancia de que la dirección nacionalista burguesa, incluso en sus mejores tiempos, se mostró orgánicamente incapaz de combinar cierto aporte al progreso social con la democratización fue una importante fuente de la debilidad de los correspondientes regímenes y, al mismo tiempo, debilitó el movimiento democrático en el continente. Las profundas consecuencias de esta contradicción siguen ejerciendo hasta ahora un efecto negativo en el desarrollo del movimiento de liberación.

Por desgracia este complejo período histórico coincidió en gran medida con *accesos de sectarismo en el movimiento comunista internacional*. La crítica a la democracia burguesa, a sus libertades y a los sistemas electorales vigentes tenía un carácter propagandístico y frecuentemente se realizaba de tal modo que no servía a los propósitos de educación revolucionaria de las masas. Contribuía en gran parte a acrecentar la desconfianza del pueblo en la *esencia misma* (y no en el carácter restringido) de las instituciones criticadas. Esto facilitaba la penetración de la demagogia antidemocrática de los caudillos paternalistas en la conciencia de las masas que empezaban a despertar a la actividad política. Al mismo tiempo, y esto no era menos peligroso, se cometieron una serie de errores sectarios en orden a las tendencias y a los gobiernos de reformismo autoritario, en particular en orden a las organizaciones de masas vinculadas con ellos.

Como se señala, por ejemplo, en el Partido Comunista Brasileño, las posiciones sectarias a comienzos de los años 30 causaron un gran perjuicio a la unidad de la clase obrera y a la acción común de las fuerzas progresistas, impidieron una par-

ticipación más efectiva del proletariado y de su vanguardia en la lucha política, imposibilitaron la lucha legal por la hegemonía y por un papel más positivo de la clase obrera en estos combates y en las conquistas alcanzadas. Precisamente por eso el movimiento no salió del marco de las limitaciones y de la inconsecuencia propias de la burguesía y no creó estímulos para la lucha por nuevos avances, por la realización de radicales reformas de estructura, por una profunda democratización de nuestros países.

Los dirigentes de las dictaduras nacionalistas-reformistas respondían a la crítica y a la oposición de los comunistas no sólo con medidas represivas y con asesinatos. Lo más peligroso era su intento de presentarnos como «adversarios de las reformas que beneficiaban al pueblo» e incluso como «aliados de la oligarquía» y «agentes del imperialismo».

Tan sólo después del VII Congreso de la Internacional Comunista empezó en nuestras filas la lucha contra el sectarismo.

El movimiento mundial antifascista de mediados de la década del 30 condujo a un nuevo ascenso del espíritu democrático de las masas en América Latina. Tuvieron una poderosa repercusión en el continente la guerra nacional revolucionaria del pueblo español y la combativa solidaridad con él, solidaridad que fue organizada e impulsada por el movimiento comunista internacional. La lucha heroica del pueblo soviético contra el fascismo y la victoria de los países de la coalición antihitleriana en la segunda guerra mundial acentuaron aún más esta tendencia. Los años de la guerra antifascista y los primeros años de posguerra fueron marcados por grandes éxitos del movimiento democrático en nuestro continente. En una serie de países (Guatemala, Argentina, Venezuela, Ecuador y Bolivia) la oligarquía fue desplazada en mayor o menor grado del Poder.

Pero al final de los años 40 en muchos partidos comunistas se acentuó nuevamente la tendencia a una crítica unilateral de las instituciones democrático-burguesas, la tendencia a subestimar las conquistas democráticas alcanzadas y las posibilidades de avanzar por este camino. La falta de claridad en muchos partidos comunistas latinoamericanos sobre los objetivos tácticos concretos, sobre el enemigo principal, contra el cual había que unir a todas las clases y capas fundamentales de la población para la lucha nacional y democrática, jugó su papel en la agudización de las divergencias entre los comunistas y los reformistas de diferentes matices (sobre todo allí donde

estos últimos participaban en el Gobierno). Debido a esto en algunos países surgieron serias dificultades para la unidad de la clase obrera y para la formación de un amplio frente único ant imperialista y antioligárquico.

A la vez el imperialismo emprendió la contraofensiva. A los latifundistas y a los grupos reaccionarios del ejército se unió una parte considerable de la burguesía, asustada por el desarrollo del movimiento popular. Enarbolando la bandera de la «lucha contra el comunismo», la oligarquía calculaba restablecer por medio de golpes militares de tipo tradicional su poder absoluto, dar marcha atrás al proceso de democratización. En los países donde la crisis de la oligarquía local fue tan lejos que incapacitó a ésta para asumir ella sola la responsabilidad del gobierno, el imperialismo instaló en el Poder a sus principales fantoches, como Batista en Cuba, Morinigo y Stroessner en Paraguay, Castillo Armas en Guatemala.

Es indudable que el factor decisivo en el reflujo de la ola revolucionaria a finales de los años 40 y comienzo de los 50 (los jalones principales del mismo fueron la invasión de los mercenarios en Costa Rica, la implantación de dictaduras militares en Venezuela, Perú y Cuba y el aplastamiento de la revolución en Guatemala) es, entre otras causas objetivas, el fortalecimiento temporal de las posiciones del imperialismo, que ha desencadenado la guerra fría, y la correspondiente reactivación de las fuerzas de la reacción interior. Al mismo tiempo sería un error ocultar o minimizar el influjo negativo que ejercieron entonces las posiciones y los métodos sectarios, que, a nuestro juicio, eran consecuencia (sobre todo en el Brasil) del nuevo auge de los métodos y del estilo inherentes al sistema del culto de la personalidad en algunos de nuestros partidos.

A mediados de los años 50 se inició una nueva etapa en el desarrollo del proceso revolucionario en América Latina, en la lucha por la democracia en el continente.

II

En los últimos años, la situación en el continente se caracteriza, de un lado, por el aumento de la agresividad del imperialismo yanqui (como ejemplo de ello pueden servir los incidentes de Panamá y la intervención aún más cínica de EE.UU. en la República Dominicana) y por una contraofensiva de la reacción. De otro lado es más insistente cada día la lucha de las masas por conquistar y ampliar las libertades democráticas,

por la independencia nacional y el progreso social, su lucha en defensa de los pueblos y países que son la vanguardia de nuestro movimiento general. A la luz de los magníficos éxitos de la Revolución Cubana, libro abierto ante los ojos de los pueblos hermanos, la lucha revolucionaria adquiere en América Latina formas nuevas y un nuevo contenido.

¿Cuáles son el lugar específico y las tareas específicas de la lucha por la democracia política en el desarrollo del proceso revolucionario en nuestro continente?

El problema central, del que dependen todos los demás, para la inmensa mayoría de los países latinoamericanos en la presente etapa es la liquidación de la vieja superestructura política y jurídico-social. Para la lucha victoriosa por este gran objetivo revolucionario, cuya realización es imposible alcanzar sin el derrocamiento de las dictaduras ostensibles o más o menos disimuladas, es necesario crear el más amplio frente único opositor, que comprenda incluso a los sectores de la oligarquía no ligados directamente con el grupo gobernante. Pero lo principal, la condición del éxito, de la fuerza, profundidad e ineluctabilidad del proceso revolucionario estriba en que las masas trabajadoras fundamentales se incorporen de manera consciente y con entusiasmo a la lucha por la realización de los ideales progresistas. Los revolucionarios latinoamericanos y, ante todo, los comunistas comprenden que las victorias y los éxitos tanto en la lucha no armada como en la lucha armada contra el imperialismo y la reacción interna dependen de la organización de un extenso movimiento de masas. **La organización de las amplias masas para la lucha presupone la utilización de los elementos necesarios de una democracia efectiva, ante todo de instituciones democráticas, las libertades, los partidos, los sindicatos, etc.**

Hoy el movimiento democrático en América Latina crece y se fortalece. Su influencia es mayor en países como Uruguay y Chile. La observancia de las normas constitucionales se asegura en ellos por el vigor del movimiento obrero, por un arraigado sentimiento popular de libertad y legalidad democrática y por una tradición de vida constitucional con raras y cortas interrupciones en nuestro siglo. En la Argentina, la organización del proletariado, a pesar de las incomprensiones de ciertos dirigentes sindicales, que se oponen a la unidad del movimiento obrero, va resistiendo, a través de tres décadas, los golpes de la reacción y lucha heroicamente por el restablecimiento y el desarrollo de la democracia. Como señalan los co-

munistas, la tarea principal de la lucha democrática en estos países consiste en agrupar a las más amplias fuerzas a fin de debilitar paso a paso las posiciones de los grupos oligárquicos, reaccionarios, y crear un poderoso dique que cierre el camino a los golpes militares contrarrevolucionarios organizados por la reacción interior, la CIA, el FBI y el Pentágono.

En Brasil los reaccionarios que organizaron el golpe militar de abril de 1964 no han podido dividir el movimiento sindical ni el estudiantil. Sectores cada vez más amplios del pueblo brasileño, a pesar de las medidas de represión (que se alternan con algunas concesiones), reclaman la restauración de las libertades democráticas, la amnistía general, las elecciones en los estados y en los municipios en los plazos previstos por la ley. Se extiende la exigencia de supresión de la dictadura y de constitución de un gobierno apoyado en el pueblo, que convoque elecciones libres para la presidencia de la República. En estos momentos la lucha por las libertades democráticas es el eslabón principal del proceso revolucionario en el país.

Los últimos acontecimientos en América Latina (particularmente en Bolivia, Ecuador y Colombia) han mostrado una vez más con toda evidencia el vigor y el alcance de la lucha por la democracia en el proceso revolucionario.

Esto se ha puesto de manifiesto con particular claridad en la República Dominicana. Precisamente el restablecimiento de la democracia ha sido el lema de la insurrección popular. Derrocada la dictadura al servicio del imperialismo y de la oligarquía, las masas han restablecido por las armas las instituciones democráticas. El imperialismo norteamericano se apresuró a desembarcar en la República Dominicana decenas de miles de soldados. Sin embargo, la superioridad del enemigo no intimidó a las fuerzas populares, que proclamaron valerosamente su firme propósito de defender las libertades e instituciones democráticas, la soberanía nacional y el derecho a la autodeterminación. En América Latina y en todo el mundo se levantó un clamor de protesta y de solidaridad. Y el enemigo no ha podido valerse de su superioridad en armas para imponer su voluntad al pueblo dominicano. Ha tenido que maniobrar, que aceptar las negociaciones. Esto constituye una gran derrota moral y política del «gran garrote», de la política de intervenciones descaradas y de desembarcos de los «marines» norteamericanos.

La experiencia de la lucha revolucionaria en Cuba y Guatemala, en Brasil y Colombia, en Venezuela y la República Dominicana muestra que en los países de América Latina la lucha

por la libertad y la democracia contra las reaccionarias dictaduras proimperialistas o las tentativas de golpes reaccionarios son —empleando la expresión de Marx— el punto inicial de la revolución, la exigencia inicial más importante de la revolución, capaz de unir y movilizar el más amplio frente de las fuerzas políticas y sociales. Precisamente esta es la situación que caracteriza también hoy a la mayoría de los países latinoamericanos.

Sin embargo, esta misma experiencia ha hecho ver que en América Latina (y en otros países con condiciones semejantes) el sucesivo desarrollo de la revolución crea en muchos casos serios obstáculos en la vía de su relativamente rápida e indolora institucionalización democrática. Esto se explica no solamente por un desarrollo insuficiente de las tradiciones democráticas y por una debilidad relativa de las tradiciones democrático-constitucionales (las causas de este hecho las explicamos más arriba), sino también por otros factores.

En las condiciones específicas de América Latina la lucha revolucionaria contra el imperialismo es, en mayor grado que en muchos países de Asia y Africa, una lucha de clases, más bien que un movimiento nacional. Los agudos choques de clase son inevitables en todas las etapas de la revolución latinoamericana. Sería extraordinariamente peligroso valorar erróneamente la fuerza y el carácter de la resistencia de la reacción interior en nuestro continente.

En la actualidad los revolucionarios latinoamericanos tienen fija también su atención en las crecientes dificultades de la lucha contra el enemigo exterior, contra el imperialismo de Estados Unidos. Las peculiaridades de la situación geográfica, los grandes intereses de los monopolios extranjeros que operan en los países del continente y la gran importancia estratégica que el Pentágono concede a América Latina, todo ello, en su conjunto, hace aquí más complejas las condiciones externas de la lucha revolucionaria que en Asia y Africa, y en cierto sentido, que en Europa Occidental.

Por eso, inmediatamente después del derrocamiento del poder antinacional y antipopular, la tarea más importante es la de luchar contra la amenaza inmediata de contraofensiva de la reacción, apoyada en la ayuda de Estados Unidos. El peligro constante de contrarrevolución (y si se tiene en cuenta las tradiciones latinoamericanas y la presente correlación de fuerzas en nuestros países, esto, como regla, constituye un peligro de

contrarrevolución armada) exige de los revolucionarios que se preste fundamental atención a demoler todos sus puntos de apoyo, es decir, a destruir parte considerable del viejo aparato político (en primer lugar el represivo). La experiencia ha demostrado que la reacción intenta frecuentemente utilizar las institucionesseudodemocráticas e incluso algunas exigencias democráticas como pantalla para preparar provocaciones contrarrevolucionarias.

En ciertos casos, en determinadas etapas de la revolución (como mostró la experiencia de Guatemala, Costa Rica, Bolivia, Brasil y fundamentalmente Cuba) surge la necesidad de adoptar urgentemente medidas restrictivas respecto a algunas libertades y que van dirigidas directamente contra los grupos políticos hostiles al poder revolucionario y a las transformaciones revolucionarias. Estos momentos de duda o las tentativas de demorar la solución de los problemas fundamentales de la revolución con miras a una rápida «institucionalización» conducen con frecuencia a «pérdidas de ritmo», a descabros. Esto es tanto más exacto porque inmediatamente después de las primeras victorias de la revolución y de su consolidación inicial, se formula objetivamente, en primer plano, el problema de realizar transformaciones económicas y sociales urgentes: reforma agraria, medidas de nacionalización y reorganización de la producción, mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, etc.

Sobre el ritmo de creación de las nuevas instituciones democráticas influye a veces otra tarea difícilísima, que se plantea objetivamente en nuestros países después del derrocamiento de los gobiernos proimperialistas y oligárquicos, tarea tendente a dar rápido impulso a la causa revolucionaria en unas condiciones en que es preciso en breve plazo, apoyándose fundamentalmente en los recursos internos (completados con la ayuda de los países socialistas) y venciendo el bloque imperialista, resolver el problema del subdesarrollo y realizar un salto al siglo XX.

Hay que subrayar que, cualesquiera que sean sus formas, la revolución es profundamente democrática por su contenido si destruye las bases del sistema oligárquico y crea premisas para establecer una sociedad de justicia e igualdad. Por su forma, el poder revolucionario puede aplicarse en este período de transición a través de los comités de frente único y otras organizaciones políticas del bloque de fuerzas pertenecientes al frente nacional democrático.

¿Significa lo dicho que los problemas de la democracia política pierden todo su significado independiente en el período de desarrollo y profundización de la revolución, que no exigen atención, que se resuelven a medida que se resuelvan los restantes problemas de la revolución? La experiencia del movimiento revolucionario permite, así nos parece, responder a esta pregunta de forma negativa.

La falta de observancia de las normas democráticas revolucionarias o el carácter restringido y formal de la democratización crean serios peligros para el movimiento revolucionario y sus cuadros dirigentes.

Esto representa, sobre todo, el peligro de que se restrinja la base social de la revolución a costa de que se desgajen aquellos grupos especialmente sensibles a los problemas de las formas de la democracia (intelectuales, capas medias, etc.). Una consecuencia aún más peligrosa de la subestimación del significado de la democratización es el apartamiento de la dirección política de las masas, y a veces la pérdida completa de contacto entre aquella y éstas, la subida al poder de demagogos y la degeneración burocrático-burguesa de la revolución. Un triste ejemplo de esto es, entre otros, la historia de la revolución mexicana, la gloriosa precursora de las revoluciones latinoamericanas del siglo XX.

En fin de cuentas, como ha mostrado la historia (y en particular la experiencia de los últimos quince años en Bolivia) en este caso se crea el peligro de que sea derrotada la revolución, bien como resultado de la degradación interna, bien a consecuencia de la presión exterior, y a veces, de la descarada intervención imperialista.

Esta es la razón de que para los nuevos Estados que comienzan a desarrollarse por la senda no capitalista y para los países que, como los nuestros, se encuentran en los umbrales de la revolución popular, antiimperialista y democrática, se plante con tanta agudeza el problema de elaborar y poner en práctica ulteriormente un positivo programa de democratización, una alternativa democrática.

Comprendiendo la enorme importancia de este problema, los partidos comunistas de nuestro continente elaboran para sus pueblos, junto con las demás fuerzas del frente único, un programa concreto de creación y desarrollo de las instituciones políticas y jurídicas de la naciente sociedad.

En este sentido es preciso tener en cuenta no sólo la experiencia del movimiento revolucionario en los países de América

Latina, sino también la experiencia de todos los partidos comunistas y sobre todo de los partidos hermanos del campo socialista. Las lecciones de la revolución socialista y de la construcción del socialismo en la URSS, así como en los países de democracia popular, tienen un gran valor para todos los comunistas, para todos los revolucionarios del mundo. Al mismo tiempo, no sólo debemos aprovechar los numerosos momentos positivos de esta experiencia, sino también tomar en consideración los fenómenos negativos que tuvieron lugar en el sistema político de la nueva sociedad durante los años del culto de la personalidad. La infracción de la legalidad socialista, la arbitrariedad y otros fenómenos que alteran las relaciones justas entre la dirección y las masas, no sólo han asestado un daño directo a los países socialistas, sino que también han debilitado los vínculos de los partidos comunistas de los países capitalistas con los trabajadores y el pueblo. Utilizando al máximo los fenómenos ligados al culto de la personalidad, la propaganda reaccionaria trató de crear en las masas la impresión de que las ventajas materiales del socialismo estaban condicionadas por la «renuncia a las libertades más elementales» y a las conquistas democráticas alcanzadas por los trabajadores en una cruenta lucha en las formaciones sociales precedentes. El histórico XX Congreso del PCUS ha creado premisas necesarias para una lucha contra esta propaganda, para una identificación plena de la democracia y del socialismo en la conciencia de las masas.

Pero a pesar de que los principios y normas democráticos marxistas-leninistas se restablecen por doquier después de las resoluciones del XX Congreso del PCUS y en consonancia con los documentos de las Conferencias de 1957 y 1960; a pesar de que cada éxito en el actual desarrollo de la democracia socialista en la URSS y en los países del Este de Europa ejerce una benéfica influencia en la situación política de nuestros países; a pesar de que los esfuerzos autocríticos encauzados a corregir las faltas son una prueba más de la superioridad de la democracia socialista sobre la democracia burguesa; a pesar de que los partidos comunistas, por su propia misión, tienen un carácter más democrático que cualquier partido burgués o reformista, a pesar de todo esto, aún no se han reconciliado totalmente con nosotros algunos círculos progresistas sinceramente conmovidos por las violaciones de los principios democráticos y por las serias consecuencias de las mismas. Esto explica parcialmente las dificultades que surgen de vez en cuando en las relaciones con algunos grupos de intelectuales y de las capas me-

dias. Debemos tener en cuenta que en América Latina, tal vez más que en cualquiera otra parte del mundo, la acusación contra los comunistas de que son partidarios de los métodos de dirección totalitarios y antidemocráticos es el argumento central, no siempre infructífero, de la sistemática propaganda anticomunista.

Tanto en el plano de la lucha contra el anticomunismo como para el desarrollo de los elementos reales de la democracia en nuestros países y en nuestras revoluciones, revisten enorme importancia las medidas conducentes a la ulterior democratización de nuestros partidos, tomadas a la luz de las ideas y de la experiencia del XX Congreso del PCUS. Como es notorio —a despecho de las calumnias de unos y de las esperanzas de otros— no se trata de la revisión de la doctrina leninista sobre el Partido; por el contrario, los esfuerzos están concentrados en el restablecimiento de los verdaderos métodos y normas leninistas. Se trata de respetar la democracia interna del Partido, la igualdad de todos sus militantes dentro de una necesaria disciplina, idéntica para los militantes y para los dirigentes, de una disciplina que presupone el cumplimiento de las decisiones adoptadas, la subordinación de los organismos inferiores a los superiores con el riguroso control de los órganos ejecutivos por los órganos colegiados de los que son mandatarios. Se trata de observar estrictamente la práctica de la dirección colectiva. En pocas palabras, se trata de restablecer el verdadero centralismo democrático, bajo el cual la autoridad y la eficacia de los organismos dirigentes de todos los escalones están basadas en la soberanía de los congresos y de las conferencias. **La amplia discusión y asimilación de la valerosa y leninista experiencia autocrítica del XX Congreso del PCUS ha influido benéficamente sobre el movimiento comunista de América Latina y de todo el mundo.**

Ahí donde se prestó más atención a la autocrítica y a la corrección de los errores cometidos en el seno del destacamento de vanguardia de la clase obrera, se alcanzaron con más rapidez grandes éxitos en la lucha por la unidad del movimiento obrero y la cohesión de las fuerzas democráticas y revolucionarias. En el decenio transcurrido hemos acumulado una experiencia considerable que nos permite comprender mejor las múltiples formas de acciones conjuntas, de acuerdos y alianzas, a despecho de la existencia de divergencias orgánicas, ideológicas y políticas.

En unas condiciones en que se restablece la democracia inter-

na en los partidos comunistas y en que la crítica y la autocrítica no es frenada ni castigada, para los dirigentes de las masas se ha hecho más evidente la posibilidad y legitimidad de que existan diversas opiniones en el terreno económico, político e ideológico, con la particularidad de que sobre los comunistas recae una mayor responsabilidad, ya que tienen que procurar que no sean tergiversados los principios revolucionarios generales. La lucha sana de las ideas, que presupone métodos honestos de polémica, debe ser realizada no de forma abstracta, sino aplicada a la realidad concreta con el fin de unir y no de dividir, de intensificar las acciones conjuntas y no de debilitarlas. Esta línea democrática, contraria a los métodos autoritarios y arbitrarios, ha mostrado plenamente su eficacia, por ejemplo, al desenmascarar a toda clase de elementos fraccionalistas, demagogos, oportunistas y divisionistas.

III

No sólo la experiencia de los partidos hermanos, y no sólo las lecciones de los reveses de las revoluciones latinoamericanas, sino que también ahora los aspectos prácticos positivos del movimiento emancipador en América Latina muestran la necesidad y la posibilidad de asegurar el desarrollo de la democracia en cada etapa de la revolución.

En este sentido reviste enorme alcance el ejemplo de la Revolución Cubana. Como es sabido, en Cuba el Poder lo ejerce el pueblo en armas, con el que están en estrecha y constante vinculación los dirigentes revolucionarios. Se trata de una forma de democracia directa, que ha reemplazado a la sangrienta dictadura proimperialista, así como a la seudodemocracia, farisaica, vendida hasta la médula, completamente desprestigiada ante las masas.

El desarrollo del poder popular en Cuba ejerce un profundo influjo en los países de América Latina. Este hecho se explica no sólo por la gran importancia que tienen las conquistas materiales y culturales alcanzadas ya por los cubanos para millones y millones de hombres y mujeres que viven en una situación de pavorosa miseria, en una sociedad erigida sobre la desigualdad económica y la injusticia social manifiestas. Se explica también porque los latinoamericanos progresistas ven en el nuevo modo de vida en Cuba la encarnación de los más elevados ideales humanos y comprenden que el sistema político y social existente en Cuba ofrece al pueblo la posibilidad real

de superar en breve plazo las dificultades heredadas del pasado o que son consecuencia del bloqueo y de la presión del imperialismo yanqui.

A pesar de muchos rasgos específicos, Cuba no es una excepción de las reglas generales del desarrollo socialista. Por el contrario sus conquistas democráticas, los métodos y normas de su vida política responden a principios que en ningún caso deben ser violados por el Estado socialista y que en los últimos años han encontrado expresión en las resoluciones del XX Congreso del PCUS y en los documentos de las Conferencias de 1957 y 1960.

El XX y el XXII congresos del PCUS condenaron ciertos métodos de dirección política que habían tenido lugar en el período del culto a la personalidad. Sin embargo, en algunas personas ha surgido esta duda: «¿Acaso se puede resolver el problema de la democracia en el período de la construcción del socialismo con métodos distintos?» Los ideólogos burgueses, por una parte, y algunos dogmáticos, por otra, se apresuran a declarar: «No, no se puede». En cambio nosotros damos una respuesta afirmativa. Y esta respuesta la confirman a los pueblos de América Latina nuestros hermanos cubanos con su práctica revolucionaria.

El hecho de que la Revolución Cubana haya sido la primera revolución socialista que ha triunfado después del XX Congreso del PCUS y la primera revolución socialista en nuestro continente, hace que sus lecciones sean tan evidentes, accesibles y convincentes para nuestros pueblos.

Un rasgo distintivo e indeleble de la vida política de la Cuba de hoy es que las relaciones entre los dirigentes y las masas revolucionarias están determinadas por normas leninistas. El ardiente entusiasmo, la fe sin límites, pero no ciega, del pueblo cubano en sus dirigentes proviene en gran medida de un profundo democratismo leninista, de la sinceridad y el desinterés de los jefes de la revolución. En Cuba se ha declarado la guerra, por una parte, a las manifestaciones de sectarismo «honesto» que subjetivamente quiere el éxito de la revolución, pero que no cree en la capacidad creadora de las masas, que teme que «las masas lo estropeen todo», y por otra parte, a la hipocresía, al burocratismo, al arribismo, que se oculta tras la careta de una obediencia incondicional, a la suplantación del trabajo educativo y de esclarecimiento por la intolerancia y los métodos de ordeno y mando; **en una palabra, se ha declarado la guerra a todo lo que puede conducir a la separación entre los ciudadanos y su gobierno, a la ruptura entre la verdad de la ca-**

lle y la verdad de los periódicos, se ha declarado la guerra a todo lo que socava la iniciativa revolucionaria de las masas y quebranta en el pueblo la seguridad de ser el dueño de sus destinos.

Todo esto contribuye a elevar el grado de conciencia y la responsabilidad del pueblo con respecto al Poder, y al mismo tiempo la comprensión (dentro y fuera del Partido Unido de la Revolución Socialista¹) de que, como ha dicho Fidel Castro, el burocratismo no es menos peligroso que el imperialismo.

Por tanto, en la práctica revolucionaria de Cuba, a pesar del manido argumento de los anticomunistas, el socialismo y la libertad se conjugan en términos inseparables. La verdad sobre la Cuba democrática y socialista gana poco a poco la conciencia y el corazón de las amplias masas de América Latina, no obstante todos los esfuerzos del imperialismo norteamericano y de sus fantoches por impedir la irradiación del ejemplo cubano, no obstante las calumnias de una propaganda reaccionaria o seudoliberal burguesa, que trata de convertir el «paredón» en el atributo único de la realidad cubana.

Sin duda alguna, la construcción en curso del Partido Unido de la Revolución Socialista, la institucionalización de la democracia cubana y la creación de formas efectivas y permanentes de participación de las masas en la dirección del Estado y de la sociedad a todos los niveles no sólo contribuirán al desarrollo del socialismo en Cuba, sino que acrecentarán más y más la influencia de la Revolución Cubana entre las masas latinoamericanas, entre todos los que sustentan ideas progresistas y humanistas. El desarrollo de los acontecimientos en esta dirección coadyuvará a reforzar la lucha de los pueblos del continente por una democracia auténtica y hará más atrayente para ellos la perspectiva socialista.

Creo que debemos estudiar y analizar también la elocuente experiencia de la organización de la vida democrática en algunas regiones que mantienen en sus manos, en el curso de los últimos 15 años, campesinos colombianos armados con fines de autodefensa. Las garantías colectivas e individuales de carácter económico, político y civil existentes en ellas (por supuesto no rigen para los contrarrevolucionarios activos, para sus mercenarios y espías) han contribuido a que los habitantes de estas zonas presten el máximo apoyo a los comités campesinos de autodefensa elegidos entre ellos. Pese a las órdenes y a las amenazas del gobierno, miles de campesinos optan por la verda-

dera libertad, negándose a trasladarse de estas regiones a las zonas controladas por las autoridades, donde reina el terror desencadenado en nombre de la «democracia representativa» oficial.

* * *

La experiencia acumulada por el movimiento mundial de liberación testimonia que la revolución, que significa un avance acelerado de la historia, es incompatible con la renuncia a las conquistas democráticas, que son uno de los más importantes exponentes del grado de desarrollo de la sociedad humana. La ampliación y el profundizamiento de estas conquistas en las esferas económica, social, política y cultural son una necesidad objetiva del proceso revolucionario.

Es profundamente errónea la opinión de algunos revolucionarios acerca de que la democracia constituye un estorbo a la eficacia, la radicalización y las transformaciones revolucionarias profundas. Por el contrario, en fin de cuentas es eficaz, hondo e irreversible tan sólo aquello que ha obtenido la aprobación activa de la mayoría del pueblo.

Por útiles que pudieran parecer estas o aquellas medidas revolucionarias, estarían condenadas al fracaso si el único factor de su encarnación en la vida fuera la imposición administrativa, si la mayoría de los ciudadanos no fuesen partidarios convencidos y activos de ellas. Y solamente el desarrollo paciente y celoso de los métodos e instituciones de la democracia revolucionaria (y no las declaraciones vacías de contenido) podrán crear y fortalecer la unidad política entre las masas y los dirigentes.

Tanto antes como después de la toma del Poder por las fuerzas progresistas es de extraordinaria importancia que las masas adquieran el convencimiento de que sus derechos individuales y colectivos son ampliados y de que se estimula su libertad de iniciativa y de creación. Las leyes y las garantías democráticas acordadas por el Estado o por las instituciones que vendrán a reemplazarle constituyen una importantísima prueba de que la nueva formación social es más elevada, más justa y asegura la igualdad de derechos en mayor medida que todas las formaciones precedentes.

En la actualidad, en el movimiento revolucionario de América Latina existe una comprensión cada día mayor de la importancia de estos principios.

REVISTA INTERNACIONAL, N. 8, 1965

¹ Desde 2-X-1965, Partido Comunista de Cuba.

Problemas de la situación revolucionaria y algunos aspectos de la lucha libertadora en América Latina:

EXPERIENCIA DE GUATEMALA

I

HUGO BARRIOS KLEE

LOS PROBLEMAS de la lucha revolucionaria del pueblo de Guatemala conviene, a nuestro entender, examinarlos desde un doble punto de vista. En ellos hay mucho de específico, determinado por las particularidades concretas de Guatemala (que, dicho sea de paso, son inherentes a otros países de América Latina con una estructura económico-social y un régimen político semejantes). Al mismo tiempo, la lucha del pueblo guatemalteco se desarrolla en el cauce general de la acción revolucionaria y antimperialista de todos los pueblos del continente, lucha cuyas posibilidades y perspectivas ha demostrado la Revolución cubana. Los rasgos generales inherentes a todos los países de América Latina determinan algunas de las leyes objetivas comunes de nuestras revoluciones en todas sus etapas.

Pero, naturalmente, los comunistas recuerdan que el generalizar las fórmulas revolucionarias para un continente como América Latina es asunto arriesgado, que los rasgos comunes de nuestras revoluciones están muy lejos de significar identidad de los procesos revolucionarios en cada uno de los países del continente.

1

Sin duda puede decirse que la transformación de América Latina en uno de los principales frentes de la lucha contra el imperialismo es un importante rasgo característico de la fase presente de la revolución socialista mundial.

Durante cien años, que abarcan hasta la década del veinte de nuestro siglo, América Latina (a excepción de México) fue un continente de relativo «inmovilismo» político-social, pero en la década del cincuenta del siglo XX entró en la fase de grandes convulsiones revolucionarias. Hoy día, la prensa burguesa abunda en comparaciones de la situación en América Latina con la que existiera en Rusia a comienzos del año 1917. La opinión general es que el continente latinoamericano se asemeja a un volcán en erupción y que este estado no es casual ni transitorio. Los actuales procesos en América Latina tienen por base la profunda crisis de la estructura económico-social del continente (basada en los latifundios y en el dominio del capital extranjero). Esta crisis, que comenzó en la década del treinta, se agudizó seriamente a finales del último decenio y sigue agravándose. Tiene su expresión en la inseguridad económica y política, en la inflación, en el descenso de los precios de los productos de exportación, en el déficit de los presupuestos, etc. Todo esto gravita sobre los hombros de las masas trabajadoras, que viven en la miseria, son objeto de una superexplotación y carecen de libertad.

Tres son las tendencias fundamentales que se perfilan con más o menos nitidez en la cuestión relativa a las vías para salir de la actual situación:

1. *Las oligarquías locales, los monopolios norteamericanos inversores de capital, las castas militares y una gran parte de los círculos políticos estadounidenses (los «frenéticos», el Partido Republicano, etc.) son partidarios de conservar las actuales bases tradicionales de la sociedad latinoamericana y de aplastar a sangre y fuego el movimiento revolucionario.*

2. *Los dirigentes más perspicaces del imperialismo yanqui y una buena parte de la burguesía latinoamericana intentan llevar a cabo reformas parciales desde arriba, orientadas a impedir el estallido revolucionario desde abajo («Alianza para el Progreso»).*

3. *Las fuerzas patrióticas progresistas y masas populares cada vez más numerosas ven la salida de la actual crisis en transfor-*

maciones económicas y políticas radicales, en la revolución.

En los últimos dos años (1962—1963), el desarrollo revolucionario en América Latina se caracteriza por rasgos contradictorios tales como las ofensivas de las fuerzas revolucionarias, los contraataques de la reacción, los éxitos y las derrotas, los períodos de auge revolucionario y los de consolidación de regímenes proimperialistas. Pero tras todos estos procesos, en una serie de países se perfilan cada vez más claramente los contornos de las situaciones revolucionarias que surgen.

La situación creada en el continente latinoamericano plantea ante los revolucionarios como un problema de acción práctica aquellas cuestiones que en el pasado podían tener preponderantemente un carácter teórico: sobre si en las condiciones presentes la revolución puede no sólo comenzar, sino incluso triunfar, sobre su carácter y sus vías de desarrollo. Aplicando los criterios marxistas en el análisis objetivo de la situación de un país dado, su Partido Comunista, que es quien mejor conoce esta situación, determina las posibilidades y las vías de desarrollo de la revolución y actúa conforme a ello. La responsabilidad histórica de los comunistas consiste precisamente en saber captar y aproximar la maduración del viraje decisivo en la vida de las amplias masas del pueblo, en saber conducirlos a la verdadera revolución.

2

La posibilidad y la necesidad de la salida revolucionaria de la situación de crisis que se ha creado en una serie de países de América Latina se apoya en factores objetivos de rápido desarrollo. Cada vez observamos con mayor frecuencia cómo se manifiestan estos factores en la vida de uno u otro país, impidiendo que los de «arriba» puedan seguir «gobernando al viejo estilo» y, a la vez, condenando a los programas reformistas burgueses al fracaso: crisis general de las estructuras económico-sociales tradicionales y de la superestructura política de las sociedades latinoamericanas; agravación al extremo y multiformidad de las contradicciones sociales; crecimiento de la actividad de las masas en sus formas más diversas; aislamiento y desconcierto de los círculos gobernantes; influencia de la Revolución cubana; nueva correlación de fuerzas en el mundo... **Todo esto indica que en la mayoría de los**

países del continente se amplía la base real para acciones revolucionarias, que maduran las premisas objetivas para la revolución.

Pero de esto no debe llegarse a la conclusión de que pueda predeterminarse y sea inevitable la victoria de la revolución en todo el continente en un plazo breve. Y no sólo porque a las fuerzas revolucionarias se oponga un enemigo poderoso, fortificado y alarmado, o porque el grado de madurez de los factores objetivos del proceso revolucionario sea muy desigual en los diversos países del continente. En este sentido tiene una mayor importancia la debilidad, común para la inmensa mayoría de estos países, del factor subjetivo de la revolución.

Las masas no quieren seguir viviendo a la antigua ni creen en las promesas, exigen cambios reales, se despiertan a la lucha activa y buscan las vías de esa lucha. **Este ascenso del movimiento de los de «abajo» es un rasgo importantísimo de la situación revolucionaria.** Pero para que este movimiento conduzca a la revolución victoriosa, no sólo se requiere su continuo aumento en extensión, sino que se precisan otras condiciones: la predisposición de amplias masas fundamentales para librar una lucha política prolongada y tensa; que los trabajadores posean conciencia política; que asimilen, aunque sea en su forma más general, las vías y las condiciones de su liberación; el mayor nivel posible de organización de las masas; la unidad de las fuerzas revolucionarias; una línea política y una táctica justas de dirección revolucionaria; un significado aumento del papel de la clase obrera en el movimiento. Es decir, la maduración del factor subjetivo de la revolución.

A este tenor surge a veces la pregunta: ¿en qué medida se daban en Cuba todas estas condiciones en vísperas de la victoria de la revolución? La pregunta es completamente lógica. Hoy día, al resolver cualquier problema del desarrollo revolucionario en nuestro continente hay que relacionarlo con las lecciones de la primera de las revoluciones victoriosas en América Latina, la cubana. Sin un análisis profundo por las fuerzas revolucionarias de estas lecciones es imposible elaborar una línea política justa.

La Revolución cubana ha subrayado con una fuerza particular que la condición indispensable del éxito de la actividad de los revolucionarios es tener rigurosamente en cuenta la específica nacional de sus países. **La fidelidad al espíritu de la Revolución cubana —como al de cualquier otra gran revolución del siglo— es incompatible con la copia mecánica y lite-**

ral de su experiencia. Marchar por el camino de Cuba no quiere decir intentar repetir «paso a paso» el curso de los acontecimientos que se han producido en la isla.

Pues, en primer lugar, el desarrollo histórico de Cuba hasta 1959, aunque coincidiendo fundamental y principalmente con las tendencias generales del desarrollo de los países del continente, tenía a la vez una serie de particularidades específicas que constituyeron la base objetiva para que Cuba se convirtiera precisamente en el «primer territorio libre de América».

No obstante, la cuestión no estriba sólo en las particularidades de lugar, sino también en las particularidades de tiempo. La experiencia de la Revolución cubana ha armado no sólo a los revolucionarios. El imperialismo, la oligarquía y la gran burguesía también han aprendido las lecciones de su derrota. Dudosamente repetirán los mismos errores de 1956—1959, que fueron fatales para ellos. Han acrecentado la resistencia y procuran consolidar sus fuerzas.

Para neutralizar y compensar estos factores, para romper las líneas complementarias de defensa del enemigo se precisa una gran madurez del factor subjetivo de la revolución. Es necesario incorporar al movimiento a masas más amplias bajo una dirección social y política más cohesionada.

Hace falta no permitir, en la medida de lo posible, el estrechamiento de la base social de la revolución democrática o atraer a la lucha a aquellas capas que no han tenido una amplia participación en la lucha revolucionaria en Cuba (por ejemplo, la parte progresista de las fuerzas armadas).

Hay que aplicar formas y métodos de lucha no menos eficaces, pero sí más flexibles y multiformes. Todo esto es, en nuestras condiciones, «marchar por el camino de Cuba».

Examinemos brevemente cada una de estas tareas.

3

Guatemala es un país agrícola, monocultor. El dominio del capital extranjero en la esfera de los servicios y en las grandes plantaciones, las nuevas y recientes inversiones norteamericanas (en la industria de transformación) y el control financiero a través de empréstitos subrayan el dominio del imperialismo yanqui en la economía nacional. Las compañías norteamericanas y los latifundistas poseen el 70% de la tierra del país. Al mismo tiempo, el 70% de los campesinos no tienen tierra.

El carácter de la economía guatemalteca y del poder político determina el contenido de la revolución que se gesta en el país. En la etapa actual en Guatemala se traza una revolución democrática, antiimperialista y agraria.

¿Cuál es, en el momento presente, la posición de las clases que constituyen la base objetiva del futuro ejército social de la revolución guatemalteca?

En los acontecimientos de marzo y abril de 1962, al igual que en la mayoría de otras acciones contra la dictadura, el principal personaje fueron las capas medias urbanas. Esta es una consecuencia lógica. La conciencia de la necesidad y la comprensión del carácter de los cambios que necesita Guatemala ha sido fundamentalmente, como es natural, un atributo de los intelectuales y del estudiantado, es decir, de la capa intelectual de la clase media. Ante la debilidad del movimiento obrero y la fuerte influencia de los estados de ánimo gremiales en sus medios, han sido precisamente estos grupos los que encabezaron la lucha contra la oligarquía. *Ellos se han convertido en algo así como el detonador del movimiento revolucionario no sólo en Guatemala, sino también en aquellos otros países de América Latina donde el movimiento obrero está poco desarrollado.*

Sobre estos grupos ejercen una creciente influencia en todas partes las ideas marxistas, que penetran en su conciencia política por las vías más diversas. Muchos intelectuales y estudiantes se han hecho comunistas, otros están en plena evolución y van llegando al socialismo científico dentro de otros movimientos políticos.

La lucha de estos elementos ejerce asimismo una influencia revolucionaria sobre toda la masa de las capas medias, a la cual están vinculados por lazos de parentesco políticos y sociales y que, como dijera Lenin, es muy sensible a los problemas de la democracia y de la independencia nacional. **Puede suponerse —la experiencia cubana lo ha confirmado— que las capas medias urbanas, pequeñoburguesas por su situación y por sus concepciones, desempeñarán en América Latina un importante papel revolucionario no sólo en la etapa antiimperialista de la revolución.**

La incorporación de estas capas a la lucha es, sin duda, un factor muy importante que acelera el desarrollo del proceso revolucionario. Sin embargo, junto al entusiasmo revolucionario, a la iniciativa, a la audacia y al ímpetu traen al movimiento ciertas concepciones y métodos de acción negativos, propios de

la pequeña burguesía. Combatiendo heroicamente contra la policía y el ejército en la calle o en los destacamentos guerrilleros pueden, a veces, caer en la desesperación al perder las esperanzas en el logro de una victoria rápida, y lo que es fundamental, no dar importancia al trabajo diario de masas. *En una situación en la que el revolucionarismo de los intelectuales va muy por delante del nivel de conciencia y de actividad de las masas fundamentales de los trabajadores, semejantes estados de ánimo conducen a la aparición de tendencias izquierdizantes entre las capas medias.*

Los partidos de la clase obrera consideran que tienen el deber de ayudar a superar estas peligrosas tendencias. *Mas en las discusiones con los revolucionarios pequeñoburgueses, los comunistas ven en ellos a compañeros en la lucha de hoy y en la de mañana, no olvidan que la lucha ideológica no es contra ellos, sino para lograr una coincidencia en la batalla, que tras sus errores hay determinadas leyes objetivas posiblemente no comprendidas hasta el fin por nosotros. Los partidos comunistas muestran su solidaridad política con estos grupos, y en las discusiones no pretenden monopolizar la verdad absoluta.* La influencia política de los comunistas abarca ya a una parte considerable de las capas medias. El partido de la clase obrera desempeña un papel creciente en las acciones de las capas medias, imprimiéndoles un carácter más consciente y consecuente. La lucha de las amplias masas trabajadoras, y en primer lugar de la clase obrera, deberá ser el mejor antídoto contra las «enfermedades infantiles» del movimiento.

Guatemala está comprendida entre los países de América Latina menos desarrollados en el sentido económico. Por tanto, el papel de la clase obrera y del movimiento obrero en la lucha revolucionaria es aquí menor que en los países meridionales del continente.

A la vez, el desarrollo de la lucha en Guatemala confirma que la clase obrera, incluso siendo poco numerosa, puede desempeñar un enorme papel en el movimiento revolucionario ya desde las primeras etapas de éste. En la primavera de 1962, los ferroviarios, electricistas, trabajadores del sistema de seguros sociales y de obras públicas, los empleados de Banca y otros fueron a la hulega y se unieron a los estudiantes en la lucha callejera. Asustados por el giro de los acontecimientos, la embajada yanqui, la oligarquía y la camarilla militar comenzaron a buscar a toda prisa una salida a la crisis.

Pero hay que reconocer que los trabajadores de otras ramas

de la economía, los obreros de otras empresas, no se incorporaron a las acciones revolucionarias. ¿Puede ser que reciban salarios muy elevados y que tengan buenas condiciones de trabajo? ¿O es que el dominio de la reacción no afecta sus aspiraciones democráticas? Nada de eso. Cobran un salario mísero y trabajan en condiciones inhumanas, aspiran a la libertad y a la democracia en el mismo o mayor grado que los demás sectores de la población. Su estado de ánimo se caracteriza por un revolucionarismo espontáneo. Pero la miseria y el hambre con frecuencia les limitan. Aunque lo fundamental es que no están organizados: en la mayoría de las grandes empresas industriales no existen sindicatos, y allí donde los hay los empresarios y el Gobierno hacen lo posible para poner en la dirección a gentes que les son fieles o sobornar a los líderes sindicales. En un país como el nuestro, donde existió ya una central sindical única que agrupaba a 500 sindicatos con 100.000 afiliados, tenemos que hoy día hay tres centrales, así como también algunos sindicatos autónomos.

Las fuerzas revolucionarias deben —y pueden— hacer que cambie la situación existente en el movimiento sindical. Esto no se logra con acciones arbitrarias al margen de las aspiraciones de las masas. A los trabajadores se les puede movilizar sobre todo en el proceso de la lucha por sus reivindicaciones específicas inmediatas. Y aquí estriba uno de los sectores principales del trabajo de nuestro Partido, que no hace mucho aprobó un nuevo plan de acción sindical. Su aplicación —que requerirá un intenso trabajo— permitirá elevar la actividad política de toda la clase obrera, dar pasos reales por el camino que conduzca a su hegemonía en el movimiento antioligárquico y antiimperialista.

No tiene menos importancia el atraer a la lucha a las principales masas del campesinado. En el período de la revolución antiimperialista los campesinos de Guatemala crearon sus uniones y su Confederación Nacional; se llevó a cabo la reforma agraria. La contrarrevolución arrebató la tierra a los campesinos, prohibió sus organizaciones e implantó un régimen de sangriento terror en el campo.

Ahora, las condiciones objetivas son favorables para un nuevo auge de la lucha de las masas campesinas. Pero esto no tendrá lugar de una manera espontánea. Hace falta organizar a los campesinos, ayudar a despertar en ellos la protesta y encaminar ésta por un cauce justo. Hasta ahora, el movimiento campesino en el país se desarrolla de manera muy desigual.

Los campesinos del Sur y del Noreste de Guatemala tuvieron una participación activa en las acciones antigubernamentales de 1962, mientras que en algunos sectores del campo, particularmente entre los indios, se conserva, y al parecer se conservará durante cierto tiempo, la influencia de los gobernantes y del clero reaccionario, que pretenden utilizar a esta parte del campesinado como una reserva suya.

El terror desencadenado nuevamente por las autoridades en el campo asusta a los campesinos y durante cierto tiempo paraliza su actividad. Pero los asesinatos y detenciones de campesinos, en fin de cuentas, terminarán por volverse contra el régimen reaccionario. El exterminio de destacamentos de castigo por los guerrilleros despierta en los campesinos la fe en la justicia y en la posibilidad de cambios. Los campesinos comienzan a ver en los guerrilleros la mano que hace justicia con los que les oprimen. Pero este es sólo el primer paso para despertar la actividad política de las masas campesinas. El siguiente será la toma de conciencia por ellos de la necesidad de su participación en la lucha. De «ángeles de la guarda» los guerrilleros deben transformarse en dirigentes y compañeros de armas de los campesinos.

En general hay que reconocer que los acontecimientos de 1962—1963, el grado de participación de los obreros y los campesinos en el movimiento, han mostrado que hoy día las fuerzas fundamentales de las masas trabajadoras todavía no están listas para los combates decisivos. Por eso, el trabajo orientado a elevar su actividad política, que actualmente es uno de los puntos débiles en la labor partidaria para preparar y organizar la revolución, debe ocupar un lugar principal en esta actividad. Debemos advertir honradamente a las masas la prolongación y las dificultades de la lucha, mostrando al mismo tiempo que la revolución es el único medio posible para su liberación.

4

El análisis de la correlación de fuerzas en el país plantea la perspectiva de una lucha revolucionaria prolongada y tensa, en cuya marcha es necesario atraer a las acciones democráticas a todos los que están de acuerdo con la necesidad inaplazable de poner fin a la dictadura reaccionaria, reducir al mínimo la base social y política del imperialismo y de la oligarquía en el país. En relación con esto se plantea la cuestión relativa a la posición de fuerzas tales como la burguesía nacional

y el ejército y a la actitud de los revolucionarios ante ellas.

La lucha política de los últimos años ha demostrado nuevamente que en la mayoría de los países del continente la gran burguesía —la parte rectora y más influyente de la clase capitalista— es una fuerza activa contrarrevolucionaria y proimperialista. *La posición de las capas que nosotros agrupamos bajo el término «burguesía nacional» es demasiado poco consecuente. La crisis económico-social y política contribuye a atraer a determinadas capas de la burguesía a la lucha antioligárquica y antimonopolista, pero asustadas por la perspectiva de cambios radicales y la «variante cubana», se inclinan, por regla general, hacia el compromiso con el imperialismo y la reacción interna.* Unicamente en muy pocos países una parte de la burguesía nacional está dispuesta a luchar con métodos revolucionarios.

Y, pese a todo, la experiencia ha mostrado también otra cosa: que son una realidad las contradicciones entre la burguesía nacional, de un lado, y los monopolios extranjeros y la oligarquía, de otro. Al mismo tiempo, una parte importante de los campesinos, de las capas medias de la ciudad y de la clase obrera se halla todavía bajo la influencia de los partidos burgueses reformistas; *en algunos países del sur del continente, el crecimiento de la influencia de estos partidos resulta ser una consecuencia indirecta de la lucha revolucionaria (o de sus dificultades).* El carácter objetivo del movimiento revolucionario en la etapa presente crea posibilidades para que determinadas capas de la burguesía puedan participar en la lucha contra la dictadura, la corrupción, los vestigios feudales, la prepotencia de unos u otros monopolios yanquis y, a veces, contra la dominación imperialista como tal.

Los revolucionarios tienden a estimular la participación de la burguesía nacional en la lucha por estos objetivos. Buscan formas que permitan vincularla con el amplio frente de fuerzas democráticas, cuyos compromisos mutuos podrían verse realizados en un programa común, aunque fuera relativamente moderado.

Es sabido que los líderes de la Revolución cubana lograron crear un amplio frente de lucha contra la dictadura de Batista y atraer a esta lucha, en una u otra forma, a una parte considerable de la burguesía. La importancia que esto tuvo para la victoria de la revolución fue muy grande y en nada la disminuye el hecho de que más tarde, en la marcha de la batalla frontal de las fuerzas revolucionarias contra el imperialismo, gran par-

te de los aliados burgueses de ayer se pasara al lado de la contrarrevolución.

En las nuevas condiciones creadas en el continente después de la revolución en Cuba, cuando resulta mucho más difícil sorprender a las fuerzas reaccionarias, adquiere mucho mayor realce la tesis marxista-leninista de que «sólo se puede vencer a un enemigo más poderoso poniendo en tensión todas las fuerzas y aprovechando obligatoriamente con el mayor celo, minuciosidad, prudencia y habilidad la menor “fisura” entre los enemigos...»¹ Y, sin embargo, en estas condiciones es mucho más necesario para la victoria de la revolución crear un amplio y consolidado frente antiimperialista y antioligárquico. *Procuramos atraer a la lucha a todos los que, partiendo de sus intereses o aspiraciones, están de acuerdo con los objetivos de la revolución, incluso aunque sean partidarios de los métodos de acción reformistas. Las contradicciones de la «Alianza para el Progreso» facilitan la incorporación a este frente de las fuerzas burguesas más progresistas, de gentes y grupos sinceramente fieles a las ideas de la democracia y del bienestar de la nación. Muchos de ellos —esto se refiere fundamentalmente a la intelectualidad burguesa— pueden, evidentemente, a través de la lucha contra las dictaduras y el imperialismo, llegar a la lucha por la verdadera y plena liberación nacional.*

En Guatemala, después del golpe militar, inesperado para ellos, los partidos democráticos burgueses que apoyaban a Arévalo se desorientaron. El propio Arévalo abandonó el país y, con ello, a sus partidarios. Los elementos derechistas del «arevalismo» se lanzaron en busca de soluciones al margen de las masas. Sin embargo, los elementos izquierdistas de esta corriente política, sobre todo los jóvenes, se han acercado aún más a las posiciones revolucionarias. Resultado de ello ha sido que cinco partidos, incluido el Partido Guatemalteco del Trabajo, formaran un Frente Unido de Resistencia, cuyo objetivo es derrocar la dictadura y formar un gobierno de unidad democrática.

* * *

En Guatemala, lo mismo que en la mayoría de los países de América Latina, la dirección de las fuerzas armadas está en manos de elementos venales reaccionarios. Esta casta es el

Instrumento fundamental con ayuda del cual el imperialismo en su conjunto —o sus círculos más reaccionarios— ejerce su dominación, aplastando los movimientos populares, presionando sobre los gobiernos y derrocando a aquellos que ya no pueden ser utilizados por él o que pretenden tener cierta independencia. Así es como los sectores oligárquicos utilizan el ejército en la mayoría de los países de América Latina, no sólo para luchar contra las masas populares, sino también contra los reformadores burgueses.

Pero, pese a ello, sería erróneo considerar las fuerzas armadas como un todo reaccionario, preservado de la penetración de la influencia democrática, como un todo hostil a la revolución, siempre y en todas partes. Debido al crecimiento de la lucha liberadora, en los ejércitos comienza un proceso de deslinde de fuerzas, proceso que, según las circunstancias nacionales, es más lento en unos países que en otros.

En la segunda Declaración de La Habana se dice que un movimiento revolucionario antiimperialista y antifeudal puede arrastrar consigo a los elementos progresistas de las fuerzas armadas, humillados también por las misiones militares yanquis, la traición de las oligarquías feudales a los intereses nacionales y la inmolación de la soberanía nacional a los dictados de Washington. Esta conclusión ha sido confirmada por las insurrecciones de los marinos venezolanos, por el paso de importantes sectores del ejército brasileño a posiciones democráticas. De su justeza hablan los acontecimientos de Guatemala.

El 13 de noviembre de 1960, un numeroso grupo de militares, en el que había elementos políticos muy heterogéneos, se alzó contra la dictadura reaccionaria. Desde entonces, los militares más demócratas luchan contra la dictadura reaccionaria. En febrero de 1962 iniciaron la lucha guerrillera, y ahora oficiales jóvenes, clases y soldados del Movimiento 13 de Noviembre—Alejandro de León (depurado de los oficiales de derecha que traicionaron al Movimiento), junto con estudiantes, obreros y campesinos, hacen su aportación a la lucha revolucionaria.

Esto puede ser tan sólo el comienzo. El ejército guatemalteco, al igual que la mayoría de los ejércitos del continente, está formado en lo fundamental por campesinos y pobres de las ciudades; por eso no es ajeno a los anhelos populares. El movimiento democrático gana posiciones entre la oficialidad joven y de baja graduación. De ahí la creciente alarma del imperialismo, sus deseos de poner las fuerzas armadas bajo su control

¹ *Obras Completas*, t. XXXI, pág. 66.

permanente y de comprometerlas aún más en las acciones represivas para después atemorizarlas con el falso peligro de exterminio físico en el caso de que la revolución triunfe. *Es evidente que la tarea de las fuerzas revolucionarias consiste en frustrar las maniobras de la oligarquía y del imperialismo, contribuir a hacer más profundo el proceso de diferenciación en el ejército, lograr que abarque a las clases y soldados que aún se encuentran bajo el poder de la disciplina cuartelera. Esto es más importante aún por cuanto la creciente resistencia del enemigo en la dirección del golpe principal (la lucha guerrillera) exige buscar nuevos medios y métodos de la lucha.*

5

La táctica correcta de los revolucionarios y la justa elección de las formas de lucha y de organización constituyen una premisa importante para ampliar y consolidar el frente antiimperialista, para crear un movimiento permanente, extenso y en desarrollo, de las masas trabajadoras bajo una dirección revolucionaria.

No es un secreto que en torno a esta cuestión existen ciertas discrepancias entre los revolucionarios del continente, debidas a la reciente incorporación al movimiento revolucionario de nuevas capas y grupos, a la nueva experiencia —en muchos aspectos innovadora— de la Revolución cubana, que es interpretada de diferente manera por las distintas corrientes del movimiento revolucionario, y, sobre todo, al brusco cambio que en los últimos años se ha operado en la situación del continente, cambio que ha planteado de manera nueva toda una serie de cuestiones y que, cosa fundamental, exige **prácticamente** su rápida solución.

Revolución no es sinónimo de lucha armada. Lo fundamental en ella es el paso del Poder y de la propiedad sobre los principales instrumentos y medios de producción de una clase (o clases) a otra. Esto puede ser logrado por la vía pacífica y por la vía no pacífica. Los comunistas, partiendo de los intereses de millones y millones de personas, cuya felicidad es el sentido de su vida y de su lucha, entre otras condiciones equivalentes siempre preferirán la vía pacífica de desarrollo de la revolución a la vía armada. En algunos países de nuestro continente existe la posibilidad real del desarrollo pacífico de la revolución, es decir, la posibilidad de que las fuerzas

antiimperialistas tomen el Poder sin insurrección armada y lo mantengan sin guerra civil (o sin guerra de liberación nacional contra los exportadores de la contrarrevolución).

A la vez, en una serie de países de América Latina la situación es, en su conjunto, relativamente menos favorable para la vía pacífica. En una de las etapas del proceso revolucionario —antes de que el Poder pase a manos de las fuerzas antiimperialistas o inmediatamente después de esto, o durante la transición a la revolución socialista en todo el frente—, la reacción puede, probablemente, obligar a las masas a recurrir, en una u otra forma, a las armas.

Esto se explica por toda una serie de factores de orden interno y externo. A diferencia de muchos países de Asia y África, en nuestro continente hace tiempo que se formaron y gobiernan las clases explotadoras y existe un aparato represivo tradicional. A diferencia de muchos países de capitalismo desarrollado, en la mayoría de los Estados de América Latina no hay tradiciones democráticas constitucionales ni instituciones democráticas burguesas. La cercanía geográfica de Estados Unidos, los estrechos vínculos de la reacción local con el imperialismo norteamericano, el sistema panamericano, etc. facilitan las distintas formas de exportación de la contrarrevolución a los países del continente.

Además, la experiencia cubana nos ha mostrado que en las condiciones de maduración de la situación revolucionaria, la lucha armada puede, en determinadas condiciones, transformarse en una poderosa palanca que impulse el proceso revolucionario. (En este aspecto la vía armada de la lucha antiimperialista, a condición de que se desarrolle felizmente, crea condiciones favorables para la plena ruptura de la vieja máquina militar-policíaca y, por tanto, para la rápida transformación de la revolución).

Todo esto nos indica que por muy deseable que sea para los comunistas de América Latina la vía pacífica de desarrollo de la revolución, ellos deben estar dispuestos para ambas vías de lucha, para cambiar rápidamente las formas y los métodos de ésta. Precisamente en eso consiste también la enseñanza fundamental que los comunistas guatemaltecos tuvieron que extraer de la dura derrota de las fuerzas democráticas en 1954. Nuestro Partido, al igual que otras fuerzas políticas que apoyaron al régimen democrático, consideraron que la salida de la situación podría encontrarse en los «marcos constitucio-

nales normales», y confiaron por entero la defensa del país a la dirección militar del ejército, que, de hecho, había emprendido ya el camino de la traición. Nosotros no organizamos suficientemente la presión sobre el ejército por parte de las masas con el fin de armar al pueblo. Otro error nuestro fue que no previmos la posibilidad de la derrota y no nos preparamos para la nueva situación que surgió después de la misma.

En la situación actual no podemos limitarnos ni a desarrollar únicamente las formas legales de la lucha de masas, ni a repetir la verdad teórica sobre la posibilidad de las dos vías de desarrollo de la revolución, ni a «advertir seriamente» a la reacción que estamos plenamente decididos a derrocar su dictadura o hacer frente a sus planes. Teniendo una fe absoluta en la posibilidad de la victoria, los comunistas se preparan y preparan a las masas para la lucha armada a fin de no ser sorprendidos por la violencia de la reacción, para, cuando llegue el momento dictado por la necesidad revolucionaria, participar en el combate de una manera organizada. Los comunistas tratan de reforzar el trabajo en el campo, posible base futura de la lucha armada, con la juventud, fuerza principal de esta lucha en el ejército. La Revolución cubana nos ha recordado de manera convincente todo esto y ha demostrado la posibilidad de la victoria en esta vía.

De todo lo dicho no se puede llegar a la conclusión de que la tarea fundamental de los revolucionarios del continente consiste en marcharse *inmediatamente y en todas partes* a las montañas y a la selva, organizando allí destacamentos guerrilleros. Esta solución del problema nos parece errónea, pues parte de la subestimación de las fuerzas del imperialismo y la reacción y de la sobreestimación de la disposición de las masas a la lucha y no tiene en cuenta la específica nacional de los diferentes países de América Latina.

En varios países del continente existen hoy premisas reales para la vía pacífica del desarrollo revolucionario (Chile es el ejemplo más claro de esto). *En algunos otros países donde la vía pacífica para todo el proceso revolucionario es menos probable, existe la posibilidad de «recorrer pacíficamente», es decir, a través del desarrollo de las formas legales de la lucha de masas, las etapas iniciales del proceso revolucionario. El máximo aprovechamiento de esta posibilidad responde por entero a los intereses de la revolución en dichos países, permitiendo apoyarse en la legalidad constitucional (y, por consiguiente, en una base social más amplia) cuando la violencia de la reacción*

obligue a las masas a tomar las armas en las etapas posteriores de la lucha revolucionaria.

Por último, hay países donde la organización de la lucha armada puede convertirse objetivamente en una tarea de una etapa dada de la lucha revolucionaria (por ejemplo, los países de regímenes dictatoriales). Pero, en primer lugar, también en este caso es dudoso que pueda considerarse justo que precisamente la guerra de guerrillas, apoyada en los distritos agrarios, y no otras formas de lucha armada (insurrección armada en las ciudades, acción de los elementos democráticos del ejército, apoyada por la huelga general, etc.), constituye por doquier la forma básica de la lucha. Para que la guerrilla pueda convertirse en la forma más eficaz de la lucha armada son necesarias, evidentemente, determinadas condiciones naturales y tradiciones históricas específicas. *En aquellos países donde tales condiciones son menos favorables y no existen las correspondientes tradiciones, no es la guerrilla, sino otras formas de lucha, las que, evidentemente, se convertirán en el «motor» fundamental del desarrollo de la revolución. Tanto más que la oligarquía y el imperialismo saben ahora el peligro que entraña para ellos la guerra de guerrillas y toman sus contramedidas. En segundo lugar, de la tesis general sobre la inevitabilidad y la necesidad de la lucha armada contra la reacción en tal o cual país, en una etapa dada del proceso revolucionario, en modo alguno debe llegarse a la conclusión de que hay que comenzar inmediatamente esta lucha.*

La elección del mejor momento para pasar a la «crítica con las armas» constituye un problema muy complejo y para su justa solución es necesario, enseñaba Lenin, dominar la política no sólo como ciencia, sino también como arte, es necesario saber comprender y sentir la llegada del momento en que maduran las condiciones para la lucha armada.

De un lado, las fuerzas revolucionarias comprenden que para América Latina ha llegado la época en que los meses y los años equivalen a decenios de desarrollo tranquilo, que ha sonado la hora de la acción, que la pérdida del ritmo y el dejar pasar el momento, sobre todo frente a un golpe reaccionario, pueden entrañar consecuencias muy dolorosas. Por otro lado, también puede entrañar estas consecuencias un error que sea resultado de un apresuramiento irreflexivo (ya que se trata de toda una fase del desarrollo histórico y, desde este punto de vista, un apresuramiento emocional sería imperdonable).

En la actualidad, el criterio decisivo para la elección de las formas de lucha (cuando existe la posibilidad de elegir) es, sin duda, el carácter y la amplitud de su influencia en las masas. Si el paso a la lucha armada lleva consigo el aislamiento de la vanguardia del grueso de las masas y la disminución de la actividad política de estas últimas, no acelera, sino que amora el desarrollo de la revolución. La experiencia de las revoluciones muestra que el paso a las acciones armadas sólo se ve coronado con el éxito cuando es apoyado por las masas, cuando coincide con un ascenso de su lucha cotidiana y la estimula.

Estimamos que en Guatemala existen estas condiciones. Por eso nuestro Partido ha apoyado la lucha guerrillera iniciada en el país.

La lucha armada en Guatemala como una de las formas de acción democrática surgió por primera vez en febrero de 1962. El papel fundamental en los acontecimientos de aquellos días lo desempeñaron las acciones de masas en las calles de las ciudades. En esos momentos, el movimiento guerrillero tuvo que pasar el centro de sus actividades a la ciudad para defender las manifestaciones populares y luchar contra las medidas represivas del Gobierno.

Habiendo resurgido después del golpe de Estado de marzo, la lucha guerrillera continúa siendo la forma fundamental de la lucha democrática. Los destacamentos guerrilleros prestan considerable apoyo a la resistencia popular en las ciudades y en las localidades rurales, donde las acciones armadas constituyen una respuesta a las medidas represivas. Los éxitos del movimiento guerrillero en el Noreste del país, la incorporación al mismo de obreros agrícolas y campesinos, la aparición del movimiento de resistencia armada con igual base social en el Sur del país, todo esto muestra el progreso alcanzado en la creación del ejército revolucionario. Estas acciones guerrilleras tendrán un carácter mucho más organizado y constante. Al asestar golpes al aparato represivo del régimen, contribuirán a que éste se descomponga.

Sin embargo, en la actualidad el movimiento guerrillero no determina por sí solo la situación política del país. Para que las fuerzas democráticas puedan influir eficazmente en el curso de los acontecimientos es necesario, como ya se ha dicho, crear un amplio frente ant imperialista y antifeudal, que debe apoyarse en las acciones de las masas, en su creciente conciencia y grado de organización. Tal coalición puede ser el Frente Unido

de Resistencia. Asimismo la tendencia política principal del desarrollo de la lucha armada llevará a las Fuerzas Armadas Rebeldes a ser el instrumento armado en este amplio frente ant imperialista.

Todo esto requiere enormes esfuerzos del Partido Guatemalteco del Trabajo y de la Juventud Patriótica del Trabajo. Los comunistas comprenden que su organización crece y se fortalece únicamente en el fuego de la lucha, que pueden granjearse el cariño y la confianza de su pueblo, y el respeto de sus aliados, únicamente en el caso de que sean consecuentes hasta el fin en la lucha por la liberación de su patria.

Al mismo tiempo, el Partido tiene presente que una premisa del éxito es no sólo el heroísmo de los comunistas, sino la flexibilidad de su táctica, el saber aprovechar al máximo cualquier posibilidad legal para ampliar y consolidar las fuerzas revolucionarias. Sería un absurdo que los comunistas se quedaran al margen de todo lo que no sea el desarrollo de la lucha armada, que rechazaran «por principio» soluciones legales, que renunciaran a participar en las acciones legales orientadas a hacer fracasar los planes de la reacción.

Ni el mejor programa, aunque sea muy profundo y teóricamente justo, ni las acciones aisladas de un puñado de valientes, por muy valerosos que sean, podrán reemplazar el trabajo prolongado y tenaz para organizar el ejército social de la revolución, para organizar la lucha de las amplias masas, formadas por las capas sociales más diversas, bajo la dirección de la clase obrera, dominando —no de palabra, sino de hecho— todas las formas de la lucha...

6

La lucha del pueblo de Guatemala se despliega no sólo en el marco de una América Latina sacudida por las explosiones revolucionarias, sino, al propio tiempo, también en un mundo que se diferencia esencialmente del de 1954, cuando como consecuencia de la intervención imperialista en nuestro país fue destruido el régimen democrático. La tragedia de Guatemala tuvo lugar en uno de los períodos de máxima agudización de la guerra fría. En aquel tiempo, el imperialismo se deleitaba con su superioridad atómica, lo que le permitía obrar impunemente en nuestro país. La agudización de la situación internacional facilitó en buen grado sus provocaciones y le permitió obtener el «triunfo» en Guatemala.

La confrontación de estos sucesos de hace diez años con lo que hoy sucede en Cuba y en torno a ella, ayuda a comprender toda la importancia que la actual correlación de fuerzas en la arena mundial tiene para los destinos del movimiento revolucionario en los países del continente. No queremos decir que únicamente en estas condiciones ha sido posible la lucha de liberación de los pueblos de América Latina. También en el período anterior muchos de ellos lucharon heroicamente por su independencia. Mas hoy, en la época de transición del capitalismo al socialismo, cuando se acentúan el poderío y la influencia del sistema socialista, cuando la clase obrera de los países capitalistas gana nuevas posiciones a los monopolios, la lucha revolucionaria de liberación nacional es más fácil. La esencia agresiva del imperialismo no ha cambiado; sin embargo, hoy, respaldándose en la superioridad de las fuerzas de la democracia, del socialismo y de la paz, es posible hacer frente y frustrar los planes imperialistas orientados contra las revoluciones victoriosas, imponer al imperialismo una política de paz y de coexistencia pacífica, de respeto al derecho de los pueblos a la autodeterminación. En las condiciones de desarrollo de la coexistencia pacífica y de distensión internacional, a los imperialistas les resulta cada vez más difícil exportar la contrarrevolución.

Por esta razón nuestra seguridad en la victoria del pueblo guatemalteco se ve reafirmada no sólo por los éxitos de su propia lucha (este es un factor decisivo), sino también por el desarrollo del sistema socialista mundial, las acciones de la clase obrera en los países capitalistas y la lucha liberadora de otros pueblos oprimidos por el imperialismo. La unión de todas estas fuerzas revolucionarias, como manifestaron unánimemente en 1960 los representantes de 81 partidos comunistas y obreros, es la «garantía de la victoria en la lucha por la paz, la democracia, la liberación nacional, el socialismo y el progreso de la humanidad».

Revista Internacional, N. 3., 1964

II

ALFREDO GUERRA BORGES

1

El 30 de marzo de 1963, el ejército guatemalteco dio un golpe de Estado que le convirtió en el gobernante directo del país. Ese mismo año se inició la lucha armada popular. Estos dos hechos caracterizan la presente situación política de Guatemala y son de naturaleza nueva en nuestra historia contemporánea.

El golpe militar no fue dado según el modelo tradicional. En la historia de nuestro país, como en la de muchos otros de América Latina, son frecuentes los golpes de Estado mediante los cuales determinadas camarillas o sectores del ejército, de acuerdo con determinadas capas de las clases dominantes, se adueñan del Poder. En el presente caso no ha sucedido así. El golpe fue acordado por la totalidad de los jefes del ejército y fue saludado con entusiasmo por todas las clases dominantes. Tal unanimidad se explica porque el golpe permitía a los distintos sectores derechistas hacer nuevos esfuerzos para colocarse en posiciones más ventajosas ante futuras elecciones presidenciales. Pero las raíces de esta unanimidad son más profundas: el golpe de marzo constituye en sí un intento desesperado de las clases dominantes para encontrar una salida a la prolongada crisis que atraviesa el poder político de la reacción en Guatemala.

Por otra parte, la lucha armada popular, iniciada en 1963 con la constitución de algunos focos guerrilleros, es una consecuencia de la situación que han creado las clases reaccionarias de Guatemala. En la resolución del Comité Central del Partido Guatemalteco del Trabajo del 20 de diciembre de 1963, distribuida entre el pueblo en decenas de miles de copias, se dice lo siguiente: «Al mismo tiempo que las clases reaccionarias han acudido a un recurso de última instancia poniendo a gobernar

al ejército, las fuerzas revolucionarias han acudido igualmente a un recurso extremo: tomar las armas...» «...La obstinada resistencia de las clases reaccionarias a los cambios democráticos, determinan que en Guatemala el pueblo tenga que seguir la vía no pacífica: la vía de la lucha armada...»

Es preciso decir que en su resolución de mayo de 1961 el Comité Central del PGT advirtió que las clases dominantes estaban cerrando la vía de desarrollo pacífico de la lucha por un gobierno democrático-nacional y dio la directiva de preparar al Partido para librar la lucha armada cuando se hiciera inevitable y hubieran madurado las condiciones para ello. Al mismo tiempo, el CC del PGT subrayó la necesidad de utilizar todas las formas de lucha, todas las posibilidades de acciones legales de las masas; insistió en la necesidad de movilizar a las masas y de formar un amplio frente único de todas las fuerzas democráticas.

Los acontecimientos de 1962 y 1963 y el curso que siguieron en esos años han confirmado, en lo fundamental, las apreciaciones hechas por el Comité Central.

La revolución cubana ejerce fuerte influencia sobre el desarrollo de los acontecimientos en Guatemala. Dadas las condiciones concretas político-sociales (y en parte las geográficas) de nuestro país, la influencia del ejemplo de la revolución cubana no sólo se ejerce en Guatemala en la forma en que lo hace sobre todos los pueblos latinoamericanos en general, sino también en cuanto a la elección por las masas revolucionarias de las formas de lucha contra el régimen reaccionario. Esto es particularmente cierto en lo que toca a importantes masas campesinas y a los sectores más radicalizados de las capas medias urbanas.

La cuestión de la lucha armada, en tales condiciones, no ha sido prevista y juzgada inevitable sólo por el Partido, de acuerdo con el examen que repetidas veces ha hecho de la situación, sino también por otros grupos y corrientes políticas democráticas. Si, como hemos dicho, el Partido había acordado en mayo de 1961 tomar medidas para participar en la lucha armada cuando fuera necesario, esos otros grupos y corrientes también adoptaron medidas en el mismo sentido. Entre todas esas corrientes revolucionarias e insurreccionales se fue estableciendo gradualmente la coordinación y, finalmente, en 1963, se constituyeron las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), cuya proclama del 30 de noviembre de 1963 define con sencillez y claridad los motivos que llevaron a su constitución.

¿En qué forma y en qué grado influye la lucha guerrillera sobre la situación y la lucha política del país? ... ¿Se habían dado ya todas las condiciones objetivas y subjetivas para iniciar la lucha armada? ... Estas y otras preguntas se hacen muchos revolucionarios tanto en Guatemala como fuera de sus fronteras. Son completamente lógicas esas preguntas. Diríamos que son obligadas, y, además, que están impregnadas de una sincera preocupación por el desenlace de la lucha revolucionaria en Guatemala.

Veamos lo que toca a la influencia de la lucha armada sobre la situación y la lucha política en Guatemala. Tomadas éstas en conjunto y en escala nacional, tal influencia hay que apreciarla en función del hecho de que los focos guerrilleros se hallan en su fase de organización y consolidación. Examinada la cuestión con más detalle encontramos que las guerrillas despiertan entusiasmo y son vistas con simpatía en algunos departamentos de población campesina de cierto desarrollo político y tradiciones de lucha revolucionaria.

En otras áreas, dada su composición social y su nivel político más bajo, la guerrilla tiene que tomarse cierto tiempo para hacer el trabajo correspondiente entre las masas de la población, a fin de ganar su apoyo activo y que realicen acciones contra la dictadura.

Entre los trabajadores, los estudiantes y otros sectores de las capas medias urbanas, la guerrilla despierta entusiasmo, pues ven en ella una forma concreta de responder a la política brutal del Gobierno o bien —por lo que toca a los elementos más conscientes— la consideran como un medio para lograr la instauración de un régimen democrático.

Los grupos políticos moderados y algunos sectores de las capas medias, que no creen todavía que la lucha armada popular pueda decidir las cosas en nuestro país, mantienen una actitud de observación respecto a ella, pero no se manifiestan, de ninguna manera, contrarios a esa lucha armada, teniendo en cuenta la situación en que los ha colocado la dictadura militar.

En la ya mencionada resolución del 20 de diciembre de 1963, el Comité Central del PGT asienta: «... Aunque las guerrillas se encuentran todavía en la primera fase de su desarrollo, constituyen ya un factor político en nuestro país, son ya un hecho frente al cual todos los gobiernos tienen y tendrán que tomar posición. El movimiento armado es la expresión evidente

de la guerra civil a que las clases reaccionarias llevan al país, y ningún gobierno puede ni podrá ser indiferente ante esa situación...» Por lo que toca al Gobierno de Peralta Azurdia, éste se pronuncia con obcecación por la continuación de la política que está arrastrando al país a la guerra civil.

Ahora bien, la lucha armada popular en Guatemala ¿no habrá cerrado o estrechado las posibilidades existentes de lucha legal o de actuación pacífica de las fuerzas democráticas? Creemos que no. Aquí hay que tener en cuenta el grado a que redujeron las clases dominantes tales posibilidades legales en los últimos años. La dictadura militar arrasó desde el primer día lo que quedaba de las libertades y recursos democráticos. El comienzo de la lucha armada revolucionaria no agravó las cosas en este aspecto.

Por supuesto, la posibilidad de acciones legales y abiertas en favor de los intereses populares nunca puede ser eliminada en lo absoluto por ningún gobierno. Esto no puede dejar de tenerse en cuenta, sobre todo porque al emprender la lucha armada popular surgen de modo inevitable algunas tendencias a subestimar el trabajo no vinculado directamente a la lucha armada.

«... El Partido estima necesario realizar todas aquellas actividades que pongan en movimiento a las masas —señálase en la resolución de diciembre del CC del PGT—. Consagrarse con exclusividad a la lucha armada, volviendo la espalda a las innumerables luchas que hay que librar en defensa de las reivindicaciones políticas, económicas, sociales y culturales del pueblo, sólo podría conducir a que la lucha armada quedara aislada, apoyándose solamente en los sectores más avanzados políticamente de la población...»

3

La cuestión de la madurez en Guatemala de las condiciones para el comienzo de la lucha armada es compleja y toca mucho más de cerca los principales problemas susceptibles de discusión del desarrollo revolucionario en nuestro país. Generalmente, al examinar esta cuestión se tiene en cuenta la conocida definición de la situación revolucionaria hecha por Lenin. No cabe duda que dicha definición sigue teniendo una gran importancia para los revolucionarios; pero es necesario, a nuestro entender, tener cuidado en sortear determinados peligros y omisiones en la interpre-

tación o el uso que de ella se haga. Digamos de una vez que nuestras opiniones y formulaciones se refieren exclusivamente a Guatemala y que de ninguna manera nos anima el propósito de referirnos o de interpretar la situación en otros países y partidos.

* * *

Como es sabido, Lenin enumera tres grupos de cambios objetivos sin los cuales «la revolución es, por regla general, imposible» (subrayado por nosotros), pero es bastante frecuente que se interpreten estas palabras en el sentido de que no puede iniciarse una determinada forma de lucha revolucionaria, digamos por caso la lucha armada, sin que previamente y en su totalidad hayan tenido lugar los cambios objetivos enumerados por Lenin. Es evidente que la revolución, o sea, el desplazamiento de las clases reaccionarias del Poder y el paso de éste a las clases revolucionarias, no puede tener lugar si previamente en el país no se ha creado una situación revolucionaria, es decir, si las clases dominantes no han llegado a una situación tal en que ya no pueden continuar manteniendo su dominio con los viejos métodos, si no se da una brusca agudización del descontento de las masas por el estado de cosas existente y si las masas no elevan considerablemente su actividad y realizan una acción histórica independiente. **Pero en el desarrollo del proceso revolucionario, a la fase de la revolución propiamente dicha precede toda una serie de fases y momentos (tanto aquí como en lo sucesivo hacemos abstracción consciente del carácter de las revoluciones a considerar). Y, evidentemente, no se puede considerar que, como sucedió en Rusia en Octubre de 1917, coincidan siempre dos momentos: el inicio de la lucha revolucionaria armada y el asalto directo al Poder por las clases revolucionarias y el paso del Poder a manos de éstas. El desarrollo del proceso revolucionario mundial ha mostrado que estos dos momentos pueden separarse uno del otro por un espacio de tiempo bastante grande.**

El momento de iniciar la lucha armada puede ser elegido conscientemente por los revolucionarios, cuando el examen de la situación les indica que ha llegado la hora de dar tal paso (como ocurrió en Cuba o en Argelia); en otros casos, el momento del paso a una determinada forma de lucha, como, por ejemplo, la lucha armada, puede depender no tanto de los revolu-

cionarios como de las clases reaccionarias (bien sean gobernantes o que aspiran a adueñarse del Poder); y en otros casos, finalmente, como ocurrió en Guatemala, el surgimiento de una situación crítica debido a las acciones de las clases reaccionarias puede coincidir con la iniciación de los planes de los revolucionarios, que habían previsto que se llegaría a tal situación.

Si las condiciones para el paso del Poder a manos de las clases revolucionarias no están dadas, la lucha de éstas fracasará, por muy abnegada que sea. La heroica lucha del proletariado de París en la insurrección de junio de 1848 es un ejemplo clásico de lo que decimos. La burguesía, que estaba plenamente en condiciones de mantener el Poder en sus manos, provocó conscientemente la insurrección del proletariado, que terminó con la derrota.

Pero puede darse otra situación, o sea, que existan las condiciones objetivas para la revolución en un país, pero que aún éstas no hayan madurado del todo, y que las clases reaccionarias impongan la lucha armada a las fuerzas democráticas. Así estaban las cosas en Guatemala, y nuestro Partido llegó a la conclusión de que había que aceptar el reto de la reacción y que era posible vencerla, si la tendencia objetiva del desarrollo de los acontecimientos lleva a la completa maduración de las condiciones para la revolución en el curso de la lucha iniciada, y, en particular, bajo la influencia del foco insurreccional y de las luchas de masas a que éste da impulso. Naturalmente, la aparición de esta tendencia sólo se puede establecer partiendo de un análisis minucioso y científico de los problemas, en conjugación con lo que cabría llamar intuición de los revolucionarios.

Nos parece que no basta y que, por lo tanto, es injusto decir que el foco insurreccional puede crear las condiciones para la revolución, pues precisamente Lenin, al referirse a la situación revolucionaria, indica que el conjunto de cambios que componen esta situación tiene carácter objetivo; y, por tanto, no depende «de la voluntad de los grupos o partidos, ni tampoco de una u otra clase». Si dijéramos que el foco insurreccional puede crear las condiciones para la revolución, no faltarían grupos o partidos que organizaran focos insurreccionales, fueran cuales fueren las condiciones concretas del país dado, en la confianza de que las condiciones para la revolución aparecerían posteriormente. *Creemos que para que tenga éxito la lucha revolucionaria es absolutamente necesario un de-*

terminado grado de madurez de las condiciones objetivas de la revolución.

Por ejemplo, en Cuba, sin la existencia de las condiciones objetivas fundamentales mínimas, que el foco insurreccional hizo madurar rápidamente, la lucha revolucionaria no hubiera culminado en la victoria apenas dos años después del desembarco del «Granma». En la España de los años 40, el proceso fue inverso: en un principio, las guerrillas encontraron apoyo de la población, pero después quedaron gradualmente aisladas, pues las condiciones objetivas tomaron un curso desfavorable. Los ejemplos en uno u otro sentido podrían multiplicarse.

Podemos resumir lo que llevamos dicho en los siguientes términos:

a) El momento de la iniciación de la lucha armada popular en un país donde las clases reaccionarias la han hecho objetivamente inevitable, puede ocurrir en una etapa del proceso revolucionario en que todavía no han madurado por completo todas las condiciones para la revolución;

b) la lucha iniciada en tales circunstancias puede tener éxito sólo si ya existen, con uno u otro grado de maduración, aquellas condiciones y si el desarrollo objetivo de los acontecimientos en conjugación con la actividad consciente de los revolucionarios conduce a su completa maduración;

c) si tales condiciones no existen o no se desarrollan en el sentido de su completa maduración, los focos insurreccionales no pueden operar el «milagro» de crearlas, a despecho de las leyes del desarrollo social, y no se alcanzará la victoria;

d) la revolución, el paso del Poder a las clases revolucionarias, sólo puede operarse bajo la acción histórica independiente de las masas y ante la imposibilidad de las clases reaccionarias de retenerlo en sus manos por los viejos métodos, o sea, cuando se llega a una situación histórica como la que, en sus rasgos fundamentales, definió Lenin.

* * *

Al tratar de las condiciones objetivas necesarias para la revolución, no debe interpretarse dogmáticamente lo que Lenin dijo en relación a una agudización, superior a lo ordinario, de las necesidades y calamidades de las clases oprimidas, como uno de los rasgos de la situación revolucionaria. Sobre el particular nos han parecido muy interesantes las consideraciones hechas en el artículo de Santiago Alvarez, publicado en REVISTA INTERNACIONAL, número 12 de 1963, así como las que hace

Hugo Barrios Klee en el número 3 de 1964. *En primer lugar, en Guatemala se ha llegado a una situación, sobre todo en el campo, que difícilmente puede ser peor; se ha llegado a un nivel de vida extremadamente bajo. Consideramos que Lenin, cuando hablaba de una agudización, superior a lo ordinario, de las necesidades de las masas, no se refería a una situación como ésta; tenía en cuenta sociedades donde el nivel de vida del pueblo es más alto y, por tanto, susceptible de un brusco empeoramiento.*

De otro lado, la miseria, e incluso su agudización, no bastan para poner en movimiento a las masas. Para que éstas se alcen a la lucha se requiere algo más que el hambre: se requieren los elementos imprescindibles de una conciencia revolucionaria, social. Las masas campesinas indígenas de ciertas regiones de Guatemala (sobre todo en el altiplano) son las que viven en peores condiciones; sin embargo, su atraso cultural, las seculares condiciones de opresión en que han vivido desde los días de la dominación colonial, su relativo aislamiento de la vida económica y política del país y otros factores económico-sociales y político-culturales determinan que dichas masas tengan muy poca o ninguna actividad política. Y aunque la revolución democrática que se desarrolló de 1944 a 1954 comenzaba a incorporar a la población indígena (sobre todo a la juventud) a nuevas formas de vida político-social, no fueron las masas campesinas indígenas las que entonces constituyeron la base principal de masas de la revolución. Y ahora que la revolución democrática y de liberación nacional está madurando en Guatemala, tampoco tendrá en esas masas indígenas campesinas su principal punto de apoyo. (En la medida en que los revolucionarios avancen en el difícil trabajo de esclarecimiento político de los pueblos indígenas, será posible su gradual incorporación a la lucha. En tal caso no cabe duda que la causa revolucionaria guatemalteca recibirá un aporte de valor extraordinario.)

Son otras regiones, los departamentos del Sur y el Oriente del país, y parte del altiplano, más desarrolladas económica y socialmente, donde se encontraron y se encuentran las fuerzas principales de la revolución y las más activas. Allí las masas de la ciudad y del campo, que durante la revolución democrática conquistaron mediante grandes luchas mejores salarios, legislación social, tierras, etc., ahora muestran una actitud más consciente contra la dictadura militar reaccionaria. La premisa fundamental para incorporar a estas masas, cuyas conquistas han sido pisoteadas por la reacción, a la lucha política activa consiste ahora no tanto en el cambio de sus condi-

ciones de vida, como en realizar un gran trabajo para elevar su conciencia y un gran trabajo para organizar su lucha.

Pero hay otro aspecto de esta cuestión. Sabemos que cuando Lenin hablaba de este rasgo de la situación revolucionaria no sólo tenía en cuenta el empeoramiento de las condiciones materiales de vida de las masas. «Los sufrimientos de las clases oprimidas» crecen también a consecuencia de la ofensiva política de la reacción, que en nuestro país ha adquirido la forma del golpe de Estado y del implantamiento de una política de brutales represiones. Existen, asimismo, otros factores de carácter temporal o permanente, que en uno u otro momento pueden ser un impulso determinante para el desarrollo de un potente movimiento político de «los de abajo».

* * *

La indicación de Lenin acerca del ascenso de la lucha política independiente de las masas como condición indispensable y previa de la revolución también tiene que ser comprendida a la luz del análisis concreto de la situación concreta.

En Guatemala, la represión económica y política de las clases dominantes, particularmente desde la implantación de la dictadura militar, ha ilegalizado, desorganizado e impedido las organizaciones de masas de los obreros y los campesinos y determinadas formas de lucha de masas. A diferencia de otros países de América Latina, donde la lucha contra las clases dominantes se libra contando con organizaciones de masas relativamente poderosas, con organizaciones políticas legales, a través de instituciones parlamentarias, de huelgas, etc., en nuestro país encontramos una situación completamente diferente: la represión ahoga la vida y la actividad de las organizaciones democráticas legales.

Nuestro Partido, percatándose de que sin incorporar a la lucha a los destacamentos fundamentales de trabajadores es imposible la revolución, manifiesta mucha preocupación por este estado de organización y movilización de las masas y emprende múltiples pasos en este sentido.

Nuestro Partido subraya de una forma muy particular la importancia decisiva que tiene la participación de los obreros y los campesinos en la lucha revolucionaria en marcha. Sobre todo en el campo, los obreros agrícolas y los campesinos pobres manifiestan en muchas regiones una elevada disposición combativa, aun cuando hace falta todavía mucho trabajo para darle

a ese estado de ánimo la forma y el cauce más adecuados. El Comité Central del PGT ha subrayado recientemente: «... Debe ser objeto de particular ahinco incorporar decididamente a la clase obrera y a los campesinos a la lucha revolucionaria, buscando con iniciativa la forma de conseguirlo. Sin la activa participación de esas masas obreras y campesinas no habrá posibilidad de avanzar en la lucha y hacer realidad el cambio revolucionario en nuestro país.»

Cuando hablamos de organización de las masas no entendemos que ésta debe consistir exclusivamente en poner en pie a las organizaciones tradicionales: sindicatos, uniones campesinas, etc. Prestamos atención, como es natural, al movimiento sindical y campesino, luchamos por salvarlo de su completa destrucción bajo los golpes de la dictadura militar, luchamos por desarrollarlo y poner fin a la desunión existente, pero en las condiciones concretas de Guatemala sería un error pensar que puede irse muy lejos en este sentido, y aún más lo sería subordinar a la previa existencia de organizaciones sindicales y campesinas desarrolladas los combates revolucionarios que el Partido, junto a todas las fuerzas democráticas, no sólo debe librar, sino que está obligado a librar como respuesta a la política ultrarreaccionaria del Gobierno militar.

Al mismo tiempo que presta atención al trabajo sindical, el Partido considera necesario buscar y encontrar otras formas de organización de las masas, adecuadas a la presente situación.

De esto se hablaba ya en el III Congreso de nuestro Partido (mayo de 1960). *El Congreso señaló, entre otras cosas, que allí donde la represión hiciera imposible la organización legal o donde los trabajadores temieran las represalias en caso de organizarse legal y abiertamente, habría que acudir a formas de organización y cooperación clandestinas, ilegales. Al iniciarse la lucha armada popular, por ejemplo, han surgido en diferentes departamentos diversas formas de organización de apoyo a aquélla. Trabajadores que no aceptaban la idea de organizarse legalmente, considerando este paso un «riesgo estéril e infructuoso», han principiado a canalizar su odio a la dictadura y su deseo ferviente de que «vuelva a haber revolución», a través de dichos grupos clandestinos.*

Hecha esta observación, cabe insistir en que, pese a todo, nuestro Partido busca la utilización de las posibilidades de actuación legal o abierta, a fin de incorporar a amplias masas a la lucha. Nuestro Partido considera que la lucha popular no

debe librarse solamente con fines políticos y a través de formas de organización políticas legales o clandestinas, sino antes bien llama la atención sobre la necesidad de conocer y defender las reivindicaciones económico-sociales de las masas. En este sentido es sumamente interesante la experiencia del Partido Comunista de El Salvador, donde, a partir de organizaciones ilegales surgidas inicialmente con fines insurreccionales, se han utilizado las fuerzas de dichas organizaciones para crear o fortalecer distintas asociaciones legales de masas. Esto se consigue, indudablemente, educando políticamente a las masas, a los obreros y campesinos que participan en los grupos clandestinos insurreccionales o en organizaciones de otro carácter. Quizás en un principio estén dispuestos a dar su vida por la revolución, pero no estén preparados para la lucha prolongada, diaria, por su victoria e ingresen en los grupos clandestinos solamente. Pero con la educación política, realizada con paciencia y tesón por el Partido, es posible superar poco a poco las concepciones estrechas.

* * *

En Guatemala ha tomado un carácter específico, claramente manifiesto y «permanente» la crisis de los de «arriba», que Lenin consideraba justamente como una condición indispensable más de la revolución. Desde el derrocamiento del Gobierno revolucionario de Jacobo Arbenz han transcurrido ya 10 años, pero las clases dominantes de Guatemala todavía no han sabido encontrar una fórmula con la que puedan crear un gobierno estable y firme. Todos los gobiernos reaccionarios en los últimos 10 años han tenido frente a sí no sólo la oposición democrática y la resistencia del pueblo, sino también la oposición de sectores reaccionarios, cuyo propósito ha sido arrebatarse el Poder a quienes lo detentan, y no sólo repartirse determinados cargos públicos, bancas parlamentarias, etc., como ocurre en otros países de «democracia representativa» en América Latina.

El odiado Gobierno impuesto por la intervención norteamericana en 1954, después de haber perdido a su jefe, el coronel Carlos Castillo Armas (asesinado por elementos reaccionarios rivales), fue derrocado en octubre de 1957 como consecuencia de importantes manifestaciones populares, que coincidieron en las calles con las acciones organizadas por la oposición reaccionaria, a cuyo frente se puso el general Ydígoras Fuentes. Si en aquellos momentos las fuerzas democráticas no hubieran

estado apenas recuperándose (después de la derrota de 1954) y hubieran realizado acciones independientes más vigorosas y conscientes, el curso de los acontecimientos habría rebasado con mucho los fines estrechos de la oposición reaccionaria.

El Gobierno de Ydígoras Fuentes, surgido de elecciones que se realizaron meses después, tuvo que tomar muchas medidas para precaverse de la activa conspiración de distintos sectores reaccionarios, con los que nunca pudo llegar a una conciliación o a un acuerdo.

En marzo y abril de 1962 estas contradicciones en el campo de la reacción y su carácter se manifestaron con particular precisión. La oposición reaccionaria a Ydígoras Fuentes, tratando de aprovechar en su favor que el Gobierno idígorista se tambaleaba bajo los golpes de la lucha democrática y de las acciones heroicas del pueblo en las calles, buscó el compromiso con algunos jefes militares, incitándoles a que dieran el golpe de Estado. Pero esa misma oposición reaccionaria, asustada ante el auge de la lucha popular revolucionaria, desistió en un momento dado de sus propósitos. El temor al enemigo común —a la revolución— prevaleció sobre las divergencias que la dividían. Esta unidad de la reacción nuevamente se realizó un año después en los días del golpe militar. Sin embargo, las contradicciones internas existentes entre los distintos grupos reaccionarios salieron de nuevo a la superficie al poco tiempo de formarse el Gobierno militar. Hoy, esta parte de la reacción conspira ya abiertamente para derrocar a Peralta Azurdia.

De esta manera, el movimiento revolucionario de Guatemala no se abre paso frente a un Poder reaccionario unido y sólido, sino en una situación en que a las contradicciones que debe resolver la revolución se unen determinadas controversias y luchas internas en el seno de las clases dominantes. Esta circunstancia es preciso tenerla en cuenta al analizar el problema de la maduración de las condiciones para la lucha revolucionaria en nuestro país.

4

Dadas las condiciones existentes en los últimos 10 años en Guatemala, las luchas de las masas se realizan de tal manera que, si fuera posible representarlas en forma gráfica, obtendríamos una línea sinuosa que de período en período presenta alzas verticales muy pronunciadas (octubre de 1957, marzo y abril de 1962, etc.), seguidas de un descenso, brusco también.

que corresponde a situaciones de relativa pasividad. En apariencia, el Gobierno tiene «el control» de la situación. Sin embargo, cabe esperar que de acuerdo con la situación y los pasos concretos que dé el régimen reaccionario, y sobre todo de la labor de agitación revolucionaria y de organización que realicemos en forma sistemática las fuerzas democráticas, pueden registrarse nuevas tempestades de masas. Y no cabe descartar, de ninguna manera, que una de esas movilizaciones, en una situación particularmente crítica para el Poder reaccionario, pudiera derribarlo. Aun ahora, que el Comité Central ha resuelto que «el apoyo a las guerrillas, su fortalecimiento y la ampliación del movimiento armado constituye la cuestión medular de una correcta orientación política de las fuerzas democráticas y revolucionarias», la caída del Poder reaccionario no la vemos vinculada necesariamente a una forma exclusiva de lucha, la armada, y sólo a una variante de esta lucha, o sea, a las guerrillas. Pueden darse muy diversas situaciones decisivas en el curso de la lucha guerrillera y aun antes de que ésta haya alcanzado, en caso de seguir un curso exitoso, las fases superiores de su desarrollo. El progreso mismo de la lucha guerrillera puede estimular el alzamiento de las masas urbanas o la acción combinada de éstas con cuerpos armados que den la espalda al régimen reaccionario.

La aguda crisis de las «alturas» existente en Guatemala no escapa del campo visual de las fuerzas revolucionarias. La crisis en el seno de las clases dominantes abre grietas, como dijera Lenin, «por las que se filtran el descontento y la indignación de las clases oprimidas», dando lugar a acciones decisivas de las masas. Si tal crisis se ahondara, podría no ser necesaria la completa derrota militar del enemigo. En Cuba, por ejemplo, la dictadura de Batista cayó antes de que fuera aplastada su fuerza militar.

Teniendo en cuenta su naturaleza eminentemente reaccionaria, no cabe esperar que el ejército guatemalteco pueda ser utilizado en cierto momento como medio para abrir el paso a la revolución, como ocurrió en 1952 en Egipto o en 1961 en Birmania, pero nuestro Partido, al combatir las ilusiones de ciertos sectores de la opinión democrática en las virtudes casi milagrosas que le atribuyen a un golpe militar, no menosprecia la posibilidad de enfrentamientos internos en el seno del ejército u otras situaciones que pudieran ser aprovechadas por el pueblo en favor de su causa. El Comité Central ha llamado la atención de nuestros militantes y de las fuerzas democráticas sobre lo

que ocurre en el campo reaccionario, a fin de poder aprovechar en interés de la revolución algunos procesos o acontecimientos que se producen o pueden producirse en dicho campo.

Pero por muy importantes que sean estos procesos, la condición política fundamental de la victoria de la revolución es la unidad de todas las fuerzas democráticas y antiimperialistas. Nuestro Partido sigue una invariable política en favor del frente único democrático, ha prestado y está dispuesto a prestar cada vez más una ayuda solidaria a otros grupos democráticos para reorganizarse clandestinamente. *El PGT es hoy día la única entidad política democrática que mantiene en pie su organización, como ocurrió también durante varios años después del derrocamiento del Gobierno democrático de Arbenz en 1954. Pero tal circunstancia no la vemos egoístamente como algo que «nos beneficia», sino, por el contrario, como uno de los puntos más débiles del movimiento democrático, pues hay, indudablemente, sectores populares que siguen o seguirían a esos partidos democráticos y a los cuales no llega o no podría llegar por un período nuestro Partido.*

Después del golpe del 30 de marzo tomó forma la unidad de los sectores políticos democráticos en el Frente Unido de la Resistencia (FUR). Esto constituye un paso positivo, pero se está lejos de lo que es necesario. En primer lugar, las ilusiones golpistas de varios partidos democráticos miembros del FUR hacen que su contribución y cooperación sufra altas y bajas.

En segundo lugar, esos partidos democráticos no manifiestan interés en darle al FUR una base de masas y, sobre todo, una determinada estructura orgánica, que en las condiciones concretas de Guatemala sería lo más conveniente. En esta cuestión, nuestro Partido sustenta el siguiente criterio: *«El Frente Unido de la Resistencia no podrá jugar el papel que está llamado a jugar si no cuenta con una ramificada red de organizaciones, en el seno de las cuales colaboren unitariamente todas las personas de sentimientos democráticos, sean o no miembros de los partidos que lo integran.»*

* * *

La política de las clases dominantes ha impuesto al pueblo guatemalteco la adopción de la lucha armada, la adopción de la vía no pacífica de desarrollo de la revolución en nuestro país. A menudo se nos pregunta, con fraternal interés por el curso de los acontecimientos en Guatemala: ¿Se tiene la seguridad

de que esta lucha guerrillera conducirá a la victoria? Encontrándose las guerrillas en su fase inicial, no es posible responder en forma terminante que conducirán de modo inexorable hasta la victoria. Ningún partido marxista, al entrar al campo de los combates revolucionarios, ha podido decir por anticipado sin ningún género de salvedades que en esa etapa la victoria llegará a sus manos de modo ineluctable. La experiencia internacional indica, por lo demás, que el éxito de la lucha armada popular no depende sólo de la voluntad y el trabajo abnegado de los revolucionarios, sino, sobre todo, del desarrollo de las condiciones objetivas que se precisan para derrocar el Poder reaccionario; de la capacidad de las fuerzas revolucionarias para sumar a las masas a la lucha por el derrocamiento del régimen reaccionario.

Creemos —y esto determina la línea política y la actividad práctica de nuestro Partido— que en nuestro país hay un determinado grado de madurez de las condiciones para la revolución y una tendencia objetiva a su ulterior maduración. El PGT hará todo lo que de él dependa para que esa tendencia se convierta en una realidad. La lucha por este objetivo será difícil y prolongada. Su éxito abrirá de nuevo el camino a la revolución guatemalteca, cuya trágica derrota ocurrió hace justamente diez años.

REVISTA INTERNACIONAL N. 6, 1964

II

SOBRE LAS FUERZAS MOTRICES DE LA REVOLUCION

Algunos problemas del movimiento obrero en América Latina

Notas de un sindicalista

LUIS FIGUEROA

En el campo antiimperialista, más concretamente en el ámbito del movimiento revolucionario latinoamericano, viene siendo motivo de viva discusión, entre otros problemas del proceso revolucionario, el de las fuerzas llamadas a impulsar la **lucha liberadora de nuestros pueblos y específicamente el de la fuerza principal y dirigente de esa lucha.**

Si el problema estuviera sólo radicado en el análisis teórico con vistas a la clarificación de las ideas, sería ya importante intervenir en el debate; sin embargo, se trata, al menos en América Latina, de algo más: **de la búsqueda urgente de caminos y soluciones que demanda la realidad de la práctica diaria de la lucha revolucionaria concreta, derivada de la situación prerrevolucionaria que vive el continente latinoamericano. La cuestión de la fuerza principal adquiere el carácter de un asunto vital para los ritmos y los resultados del desarrollo actual de la revolución antiimperialista y antifeudal y para su ulterior curso socialista.**

Hay quienes sostienen —en el campo antiimperialista— que la fuerza principal de la revolución latinoamericana son las masas campesinas, dirigidas por la intelectualidad revolucionaria, o que la vanguardia revolucionaria está en las capas medias o la constituye el estudiantado. Se dice que aun siendo la clase obrera la que históricamente está llamada a encabezar la revolución social, en las condiciones propias de América Latina, por su escaso desarrollo, por su débil organización e insuficiente grado de conciencia revolucionaria, no está en condiciones de encabezar la lucha liberadora.

Es cierto que en las etapas iniciales de la revolución anticolonial o agraria-antiimperialista, esta correlación entre las clases puede darse, pero hay un hecho claro: que la victoria

de esta revolución, el desarrollo ascendente de este proceso y su ulterior curso socialista sólo estarán garantizados en la medida que se consoliden las posiciones de la clase obrera y esencialmente conforme crezca la influencia que ejerza la vanguardia revolucionaria dotada de la ideología política de la clase obrera, el marxismo-leninismo.

. Sin embargo, quisiéramos llamar la atención sobre algunos aspectos del problema relativo a la clase obrera y a la etapa actual de la revolución en América Latina, aspectos que, a nuestro juicio, no siempre se tienen en cuenta en la discusión entablada.

El crecimiento numérico de la clase obrera en América Latina es rápido. Al mismo tiempo, el proceso de formación del proletariado como «clase para sí» se expresa en la extensión y profundización de la lucha político-social de la clase obrera en el continente, en la evolución de los objetivos de lucha por ella planteados, en los cambios de métodos y formas de esta lucha y, finalmente, en la transformación del primero de sus destacamentos nacionales —el proletariado cubano— en clase dirigente.

Con esto no queremos decir que toda la clase obrera de los países latinoamericanos (o la mayor parte de ella) esté ya ganada para la revolución. Pero es importante comprender bien cuán grande es la fuerza potencial del proletariado del continente, cuánto depende de la orientación que se dé a su energía y a sus luchas. *Por otra parte, el complejo cuadro económico y social del continente ha venido sufriendo grandes modificaciones que es menester examinar con mayor profundidad, tanto en escala continental como en las particularidades nacionales, a fin de estar en mejores condiciones para mover aquellas palancas que contribuyan a abrir el impetuoso cauce de la revolución liberadora de nuestros pueblos. Y, una vez comprendido esto, actuar en consecuencia.*

ACERCA DE ALGUNAS TENDENCIAS DEL DESARROLLO DE LA LUCHA DE CLASES EN EL CONTINENTE

Así como el triunfo de la Revolución de Octubre de 1917 y la construcción del primer Estado socialista cambiaron el curso de la historia contemporánea y ejercieron una gran influencia en el desarrollo del movimiento revolucionario internacional, particularmente en los países de Europa y Asia, el triunfo de

la Revolución Cubana y la construcción victoriosa del primer Estado socialista en América *han cambiado radicalmente la situación en el continente latinoamericano. La lucha de clases en el continente se ha elevado a un nuevo nivel; la vida ha planteado una serie de nuevos problemas y proporciona nuevas enseñanzas cuya esencia deberán asimilar evidentemente los revolucionarios con la mayor rapidez posible.*

Esta influencia de la Revolución Cubana se extiende a todos nuestros países en mayor o menor medida, en relación directa al grado de desarrollo que la lucha de clases ha alcanzado en cada uno de ellos. La fuerza y la eficacia de esta influencia se explican no sólo por la explosión de entusiasmo con que los pueblos del continente acogieron la hazaña legendaria de sus hermanos, la audacia del reto lanzado por ellos al enemigo común y su victoria sobre el Goliath imperialista. La profunda sensibilidad de las masas de todos nuestros países al llamado y a las enseñanzas de Cuba tienen también su base objetiva en la aguda crisis de la estructura económico-social tradicional que sacude al continente.

El dominio imperialista y la supervivencia del latifundio gravitan sobre el conjunto de las economías nacionales, las debilitan y frenan su desarrollo. El imperialismo, en alianza con las minorías oligárquicas, descarga sobre las espaldas de las masas trabajadoras el peso de la crisis y de su política de saqueo. *La ampliación del frente antiimperialista es la contrapartida lógica, la respuesta de los pueblos a la expansión de la dominación imperialista en general y en particular al predominio del imperialismo yanqui, que hoy se extiende a todos los ámbitos de la vida de los países latinoamericanos. Con cada década, con cada nuevo empuje de la ola revolucionaria crece la amplitud del movimiento contra el estado de cosas existente. El paso de una parte de la burguesía al campo de la reacción se neutraliza con la participación en la lucha de amplias masas trabajadoras que han despertado de la pasividad política y con la radicalización de nuevos grupos de las capas medias.*

Es evidente que se abre paso una nueva correlación de fuerzas, que favorece más y más a los movimientos nacional-liberadores. El continente se está convirtiendo en uno de los principales frentes de la lucha antiimperialista y de la revolución socialista mundial.

Pero es importante ver, al mismo tiempo, que este proceso no se desarrolla en forma pareja, hay altos y bajos, avances y retrocesos en la lucha, correspondiendo a la correlación de fuer-

zas dentro de cada país y en el conjunto del hemisferio, al mayor o menor grado de unidad de acción de las fuerzas anti-imperialistas, a las medidas tácticas adecuadas o inadecuadas que se apliquen.

La experiencia nos enseña que si bien la situación política varía de un país a otro aún más que su desarrollo económico, hay en ella ciertos rasgos comunes a todos. La lucha por derrotar al imperialismo y a las oligarquías nacionales, por arrancarles el poder político y económico y asegurar la conquista del poder por el pueblo constituye el denominador común de la acción de las fuerzas revolucionarias del continente en la presente etapa de su historia. Tanto el logro de este objetivo primordial como el curso socialista del proceso revolucionario ulterior dependen en gran medida de la consolidación de nuestras posiciones en las masas campesinas y en las capas medias de la ciudad. Pero, pese a todo, quisiera subrayar especialmente que, por lo menos en la mayoría de los países del continente, el desarrollo exitoso de la revolución depende hoy, sobre todo, de si se logra ganar para estos objetivos revolucionarios al conjunto de la clase obrera; depende de si el proletariado sabe agrupar en torno suyo a la mayoría de la población de la ciudad y del campo, conquistando a través de la lucha concreta y de la lucha ideológica la dirección hegemónica del movimiento.

CRECE LA CLASE OBRERA

En los últimos años han tenido lugar en América Latina cambios sensibles en la estructura social, en la estructura de la producción y en el empleo de la población. Los datos que inserta-

	Años		
	1950	1955	1965
Toda la población (en millares)	156.120	178.802	237.200
Población urbana (en millares)	61.369	77.063	119.362
Población rural (en millares)	94.751	101.739	117.838
Tantos por ciento de población urbana	33,5	43,1	50,3

mos a continuación muestran la correlación entre las poblaciones urbana y rural en América Latina.

Así, pues, si hace quince años la población rural representaba más del 65 % de la población del continente, ahora más de la mitad de la población se encuentra en las zonas urbanas.

Sin embargo, el crecimiento de la población urbana no es parejo. En América del Sur es más rápido que en América Central, donde todavía vive en el campo dos tercios de la población.

Esta inmigración masiva del campo a la ciudad corresponde sin duda a factores concretos, siendo el principal la pauperización, el empobrecimiento de amplias capas campesinas, esquilmas por los terratenientes y la penetración del capitalismo en el campo. Los campesinos, particularmente los jóvenes, se ven obligados a buscar en la ciudad el pan que se les niega en el campo, porque la tierra no es de ellos. Además, como consecuencia de la acumulación de capitales en manos de una burguesía industrial que fortalece sus posiciones explotando a los trabajadores y comerciando con las riquezas y la soberanía del país, han surgido ciertas líneas de producción cuyo desarrollo no contradice los intereses del imperialismo.

Debe subrayarse, no obstante, que el desarrollo industrial en nuestros países es bastante más lento que el empobrecimiento de los campesinos y el crecimiento de las ciudades. La industria no puede «absorber» el creciente torrente de campesinos que huyen de las aldeas, el ritmo de aumento del número de obreros es mucho más lento que el ritmo de crecimiento de la población urbana (más adelante volveremos sobre este problema). Sin embargo, en veinte años ha aumentado en más del doble

	Años				
	1940	1945	1950	1955	1960
Toda la población activa (en millares)	42.810	47.210	52.950	60.200	68.630
Ocupados en la agricultura (en millares)	24.830	26.410	28.160	30.030	32.260
[Tantos por ciento]	58,0	55,9	53,0	49,9	47,0
Ocupados en otras ramas (en millares)	17.980	20.800	24.790	30.170	36.370
[Tantos por ciento]	42,0	44,1	47,0	50,1	53,0

el número de trabajadores que laboran en actividades no agrícolas.

Si tenemos en cuenta que, además de los obreros fabriles, forman parte de la clase obrera de América Latina los obreros agrícolas y de los servicios, la inmensa mayoría de los empleados en la industria y el comercio, en los servicios y el aparato estatal (exceptuando a aquellos que están vinculados directamente a la dirección de las empresas y a los gobiernos), **podemos llegar a la conclusión de que la clase obrera representa la mayoría de la población activa de América Latina.**

En 1950, la cuantía numérica del proletariado fabril y agrícola del continente rebasaba la cifra de 19 millones de personas; la de todos los asalariados se elevaba a 29 millones, es decir, el 35% y más del 50% de la población activa, respectivamente¹.

Ya a comienzos de la década del 50 los asalariados representaban más del 70 % de la población activa en Cuba, Chile y Argentina, más del 60% en Uruguay y más del 50% en Brasil, Venezuela, Ecuador, El Salvador, etc.

En los últimos quince años ha seguido aumentando con rapidez la clase obrera de América Latina. **Según ciertos cálculos, el número de asalariados alcanza actualmente la cifra de 40 millones de personas (en sus tres cuartas partes, proletarios industriales y agrícolas), lo que equivale a cerca del 60 % de la población activa del continente.**

EL PELIGRO DE DEFINICIONES SUPERFICIALES

Sin embargo, esto no fue siempre así. En la década del 20 la clase obrera de América Latina era una pequeña fuerza, con lento crecimiento; pero aun en esas condiciones irrumpió luchando encarnizadamente contra los explotadores nacionales y extranjeros, y algunos de sus núcleos más avanzados y agueridos fueron la base del surgimiento de los primeros partidos comunistas en el continente. Al mismo tiempo puede decirse que durante un largo período la mayoría de nuestros jóvenes partidos transplantaron mecánicamente las enseñanzas y experiencias del proletariado europeo, que se hallaba ya en una etapa de desarrollo totalmente distinta, a las condiciones peculiares de la América Latina de aquel entonces. A ello contri-

¹ En Asia, por ejemplo, el número de asalariados representaba en aquel tiempo un tercio y en África una quinta parte de la población activa.

buyeron la extremada juventud de los partidos comunistas del continente y —en una serie de países— la preponderancia de emigrados en sus filas, así como la gran influencia ejercida por la clase obrera rusa y la Gran Revolución de Octubre (y por el auge de la lucha del proletariado de Europa Occidental en la posguerra) sobre los destacamentos de vanguardia de nuestro proletariado. En nuestros documentos de aquel entonces generalmente exagerábamos el papel que podía jugar la clase obrera. *Con frecuencia veíamos ante nosotros no al proletariado poco numeroso y con una conciencia de clase débilmente desarrollada, como en realidad era, sino al proletariado tal y como debería ser.* (Todo esto es aplicable en mayor medida a la situación que existía en una serie de países de los Andes y de la cuenca del Caribe).

Más tarde, los programas de las organizaciones revolucionarias fueron corregidos de acuerdo con la realidad de cada país y de cada etapa; pero incluso entonces la forma en que se planteaba la cuestión de la fuerza principal de la revolución no sufrió, en la mayoría de los casos, cambios sensibles, adquiriendo con frecuencia un carácter puramente formal. *Algunas tesis acerca de lo que «debe ser» se repetían tan frecuentemente y de manera tan incondicional que nosotros mismos acabábamos por creer que «eso ya era», olvidando a veces que para la solución de cualquier problema no basta con formularlo.* Así, al afirmar que la clase obrera es la fuerza que encabeza la revolución, a veces no vamos más allá, no profundizamos en la esencia de la cuestión, no analizamos el proceso real de formación de la clase obrera y el desarrollo de sus tradiciones, todo el conjunto de problemas reales que se plantean ante ella y su reacción concreta ante tales o cuales fenómenos. Tras el optimismo superficial de las formulaciones se oculta con frecuencia la incapacidad de buscar afanosamente los métodos y formas de trabajo más adecuados dentro de la propia clase obrera con el fin de **ganar** a su masa fundamental para la revolución y acelerar así el proceso de su transformación en fuerza hegemónica.

Estos defectos se dejaron sentir con particular fuerza en los períodos de auge industrial, cuando el núcleo del proletariado industrial, poco numeroso, pero templado en los combates de clase y ya con un considerable grado de conciencia de clase, se vio en muchos países como aprisionado por la rápida afluencia de millones de trabajadores que hasta entonces habían sido campesinos, artesanos o desocupados y que pasaban a engrosar

las filas de la clase obrera. Esto creó una situación nueva para la que nosotros no siempre estuvimos preparados.

A menudo los revolucionarios preferían trabajar entre los campesinos, el estudiantado o las capas medias, porque los métodos y las formas de actividad entre estos grupos sociales eran más tradicionales, estaban más elaborados, el trabajo resultaba más fácil y se lograba difundir más rápidamente las ideas revolucionarias.

Es cierto que este error viene siendo corregido, pero aún no con la profundidad y extensión que el problema requiere. No todos los revolucionarios del continente comprenden que *sin el fortalecimiento de la unidad política y sindical de la clase obrera, sin la elevación de su combatividad y su conciencia revolucionaria será muy difícil afianzar la alianza obrero-campesina y unir alrededor del proletariado a los más vastos sectores afectados por el imperialismo.*

EXITOS Y DIFICULTADES DE LA LUCHA DEL PROLETARIADO

El volumen de las luchas de los trabajadores latinoamericanos ha aumentado ostensiblemente en los últimos veinticinco años, pero no ha seguido un curso ascendente continuado: ha habido períodos de auge, de estagnamiento y de retroceso. *Por regla general han coincidido con los flujos y reflujos del movimiento revolucionario continental y, en medida decisiva, han sido determinados por ellos. A su vez, el auge y el descenso del movimiento obrero han influido grandemente sobre toda la marcha de la lucha liberadora en el continente.*

En la década del 40 se observa una expansión del movimiento obrero, de las luchas de masas y de las huelgas. La consolidación de la unidad política y sindical a nivel nacional y continental fue un factor importante en este proceso de auge. En muchos países latinoamericanos la clase obrera fue ganada para la lucha antifascista y jugó un gran papel en ella.

A comienzos de la década del 50 el volumen del movimiento huelguístico baja, indudablemente a raíz de la escisión del movimiento sindical internacional, que repercute en el continente con la división de la CETAL, surgiendo un organismo regional interamericano financiado por el imperialismo yanqui, la ORIT. La división de las fuerzas obreras en varios países debilita sus luchas y reduce su influencia política.

Pasaron algunos años antes de que se lograra ir reunificando a los trabajadores, en un nuevo período de ascenso revolucionario cuya más clara expresión fue la victoria y consolidación de la Revolución Cubana. Es interesante observar que a medida que muchos partidos comunistas del continente lograron abrir camino a las acciones comunes con otras fuerzas progresistas y consolidaron sus posiciones en la clase obrera, se fue fortaleciendo la unidad sindical en numerosos países, volvieron a abrirse las perspectivas de unidad sindical a escala continental y se elevó el nivel de las luchas políticas, sociales y económicas. *El número de huelguistas en América Latina subió de 3 millones en 1950 a unos 20 millones en 1960.*

En los últimos años los movimientos huelguísticos van vinculándose más y más a objetivos antimperialistas y antioligárquicos. En algunos países toman un carácter francamente político, como en las huelgas nacionales de Uruguay y Chile en repudio a la invasión yanqui en Playa Girón, en Argentina por los derechos sindicales y democráticos, en Panamá en defensa de la soberanía nacional, en Colombia contra las alzas y la represión, en Bolivia contra la dictadura militar, en Brasil (en 1961—1963) en defensa del Gobierno de Goulart, etc., etc.

Pero este auge del movimiento obrero no es todavía general y continuado, muestra vacíos de consideración que dan lugar a serias reflexiones. ¿Es acaso que los destacamentos proletarios que, de manera permanente o periódica, manifiestan cierta pasividad en la lucha (sobre todo en la lucha política) están satisfechos con el actual estado de cosas? Indudablemente que no. Sin embargo, muchos trabajadores todavía no han adquirido conciencia de sus problemas y de cómo luchar para solucionarlos, no comprenden que solamente unidos y en combate podrán conseguir la satisfacción de sus reivindicaciones inmediatas y derrotar a sus enemigos de clase.

Otro de los factores dignos de analizar a fin de encontrar las causas o el porqué de los altibajos en el curso de las luchas de la clase obrera de América Latina, es el de su proceso de formación y desarrollo y del peso específico de la ideología burguesa y proletaria en el conjunto de los trabajadores. Analizando estos factores comprenderemos mejor la conducta y las actitudes de la clase obrera frente a fenómenos políticos concretos, el porqué de su combatividad o ausencia de ella en determinadas situaciones críticas. (Por ejemplo, la posición adoptada por las masas proletarias de algunos países en los momentos de los golpes de Estado reaccionarios. Lo «natural» en estos

casos hubiera sido responder por su parte con una lucha activa contra la reacción, empleando todas sus formas; pero la realidad es que esto no siempre fue así).

En verdad la clase obrera es combativa por naturaleza, pero la mayor o menor extensión de sus acciones están determinadas por el grado de unidad y organización alcanzado, por el nivel de conciencia de clase y de comprensión política, así como por la capacidad de sus cuadros dirigentes, por su firmeza y preparación ideológica. Lo fundamental, a nuestro juicio, radica en el papel de la vanguardia política del proletariado, en la influencia que pueda ejercer sobre el conjunto del movimiento obrero o sobre sus núcleos más importantes y decisivos (desde el punto de vista numérico, de las ramas de producción, de la situación geográfica) y en el empleo de una táctica adecuada en cada momento dado.

EL PROLETARIADO Y LA IDEOLOGÍA BURGUESA

Es necesario tener siempre en cuenta que así como los comunistas y otros sectores avanzados se esfuerzan por llevar al seno de la clase obrera una orientación revolucionaria y difundir entre ella las ideas del marxismo-leninismo, la burguesía, a su vez, no descansa en hacer lo contrario, en tratar de ganarla para sus posiciones de clase y educarla en el espíritu de la colaboración de clases o, en todo caso, neutralizar su acción revolucionaria.

Algunos sectores de la burguesía latinoamericana que en su tiempo levantaron (y aún hoy levantan) banderas progresistas, nacionalistas, antif feudales, buscaron el apoyo de la clase obrera naciente o en etapas posteriores de su desarrollo, *a través de las llamadas reformas sociales preventivas*. Aprovechándose de la debilidad del movimiento obrero de masas, utilizando las particularidades de la estructura del proletariado y su inexperiencia, la débil influencia o los errores de los partidos comunistas (y a veces su inexistencia), *estos sectores burgueses, que actuaban a través del aparato estatal, consiguieron en una serie de casos una situación dominante dentro del movimiento sindical. Con su paternalismo sindical y político ejercieron durante las décadas del 40 y del 50 una seria influencia en la psicología social de masas importantes del proletariado*. Y pese a todas las amargas lecciones de la vida, y al trabajo tenaz de los comunis-

tas, esa tendencia a esperar la solución de sus problemas de «dioses, reyes o tribunos» es todavía fuerte en el movimiento obrero de nuestros países. *Con la práctica del paternalismo burgués-burocrático y sus consecuencias están vinculados de una u otra manera algunos otros viejos problemas del movimiento obrero en América Latina*. Al decir esto tenemos en cuenta los claros elementos de *estrecho espíritu gremial* que se dejan sentir sobre todo en la actitud hacia los trabajadores del campo, así como *la corrupción en el aparato sindical*, verdadero flagelo del movimiento en algunos países del continente, etc.

La cuestión de la lucha ideológica es un asunto vital, particularmente en una etapa como la que vivimos, en que es necesaria la política de frente único antiimperialista. Precisamente la conjunción de la lucha por la unidad con la lucha ideológica garantizan la consolidación del frente común antiimperialista y la independencia de la clase obrera para evitar que ésta marche a remolque y para convertirla de *verdad* en la clase dirigente, alrededor de la cual se agrupen las otras fuerzas.

El peligro de introducir en el movimiento obrero de América Latina una ideología y una política extrañas proviene no sólo de sus burguesías nacionales reformistas (o de los demagogos fascitizantes), sino también del «amo», el imperialismo yanqui. Desde hace muchos años, los monopolios estadounidenses vienen utilizando diversos instrumentos de penetración en la clase obrera latinoamericana. Conocido es el papel de la ORIT en este miserable oficio de dividir a los trabajadores. Mas en las condiciones actuales y a partir del triunfo de la Revolución Cubana, la estrategia yanqui para Latinoamérica varió un tanto. Entre otras cosas han creado un nuevo instrumento de penetración en el campo obrero latinoamericano, el Instituto Americano para el Desarrollo del Sindicalismo Libre (IADSL).

El IADSL fue creado a comienzos de 1962 como un organismo semioficial, con la participación directa de funcionarios del Departamento de Estado, ejecutivos de las empresas que operan negocios en América Latina (y que aportaron buena parte de sus fondos) y los dirigentes del AFL-CIO. Este organismo opera en casi todas las grandes ciudades del continente, directamente vinculado a las embajadas yanquis. El IADSL trabaja íntimamente ligado a la CIA y viene montando una red de «escuelas y seminarios», en donde se preparan «cuadros» anticomunistas, espías delatores y otros «especialistas» que permitan tener grupos diversionistas o centros de operaciones paramilitares en caso de desembarcos de tropas yanquis.

El IADSL cuenta con suculentos fondos. Cada «becario» que marcha a EE.UU. a estudiar recibe diez dólares diarios fuera de los gastos mayores; otro tanto ocurre en las escuelas o seminarios nacionales. Además, el IADSL sirve de agencia de enlace para el otorgamiento de «créditos» a los sindicatos u organismos cooperativos, para la construcción de poblaciones obreras, locales sindicales, etc. Los créditos o «donaciones» se hacen a través del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), de la Asociación Internacional de Fomento (AIF) o de los fondos sociales del AFL-CIO. A pesar de que el «Instituto» constituye un peligro para el movimiento obrero, las fuerzas democráticas y populares del continente no han calibrado todavía su papel, porque siguen limitándose a una que otra protesta. La denuncia de las siniestras actividades de este organismo en todos los lugares ayudará a poner una vez más al desnudo el verdadero carácter del imperialismo y sus nefastos métodos de corrupción.

CAMBIOS ESTRUCTURALES. NUEVOS PROBLEMAS

En la clase obrera de nuestro continente se vienen produciendo cambios en la composición numérica y en la estructura, lo que crea importantes problemas.

Quisiera, ante todo, llamar la atención una vez más acerca de la rapidez con que crece el proletariado urbano de los países más importantes de América Latina. Esta circunstancia tuvo, y tiene, a nuestro juicio, gran importancia política. Ello explica, en cierta medida, algunos zigzags del movimiento obrero y, en particular, la dinámica de la influencia de aquellas tendencias que expresan los intereses radicales del proletariado y se apoyan principalmente en los destacamentos de la clase obrera que poseen una conciencia de clase relativamente desarrollada.

Comparemos los ritmos de crecimiento del proletariado latinoamericano con los datos relativos a la Rusia prerrevolucionaria. En los 14 años anteriores a la primera guerra mundial (que fueron a la vez años de conquista por el Partido Bolchevique de las masas fundamentales de la clase obrera del país), la cuantía numérica del proletariado industrial de Rusia (en las empresas controladas por la Inspección fabril. N. de la R.) aumentó de 1.692.000 a 2.282.000 personas, es decir, en un 35% (una media de 2% anual). He aquí cómo creció —en plazos comparativos— el proletariado fabril de algunos países de América Latina:

ARGENTINA: de 876.000 (en 1948) a 1.700.000 (en 1958), casi en el doble en diez años.

BRAZIL: de 669.000 (en 1939) a 2.000.000 (en 1956), en el triple en 17 años.

MEXICO: de 379.000 (en 1945) a 1.000.000 (en 1958), más de dos veces y media en 13 años.

URUGUAY: de 90.000 (en 1936) a 263.000 (en 1958), casi en el triple en 22 años.

Así, pues, el ritmo de crecimiento numérico del proletariado en nuestros países es cuatro o cinco veces superior al de la Rusia prerrevolucionaria.

Es indudable el alcance histórico progresista de este proceso en su conjunto. Al mismo tiempo, es evidente que tal ritmo de crecimiento del proletariado abre amplio campo para la propagación en el movimiento obrero de todos los matices de la ideología reformista burguesa y pequeñoburguesa, y que ha planteado y plantea ante nosotros nuevos problemas.

Todos estos problemas son solubles, particularmente en la situación prerrevolucionaria que hoy atraviesa nuestro continente. **Con una política justa de la vanguardia, los nuevos contingentes de proletarios pueden adquirir rápidamente conciencia de clase y atenerse a una línea de conducta clasista.** (Cómo no recordar de nuevo a este respecto el ejemplo de Rusia en el período que siguió a la Revolución de Febrero de 1917). **Pero elaborar una tal línea política no es fácil; ello requiere la mayor precisión en el análisis marxista, sin ataduras sectarias y ahondando profundamente en la realidad nacional.**

En cuanto a los problemas de la estructura del proletariado latinoamericano quisiera, en primer lugar, referirme de nuevo a la composición de clase en el campo. Con frecuencia designamos erróneamente con el término de «campesinado» a toda la población rural. Esto conduce a veces a la utilización de métodos y tácticas inadecuados. En varios países, donde la rama principal de la economía es la agricultura, la masa fundamental de los trabajadores está integrada por braceros, peones u obreros agrícolas, que son parte integrante del proletariado. Estos se ocupan no solamente de trabajos agrícolas, sino que trabajan también en la construcción de edificios, caminos, etc. ¿Qué rasgos comunes y qué diferencias hay entre estos distintos grupos de trabajadores y los campesinos sin tierra o con pequeñas propiedades cuya explotación no permite asegurar el sustento de sus familias? Este problema, creo yo, no lo tenemos

todavía resuelto ni en el plano teórico ni en el de las conclusiones prácticas.

En la estructura del proletariado urbano se están produciendo grandes cambios. Esto, que es común a la mayoría de los países económicamente desarrollados, afecta también a América Latina.

El proletariado latinoamericano no sólo crece, sino que se renueva periódicamente. Se incorporan a él nuevos contingentes de trabajadores jóvenes. Con el desarrollo de algunas líneas de producción se modifican también los núcleos básicos del proletariado. En muchos países, los núcleos obreros que hace treinta años jugaron un destacado papel por su importancia y combatividad, han pasado hoy a ser reemplazados por otros contingentes nuevos, a los cuales hay que ayudar a hacer su propia experiencia en la lucha de clases y educarlos para desarrollar en ellos la conciencia revolucionaria de clase.

Con la aparición en algunos países de ciertas bases de la industria pesada, el paulatino surgimiento de la química industrial y de otras ramas, el capitalismo exige de los obreros no sólo habilidad manual y esfuerzo físico, sino algunos conocimientos tecnológicos. En aquellas industrias que tienen grandes capitales invertidos, maquinaria de producción en serie o elevados niveles tecnológicos, especialmente las de carácter monopolístico dentro de cada país, *los trabajadores logran arrancar salarios y conquistas sociales superiores al nivel medio*. Es en esas industrias donde surge una capa del proletariado, «objetivamente privilegiada». (En el pasado se trataba, por regla general, únicamente de grupos poco numerosos, conscientemente «alimentados» por las empresas de los monopolios yanquis). Estos nuevos sectores de nuestra clase obrera se diferencian bastante de la aristocracia obrera de los países capitalistas desarrollados (el salario más elevado de los obreros de nuestros países está, por lo regular, considerablemente por debajo del mínimo vital). Y no obstante, incluso en estos grupos se observa a veces una clara tendencia al desclasamiento, a la asimilación de la ideología burguesa.

¿Cómo trabajar con estas capas de la clase obrera para impedir que se aparten del frente común de la lucha? La historia en general y también la de nuestros países demuestra que **la percepción de buenos salarios y un elevado nivel de vida de tales o cuales grupos de la clase obrera no conducen de por sí y fatalmente a su aburguesamiento. ¿Qué reivindicación concreta o general interesa más a un sector o a la mayoría de**

ellos? Son interrogantes a los que sólo pueden responder los destacamentos de vanguardia de cada país, en posesión del conocimiento de la realidad nacional y regional. Este es otro de los problemas que espera nuestra solución.

Al mismo tiempo, se desarrolla otro proceso, en cierto modo contrario al que acabamos de mencionar, *pero que amenaza tener consecuencias semejantes si no se le presta la debida atención, si no se analiza con la suficiente profundidad, si la actividad y la flexibilidad de nuestras acciones son insuficientes*.

Se trata del crecimiento desproporcionado de las ciudades capitales, de los principales puertos o de aquellas ciudades de mayor concentración industrial. Alrededor de las grandes ciudades se han constituido cordones de poblaciones, huérfanas de los adelantos urbanos y servicios indispensables, comúnmente levantadas por sus propios moradores (en Brasil se denominan «Favelas», en Argentina «Villas Miseria», en Chile «Poblaciones Callampas», etc.). Habitan en ellas refugiados del campo, obreros de salarios muy bajos, desempleados, trabajadores con familia numerosa, lumpen proletarios y lumpen pequeñoburgueses, etc. Los rasgos comunes propios de este mundo multiforme son la miseria y la protesta contra el estado de cosas existente. Su propia aparición ha sido agitada, reclamando un techo donde cobijarse, conquistando un terreno donde instalarse, exigiendo por así decirlo carta de ciudadanía en las ciudades que las castas dominantes les negaban.

Sin embargo, esta protesta puede tener múltiples direcciones. En los «cinturones de la miseria» se lleva una lucha organizada y se difunde la ideología revolucionaria. Los habitantes de estos barrios son una fuerza potencial de la revolución, y más de una vez han demostrado su gran combatividad en las «acciones directas» (ocupación de terrenos, manifestaciones, choques con la policía, etc.). *Pero en los casos en que la influencia de los partidos de vanguardia es allí débil, estas zonas se convierten en campo apropiado para el reformismo burgués o, lo que es peor, en centros de recluta de mercenarios para la fuerza de la extrema reacción*. Esta enorme masa de desamparados, que en porcentaje muy considerable forma parte del proletariado, suma millones en nuestro continente. Nosotros tenemos que reforzar nuestra labor e influencia en este importante núcleo social. Pero además de la acción política partidaria, surge la necesidad de establecer vínculos concretos y acciones comunes entre los sindicatos y la población de estas zonas.

La experiencia de numerosos países demuestra que, **incluso habiendo diferencias políticas y tácticas entre las fuerzas revolucionarias, es posible realizar acciones conjuntas por objetivos comunes de la lucha antiimperialista y democrática**; realizar la unidad de acción e incluso determinadas formas de unidad orgánica. En las etapas iniciales de esa lucha cada una de las fuerzas del frente único conservará su autonomía y participará en la lucha ideológica explicando a las masas su posición en los problemas de la revolución.

La unidad política y la unidad sindical son los dos resortes fundamentales en la gran tarea de ganar a la clase obrera para los cambios revolucionarios. Allí donde esta acción unida se logra, se afianzan los vínculos obrero-campesinos, crece la combatividad de las masas y la acción revolucionaria se eleva a un nuevo plano.

Por ello la lucha contra el sectarismo, el aislacionismo y las posiciones oportunistas de derecha o de izquierda constituye una necesidad para abrir caminos reales al movimiento liberador.

Está cada vez más claro que a través de la acción unida de las fuerzas populares y democráticas, en cada país y a nivel continental, será posible asestar golpes decisivos al imperialismo y a la reacción interna. Un paso concreto e importante en el camino de la unidad y la solidaridad de los movimientos de liberación del continente se ha dado en el marco de la Conferencia Tricontinental, celebrada en enero en La Habana, al constituir, con el acuerdo de representantes de 27 países latinoamericanos, la Comisión Organizadora de la Primera Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de América Latina. Este hecho tiene significación histórica para el movimiento emancipador del continente.

Este primer paso deberá ser acompañado del reforzamiento del trabajo de unidad política y sindical dentro de cada país. Asimismo el problema de unir orgánicamente a los trabajadores del continente se convierte en una labor de la mayor urgencia.

La lucha por la unidad de los trabajadores es una tarea que venimos impulsando desde hace años. Lo nuevo radica en la importancia vital de esta tarea en las condiciones actuales. Naturalmente que si consideramos que el éxito de la lucha, el

éxito de nuestra revolución depende de que el proletariado conquiste en ella la hegemonía, será necesario en primer término unir sus fuerzas hoy dispersas, abrir camino a la creación de una **Central Sindical Latinoamericana, amplia, de masas y con una firme posición de clase, antiimperialista y antioligárquica. Esto implica llevar la lucha con más fuerza contra las tendencias extrañas, como el apoliticismo, el gremialismo, el economismo y otras.**

La unidad no se desarrolla en abstracto, sino por el contrario, al calor de las luchas por las reivindicaciones más urgentes y sentidas de las masas. *En las actuales condiciones del desarrollo social, los problemas grandes y pequeños están vinculados de una u otra manera en la vida latinoamericana al problema de nuestra liberación del imperialismo. Por ello cada reivindicación de los trabajadores puede y debe estar unida a los grandes objetivos revolucionarios del proceso de cambio de la actual estructura política, económica y social.* En el terreno sindical debemos abrir camino al espíritu creador de las masas. La combinación del trabajo legal e ilegal, así como la preparación de las masas proletarias para utilizar todas las formas de lucha, surgen como una necesidad del proceso mismo.

Los problemas aquí expuestos son una parte de los numerosos interrogantes que nos plantea el complejo, variado y apasionante proceso que tenemos ante nosotros y del cual somos actores. Estas opiniones, producto de la reflexión personal, expresan sin embargo la experiencia colectiva, extraída de la aplicación de la línea de nuestro Partido en largos años de de labor en el frente obrero del cual formamos parte. Queremos así participar y aportar en la medida de nuestras limitadas posibilidades a la búsqueda afanosa y viva de los caminos que permitan avanzar más rápida y seguramente hacia la liberación de nuestros pueblos.

Después de haber participado en la histórica Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de Asia, Africa y América Latina, que significa el inicio de una nueva etapa en la lucha mundial contra el imperialismo, *creemos que el reexamen, la profundización, el esclarecimiento y la confrontación con la realidad actual de numerosos problemas del movimiento revolucionario en el continente ayudará a avanzar hacia la victoria.*

Los estudiantes en la revolución latinoamericana

ROQUE DALTON

En los últimos años se ha advertido en América Latina un notable auge del espíritu de teorización sobre los grandes problemas político-sociales, económicos y organizativos que plantea la revolución continental. En el marco de los profundos cambios que el hecho de la Revolución Cubana impusiera a la realidad del continente, ante la afirmación de una perspectiva socialista real en América Latina y en presencia de toda una nueva estrategia agresiva en escala regional del imperialismo norteamericano, se hace cada día más urgente la necesidad de sistematizar las experiencias de la compleja práctica revolucionaria de los últimos años. Es obvio, entonces, que proliferen nuevas tesis teóricas y políticas, que abunden y se amplíen los estudios y las discusiones, se organicen consultas y encuentros consagrados a estas cuestiones.

Uno de los problemas concretos que más han sido examinados y debatidos con ese espíritu es el de las fuerzas motrices y la vanguardia social de la revolución, cuya dilucidación es esencial para el trazo de una estrategia y una táctica justas en la lucha local y continental contra el imperialismo y las oligarquías criollas.

En este artículo quisiéramos hacer un análisis sobre **algunos aspectos de la actividad de los estudiantes**, este grupo social que ocupa un lugar de singular importancia en el movimiento revolucionario de la mayoría de los países latinoamericanos, como se reconoce en muchos documentos políticos, empezando por la Segunda Declaración de La Habana, y en investigaciones teóricas de los últimos años.

A muy temprana edad el movimiento estudiantil del continente abandonó la actividad exclusiva en pro de sus reivindicaciones específicas y se planteó como objetivo fundamental la solución de los problemas nacionales cardinales. Los estudiantes latinoamericanos son portavoces y combatientes aguerridos de la lucha contra las dictaduras y en defensa de las libertades democráticas, contra la dominación y la opresión extranjeras y por la afirmación de la nueva independencia nacional y por los movimientos solidarios con las acciones de la clase obrera y los campesinos.

El movimiento continental por la Reforma Universitaria (en los años 20 de nuestro siglo) fue, en realidad, una de las fuentes del movimiento revolucionario contemporáneo en América Latina.

Los estudiantes y los recién egresados de las universidades cubanas (en primer lugar de la Universidad de La Habana), dirigidos por el entonces líder estudiantil Fidel Castro, encabezaron el ataque al cuartel Moncada, constituyeron más tarde el núcleo inicial de las guerrillas en Sierra Maestra y vertebraron el movimiento urbano de resistencia clandestina contra Batista.

Como un «Pequeño Stalingrado» entró en la historia de los años 60 la Universidad de Caracas, cuna de la lucha armada revolucionaria del pueblo venezolano.

Y en mayo del año pasado, cuando las tropas «gorilas» entraron arrasando los barrios norte de Santo Domingo, fusilaban en las calles a los ciudadanos a quienes se encontraban en el cuerpo señales de haber usado el fusil o en cuyo carnet de identificación constaba la calidad de estudiante. Este detalle, que nos hace recordar el París de mayo de 1871, donde se fusilaba a quien mostraba en sus manos las callosidades propias del trabajador, permite sacar las conclusiones más amplias y objetivas del papel de los estudiantes en el movimiento revolucionario de América Latina, es la conclusión y el reconocimiento hechos por el enemigo mortal en un momento crítico.

I

¿Cuál es la ubicación de los estudiantes dentro de la división clasista de nuestras sociedades nacionales? ¿Cuáles son las motivaciones de su participación como grupo en las luchas populares? La respuesta a estos dos problemas nos permitirá pasar al examen del problema de las luchas actuales del estudiantado, de su papel en el frente único-antiimperialista.

Se puede, evidentemente, estar de acuerdo con la opinión del sociólogo francés Gilbert Murry de que «la pertenencia de clase del estudiante se define en función del origen de los ingresos obtenidos por los adultos de la familia que ejercen una actividad profesional...»

La mayor parte de los estudiantes de América Latina proceden hoy día de familias pertenecientes a las llamadas clases medias urbanas. El porcentaje de estudiantes de origen obrero y campesino es todavía mínimo. En Chile, por ejemplo, solamente el 0,8% de los estudiantes universitarios pertenecía a sectores campesinos y obreros en 1964; en Uruguay, sólo el 4% de los estudiantes universitarios proviene de familias obreras. En la mayoría de los restantes países del continente este porcentaje es todavía menor.

Aunque individualmente los estudiantes pertenecen a las distintas clases y capas de la sociedad, no cabe duda que al mismo tiempo el estudiantado tiene algo en común, su ser social específico. El estudiantado en América Latina es un grupo social multclasista, y según Gramsci, que ha pasado a ser punto de referencia casi obligado en los materiales de estudio latinoamericanos sobre este problema, derivado (es decir, no esencial).

Los estudiantes se cohesionan por la situación de estarse formando como futuros cuadros técnicos, científicos y socio-culturales de la sociedad. Ello hace que tanto sus conocimientos sobre la estructura de esta sociedad y sus problemas como su participación en la actividad de los otros grupos, capas y clases de la sociedad sean muy elevados. La amplia representatividad clasista del estudiantado, vinculado en mayor o menor medida con todas las capas de una sociedad en cuyo seno existe una profunda contradicción entre las necesidades del desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción y que está dividida en clases antagónicas, conduce dialécticamente a la formación de una unidad peculiar: el estudiantado es consciente de que la propia estructura de la sociedad, a cuyo proceso productivo o a cuyos servicios esenciales pretende incorporarse en el futuro, le cierra las posibilidades para su desarrollo.

Esto es particularmente evidente en la América Latina subdesarrollada. «Las estructuras semif feudales y semicoloniales —se dice en la revista de la Asociación de Estudiantes Latinoamericanos en Alemania Occidental— impiden la formación en

vasta escala de cuadros técnicos y científicos nacionales; mantienen un gran porcentaje de la población bajo las cadenas del analfabetismo; no otorgan a los universitarios suficientes posibilidades de investigación científica y de invención creadora; oprimen a los técnicos autóctonos en provecho de los “delegados-misioneros” de las grandes compañías norteamericanas (misiones técnicas).» Responde, pues, a razones bien concretas el hecho de que en las universidades del continente predominen los estudiantes de las facultades humanístico-jurídicas (a pesar de la gran carencia de cuadros técnicos y del tradicional desempleo de los «humanistas») o el hecho de la emigración de los técnicos y especialistas de algunos países de América Latina (Chile, por ejemplo) hacia regiones más desarrolladas del mundo.

Así, pues, todo el conjunto de las relaciones sociales en los países latinoamericanos entra objetivamente en contradicción con el desarrollo de la ciencia, con la necesidad de preparar cuadros nacionales, de utilizar los conocimientos por ellos adquiridos. Los imperativos de la revolución científico-técnica que tiene lugar en el mundo y su reflejo en la conciencia de nuestro estudiantado hacen que esta contradicción se agudice aún más. La comprensión de ello es uno de los «puntos de partida» fundamentales de la decidida oposición del estudiantado a los regímenes existentes.

A la participación del estudiantado latinoamericano en el movimiento revolucionario contribuyen ahora «factores internos» relacionados tanto con las particularidades específicas del ser social y de la psicología social de los estudiantes como con *las tradiciones de su lucha democrática, transformadas a lo largo de medio siglo en una fuerza material: la autonomía universitaria conquistada en esta lucha, la inmunidad relativa del territorio universitario ante las acciones policiales, la también relativa facilidad de organización del estudiantado que determina un nivel organizativo superior en este grupo.*

Por último, es conocido el inconformismo tradicional del estudiantado —no sólo en América Latina— y la «no sujeción a las instituciones y prohibiciones», el espíritu rebelde, la tendencia hacia lo nuevo.

Tales son algunos de los factores *relacionados con el ser social y la psicología social del estudiantado*, los cuales determinan en las condiciones de América Latina, su receptividad especial *de las ideas progresistas y facilitan la participación de los estudiante en la lucha por la realización de estas ideas.* Pero,

por supuesto, *el carácter político-social del estudiantado latinoamericano, de la lucha de los estudiantes está determinado también por motivos de carácter más general y más profundo.*

No es casual que precisamente los estudiantes y los intelectuales en conjunto —la «élite intelectual» de la sociedad latinoamericana— *sean los primeros en comprender la necesidad y el carácter de los cambios que reclaman nuestros países.* Este es un fenómeno común para todas las sociedades que se hallan en vísperas de cambios revolucionarios, fase del desarrollo histórico en la que hoy se encuentra América Latina.

En la radicalización del estudiantado influye también el *empeoramiento general de la situación de las capas medias.* Los sectores sociales de los cuales salió la mayoría de los estudiantes y a los cuales pertenecerán al egresar de la Universidad, carecen de toda perspectiva en las condiciones específicas de América Latina, enmarcadas en las estructuras caducas que mantiene el imperialismo. Si es cierto que el predominio de los estudiantes pertenecientes a las capas medias es la fuente social de muchas vacilaciones ideológicas y políticas, no lo es menos que esta circunstancia es hoy uno de los factores determinantes del radicalismo de nuestro estudiantado.

Además, tiene gran importancia el hecho de que en América Latina (a diferencia de muchos países de Europa Occidental) *todas las luchas políticas en las últimas décadas se han llevado a cabo en derredor de cuestiones como la independencia y la dignidad nacionales, la democracia política y las libertades cívicas, contra las dictaduras militares y policiales, contra los regímenes serviles, contra la corrupción legalizada...* Otros problemas económico-sociales, más profundos, se ocultaban hasta tiempos recientes. Mientras tanto es sabido el grado de importancia —*en alguna medida determinante*— *que tienen para los estudiantes (igualmente que para la «democracia pequeño-burguesa») estos problemas, la lucha por su solución.* Y no es casual que **precisamente en la lucha contra los regímenes dictatoriales** (Machado, Batista, Pérez Jiménez, Ubico, Martínez, Trujillo, la actual junta militar del Ecuador) y **contra la intervención abierta del imperialismo yanqui** (Panamá, Santo Domingo) **los estudiantes escribieran las mejores páginas de su historia.**

Por último, no se puede olvidar que los estudiantes también son una parte de la *juventud*. Esto implica que participan de todas las características de este estado especial del hombre, entre ellas de su no del todo definida conciencia de clase, de

su noble idealismo, de la confianza en sus propias fuerzas, de su romanticismo revolucionario, de la preeminencia que otorga a lo sentimental sobre lo racional. *En la América Latina de mediados del siglo XX todas estas aspiraciones llevan a los estudiantes a las filas de los revolucionarios.*

Cierto que tanto la calidad de estudiante como la de joven son fundamentalmente transitorias. Existe un criterio muy generalizado de que el estudiante, especialmente el estudiante universitario, en cuanto deja de serlo claudica con respecto de los principios progresistas y revolucionarios que había venido defendiendo, en ocasiones aun a riesgo de su seguridad personal y hasta de su vida, y pasa a ocupar apaciblemente un lugar en el concierto del orden establecido. No cabe duda de que ese criterio se ha alimentado de una realidad muy frecuente: en el pasado aún reciente podemos encontrar innumerables ejemplos ilustrativos. *Pero los tiempos han cambiado favorablemente.* Los cambios positivos en las posiciones políticas del estudiantado y principalmente los cambios en la situación objetiva en el continente crean las premisas para terminar con la tradición de los «jóvenes razonables». **Lo que ayer aparecía para América Latina solamente como un ideal maravilloso, hoy es una realidad palpable en el Primer Territorio Libre de América y se convierte en una perspectiva real para otros países del continente.**

Es sabido que la práctica de la «alegre revolución socialista cubana» responde plenamente a las aspiraciones, estados de ánimo y demandas de la juventud, con su lucha consecuente contra todas las formas de la enajenación humana, con la elevación del sentido de dignidad e integralidad de la vida, con el otorgamiento a la misma juventud de altas y reales responsabilidades en el destino de la sociedad. ¿Y no es acaso el destino de nuestro coterráneo y contemporáneo, compañero Che Guevara, la encarnación material de los sueños de la juventud sobre el hombre nuevo, liberado, el hombre del futuro, que está llamando ya a nuestra puerta?

II

Tales son, según nos parece, *las razones fundamentales que explican la intensa actividad política y social de los estudiantes latinoamericanos.*

Pero no se pueden olvidar las contradicciones que caracterizan el «ser social-político» del estudiantado y que se reflejan

en todo el movimiento estudiantil del continente. En primer lugar aparece muy claro un peligro: que las relaciones objetivas de clase de los estudiantes pueden convertir una parte considerable de los estudiantes en defensores de las bases (aunque sea de las bases «modernizadas») del régimen social-político existente.

En América Latina todavía existen hoy centros estudiantiles (en las universidades católicas, etc.) que son importantes baluartes ideológicos de la reacción, y en el seno del movimiento estudiantil hay toda una gama de tendencias políticas, desde los grupos fascistas como el MURO de México hasta las organizaciones oficialistas y pro-gubernamentales, corrientes católicas conservadoras, grupos liberales, etc. (No hay que olvidar que en la Argentina, por ejemplo, son principalmente estudiantes los que forman la organización nazi «Tacuara»).

El movimiento estudiantil padece de serios defectos que son una especie de «prolongación de sus ventajas». La otra cara de la sensibilidad especial del estudiantado ante los «problemas políticos», principalmente ante el problema de las libertades políticas y cívicas, es la pasividad que muestra en el caso de las luchas que se libran en derredor de las cuestiones económicas y sociales.

Con este fenómeno están relacionados en cierta medida algunos casos de oposición estudiantil contra las fuerzas principales de la lucha ant imperialista y ant oligárquica que se dieron en el pasado aún reciente en algunos países latinoamericanos. Esto pasó, concretamente, en los casos en que los círculos nacional-burgueses, ant imperialistas en una u otra medida, apoyados por las amplias masas populares llegaban al poder, cuando a través del proceso revolucionario se rompía la institucionalidad seudodemocrática de los gobiernos oligárquicos.¹ Por razones objetivas, e igualmente por limitaciones de clase, los grupos dirigentes de los regímenes nuevos no tenían ninguna prisa en la creación de las nuevas instituciones democráticas y más bien luchaban contra las exigencias de «institucionalización democrática». Este fue uno de los motivos fundamentales de la oposición del estudiantado al régimen peronista en Argentina y a la revolución en Bolivia. En ambos casos esta posición del estudiantado contribuyó en buena medida a la división del frente

¹ En el artículo de Pedro Motta Lima recientemente publicado en REVISTA INTERNACIONAL se señala con toda razón la contradicción implícita entre las formas democráticas establecidas y el contenido social y nacional liberador del proceso revolucionario en América Latina.

de fuerzas progresistas. Es cierto que en Bolivia esta posición estaba determinada por motivos mucho más prosaicos, de clase (peligro de que las medidas nacionalistas afectaran a las propiedades de la familia, el miedo a perder las posibilidades de un arribo seguro a la élite dirigente).

Es particularmente aleccionador a este respecto el ejemplo de Guatemala. El estudiantado universitario guatemalteco, de antigua tradición de luchas contra dictaduras, verdadera punta de lanza de su pueblo en dichas lides desde el siglo pasado, en la medida que el proceso revolucionario se fue radicalizando en las décadas del 40 y del 50 y lesionando intereses de las clases dominantes que ejercían diversos tipos de influencia entre los estudiantes, se colocó en las posiciones del bloque reaccionario de oposición. Después del triunfo de la democracia en 1944, el Congreso Nacional estaba constituido, en su 80%, de estudiantes y dirigentes del movimiento estudiantil. Pocos años después, tan sólo el 10% de éstos continuaba apoyando la revolución. Durante todo el período de gobierno de Jacobo Arbenz la mayoría de las estudiantes se mantuvo en posiciones contrarrevolucionarias. Esto causó mucho daño a la consolidación de la revolución y jugó su papel en la derrota de ésta en 1954.

Existe ahora un factor nuevo, muy complejo y contradictorio, que se ha desarrollado rápidamente en el seno del movimiento estudiantil del continente y al que, sin duda, deben prestar singular atención los partidos revolucionarios: el incremento de la influencia de la tendencia demócrata-cristiana. Esta última se desarrolla debido a diversos factores que determinan la orientación general de izquierda del movimiento estudiantil y a cuenta de la incorporación que bajo las banderas del reformismo católico llevan a cabo sectores de estudiantes de rechistas y otros que en el pasado eran renuentes a la acción política. Al incremento de la influencia de esta corriente contribuyen el auge del movimiento revolucionario, sus dificultades, las peculiaridades de la evolución de la psicología social de las capas medias, algunas de nuestras debilidades y, por supuesto, el avance en las posiciones de importantes círculos católicos, incluidas algunas jerarquías, ante los regímenes tradicionales de gobierno. (Son muy gráficas las palabras del Cardenal de Recife, cuando dice: «No debe preocuparnos el que en el movimiento revolucionario haya tantos comunistas, sino el que haya tan pocos católicos...») En un número cada vez mayor de países latinoamericanos (Chile, Venezuela, Boli-

via, Argentina, El Salvador, Guatemala, etc.) se plantea frente al movimiento revolucionario en el seno del estudiantado la alternativa demócrata-cristiana, con los matices de adversario, aliado real o potencial, en dependencia de circunstancias de tiempo, ciudad, facultad, etc.

Hablando de las contradicciones del movimiento estudiantil latinoamericano, hay que recordar por fin *las debilidades implícitas al mismo sector revolucionario y democrático estudiantil*.

A pesar de ellas, este sector es hoy el que representa la parte más influyente y dinámica del estudiantado latinoamericano.

III

El crecimiento y la consolidación del sistema socialista mundial, el brusco recrudecimiento de la lucha mundial contra el imperialismo y el auge revolucionario iniciado en América Latina en la segunda mitad de la década del 50, cuya suprema expresión ha sido la victoria y el desarrollo de la Revolución Cubana y que sigue avanzando a pesar de la política de la «Alianza para el Progreso» y de la doctrina «Johnson-Mann», ejercieron una gran influencia sobre el estudiantado de nuestro continente. Quisiéramos señalar tres aspectos entrelazados de la misma.

En primer lugar, la influencia directa de las ideas, métodos de acción y organización de la Revolución Cubana. En segundo lugar, la aún mayor compenetración del estudiantado con las luchas populares y su plena identificación con los intereses de la liberación nacional. En tercer lugar, lo que podríamos llamar el auge sin precedentes de las ideas marxistas como base de la acción estudiantil.

El hecho de que los dirigentes de la lucha armada cubana victoriosa fueran también antiguos combatientes de las lides universitarias ha reforzado la sensibilidad de las masas estudiantiles del continente hacia las llamadas y las lecciones de Cuba. La tendencia principal del desarrollo de las luchas estudiantiles fue constantemente la de la ampliación y radicalización de sus objetivos. Pero no cabe duda que ese proceso ascendente sufrió una transformación cualitativa nunca vista a partir de 1959.

El hecho de que la masa estudiantil se convirtiera en Cuba en un elemento fundamental de la construcción del socialismo muestra por sí mismo los avances cualitativos en la conciencia política del estudiantado latinoamericano. Pero estos avances han tomado un carácter mucho más general, continental, cosa a la que el ejemplo de Cuba ha contribuido de manera muy particular y a la cual no es ajena la labor de las organizaciones comunistas. *En las universidades de América Latina tiene lugar una descomposición acelerada de los grupos de derecha tradicionales (conservadores, católicos de derecha, etc.) Son un fenómeno cada vez más frecuente y ordinario los movimientos estudiantiles que están en posiciones revolucionarias, marxistas-leninistas.*

La mayoría de las universidades latinoamericanas se han convertido en puntos de apoyo de la lucha revolucionaria. Incluso el aumento de la influencia de los demócratas cristianos que acompaña a este proceso en las universidades no contradice, en fin de cuentas, la conclusión de que el movimiento estudiantil se radicaliza. La lucha contra la oligarquía y el imperialismo, por la liberación nacional y la creación de un Estado democrático que avance hacia el socialismo determina, con mayor o menor claridad, los actos políticos de la mayoría de los alumnos de los centros de enseñanza superior y media.

La influencia de los elementos revolucionarios de izquierda es hoy mayoritaria en las universidades de México, Venezuela, Guatemala, República Dominicana, El Salvador, Panamá, Nicaragua, Brasil, Ecuador, Perú, Uruguay. En Chile y Argentina la mayoría de los estudiantes apoyan las corrientes revolucionarias y demócrata-cristianas de izquierda; en Colombia, Honduras y Bolivia, la influencia de la izquierda y de los grupos conservadores es más o menos paritaria.

Por supuesto que el imperialismo norteamericano y sus lacayos locales hacen todo lo que está a su alcance para impedir los movimientos estudiantiles revolucionarios y las acciones de los estudiantes. La utilización de métodos divisionistas que rompan el frente unido estudiantil tanto en la escala nacional como en la continental; la infiltración en el movimiento estudiantil de espías, provocadores y agentes confusionistas; el empleo de métodos gangsteriles; la corrupción estudiantil y docente; las medidas de hecho y «legales» en contra de la participación estudiantil en el gobierno universitario; los programas masivos de proselitismo e indocctrinamiento en diversos niveles, organizados por el Departamento de Estado norteamer-

ricano (propaganda intensiva anticomunista, intercambios de estudiantes y de profesores-agentes entre universidades latino-americanas y norteamericanas); las grandes campañas de prensa en contra de la Universidad y del movimiento estudiantil; chantaje y estrangulamiento económico de las universidades nacionales por parte del gobierno con el propósito de hacer controlar por las propias autoridades universitarias la actividad estudiantil; la tendencia a privatizar la enseñanza superior, a convertir las universidades en empresas y negocios, etc., son apenas algunas vías de esa maniobra reaccionaria.

No obstante, la elevación de la conciencia política del estudiantado sigue ganando cada día mayor amplitud de masas.

La resuelta ampliación de los objetivos de la lucha estudiantil clasifica desde ahora las posibilidades del estudiantado en cada fase de la liberación nacional y de la posterior construcción del socialismo. *Por eso es muy poco probable que en el futuro puedan repetirse fenómenos tan lamentables como los que tuvieron lugar en Guatemala y Bolivia debido al desarrollo de la revolución democrática.* Creemos que ahora la dirección revolucionaria puede examinar con optimismo el problema de la participación del movimiento estudiantil no sólo en la revolución, sino también en el proceso posterior de consolidación del poder popular.

* * *

Las acciones del estudiantado revolucionario están muy lejos de limitarse hoy a una actividad propagandística ni a los marcos de la Universidad.

La pertenencia a las fuerzas de izquierda y la participación en la revolución demuestran y confirman que el estudiantado tiene una parte constante, amplia y activa en todas las esferas de la lucha contra el imperialismo y la reacción y por la renovación revolucionaria del continente. El año 1965 fue, a este respecto, un año típico. En casi todos los países de América Latina se registró un auge de la lucha revolucionaria de los estudiantes. En la República Dominicana los estudiantes estuvieron —y están— en las primeras filas del combate contra la intervención norteamericana y dieron su aporte de sangre a la causa liberadora de su pueblo. En Guatemala, Colombia, Venezuela y Perú miles de estudiantes apoyaron con decisión a las vanguardias armadas de sus países, engrosando las filas de los destacamentos guerrilleros y participando en la movilización de las masas contra los regímenes reaccionarios. En la

Argentina y Uruguay, en Chile y México, en Centroamérica, Colombia y Venezuela los estudiantes participaron en las grandes movilizaciones de masas organizadas en señal de solidaridad con la lucha de los pueblos de la República Dominicana y Vietnam. Muy complejas han sido las condiciones en que los estudiantes han enfrentado las acciones de los gobiernos dictatoriales en Brasil, Ecuador, Bolivia y Paraguay. Los estudiantes panameños continuaron su lucha incansable por la restauración de los derechos soberanos de su pueblo sobre la zona del canal.

En muchos países del continente las organizaciones estudiantiles se han convertido —o se están convirtiendo— en importantes eslabones de los frentes únicos ant imperialistas, de los movimientos en defensa de la soberanía nacional, de las coaliciones de izquierda (esto es característico, sobre todo, para países como Guatemala, El Salvador, Panamá, Venezuela, Ecuador, Brasil, Uruguay y —en los últimos tiempos— Argentina.)

En los últimos años los estudiantes revolucionarios se presentan como un factor de primera importancia en la movilización y, en muchos casos, en la organización de las amplias masas populares. En este sentido especialmente es muy ilustrativa la experiencia venezolana. En las condiciones de cruenta represión contra el pueblo desatada por los gobiernos de Betancourt y Leoni, los estudiantes, tanto los universitarios como los secundarios, han jugado un excepcional papel organizador. Al grado de que llegó a constituirse en forma de trabajo impuesta por la práctica la de que, en innumerables casos, inclusive el crecimiento del propio Partido Comunista fuera previamente problema de organización en los liceos y las universidades. «Primero se hace del liceísta un joven comunista —decía al respecto un dirigente estudiantil venezolano en una entrevista con el autor de este artículo—. Estos jóvenes comunistas se ligan posteriormente con el pueblo en la localidad dada y es entonces que surgen las condiciones para que nazca la organización del Partido.» Similar papel juegan los estudiantes concentrados en las cinco universidades de Venezuela; cuando llega la época de las vacaciones se diseminan por todo el país. La experiencia del estudiantado venezolano en la organización de las masas es tanto más importante en cuanto que aparece precisamente en el período en que las organizaciones revolucionarias son sometidas a la prueba más dura, a la prueba de la lucha armada popular.

En *El Salvador* también quedaron demostradas en época aún reciente las capacidades movilizadoras y organizativas del estudiantado. Cuando fue derrocada la dictadura del coronel Lemus en octubre de 1960 y tomó el poder una Junta Cívico-Militar progresista, el movimiento popular se encontró cara a cara con su vieja falla: la extrema debilidad de organización. En la coyuntura nueva de 1960, en que prácticamente desde la masacre de 1932 se dieron las condiciones para poder tomar contacto con las masas trabajadoras, especialmente con las masas trabajadoras del campo, la Asociación General de Estudiantes Universitarios fue el núcleo de una vasta e intensa actividad organizativa. En los tres meses de vida de la Junta Cívico-Militar de gobierno se crearon más organizaciones políticas democráticas, núcleos de resistencia, embriones de comités revolucionarios, comités de frente único en escala local que en los anteriores treinta años de lucha popular. Cuando el golpe reaccionario de 1961 sustituyó aquel gobierno progresista por una nueva dictadura militar terrorista, el movimiento popular contaba con nuevas bases en todo el país que, en lo fundamental, subsisten, y que fueron un nuevo punto de partida para la vertebración de la acción anticolonialista y revolucionaria actual. En todo este proceso de movilización de las masas, el estudiantado universitario de El Salvador desempeñó un papel sumamente importante.

Un síntoma más de la abnegación y capacidad organizadora del estudiantado es la incorporación mayoritaria a las formas superiores de lucha revolucionaria en los países en que estas formas se han convertido en una realidad objetiva del movimiento.

En Cuba, en Guatemala y Venezuela, en Perú y Paraguay, en Honduras y Nicaragua, por lo menos en la primera etapa de la lucha armada, la etapa de su creación, los estudiantes han jugado un papel determinante; en Venezuela, en los primeros meses de la lucha guerrillera, el ejército publicó una estadística indicando que de cada cinco guerrilleros capturados, muertos en combate o localizados e identificados, cuatro eran estudiantes. (En la actualidad esta situación ha cambiado: las guerrillas se han arraigado en el campo y, lógicamente, se nutren de la población rural.) Hay opiniones en el sentido de que esto es un inconveniente, incluso contraproducente, y que «así lo ha demostrado la experiencia reciente». De casos más o menos numerosos de estudiantes muertos en combate se extrae la conclusión de que las condiciones de la lucha guerri-

llera no son compatibles con la calidad del estudiante, producto por excelencia de la ciudad. Creemos que este problema debe ser resuelto en cada caso concreto, atendiendo a las necesidades específicas de la lucha armada en cada país, y que no puede ser planteado en general. Mas existen también otros problemas políticos e incluso teóricos, directa o indirectamente ligados a esta cuestión, que nos parecen muy importantes y muy dignos de discusión.

IV

Hemos dicho que el sector estudiantil, o, mejor dicho, la mayoría del mismo, es aceptado en la casi totalidad de los países latinoamericanos como parte de la vanguardia revolucionaria. ¿Qué significa esto?

En el amplio plano histórico la clase obrera es la vanguardia de la sociedad contemporánea, porque sus intereses y objetivos coinciden plenamente con las necesidades históricas del desarrollo de la sociedad. En este sentido la clase obrera es siempre la clase más progresista, independientemente del grado de su «toma de conciencia», de su participación real en las luchas políticas concretas en un período concreto. El partido de la clase obrera, el partido marxista-leninista, es la vanguardia consciente del movimiento revolucionario, cuyos intereses cardinales y más generales expresa. La historia —incluida la de los últimos años, que ha dado un golpe de muerte a muchas deformaciones dogmáticas del marxismo— ha mostrado que «la sociedad puede iniciar su marcha por el camino no capitalista bajo la dirección de cualquier clase democrática. Pero únicamente bajo la dirección de la clase obrera... con la vanguardia marxista-leninista al frente, es como puede llegar hasta el final de este camino y asegurar el paso al socialismo».¹ El ejemplo de Cuba es típico en este sentido.

De tal manera que cuando se habla de que el estudiantado latinoamericano forma parte de la vanguardia revolucionaria hay que aclarar que tal expresión es válida en el sentido de que una parte considerable del estudiantado participa en primera fila en la lucha emancipadora, de que la mayoría del estudiantado defiende, y con frecuencia expresa, los intereses de las clases trabajadoras y de que hace suyas las

¹ REVISTA INTERNACIONAL, núm. 2, 1963, pág. 49.

reivindicaciones nacionales de su pueblo. El descuido en precisar estos dos sentidos del término «vanguardia», el propio, el que define a una categoría histórico-teórica, y el que se usa por analogía con la terminología militar en el idioma político corriente en América Latina ha sido causa de grandes confusiones, lo que se ha visto reflejado en las agudas discusiones entabladas en derredor del problema de la «vanguardia» y el papel específico del estudiantado en la lucha revolucionaria.

Los sectores revolucionarios no siempre han escapado a esta confusión. «Direccionismo», «vanguardismo», «postergación de la teoría revolucionaria», «paternalismo con respecto a la clase obrera» (esto último, sobre todo, en los países de la cuenca del Caribe) son expresiones que se han llegado a convertir en acusaciones contra el movimiento estudiantil. En Venezuela, por ejemplo, los estudiantes fueron acusados de «arrogarse la opinión mayoritaria del país», y, al mismo tiempo, la dirección revolucionaria fue acusada de estar «nariceada» por la juventud y los estudiantes. El camarada Motta Lima señaló, refiriéndose a la situación en Brasil, que hace algún tiempo incluso en las filas del Partido Comunista se había manifestado «cierta subestimación del movimiento estudiantil» y que «hasta se intentó amortiguarlo so pretexto de que disputaba a la clase obrera su función dirigente».

Sin embargo, habiendo superado los partidos comunistas viejos sectarismos en ese terreno y habiéndose producido tantas nuevas experiencias con la participación estudiantil en los frentes únicos ant imperialistas y nacionales en los últimos años, tales acusaciones han ido quedando cada vez más en boca de los grupos fraccionalistas y escisionistas de la izquierda y en los voceros del sindicalismo vertical y proimperialista que agrupa la ORIT.

Sin que ello quiera decir que no es necesario luchar contra la «ímpetuosa irreflexiva», contra las tendencias extremistas (o derrotistas, en el caso de derrotas parciales) y la inestabilidad de los juicios, hechos frecuentes en las filas estudiantiles, hay que aceptar que *la mayoría de las organizaciones estudiantiles de izquierda no sólo no han pretendido la dirección de los movimientos revolucionarios, sino que han condenado a priori toda actitud vanguardista extrema. Los estudiantes reclaman como tarea suya la ayuda a la organización, a la educación de la clase obrera, a su transformación en la clase hegemónica real de la sociedad. Claro que es al partido*

marxista-leninista a quien corresponden fundamentalmente estas tareas, aunque los estudiantes participan en ellas como militantes del partido o de sus organizaciones juveniles. Las organizaciones estudiantiles del continente afirman que en la lucha política, expresión de la lucha de clases, sea cual sea su nivel y las vías que adopte, la dirección «pertenece a los partidos revolucionarios como partidos de las clases explotadas y de los sectores que históricamente participan en la revolución» y a las «otras formas de organización revolucionaria de las clases explotadas en las condiciones del frente unido antiimperialista y antioligárquico».

Esta es la posición de la mayoría de las organizaciones de izquierda del estudiantado universitario latinoamericano frente al problema de su inserción en la vanguardia revolucionaria, posición que creemos responde a los principios de la ideología marxista, proletaria. *Y, por el contrario, no son justos a nuestro juicio los llamamientos a luchar por la «hegemonía del estudiantado» (concepción del vanguardismo pequeñoburgués) o «contra el predominio de los estudiantes» (posición estrecha, dogmática). Plantear así las cuestiones equivale, independientemente de los propósitos subjetivos, a sembrar la confusión, a profundizar las discrepancias entre el movimiento obrero y el estudiantil, a debilitar, con ello, todo el movimiento revolucionario.*

* * *

Todo lo expuesto no quiere decir que en determinadas circunstancias y en algunos países el movimiento estudiantil no pueda durante cierto tiempo convertirse objetivamente en la fuerza que marcha a la vanguardia de la lucha revolucionaria y en cierto sentido encabezar esta lucha. Al contrario. Esta es una posibilidad que en América Latina se ha hecho realidad repetidas veces.

En la base de este fenómeno hay, según parece, determinadas tendencias objetivas. Como ha demostrado la historia, en la sociedad capitalista desarrollada la hegemonía estable puede pertenecer solamente a dos clases fundamentales. O aparece la burguesía como la clase hegemónica, es decir, como la clase que da sus soluciones a los problemas fundamentales de la vida social, que une en torno a sí a la parte predominante de las fuerzas políticas activas, impone su ideología a toda la nación, y en ese caso tenemos una sociedad burguesa «normal»; o aparece como tal clase el proletariado, y nos encon-

tramos entonces con la revolución socialista (o por lo menos con el comienzo de su etapa decisiva). La «autonomía» de otras clases (pequeña burguesía, capas medias de la ciudad, el campesinado) y de los grupos sociales llamados derivados, en estas condiciones, por lo general, es breve, inestable y, más bien, ilusoria. (Una excepción de la regla es aparentemente la burocracia gubernamental, y ello tan sólo en determinadas fases críticas del desarrollo histórico.)

Este problema se plantea de manera distinta en etapas más tempranas del desarrollo capitalista, particularmente en los países que en la actualidad recorren estas etapas, en el siglo XX, en las condiciones de la esclavitud económica y de pertenencia al mundo subdesarrollado. Aquí tratamos de América Latina (aunque en una medida aún mayor esto se refiera también a los países de África y Asia), **en donde por los factores conocidos el proceso de conversión de la burguesía en clase hegemónica se halla sumamente atrasado con respecto al nivel económico y del desarrollo capitalista local.** *En la inmensa mayoría de los países de América Latina la burguesía no se convirtió, y al parecer no se convertirá ya, en la clase que desempeñe en la sociedad el papel que la burguesía europea occidental viene desempeñando desde el siglo XIX.*

La burguesía latinoamericana no ha podido o no ha querido encabezar la lucha por liquidar las estructuras tradicionales semicoloniales y semif feudales, conquistar la democracia y superar el atraso económico, o sea, por la solución de las tareas objetivas que la historia ha planteado con insistencia ante América Latina en la segunda mitad del siglo XX. Al contrario, en la mayoría de los casos la burguesía ha actuado como una barrera social más, levantada en el camino de esta lucha. *Y seguramente que nuestra América dará su «salto al siglo XX» bajo la dirección de otra fuerza antagónicamente opuesta a la burguesía. En esta dirección actúan muchos de los factores que determinaron en su tiempo el destino de la burguesía rusa, por ejemplo, y una serie de otros factores ligados con el dominio del imperialismo extranjero en Latinoamérica.*

Por otra parte, y por motivos que requieren una discusión especial, la clase obrera, en muchos países del continente, está todavía lejos de convertirse en la clase hegemónica. Al mismo tiempo, el proceso de disgregación de las viejas estructuras político-sociales latinoamericanas basadas en la hegemonía de la oligarquía tradicional y la pasividad de la mayoría del campesinado esclavizado, se hizo general e irreversible desde los

años 30. *De esta manera en nuestras sociedades surgieron elementos de un «vacío político», concepto cercano a aquel de España invertebrada de finales del siglo XIX y comienzos del XX de que hablara Ortega y Gasset.* Esta es una de las razones que explican por qué el proceso de transición de las viejas superestructuras políticas a las nuevas tomó en la mayoría de los países de América Latina un carácter tan prolongado y formas tan específicas: el establecimiento de los regímenes autoritarios nacionalistas en diferentes países del Sur, las dictaduras semifascistas en los países andinos y del mar Caribe, la «violencia» en Colombia, el experimento demócrata-cristiano en Chile, etc., etc.

En estas circunstancias, grupos como el ejército, los intelectuales, el estudiantado, en un grado menor la burocracia civil, etc., igual que clases como el campesinado, la pequeña burguesía urbana (y también los elementos desclasados de las ciudades), juegan un papel político más importante y más independiente, por un período mayor, que el que jugaron en su tiempo en los países de Europa Occidental.

Por supuesto, en el fondo, estas clases y grupos sirven a una de las tres tendencias objetivas principales del desarrollo de la sociedad latinoamericana (la reaccionaria, que responde a los intereses de la oligarquía y del imperialismo; la burguesa-reformista, y la de la revolución nacional y social). *Pero al mismo tiempo, la parte fundamental de la burguesía de América Latina ya no es capaz de apoyar las acciones de sus propios intelectuales y de otros grupos que objetivamente tratan de crear las condiciones para un desarrollo capitalista independiente en sus países.* A la vez, en la gran mayoría de los países andinos y del mar Caribe, la parte fundamental de los trabajadores, incluyendo a las fuerzas principales del proletariado, todavía no apoya activamente a la revolución, no impulsa la acción de la vanguardia que, expresando sus intereses objetivos y haciendo todo para despertar la conciencia y la actividad de las masas, está abriendo la brecha para el advenimiento de las soluciones revolucionarias (esto tiene lugar en los países donde la clase obrera es pequeña, donde sus tradiciones organizativas y sus mismas organizaciones son débiles o de bajo nivel de combatividad, como resultado de las actividades divisionistas, la fuerte influencia del reformismo y el economismo o como resultado de un tipo de explotación especialmente aplastante). Semejante situación se da incluso

en los países donde existen muchas de las condiciones objetivas de la revolución o donde está madurando la situación revolucionaria.

En estas circunstancias, el estudiantado, que en los países del mar Caribe (y en los Andes superiores) representa una considerable parte, a veces la más combativa y móvil de la vanguardia revolucionaria, es una especie de detonador social que transmite la intensidad revolucionaria del momento a otras clases y grupos sociales interesados objetivamente en la lucha. En unos casos estas acciones del estudiantado, dirigido por los movimientos políticos revolucionarios, se concretan en combativas manifestaciones y actos de calle; en otros, en la creación de focos guerrilleros o en la organización e impulso de intensas campañas políticas.

Se puede decir, en general, que cuando la situación revolucionaria está madurando, las peculiaridades positivas (y en ocasiones hasta las negativas) del estudiantado como grupo social se muestran con una claridad particular, se evidencia lo específico de la motivación político-social de la actividad estudiantil.

Lo específico consiste en que los estudiantes entran en la lucha desde las posiciones que ellos consideran comunes (nacionales, democráticas). Las demandas del estudiantado como grupo social pasan en ese momento a un segundo plano. Por el contrario, la clase obrera, el campesinado y otras capas de los trabajadores entran en la lucha antes que nada defendiendo sus intereses de clase, que para ellos están ligados con el interés general. Quizás ello explique la más rápida reacción del estudiantado en los momentos de crisis política y la menor estabilidad de su movimiento.

En otras palabras, la complejidad real del problema de las relaciones entre la clase obrera y los estudiantes en los límites del movimiento revolucionario, el problema de la vanguardia revolucionaria en América Latina, consiste, como nos parece, en lo siguiente:

La historia de muchos países, y precisamente en aquella etapa histórica en que se encuentra ahora América Latina, da constancia de esas situaciones en las cuales los estudiantes, los intelectuales jóvenes radicales, «despiertan», educan y organizan al movimiento obrero. Tal ocurrió en Francia, en Alemania, en Rusia, en los Balcanes. Semejante situación se dio durante un período breve, porque la clase obrera se convirtió en la

parte principal del movimiento socialista. La intelectualidad revolucionaria se fundió con ella en el seno de los partidos obreros de masas, perdiendo su posición específica precisamente por cumplir a cabalidad su misión histórica.

Pero al parecer, en América Latina esta situación se prolongó en el tiempo, el proceso de conversión de la clase obrera en una clase para sí, el aumento de su actividad política y de su independencia ha transcurrido y transcurre con muchos zigzags e inclusive retrocesos. Nos parece que en la mayoría de los países del continente, fuera de los países del «cono Sur», estos procesos no han alcanzado el grado de madurez que tenían, por ejemplo, en la Europa de principios del siglo XX. Por el contrario, y por las razones de que hablábamos arriba, la actividad política y revolucionaria de la intelectualidad y del estudiante está en un nivel muy alto. *A pesar de los avances cualitativos operados en el movimiento obrero del continente, este desfase (entre el nivel de conciencia y combatividad de la vanguardia y el de las masas fundamentales de la clase obrera) no disminuyó en aquellos países, según entendemos, en los años del auge revolucionario actual. Por eso, en nuestra opinión, en la parte Norte de nuestro subcontinente surge la situación cuando la clase obrera, la «vanguardia histórica» no encabeza «la lucha concreta en un período concreto» y el papel de punta de lanza y fuerza movilizadora es jugado por una «vanguardia objetiva concreta» representada frecuentemente por uno u otro grupo de la intelectualidad, con quien colindan y a quien se integran las capas más avanzadas de la clase obrera (y no al revés).*

Es necesario subrayar nuevamente que esta situación surge a pesar de la voluntad de la intelectualidad revolucionaria, la cual se esfuerza por hacer avanzar a las masas fundamentales de los trabajadores, en el menor tiempo posible, a la primera línea de fuego. Estas posiciones de los grupos sociales muestran sobre todo las debilidades del movimiento aún no del todo clarificadas. Puede decirse, por lo visto, que la relativa lentitud del proceso de la incorporación de las masas trabajadoras a la lucha revolucionaria consciente se convirtió en los últimos años (en la situación concreta creada en el continente después de la Revolución Cubana) en la principal dificultad interna del desarrollo de la revolución latinoamericana, en una base objetiva para las divergencias y los errores surgidos en el campo revolucionario. En nuestra opinión este

hecho se olvida frecuentemente en la literatura polémica que actualmente se elabora en torno a la problemática de la revolución latinoamericana.

El distinto ritmo de la «toma de conciencia» conduce a veces a la ruptura efectiva entre la «vanguardia concreta» y las masas fundamentales del proletariado. Y ello encierra en sí no pocos peligros sobre todo en los períodos de desarrollo de la situación revolucionaria y de la revolución.

En América Latina —inclusive en la zona del Caribe— el «radio de acción autónoma» de los grupos sociales derivados y las capas pequeñoburguesas ligadas a los primeros es mucho menor que en África y Asia, pues aquí es mucho más fuerte la influencia y son mayores las posibilidades del imperialismo y del bloque burgués-latifundista (y después del triunfo cubano, sus fuerzas de resistencia han aumentado). Por otra parte, los asalariados forman en América Latina la mayoría de la población. Como resultado de las tendencias y de los imperativos objetivos, en nuestro continente se acelera el advenimiento de los momentos socialistas en una revolución triunfante. Claro que esto quiere decir también que una parte considerable de la pequeña burguesía pasa entonces al campo de la reacción. **En este caso, la vanguardia —los núcleos avanzados del proletariado, el estudiantado revolucionario, los intelectuales revolucionarios, algunos grupos del campesinado, etc.— o logra unirse rápidamente a las fundamentales masas trabajadoras, principalmente a las masas proletarias de la ciudad y del campo, que se convierten en la fuerza dirigente de la revolución (como ocurrió en Cuba), o fracasa.**

Esta desproporción entre la vanguardia y las masas fundamentales es peligrosa aún en las etapas que preceden a la situación revolucionaria. Conduce, como ya hemos dicho, a la profundización de los desacuerdos entre las mismas fuerzas revolucionarias. Tiene lugar una dispersión de la atención que se debe prestar a los distintos momentos de la revolución: unos grupos y corrientes de revolucionarios atienden solamente a las condiciones de preparación y realización de las acciones de la vanguardia (aunque ésta sea muy reducida), elevándolo a principio inmutable. Tales planteamientos han llevado más de una vez al aventurerismo. Existe también otro peligro: cuando se atiende solamente a las «masas fundamentales», lo que conduce frecuentemente a cierta pasividad y a considerar toda acción directa —a primera

vista aislada— de la vanguardia como «putchismo» y «aventurerismo izquierdizante».

Creemos que, a pesar de todas las dificultades y riesgos ligados con esta situación, no se debe olvidar que la contradicción interna de la misma nace del obvio progreso revolucionario. En condiciones determinadas, la radicalización más profunda de la vanguardia en el desarrollo de su lucha (incluso su paso a las formas armadas de la misma) puede dar el camino de liquidar esa contradicción general, puede ser una palanca para mover a las masas y traerlas a las primeras posiciones del combate. *El «pequeño motor» de la actividad heroica de la vanguardia pone entonces en movimiento el «gran motor» de la lucha de las masas.* Precisamente éste fue el curso esencial de la acción de las fuerzas revolucionarias cubanas en la mitad de los años 50 y la de las de Guatemala y Venezuela a principios de los años 60.

Por supuesto, el éxito de semejante línea presupone que en el país exista un conjunto de condiciones políticas, sociales y psicológicas (en el «gran motor» debe haber «gasolina» y sus «acumuladores» deben estar cargados...) Una de las tareas de los partidos revolucionarios del continente consiste en captar la madurez de estas condiciones con la misma exactitud que lo hizo Fidel Castro y sus compañeros de armas hace ya 10 años.

* * *

Una de las tareas más importantes de la dirección revolucionaria es reforzar incansablemente sus contactos con el movimiento estudiantil, aumentar su base organizativa dentro del mismo, contribuir a la unidad de la clase obrera, el campesinado y el estudiantado a nivel nacional, basándose en programas realistas y ágiles para la acción conjunta. Esto nos lleva a un nuevo e importantísimo tema: **el trabajo del partido de la clase obrera —vanguardia política de la revolución— entre los estudiantes y otros grupos sociales derivados,** tema que, según entendemos, debe tratarse con amplitud en un artículo especial.

III

AMERICA LATINA
Y EL IMPERIALISMO
NORTEAMERICANO

De las «nuevas fronteras» a la política «de mano dura»

E. BARRERA y C. MEDINA

El golpe de Estado de Brasil y la actitud adoptada ante él por el Gobierno norteamericano marcan de hecho el fin de la «Alianza para el Progreso» tal como la había concebido Kennedy, el fin de la política reformista de EE.UU. con respecto a Latinoamérica... Tal es la conclusión casi unánime de la «gran» prensa burguesa y de los más cercanos colaboradores del difunto presidente norteamericano.

A la chita callando, de un modo vergonzante y sin responsos oficiales, los círculos gobernantes de Estados Unidos han depositado en la tumba los restos mortales de la kennediana «Alianza para el Progreso», de esa misma «Alianza» cuyo nacimiento hace tres años fue celebrado con gran pompa, poniendo por las nubes sus méritos y sus halagüeñas perspectivas.

¿Qué es lo que ha ocurrido?

* * *

El 13 de marzo de 1961, a las seis semanas de haber ocupado la presidencia, John F. Kennedy anunció un nuevo programa de ayuda estadounidense a América Latina, al que se dio el nombre de «Alianza para el Progreso».

La proclamación de este programa fue una prueba evidente de la profunda crisis por que atraviesan América Latina y la política latinoamericana de Estados Unidos.

Hace seis o siete años la situación era muy distinta. Después del golpe de Estado de Batista, del aplastamiento de la revolución en Guatemala, del derrocamiento del Gobierno nacionalista burgués de Vargas en Brasil y de las concesiones de Perón a los monopolios norteamericanos, el dominio del imperialismo norteamericano y de sus testaferros en el continente parecía más firme que nunca. Los relámpagos revolucionarios que iluminaron el cielo continental en los años 30—40 parecían haberse apagado para mucho tiempo. Con la bendición o el apoyo directo de Estados Unidos, en la mitad de los países de América Latina se habían implantado dictaduras reaccionarias de la camarilla militar. Los partidos comunistas estaban prohibidos en la inmensa mayoría de los países. En una de las prisiones de la Cuba batistiana se encontraba un joven de 27 años, desconocido para la Casa Blanca: el «rebelde» Fidel Castro.

América Latina aparecía a los ojos de los monopolios norteamericanos y de su Gobierno como una retaguardia segura y un terreno ventajísimo para las inversiones. Los beneficios de las compañías norteamericanas crecían de año en año, lo mismo que sus inversiones. A los gobernantes norteamericanos les tenían tan sin cuidado los campesinos que se morían de hambre en el continente como los presos que sucumbían en las cárceles bajo las torturas. Tampoco se preocupaba el capital yanqui de su débil «hermano menor», la burguesía latinoamericana. *Entre 1948 y 1955, la «ayuda» de Estados Unidos a los países latinoamericanos constituyó la tercera parte de la prestada a los países africanos y del Cercano Oriente y la quinta parte de la concedida a los países asiáticos.* A los yanquis les bastaba en su feudo con la política del garrote; los dólares eran necesarios para aquellos países donde el «peligro rojo» era más patente.

¡Quién hubiera podido pensar entonces que al cabo de unos cuantos años sólo quedaría en el poder uno de aquellos diez dictadores, que la suma de las nuevas inversiones de los monopolios norteamericanos habría de reducirse a cero y que a 90 millas de la costa norteamericana habría de ondear la bandera de la primera revolución socialista americana!

TIEMPOS NUEVOS

«Como ráfagas de viento que preceden a la tempestad, torbellinos revolucionarios se abaten sobre esta región... Los pueblos de América Latina ya no creen en las vacuas promesas

de mejoras políticas, sociales y económicas. Lo que exigen son realizaciones. Con demasiada frecuencia su arma es la violencia... Un alto diplomático norteamericano compara la actual fermentación en América Latina con la situación en la Rusia zarista durante el período que precedió a la revolución bolchevique... El ejemplo de Cuba muestra lo que puede ocurrir: la aparición de un país gobernado por los comunistas a tan sólo 90 millas de la costa...

*El tiempo sigue su marcha: si América Latina no encuentra en unos pocos años solución para sus múltiples problemas, puede recurrir a medidas radicales, lo que constituiría una amenaza directa para Estados Unidos.»*¹ Así es como veía el capitalismo norteamericano la situación en América Latina durante los años de la administración Kennedy.

La crisis político-social en que se ha visto sumida América Latina a finales de la década del 50, la más profunda desde la época del derrocamiento de la dominación española, un «mane, thecel, phares» escrito por la mano de los revolucionarios cubanos en los muros de la dominación imperialista y capitalista en el continente, *exigía de las clases gobernantes de las dos Américas una solución urgente y eficaz que les permitiera mantener su dominación. Pese a la gran diversidad de matices en las soluciones propuestas, podemos hablar de dos variantes fundamentales.*

EL PRO Y EL CONTRA DEL «BIG STICK»

La oligarquía gobernante de los países latinoamericanos (latifundistas, alta burguesía y camarilla militar) y los monopolios norteamericanos dominantes en el continente sostienen que cualquier cambio que afecte a sus intereses abrirá las compuertas al torrente revolucionario. *Como receta para salir de la crisis actual proponen el robustecimiento de la presente estructura política y social mediante la represión implacable contra el movimiento revolucionario y democrático, acompañada de una fuerte dosis de inversiones del capital monopolista yanqui.*

Una política tendiente a mantener el statu quo político-social, que se apoye en un bloque de fuerzas bastante poderoso y los tradicionales métodos represivos de estas fuerzas, puede proporcionar temporalmente ciertas ventajas al imperialismo, crear

¹ *Business Week* del 22 de septiembre de 1962.

una apariencia de estabilidad del poder y frenar durante algún tiempo el desarrollo del proceso revolucionario. *Pero, en fin de cuentas, es una política demasiado peligrosa y arriesgada para los intereses básicos del capitalismo. Dada la creciente madurez de los factores objetivos de la revolución, la aplicación prolongada de semejante política crea la amenaza permanente de una explosión revolucionaria que convierta en escombros el régimen vigente.* La circunstancia de que los círculos gobernantes carezcan de una base de masas, la descomposición de los tradicionales fundamentos semicoloniales de la sociedad latinoamericana sin que haya sido creada una nueva base burguesa, la endeblez de la estructura de la sociedad civil en los países del continente, son hechos que entrañan una revolución que en muy breve plazo habrá de barrer no sólo las supervivencias del feudalismo, sino también la dominación del imperialismo norteamericano y las frágiles estructuras capitalistas tan estrechamente ligadas a esta última. Por otra parte, la nueva correlación de fuerzas en el ámbito mundial y los imperativos de la política de coexistencia pacífica dificultan en grado extraordinario la intervención directa de Estados Unidos contra dicha revolución.

La revolución cubana constituyó a este respecto una buena lección para aquellos políticos burgueses que, como Kennedy, estaban en condiciones de asimilar (dentro de ciertos límites, naturalmente) las enseñanzas de la historia. Su respuesta fue la «Alianza para el Progreso»...

LA «REVOLUCION
PREVENTIVA»
Y EL REFORMISMO
LATINOAMERICANO

Los objetivos perseguidos por la «Alianza para el Progreso», más de una vez expuestos con toda franqueza por sus inspiradores, eran: *aislar (y aniquilar después) la revolución cubana, detener la actual ola revolucionaria en América Latina, triunfar en la «carrera contra el tiempo» descargando con reformas el potencial revolucionario del continente, crear estructuras sociales y políticas más estables, entregar el poder a una burguesía con cierta base de masas, contribuir en este marco a cierto progreso económico y a una elevación del nivel de vida de la población, etc.* Todo esto siempre y cuando no resultasen afectados en lo más mínimo los intereses norteamericanos.

No cabe duda de que el programa neocolonialista de la «Alianza para el Progreso», pese a todos sus aspectos demagógicos —que eran los predominantes—, *fue proyectado en serio y contenía ciertos elementos que significaban un nuevo enfoque de los problemas latinoamericanos.* Existía el propósito de aumentar considerablemente la «ayuda» de Estados Unidos a los países de América Latina. Esta ayuda —cifrada en 20.000 millones de dólares repartidos en 10 años— debía encauzarse fundamentalmente por los canales públicos. Los métodos monopolistas estatales venían a sustituir a la «irrestringida iniciativa privada». Se aseguraba que las sumas concedidas habrían de utilizarse para el desarrollo económico y la elevación del nivel de vida de la población (el incremento anual de la renta nacional per cápita habría de ser de un 2,5%). Pero el elemento esencial, y nuevo, del programa era que en él se subrayaba que el progreso en Latinoamérica no puede ser conseguido sin *importantes reformas político-sociales.* «... Los dueños de la riqueza y del poder en los países pobres —dijo Kennedy en marzo de 1962— deben asumir la responsabilidad que recae sobre ellos. Tienen que dirigir la lucha por reformas radicales, únicas capaces de mantener las bases de su sociedad.» El programa de la «Alianza para el Progreso» instaba a formar regímenes de «democracia representativa». En él se subrayaba la necesidad de realizar reformas agrarias, aumentar los gravámenes fiscales para los «dueños de las riquezas», movilizar en favor del desarrollo económico los capitales que la gran burguesía continental ponía a buen recaudo en las «seguras» cajas fuertes de los bancos extranjeros. Estos nuevos elementos no fueron captados de golpe por la oligarquía latinoamericana, que sólo percibió en un principio el ansiado tintineo de la lluvia de dólares...

Mientras, por un lado, coincidían los objetivos fundamentales de los reaccionarios y de los «reformistas» —detener la revolución popular y consolidar la hegemonía económica y política de EE.UU. en Latinoamérica—, no cabe decir lo mismo por lo que respecta a sus métodos. Represión o labor de desorientación de las masas; dictadura militar o democracia constitucional; apoyo en la oligarquía o llegada al poder de toda la burguesía; inmovilismo o reformas. Todo esto se reflejaba en forma muy distinta en la teoría y en los programas.

En esencia, Kennedy proponía un programa de transformación burguesa de Latinoamérica por arriba, destinado a impedir la revolución antifeudal y antiimperialista de las masas. Era una vía, para salir de la crisis prerrevolucionaria, que se pro-

ponía a la burguesía latinoamericana y que ésta, en su mayor parte, apoyaba. La propuesta de Kennedy fue acogida con entusiasmo por los reformistas burgueses y pequeñoburgueses, desde Bosch y Figueres hasta los cristianodemócratas de Chile y los socialistas de derecha de Argentina. La «Alianza para el Progreso» correspondía plenamente a sus anhelos e intenciones, expresados con laudable franqueza por el tristemente célebre Betancourt al decir que era «una ayuda a los pobres para salvar a los ricos». Al igual que los reformistas, este programa depositaba particulares esperanzas en el «altruismo» de la oligarquía, en la «bondad» de los explotadores.

LA POSICION DE LOS REVOLUCIONARIOS

¿Qué actitud adoptaron ante la «Alianza para el Progreso» las **fuerzas revolucionarias** de América Latina?

A la vez que subrayaban la naturaleza neocolonialista de este programa, señalaron la presencia en él de elementos nuevos. Consideradas en abstracto, algunas de las medidas propuestas por Kennedy y su «trust de los cerebros» constituían objetivamente un paso adelante, pues incluían proposiciones por las que durante muchos años habían venido luchando las fuerzas progresistas.

Pero, de un lado, **no habría sido a la buena voluntad ni a un repentino despertar de la conciencia de los líderes norteamericanos, sino al ascenso de la lucha revolucionaria en América Latina, que ha tenido su más completa encarnación en la revolución cubana, a lo que hubieran quedado reconocidos los pueblos del continente por aquella mejoría que les habría reportado la «Alianza para el Progreso», de haber sido aplicada en la forma en que fuera concebida.** Y, de otro lado, los revolucionarios no podían ni pueden hacer abstracción de la situación concreta en que fue propuesto este programa de reformas y que constituía el elemento determinante de los fines inmediatos perseguidos por él. «... Hay situaciones históricas —indicaba Lenin— en las cuales las reformas, y en particular las promesas de reformas, persiguen exclusivamente un objetivo: contener la efervescencia del pueblo, obligar a la clase revolucionaria a suspender o por lo menos debilitar la lucha.»¹ Esta era, precisamente, la situación que existía en América Latina a comienzos de los años 60. Y precisamente por eso, las fuerzas de izquierda del continente interpretaron el programa

de la «Alianza para el Progreso» sobre todo como una manobra para impedir la lucha de los pueblos por transformaciones económicas y políticas radicales.

Esto no significa que los revolucionarios, partiendo del principio «cuanto peor, tanto mejor», renuncien a la lucha por reformas en unas condiciones de maduración de la situación revolucionaria. *En la América Latina actual, las reformas son, en mayor medida que en otras zonas del mundo capitalista, un arma de dos filos: inspiradas para conjurar la revolución, en una coyuntura objetiva determinada y con una táctica justa pueden ser aprovechadas por las fuerzas revolucionarias para desarrollar la revolución. Allí donde surge una posibilidad real para realizar auténticas reformas, los revolucionarios no aplicarán una política basada en el principio del «todo o nada».*

Pero desde el mismo momento en que fue proclamada la «Alianza para el Progreso», los revolucionarios dejaron bien sentado que **las reformas radicales que América Latina precisa inmediatamente no pueden llevarse a la práctica sin un enfrentamiento abierto con las oligarquías locales y los monopolios norteamericanos. En otros términos, en las condiciones de Latinoamérica de la década del 60 un amplio programa de reformas no puede ser llevado a efecto con métodos reformistas y en un marco aceptable para el imperialismo.**

LAS RAICES DEL FRACASO...

El curso de los acontecimientos durante los tres años posteriores ha confirmado las conclusiones de los revolucionarios. Ya en el primer aniversario de la proclamación oficial del plan (17. VIII. 1962) se anunció que debido a los «resultados desconsoladores» no se conmemoraba la fecha. Después, todavía en vida de Kennedy, se empezó a hablar del «fracaso», y más tarde, de los «funerales» de la «Alianza para el Progreso». Ahora, el programa reformista de Kennedy es más bien cosa de historiadores que de políticos.

La realidad latinoamericana ha resultado poco apropiada para la «tercera vía», para una segunda edición del plan Marshall. La «estabilización» del capitalismo en la Europa Occidental de finales de los años 40 y comienzos de la década

¹ *Obras Completas*, t. XXIII, pág. 249. Edit. Cartago. Buenos Aires.

del 50 no precisaba una nueva base económica y social (ni una superestructura política), sino que le bastaba con restablecer las viejas estructuras, resquebrajadas aunque no destruidas y con profundas y ramificadas raíces. La «ayuda económica» de EE.UU., complementada con la formación de la OTAN, etc., creó para ello las condiciones necesarias.

En la América Latina de los años 60 —y esto lo comprendía Kennedy— la combinación de las inyecciones de dólares con las estructuras tradicionales no podía conducir a un ascenso económico ni asegurar durante mucho tiempo la salvaguardia de los intereses del imperialismo estadounidense y del capitalismo en su conjunto. De aquí que en la «Alianza para el Progreso» se pusiera el acento, como hemos visto, en las reformas, en los cambios parciales de las relaciones tradicionales de propiedad y de poder. Un programa análogo fue el que consiguieron aplicar las autoridades norteamericanas en las condiciones específicas del Japón de posguerra. Posiblemente la «Alianza para el Progreso» hubiera tenido más probabilidades reales de éxito en América Latina si hubiera sido fechada en 1951 en lugar de 1961. (Se trata, naturalmente, de un supuesto irreal, ya que en virtud de la propia naturaleza de las relaciones entre el imperialismo yanqui y América Latina, la «Alianza para el Progreso» no podía haber nacido antes de la revolución cubana.) Pero la crisis revolucionaria, el triunfo de la revolución cubana crearon en el continente una nueva situación, en la que los acontecimientos escaparon al control del imperialismo norteamericano. Aparecieron nuevas perspectivas, nuevos centros de atracción, surgió la posibilidad real de nuevas soluciones. Y esto puso en movimiento una complicada cadena de relaciones de causa a efecto que determinaron la incapacidad de los reformistas burgueses de ambas Américas para realizar siquiera fuesen las más «simples» y maduras transformaciones sociales.

GOLPES DESDE LA DERECHA.
A CERCA DEL «ALTRUISMO»
DE LA OLIGARQUÍA...

En esta situación pronto se agudizaron las contradicciones entre los mezquinos intereses privados, de casta y de clase, de algunos monopolios y grupos de la oligarquía y el «superobjetivo» (conjurar la revolución social y mantener el capitalismo

en América Latina) buscado por Kennedy. La «Alianza para el Progreso» se vio golpeada desde la derecha.

La oligarquía latinoamericana se negó en rotundo a sacrificarse y abandonar el poder; sus representantes —¡oh milagro!— comenzaron a lanzar reproches y hasta acusaciones contra el «ingrato» Gobierno de EE.UU. A las propuestas de reforma agraria, los latifundistas respondían con la amenaza de nacionalizar las compañías norteamericanas. La gran burguesía se apresuraba a trasladar miles de millones de dólares a los bancos suizos. Inmediatamente, el programa de reformas empezó a patinar. Para moverlo del sitio se necesitaba una fuerza que rompiera la resistencia de la oligarquía. Pero los reformistas latinoamericanos no podían decidirse voluntariamente a esto en la caldeada situación de la década del 60.

A la vez, los monopolios inversionistas (o exportadores) de EE.UU. acogieron con extremada hostilidad los planes de reforma agraria (ya que ésta podía afectar a sus plantaciones) y no quisieron arriesgarse a reducir la cuota de beneficios ni a suprimir aunque sólo fueran las consecuencias más graves del intercambio no equivalente. En su conjunto, el capital privado de EE.UU., asustado por la suerte que habían corrido sus inversiones en Cuba y ante el fantasma de la revolución en el continente, se mostraba remiso a encaminarse hacia América Latina y, al mismo tiempo, mostraba una evidente frialdad ante el reforzamiento del competitivo factor estatal-monopolista en el programa de desarrollo del continente. Con mayor hostilidad aún acogieron los monopolios norteamericanos las medidas de capitalismo de Estado en los países de América Latina, en las que debía apoyarse la «Alianza para el Progreso» y sin las cuales era imposible el progreso económico (en el marco del capitalismo) del continente. Obedientes a estos mismos reflejos, los congresistas y funcionarios norteamericanos frenaron la «ayuda» estatal a América Latina, empresa comparada por ellos a la de llenar el «tonel de las Danaides». Mientras tanto, el Pentágono, la Agencia Central de Inteligencia y los círculos a ellos vinculados, que no querían ni oír hablar de un debilitamiento de las posiciones de la camarilla militar, continuaban aplicando la habitual política del garrote.

Se iba formando un amplio frente de la oposición de derecha a la «Alianza para el Progreso», considerada por aquella, «en el mejor de los casos», como una aventura cara y peligrosa, y, en el peor de ellos, como un intento de introducir en el continente... el socialismo.

A medida que pasaba el tiempo, más evidente se hacía lo estéril de intentar delimitar y separar unas de otras las tendencias antifeudales, antioligárquicas y antiimperialistas del movimiento democrático, intento que figuraba en la base misma de la concepción del «nuevo rumbo».

Pero la lucha antiimperialista significa en América Latina una lucha directa contra el capital monopolista de EE.UU., contra su política, contra sus bases militares, etc. Por eso, a quí era imposible aplicar la política neocolonialista que la administración Kennedy utilizaba en Asia y, sobre todo, en Africa, política relativamente flexible, que incluía el «acuerdo» con el neutralismo e incluso una determinada ayuda económica a los gobiernos progresistas y antiimperialistas (la cuestión de sus fines la dejamos a un lado). Esto habría significado, en cierta medida, sacrificar los intereses directos e inmediatos de los monopolios norteamericanos y del Pentágono en América Latina, cosa que el Gobierno de EE.UU. no podía hacer, ni siquiera en aras del «común interés» de conjurar la revolución. Además, muy pronto se empezó a dudar de hasta qué punto la vía de las reformas podía, en unas condiciones de efervescencia revolucionaria, salvaguardar este «interés común».

En plena efervescencia revolucionaria era demasiado arriesgado desprenderse de antiguos aliados seguros —los detentadores del poder y de la riqueza, los «garantizadores de la estabilidad», etc.— y seguir el camino de las maniobras reformistas, de las que tan poca experiencia tenían las clases dominantes del continente. En la mayoría de los países del continente la burguesía es muy débil, y el peligro de que las fuerzas antiimperialistas aprovechasen el «momento de inestabilidad», el «relevo de la guardia» con fines revolucionarios era bastante grande. Resultaba demasiado arriesgado en ese momento despertar con promesas reformistas (o con intentos de aplicarlas) las esperanzas de unas masas antes confundidas y pasivas, y contribuir así al incremento de sus demandas y de su actividad, para verse después en la situación de un deudor que no puede pagar la letra vencida.

Por último, también los objetivos inmediatos de la «Alianza para el Progreso» —la lucha contra la Cuba revolucionaria—

entraron en contradicción con sus objetivos a largo plazo. Y como en esta cuestión iba triunfando la tendencia aventurera del Pentágono y de la Agencia Central de Inteligencia, la propia lógica de la lucha exigía la más estrecha alianza con aquellas fuerzas cuyos intereses debían salir perjudicados por las reformas previstas, exigía el rompimiento con los círculos liberales (que podían apoyar estas reformas, pero que no ardían en deseos de incorporarse a la «santa alianza» contra Cuba), exigía la aplicación de unos métodos de gobierno, de propaganda, etc., que eran incompatibles con el proclamado carácter de la «Alianza para el Progreso». A esos mismos resultados condujo la encarnizada lucha contra las fuerzas revolucionarias conscientes de otros países del continente, en la cual la divisoria entre los «cabezas de huevo» del trust de los cerebros de Kennedy y los «cabezas duras» del Pentágono y de la Agencia Central de Inteligencia era a veces nula.

En fin de cuentas, los métodos reformistas no consiguieron abatir por mucho tiempo la ola revolucionaria en ninguno de los países del continente. Al contrario, en algunos de ellos (sobre todo en las grandes naciones de América del Sur) las fuerzas de izquierda aprovechaban ya con éxito la lucha por la democracia y las reformas en favor de la revolución.

Así, pues, el programa de transformación burguesa por arriba en América Latina sin lesionar los intereses del imperialismo ha quedado atenazado entre contradicciones irresolubles. La creciente resistencia por la derecha y el constante peligro de revolución popular por la izquierda, la falta de medios y la urgencia de soluciones, la estrechez de la base social y la existencia de la Cuba socialista son factores que al entrelazarse e influir unos sobre otros han conducido a la crisis de la «Alianza para el Progreso».

BALANCE
DE TRES AÑOS

En suma, aunque el peso relativo de América Latina en los «programas de ayuda» norteamericana ha crecido del 7% (en 1946—1960) hasta el 25% (en 1961—1962), el incremento de la producción per cápita en los países del continente ha sido en 1962—1963 de sólo el 0,8% (en lugar del 2,5% previsto). Las

riquezas extraídas anualmente por los monopolios yanquis en América Latina han continuado siendo varias veces superiores a la ayuda que concede el Gobierno de Estados Unidos a esos países.

La crisis económica en los más importantes países del continente ha seguido agravándose. El fracaso del programa de la «Alianza» en su aspecto económico ha venido a demostrarlo palpablemente la Conferencia de San Pablo (noviembre de 1963) del Consejo Económico y Social Interamericano, que discutió las diversas variantes de reforma de la «Alianza para el Progreso». Casi todos los comentaristas coincidieron en que la Conferencia «había envuelto en un sudario» el «moribundo plan».

Pero al programa de reformas políticas le esperaban fracasos todavía mayores. Las oligarquías, atemorizadas por la perspectiva de perder el poder y contando con el eficaz respaldo de los partidarios norteamericanos de la «política de mano dura», intensificaban sus actividades. En la mayoría de los países de América Latina, la burguesía, temerosa de la revolución popular, no mostraba el menor deseo de subir al puente de mando en plena tempestad. En casi todos los países, en los períodos de considerable agudización de la lucha, sin pensar siquiera en la «revolución preventiva», buscaba la acostumbrada protección de las bayonetas y las ametralladoras de la camarilla militar y se aliaba a la oligarquía. Los líderes políticos que se habían comprometido a aplicar el programa de la «Alianza», imitaban con creciente frecuencia la política de los reaccionarios o eran derrocados por éstos. Si en 1961 hubo en el continente sólo un golpe de Estado, en 1962 se produjeron tres, y en 1963 ya fueron cuatro. En 1964, la democracia burguesa ha sido aplastada en el país más grande de América Latina. La «tercera vía» conducía a un callejón sin salida o seguía el trillado camino de la oligarquía. Los intelectuales reformistas que aplicaban la política de la «Alianza para el Progreso», o que al menos se atenían formalmente a las normas de la democracia burguesa, se veían abandonados uno tras otro por la burguesía, o sea, por la clase cuyos intereses fundamentales procuraban expresar y defender. El derrocamiento (en septiembre de 1963) del Gobierno de Bosch —el paladín más consecuente de la «democracia representativa»— subrayó con singular fuerza la crisis de esta política, ya que la República Dominicana había sido considerada como una especie de «escaparate» de la «Alianza para el Progreso.»

EL ASESINATO DE KENNEDY Y EL «CAMBIO DE RUMBO»

Es difícil conjeturar las conclusiones que hubiera sacado de la crisis de su política el propio Kennedy, quien, al parecer, seguía creyendo sinceramente en la viabilidad de esa política y buscaba nuevas vías, posiblemente más reales, para llevarla a la práctica (en particular, mediante un *modus vivendi* con la Cuba revolucionaria). Su negativa a reconocer a los gobiernos «gorilócratas» de la República Dominicana y de Honduras fue un rayo de esperanza para los partidarios de la «tercera vía». Pero la trágica muerte del presidente de las «nuevas fronteras», que como cabe suponer estuvo directamente relacionada también con la hostilidad de los «ultras» a su política latinoamericana, envalentonó a los secuaces de la política «de mano dura».

El reconocimiento de los gobiernos de la República Dominicana y de Honduras (a las tres semanas del asesinato de Kennedy) y la concentración de todos los resortes de la política latinoamericana de EE.UU. en manos del conocido reaccionario Thomas C. Mann, fueron los primeros síntomas de que se había emprendido un nuevo rumbo. Los sucesos de Panamá dieron clara idea de lo que significaba este rumbo en acción. El desenlace se produjo en la primavera de 1964. El 16 de marzo, Mann explicó la nueva política del Gobierno de EE.UU. en el continente en un discurso secreto que pronunció ante los diplomáticos norteamericanos acreditados en los países de América Latina. («El Gobierno ya no tratará de impedir los golpes de Estado derechistas, y mantendrá una línea política anti-roja», con este subtítulo encabezaba el *New York Times* la noticia del «cambio de rumbo»). Mann dijo que en las condiciones de América Latina era difícil trazar una divisoria entre la democracia y la dictadura, y declaró que la «lucha contra el comunismo» y la defensa de las inversiones norteamericanas constituían los objetivos principales de la política de EE.UU. en América Latina. Y si bien en su discurso hubo alguna alusión a la «cooperación al desarrollo económico», ya no mencionó para nada las reformas.

Con este telón de fondo, la conducta del Gobierno de EE.UU. durante los días del golpe de Estado en el Brasil vino a poner los puntos sobre las íes.

La declaración del Departamento de Estado del 29 de marzo de 1964 fue un verdadero llamamiento a derrocar el régimen

constitucional reformista de Goulart. A las pocas horas de producirse el golpe de Estado, el presidente de EE.UU. felicitó a los conspiradores por la victoria obtenida. Más aún, este golpe de Estado fue presentado como ejemplo «del deseo de solucionar las dificultades económicas y políticas en el marco de la democracia constitucional». «Esta política (la de Kennedy — E. B. y C.M.) —leemos en un número de abril de *Le Monde*— parece abandonada en provecho de otra que es su antípoda y que consiste en meter en un saco a reformistas y revolucionarios, todos calificados de comunistas y castristas, y mantener en esencia el orden vigente, cambiando lo menos posible. Como este orden es objetado cada vez más y el juego de la democracia terminaría por derribarlo, se le mantendrá por la fuerza, es decir, con dictaduras militares. Recientes declaraciones oficiales (del Gobierno de EE.UU. —E. B. y C. M.) han anunciado ese apoyo a los generales “buenos”. El putsch brasileño fue su primera aplicación.»

Se trata fundamentalmente de volver en el continente a la tradicional política «dura» en los lineamientos fundamentales (para evitar desagradables asociaciones de ideas se le ha dado a esta política el nombre de «realista»). La fórmula «Alianza para el Progreso» seguirá, naturalmente, figurando todavía durante mucho tiempo en los discursos y en los mensajes, el mecanismo de la administración de la «Alianza» todavía seguirá funcionando y difícilmente se reducirán las sumas que se le destinan. Pero todo esto no cambia la esencia de la cuestión. «Reformas en el marco de la democracia»: tal era la idea inicial de la política de Kennedy en relación a América Latina. El abandono del rumbo hacia las reformas burguesas, hacia la democratización burguesa, hacia la «revolución por arriba», significa el fin de esta política.

FUTURO DE LOS PROGRAMAS REFORMISTAS

Sería un evidente error afirmar que de aquí en adelante la política del imperialismo norteamericano en América Latina se asentará exclusivamente en la violencia y en el apoyo a los «gorilas». Las fuerzas revolucionarias comprenden que la capacidad de maniobra del imperialismo depende de la tensión que adquiera la lucha revolucionaria; esas fuerzas tienen en cuenta la inevitabilidad de la aparición de nuevas variantes

de la «tercera vía», y en primer lugar de unas variantes que conjuguen elementos de dictadura militar, algunos atributos de la «democracia representativa» y reformas que abran algunas posibilidades, muy limitadas, de desarrollo económico, aunque sin lesionar los intereses de las clases gobernantes. (Reformas de este tipo las realizó en Rusia después de la revolución de 1905 el ministro zarista Stolypin. Lenin decía que eran la «última válvula de escape»).

No está excluido que, al cambiar las circunstancias, la orientación política de Kennedy (y los hombres que la aplicaban) vuelvan a ser aprovechados por el imperialismo norteamericano. Es posible también que esta orientación continúe determinando hoy la política de EE.UU. en aquellos países del continente donde el poder y la influencia de la oligarquía tradicional hayan sido minados o destruidos (por ejemplo, en México). En un intento de desarrollar las concepciones de Kennedy a la luz de los últimos acontecimientos, algunos partidarios suyos en Estados Unidos (en particular el senador Fulbright) hablan ya de la inevitabilidad del derrocamiento violento del poder de las oligarquías.

Es posible que quienes izaron la bandera de la «Alianza para el Progreso» en América Latina tampoco abandonen de inmediato sus antiguas posiciones. Las razones que motivaron este programa continúan existiendo; los grupos sociales que hasta el último tiempo lo apoyaban no han desistido de sus objetivos. Los recientes acontecimientos pueden conducir también al robustecimiento de las corrientes y grupos en el seno del reformismo burgués (y pequeñoburgués) que pretenden realizar determinadas transformaciones, incluidas aquellas que pueden afectar los intereses de los monopolios norteamericanos, sin la bendición de Washington o a pesar de su resistencia. Algunos de estos grupos y personalidades buscarán probablemente el apoyo de los círculos imperialistas de Europa Occidental, pero para otros este camino puede conducir a un acercamiento con el movimiento revolucionario de las masas.

PERSPECTIVAS DE LA POLÍTICA «DE MANO DURA»

Así, pues, los acontecimientos han disipado rápidamente las ilusiones puestas en la «Alianza para el Progreso», han echado a un lado la faramalla de promesas y soluciones a medias y han

puesto al desnudo el verdadero estado de cosas. *El miedo de las clases gobernantes de América Latina a la perspectiva de cambios reales, exigidos por sus pueblos, ha empujado a los «detentadores del poder y de la riqueza» de América Latina al camino de las represiones y de la reacción social. Los círculos gobernantes de EE.UU. también han decidido, en fin de cuentas, apoyar (e imponer) dictaduras militares reaccionarias, cifrando sus principales esperanzas en las viejas castas gobernantes. Ya hemos hablado de los lados «fuertes» y «débiles» de esta política.*

Es preciso decir que en la historia de Latinoamérica han sido frecuentes los casos en que dictadores reaccionarios, que expresaban los intereses de la oligarquía, se han mantenido decenios en el poder respaldados por el ejército y apoyados desde fuera. Pero estas situaciones de «estancamiento» estaban vinculadas a un determinado nivel de desarrollo económico-social, que hoy, para la mayoría de los países de América Latina, es cosa del pasado. En las naciones de América Latina existen ya potentes fuerzas sociales a las que es imposible mantener durante mucho tiempo en un estado pasivo de sometimiento.

Todo esto parecen no comprenderlo quienes, impresionados por algunas de las derrotas sufridas por las fuerzas democráticas en América Latina, deducen que en el continente se inicia de nuevo un período de dictaduras ultrarreaccionarias estables. Estas gentes interpretan evidentemente los procesos revolucionarios como procesos que siguen inalterablemente una línea recta, sin retrocesos ni zigzags, provocados por el carácter dialéctico del desarrollo social.

Con la implantación de regímenes ultrarreaccionarios empeoran considerablemente las condiciones de la lucha de las fuerzas progresistas, pero no cambian por ello las tendencias fundamentales del desarrollo social. Los pueblos están pasando un cursillo acelerado de aprendizaje en la escuela de la lucha de clases y del combate antiimperialista. Y cada vez se convencen más de que el camino de la demolición radical, revolucionaria y consecuente de las viejas estructuras político-sociales es el único camino seguro. En lo sucesivo, a las filas de los combatientes se irán incorporando los que ayer fueron engañados con «cantos de sirena» sobre la posibilidad de llevar a cabo transformaciones democráticas sin la revolución y «con el consentimiento general».

La historia ha firmado ya su sentencia condenatoria para los pilares de los regímenes existentes en los países de América

Latina. El intento de suavizar esta sentencia, emprendido por los reformistas, ha constituido un fracaso. El de anularla a tiros no resultará más exitoso. Quienes hoy festejan el triunfo del «orden» en el Brasil (y quienes se desesperan ante los últimos acontecimientos) deben recordar que varios años atrás, en otro país de América Latina, los usurpadores del poder vestidos con uniforme militar también pretendieron detener la marcha de la historia, «cerrando las válvulas», destruyendo los últimos restos de democracia...

FUE EN CUBA.

REVISTA INTERNACIONAL, N. 1, 1985

La Revolución Cubana y el frente antiimperialista en América Latina

A. FERRARI, J. M. FORTUNY,
P. MOTTA LIMA y L. FERRETO

Al cumplirse el sexto aniversario del triunfo de la heroica Revolución Cubana, es visible ya que el imperialismo norteamericano no puede contener más bajo su férula al conjunto de América Latina.

Es difícil sobrevalorar la importancia de este hecho, si se tiene en cuenta que América Latina reviste hoy una importancia inmensa para el destino del imperialismo norteamericano.

En efecto, la tendencia expansionista del capital norteamericano apuntó como un peligro para América Latina ya en los días de su independencia. Fue precisamente por aquellos días cuando el gran libertador Simón Bolívar escribió en una de sus históricas cartas aquella sentencia profética de que los EE.UU. parecían estar predestinados por la historia a constituir la principal fuente de calamidades para los países de nuestra América Ibero-americana.

Pero fue a fines del siglo pasado y principios del presente, al pasar el capitalismo a su etapa imperialista en escala mundial, cuando este expansionismo se acentúa y comienza a mostrar todos sus aspectos negativos. Simultáneamente, comienzan la resistencia y las luchas liberadoras de los pueblos latinoamericanos, que en varios de ellos desembocan en acciones combativas y heroicas de gran significación histórica. Aplastándolas a sangre y fuego, el imperialismo norteamericano consigue, sin embargo, establecer su dominio en nuestro continente.

Durante la segunda guerra mundial y en la inmediata posguerra, al amparo de la coyuntura mundial, hubo un sensible desarrollo industrial, preferentemente en las ramas de la industria liviana, en casi todos los países latinoamericanos. Surgió entonces en unos y se desarrolló en otros la burguesía nacional y, consiguientemente, la clase obrera.

La burguesía nacional de los países latinoamericanos —si bien, como burguesía que era, vacilante y con tendencia a la capitulación— se vio enfrentada a contradicciones objetivas con el imperialismo yanqui. Por otra parte, la clase obrera y las masas populares, que habían simpatizado con la causa de las democracias en lucha contra el imperialismo germano-fascista y particularmente con la Unión Soviética, que soportó el mayor peso de la guerra y fue el principal artífice de la victoria, esperaban de su desenlace la edificación de un nuevo mundo, sin opresión nacional ni explotación social. Pero la política expansionista, expoliadora y agresiva de los países imperialistas, particularmente Estados Unidos, vino pronto a golpear cruelmente esas esperanzas.

Como consecuencia de todo ello, las luchas nacional-liberadoras de los pueblos latinoamericanos tuvieron un nuevo e impetuoso auge. La base social de estas luchas se amplió con la incorporación de nuevos sectores de la intelectualidad, el estudiantado, la pequeña burguesía y la burguesía nacional. La combatividad del proletariado y los campesinos subió a niveles muy altos.

Al mismo tiempo, dentro de cada país, se agudizó la pugna entre distintas fuerzas nacionales por la hegemonía en el movimiento antiimperialista; y no fueron pocos los casos (Argentina, Brasil, Chile, entre otros) en que la lucha se frustró debido a que la burguesía ganó la dirección y, desde ella, vaciló o capituló en el momento decisivo.

El imperialismo norteamericano, en la línea del Plan Truman para América Latina, lanzó hacia fines de la década del 40 una ofensiva brutal con miras a aplastar todos esos movimientos. En el cuadro de esa ofensiva puede ubicarse la traición de González Videla en Chile, el aplastamiento de la insurrección popular en Bogotá, la ola represiva desencadenada en el Brasil, el gobierno reaccionario de Figueres en Costa Rica, las dictaduras de Rojas Pinilla en Colombia, de Pérez Jiménez en Venezuela y de Batista en Cuba y, por último, el derrocamiento del gobierno revolucionario de Arbenz en Guatemala.

Sin embargo, es un hecho que estas victorias fueron transitorias y que el imperialismo nunca logró de manera absoluta sus objetivos. Y en la segunda mitad de la década del 50, el movimiento democrático recuperó su avance: un alzamiento popular derribó en 1958 la dictadura de Pérez Jiménez; cayeron también Odría y Rojas Pinilla, la dictadura «libertadora» de Argentina debió ceder y convocar a elecciones, Chile reconquistó sus libertades democráticas, y así en otros países. Cuanto más amplio y profundo era este movimiento, más evidente aparecía el carácter inconciliable de la contradicción entre nuestros pueblos y el imperialismo norteamericano.

El imperialismo yanqui en América Latina

Desde fines de la segunda guerra mundial, y con más empeño después del triunfo de la Revolución Cubana, el imperialismo norteamericano buscó y busca nuevas formas de penetración económica y control político, a fin de encubrir sus objetivos de rapiña y neutralizar o atraer a su lado a ciertos sectores de la burguesía y pequeña burguesía. Tales fueron, en primer lugar, las empresas «mixtas» con «participación» de capital norteamericano; los créditos de fomento caminero, con empleo de máquinas y a veces también de personal norteamericano; la instalación de plantas de ensamblaje de automotores, sobre la base de motores y piezas fabricados en EE.UU.; la contrata de exploración, extracción y refinamiento petrolífero y minero, nuevo nombre que se dio a las antiguas concesiones de este género; en fin, todas esas variadas formas de penetración encubiertas en las concepciones «desarrollistas», cuyos ejecutores han sido el FMI, el BID, el BIRF, etc., que giran en torno a la tesis de que los países latinoamericanos sólo pueden desarrollar su economía en forma independiente con la ayuda del capital monopolista norteamericano.

Los modernos embellecedores del imperialismo norteamericano se esfuerzan en hacer creer que éste ha dejado de ser lo que era, imperialismo, y se ha transformado en un benefactor desinteresado de los pueblos latinoamericanos. Así, sus voceros directos y sus portavoces latinoamericanos difunden concepciones tales como la de que existe un imperialismo «retrógrado» —que sería el europeo— y un imperialismo «progresista» —que sería el norteamericano—, con ayuda del cual se puede transformar fundamentalmente la estructura económica de América

Latina y traer, sin necesidad de grandes conmociones, el progreso y el bienestar a sus pueblos.

Hay que decir, sin embargo, que ni un solo dólar de la Alianza para el Progreso ni de cualquier otra procedencia yanqui ha sido destinado a la fundación o desarrollo de la industria pesada en ningún país latinoamericano.

Son los hechos, pues, los que se encargan de desmentir las afirmaciones demagógicas de los monopolistas yanquis y sus lacayos.

Los capitales norteamericanos constituyen el 75% de todas las inversiones extranjeras en América Latina. En 1963 se calculaba en 8.657 millones de dólares el total de esas inversiones norteamericanas. A través de ellas los Estados Unidos controlan el 25% de la producción industrial latinoamericana, en fábricas cuyas ventas al exterior alcanzan al 50% de toda la exportación de esa parte del mundo. Los capitales monopolistas norteamericanos, que ya de antiguo eran grandes terratenientes en los países de América Central y del Caribe, van extendiendo también su dominio en esa esfera a todos los países latinoamericanos, incluida la Argentina. Finalmente, alrededor del 50% del comercio exterior latinoamericano se realiza con los EE.UU. El 80% aproximadamente de los beneficios de las inversiones directas fueron repatriados a los EE.UU. Lo sustraído por los monopolios norteamericanos, incluso en los años de más intensa afluencia de inversiones de los EE.UU., triplica aproximadamente sus aportes (en 1963, los beneficios fueron superiores en más de 12 veces a los capitales invertidos). A ello hay que sumar lo rapiñado mediante el sistemático deterioro de los términos del intercambio y otras formas de expoliación. La suma total de beneficios, de réditos y de ganancias por la diferencia de precios, obtenida por los países imperialistas en América Latina, ha sido por término medio anual en el último decenio de más de 2.400 millones de dólares, cerca del 5 por ciento de la renta nacional de los países del continente. Se calcula en 40.000 millones de dólares los beneficios obtenidos por las inversiones yanquis en América Latina de 1945 a 1961.

Esto explica que, contrariamente a lo que dicen los defensores del imperialismo, a mayor ingerencia norteamericana corresponda mayor miseria y explotación para los pueblos latinoamericanos.

En Colombia, el costo de la vida aumentó durante 1963 y los primeros seis meses de 1964 un 52,4%; en Perú, entre 1958 y 1963, un 45%, y sigue aumentando a razón de 0,9% mensual;

en Argentina, entre octubre de 1963 y el mismo mes de 1964, según cifras oficiales, un 21,4%. En Brasil, el costo de la vida ha sobrepasado el 100% de junio de 1963 a junio de 1964. El cuadro es similar en todos los demás países.

Los monopolios norteamericanos controlan el 74% del petróleo de Venezuela. El obrero petrolero venezolano, pese a que es de los mejor remunerados en el país, gana cinco veces menos que el obrero petrolero estadounidense. En Bolivia, el capital norteamericano controla a través del comercio exterior la producción de estaño y detenta lo fundamental del petróleo y los ferrocarriles; y es bien conocida la miseria en que viven los trabajadores bolivianos.

En Guatemala, como en otros países centroamericanos, la Unitet Fruit Co. es el principal terrateniente, detenta centenares de miles de hectáreas y controla los ferrocarriles, los puertos, los barcos y toda la producción bananera; y es difícil imaginar condiciones de vida más inhumanas que las del trabajador guatemalteco, pues el costo de la vida en el país es más alto que en EE.UU y el ingreso medio es 17 veces menor.

La economía de los países latinoamericanos se caracteriza por un estancamiento en la industria, la agricultura y el comercio, como lo evidencia el siguiente dato relativo a dos países «desarrollados» de América Latina: el producto bruto interno anual, en México, crece a un ritmo que, a pesar de ser el máximo en el continente, apenas alcanza al de la población; en Argentina, para 1963, decreció en un 5% (6,6% si se tiene en cuenta el crecimiento de la población).

En consecuencia, desocupación crónica y, por momentos, creciente, que en México comienza a adquirir proporciones masivas y en Argentina se mantiene, desde hace años, alrededor del 8% de la población económicamente activa. No se hable de países como Guatemala, por ejemplo, donde, con una población económicamente activa de menos de 1.400.000 personas, hay 100.000 desocupados absolutos y unos 500.000 desocupados parciales.

El establecimiento en los países latinoamericanos de dictaduras reaccionarias, de regímenes fraudulentos y antipatrióticos marchó parejo a los avances del imperialismo yanqui. Esta política antidemocrática del imperialismo yanqui ha desembocado en la actual doctrina Mann, de cínico apoyo a los golpes de Estado y las dictaduras reaccionarias.

Esto tiene su explicación. Después del triunfo de la Revolución Cubana y el simultáneo ascenso de los movimientos nacio-

nal-liberadores en los demás países latinoamericanos, las inversiones norteamericanas en ellos disminuyeron sensiblemente: si hasta 1959 eran aproximadamente, en promedio, de 300 millones de dólares anuales, en 1963 sólo alcanzaron a 64 millones.

Es que «nada hay más tímido y medroso que el capital». Los inversores yanquis comenzaron a exigir «garantías». No dan créditos ni ingresan capital al país cuyo gobierno no los asegure contra expropiaciones, huelgas y otros «riesgos». El resultado está a la vista: golpes militares en la mitad de los países de América Latina, aplastamiento de las libertades cívicas, intensificación de las represiones contra los trabajadores.

Con esto se vincula estrechamente la política de los círculos gobernantes de EE.UU. de implantar el militarismo en América Latina, las tentativas de convertirla en su principal reserva de materiales estratégicos y en base de almacenaje y lanzamiento de proyectiles balísticos con vistas a una tercera guerra mundial. Las cuestiones de la defensa continental son patrimonio exclusivo de los EE.UU. Los ejércitos, marinas y aviaciones de los Estados latinoamericanos son equipados, instruidos y prácticamente comandados por el Pentágono, a través de la Junta Interamericana de Defensa Continental. Es obligatoria la compra de helicópteros yanquis (para usarlos, como sucede en Colombia, en la masacre de los campesinos), de bombas napalm, de morteros especiales para el asalto a sindicatos o fábricas en poder de los obreros, de carros de asalto especiales contra manifestaciones. En Argentina, Brasil y otros países se construyen rampas de cohetes y pistas de aterrizaje abiertas a los aviones de los EE.UU. En la actualidad, los pueblos de Venezuela y Colombia, Ecuador y Brasil, Guatemala y Paraguay, Honduras y República Dominicana cosechan los sangrientos frutos de la militarización... No es difícil comprender el peligro que llevaría consigo la transformación de América Latina en base nuclear norteamericana en el caso de guerra mundial.

¿Qué ha dado el dominio yanqui en materia de cultura? Mostremos algunas cifras: Haití, 89,5% de analfabetos; Guatemala, 82%; Bolivia, 67,9%; Honduras, 64,8%.

Por otra parte, la ofensiva desnacionalizadora de los países latinoamericanos en que se empeñan los imperialistas yanquis amenaza también a la cultura propia de cada uno de aquellos pueblos, por lo menos en lo que ella tenga de más democrático y progresista. Es arrolladora la penetración que realizan en las universidades, en las academias e institutos literarios, artísticos y científicos. Crece cada año el número de estudiantes y pro-

fesores latinoamericanos becados en los EE.UU., adonde se los lleva, sobre todo, para aprender el «modo de vida norteamericano». El USIS (Servicio de Información de EE.UU.) y la USIA (Agencia de Información de EE.UU.) controlan directa o indirectamente la gran prensa, la radio, la televisión y la industria del libro en el continente, empleando métodos nuevos de propaganda, ora abierta, ostensible, ora insinuante, «subliminar».

No, nada bueno para América Latina puede derivarse del imperialismo en general y del imperialismo norteamericano en particular. Y esta enseñanza de su historia —de la trágica historia de los países que hace siglo y medio se transformaron en Estados independientes y que todavía hoy siguen sojuzgados por el capital extranjero, débilmente desarrollados en el sentido económico y socialmente atrasados— va dirigida a los jóvenes países de África y Asia, que se encuentran ahora en una encrucijada histórica y buscan la vía de su ulterior desarrollo.

Pero hoy podemos también remitirnos a otra enseñanza de nuestra historia: a la enseñanza de la victoria sobre el imperialismo, a la enseñanza de Cuba. A nuestra Cuba.

Cuba inicia una nueva etapa

La cima más alta de la lucha revolucionaria contra el imperialismo norteamericano en América Latina ha tenido su expresión en Cuba. Con la Revolución de Cuba se inicia la derrota del imperialismo de los EE.UU. en nuestro continente. Y al mismo tiempo, la Revolución Cubana adquiere su otro gran mérito histórico, al ser la que principia la construcción del socialismo en América.

La orgullosa y justa frase de la más pura cepa martiana, «Cuba, primer territorio libre de América», tiene como hermana gemela la de que es el primer territorio socialista de nuestro hemisferio. Después de la Gran Revolución Socialista de Rusia y de la victoria de la Revolución China, la Revolución Cubana ha sobrepasado los límites de un continente y ha adquirido un significado histórico-mundial, confirmando a través de sus rasgos personalísimos las previsiones generales y los principios del marxismo-leninismo acerca del curso revolucionario en las naciones dominadas por los países imperialistas y colonialistas. Pero, a diferencia de las revoluciones socialistas anteriores —vinculadas de un modo u otro a conflagraciones mundiales—,

la gesta cubana alumbra sin los dolores del parto provocados por un conflicto mundial.

La Revolución Cubana viene a comprobar también que el rasgo principal de nuestra época «consiste en que el sistema socialista mundial se va convirtiendo en el factor decisivo del desarrollo de la sociedad humana», como se asentó en la Declaración de Moscú de 1960.

No cabe aquí la exposición de las peculiaridades ni de las condiciones históricas y de otra índole de la Revolución Cubana. Nos limitaremos a analizar el aspecto antiimperialista de la misma.

Cuba mostraba la suerte de un país intervenido y explotado por el imperialismo de los EE.UU. desde el mismo día de su independencia de España. La Enmienda Platt, que sólo fue abolida después de la victoria de la lucha revolucionaria en 1933, permitía «constitucionalmente» al gobierno norteamericano intervenir en Cuba. En 1906 y en 1917 el gobierno norteamericano intervino en Cuba con tropas. Barcos de guerra de los EE.UU. rodearon la Isla cuando se produjo la revolución popular contra el tirano Machado. La base naval de Guantánamo sigue aún instalada en territorio cubano. Y a partir de la abolición de la Enmienda Platt y hasta la victoria de la revolución el primero de enero de 1959, la intervención norteamericana se hizo sentir siempre a través de la Embajada yanqui y por otros medios menos «diplomáticos».

Hasta finales de la década del 40, Cuba ocupaba el primer lugar entre los países latinoamericanos por la suma de las inversiones directas de los EE.UU. En vísperas de la revolución las inversiones norteamericanas en Cuba alcanzaban ya cerca de mil millones de dólares, es decir, el 12% de todas las inversiones monopolistas yanquis de ese tipo en América Latina, exceptuando Venezuela, donde eran aún mayores. La compañía norteamericana de electricidad controlaba el 90% de la producción de energía y la compañía telefónica yanqui operaba en toda Cuba. A los monopolios norteamericanos pertenecía el 90% de la extracción de níquel, hierro, cobalto y otros minerales. Las 36 centrales azucareras más grandes de Cuba, en las que se realizaba el 40% de la producción azucarera, pertenecían a los capitalistas norteamericanos, así como cerca de dos millones de hectáreas de la tierra más fértil, es decir, una cuarta parte de las tierras cultivadas.

El comercio exterior dependía en un 75% de las importacio-

nes y exportaciones a Norteamérica. La balanza comercial era desfavorable para Cuba.

El oxígeno y a la vez el talón de Aquiles de la economía azucarera dependiente de Cuba era la cuota azucarera, que le daba el «derecho» de vender anualmente unos 3 millones de toneladas a los EE.UU. A Cuba le era imposible depender de otros cultivos, desarrollar una economía independiente, industrializar el país.

Cuba era casi una colonia de los EE.UU., y la bella capital de la isla, La Habana, junto con otros lugares, fueron convertidos en meros apéndices de Miami, en sitios de veraneo, de prostitución y de placeres para los capitalistas y turistas norteamericanos. Y fue precisamente el imperialismo yanqui quien impuso al pueblo cubano el sangriento y venal régimen político de Batista, que asesinó a 20.000 patriotas. Quizás nadie haya pintado mejor el cuadro de Cuba que el propio Presidente de los EE.UU., Kennedy, quien declaró: «Yo creo que no ha habido ningún otro país en el mundo, incluyendo a cualquiera de los países sometidos a la dominación colonial, en donde la colonización económica, la humillación y la explotación hayan sido peores que en Cuba, a causa de la política de mi país durante el régimen de Batista. Yo creo que nosotros, sin darnos cuenta, hemos originado, construido y fabricado todas las piezas del movimiento castrista.»

La realización consecuente de las transformaciones más maduras y primordiales en Cuba y la lucha en su defensa requerían inevitablemente cortar los nudos gordianos de su sujeción a los EE.UU. La reforma agraria debía afectar, como afectó, a los grandes latifundios de las compañías norteamericanas si quería resolver el problema del desempleo en el campo y el hambreador «tiempo muerto». La rebaja de las tarifas eléctricas era un paso necesario para aumentar el poder adquisitivo de la inmensa mayoría de la población, y tal medida debía afectar, como afectó, al pulpo eléctrico que agarrotaba a Cuba. La expropiación de las refinerías de petróleo y posteriormente de los centrales azucareros pertenecientes a los monopolios de EE.UU. era indispensable para salvar la economía y a la propia revolución, cuando los monopolios y el gobierno de EE.UU. trataron de paralizar la economía del país. Y la nacionalización de todas las empresas y compañías imperialistas yanquis fue la medida apropiada para responder al bloqueo económico, al chantaje y a la agresión del gobierno de los EE.UU., e indispensable para transformar la revolución en una revolución socialista.

La ofensiva norteamericana no ahogó a la Revolución Cubana gracias a la ayuda del campo socialista y, sobre todo, de la Unión Soviética, que proporcionó a Cuba petróleo y le aseguró un mercado estable para el azúcar. Como resultado se elevó considerablemente el nivel de vida de los trabajadores, se liquidó el desempleo, el país comenzó a solucionar el problema de la vivienda y en breve plazo se puso fin al analfabetismo.

La revolución que abatió la explotación y la humillación tenía que hacerse acreedora a la más profunda simpatía y al entusiasmo de los demás pueblos latinoamericanos, sometidos a los mismos monopolios y a las mismas fuerzas que implantaron su señorío en Cuba. **La Revolución Cubana ha tenido una inmensa repercusión en América Latina y su influencia se prolongará en el curso histórico del porvenir. Cuba les ha mostrado a sus hermanos de América Latina toda la falsedad de la teoría del «fatalismo geográfico»; que, si maduran las condiciones concretas en cada país, cualquiera que sea la vía que determinen esas condiciones, es posible en esta época liberarse de la dominación imperialista norteamericana. Ha puesto ante el tribunal de la Historia las pruebas de que se puede triunfar sobre las maquinaciones, las maniobras y la agresión del imperialismo, si se cuenta con la unidad, la firmeza y el heroísmo de todo el pueblo, y cuando se tiene —como efectivamente se tiene— la solidaridad de otros pueblos, la ayuda del campo socialista y especialmente de la Unión Soviética. Como dijo el compañero Fidel Castro, héroe nacional de Cuba, «la Revolución Cubana fue posible porque mucho antes hubo la Revolución Rusa en 1917. ¡Sin la existencia de la Unión Soviética no habría sido posible la Revolución Socialista de Cuba!»**

Cuba puso ante los ojos de todos que si no hay vacilaciones ni claudicaciones, la revolución antiimperialista puede transformarse, de una u otra manera y en un plazo más o menos breve, en una revolución socialista, y que no es otra la corriente de nuestro siglo determinada por la influencia creciente del socialismo.

Con su revolución Cuba ha confirmado las previsiones de los partidos marxistas-leninistas sobre el futuro de América Latina y ha contribuido a dar más claridad de perspectivas a muchas fuerzas revolucionarias y a los programas todavía difusos de algunas otras fuerzas democráticas de importancia en nuestro continente. Y esta perspectiva será tanto más factible y valiosa en tanto la democracia socialista, el crecimiento del

bienestar popular y la construcción económica y cultural del socialismo obtengan en Cuba éxitos resonantes.

Pero la Revolución de Cuba también ha repercutido profundamente en la política de los EE. UU. y en la actitud de las oligarquías gobernantes de América Latina. Los imperialistas norteamericanos no se conforman con la derrota y pretenden volver atrás el reloj de la historia y exportar la contrarrevolución a la Isla, utilizando para ese fin a una selecta pandilla de testaferros latinoamericanos que son puestos a sacar las castañas del fuego aunque se quemén las manos.

Los imperialistas yanquis han logrado que casi todos esos gobiernos rompan las relaciones diplomáticas con Cuba. México es la honrosa excepción y su gobierno se ha atenido a una defensa intransigente de los principios de no intervención y de autodeterminación de los pueblos. Pretenden los EE.UU. aislar y cercar a Cuba, especialmente a través de la Organización de Estados Americanos, que no sólo la excluyó ilegalmente de su seno, sino que ha votado sanciones y amenazas contra ella y su gobierno revolucionario, en abierta contradicción con la Carta de las Naciones Unidas.

Por el contrario, la clase obrera y los pueblos latinoamericanos consideran que la causa de Cuba es su propia causa. Los partidos y fuerzas políticas que defienden la autodeterminación de Cuba son los que gozan de mayores simpatías entre las masas populares. Incluso las organizaciones recientemente creadas y las corrientes reformistas tratan, en la medida de lo posible, de no pronunciarse contra la Revolución Cubana.

Pero eso, las nuevas maniobras del imperialismo norteamericano, como las anteriores, están condenadas al fracaso. *Ni los imperialistas yanquis, ni las camarillas militares encaramadas al Poder a despecho de los programas «democráticos» de la Alianza para el Progreso, ni esas mismas reformas que como cura de emergencia tratan de aplicar algunos otros gobiernos, lograrán que las masas populares se sustraigan a la influencia de la Cuba revolucionaria.*

La lucha antiimperialista se incrementa

A fin de contrarrestar esta influencia, el imperialismo norteamericano, con ayuda de los gobiernos a su servicio, ha robustecido el monstruoso aparato represivo para aplastar la lucha liberadora de los pueblos latinoamericanos. Con su colaboración

se establecen dictaduras militares, se promulgan leyes represivas prohibiendo las huelgas y las luchas de la clase obrera y de las masas trabajadoras en defensa de sus derechos económicos y de la democracia; los mejores hijos de los pueblos latinoamericanos son perseguidos, torturados y encarcelados; centenares de comunistas y demócratas revolucionarios, estudiantes, campesinos y obreros, hombres y mujeres, han muerto a consecuencia de las balas y de las torturas de la reacción. Se crean organizaciones fascistas y semimilitares destinadas a preparar asesinatos, sabotajes y putschs; las fuerzas armadas de todos los países del continente son agrupadas por el Pentágono en un aparato único para organizar actos represivos antiobreros y antipopulares. Orientándose por las concepciones del «frente interno» y la «guerra contrarrevolucionaria» luchan abiertamente contra sus propios pueblos e intentan poner bajo su influjo a los gobiernos. Bajo la dirección inmediata de la camarilla militar yanqui se utilizan estas fuerzas no para defender la nación, sino para hacer una guerra fratricida contra los trabajadores de sus países.

Todo esto crea nuevas dificultades y origina nuevas víctimas y sacrificios a los pueblos que ansían la libertad. Mas nada puede contener su movimiento. Cuba es para todos ellos un símbolo liberador y un alentador ejemplo que muestra lo que puede conseguir un pueblo con voluntad de lucha y con la unidad necesaria para triunfar.

Los pueblos de América Latina han aprendido ya, a través de una dolorosa experiencia, que, como lo dijera Lenin en su tiempo refiriéndose al imperialismo en general, la ingerencia monopolista yanqui equivale también aquí a «la reacción en toda la línea». *Y es precisamente este carácter omnipresente de la opresión imperialista, el hecho de que se haga sentir en todos los órdenes de la vida de los pueblos latinoamericanos, el que determina que prácticamente no haya lucha reivindicativa de carácter nacional y progresista que, en su desarrollo, no tropiece en alguna forma con ella y contra ella tenga que combatir, convirtiéndose así, en los hechos, en una lucha antiimperialista.*

La fuerza más importante de esa lucha es el proletariado. Se puede decir que no pasa día sin huelgas en cada país latinoamericano. El número de huelguistas ha subido de 2,6 millones en 1949—1951 (promedio anual) a 5,8 millones en 1952—1954, 9,1 millones en 1955—1957, 11,8 millones en 1958, 20 millones en 1959, más de 20 millones en 1960, 21 millones en

1961. Estas huelgas se realizan, naturalmente, por aumentos de salarios, por el mejoramiento de las condiciones de trabajo y por otras reivindicaciones económicas. Pero, al mismo tiempo, incluyen reivindicaciones tales como la creación de fuentes de trabajo, medidas para el desarrollo industrial del país, nacionalización de las empresas imperialistas, reforma agraria, vigencia de las libertades democráticas, libertad de los presos políticos y gremiales, etc. Por ejemplo, en Brasil, después de la caída del gobierno de Janio Quadros se hicieron tres huelgas políticas generales. Otro ejemplo de ello son las tomas de empresas y otras acciones combativas libradas en 1964 por la clase obrera argentina, incluidas en el llamado «Plan de lucha» de la Confederación General del Trabajo, que lograron, junto a otras reivindicaciones, la derogación de los decretos que proscribían la actividad de los partidos Comunista y Peronista.

Los campesinos ocupan los latifundios, ofrecen resistencia, a veces armada, a los desalojos de arrendatarios y luchan contra los monopolios transformadores o comercializadores de la producción, generalmente de capital imperialista. En Centroamérica, la lucha de los campesinos y de los obreros agrícolas se orienta directamente contra los monopolios yanquis, a quienes pertenecen allí millones de hectáreas de las mejores tierras. En estas luchas se va gestando la alianza obrero-campesina.

Las luchas de los intelectuales y de los estudiantes, en defensa de la cultura nacional, reivindican libertades democráticas, independencia económica y soberanía política del país.

Las luchas de las masas urbanas contra la carestía de la vida se orientan contra los grandes monopolios, principales responsables de la misma.

La pequeña burguesía e incluso determinados sectores de la burguesía nacional luchan también contra la prepotencia de los monopolios norteamericanos y se suman de más en más a las reivindicaciones de obreros, campesinos e intelectuales por la nacionalización de las compañías extranjeras, por la reforma agraria, por las libertades democráticas y la soberanía nacional. Va siendo cada vez más frecuente que a estas luchas se sumen elementos democráticos de las propias fuerzas armadas, del clero, etc.

Millones de latinoamericanos luchan por la paz, por la coexistencia pacífica, exigen el desarme general y completo. A su tiempo, esta presión de las masas frustró los propósitos de EE.UU. de conseguir que las fuerzas armadas latinoamericanas

participaran en la guerra contra el pueblo coreano. Sólo el gobierno de Colombia se decidió a enviar un escaso contingente «simbólico». En 1963 esta presión de las masas obligó a todos los gobiernos de América Latina a subscribir el Tratado de Moscú sobre prohibición parcial de las pruebas nucleares (el primero en hacerlo fue el gobierno brasileño de Goulart).

Reflejo de la gran presión de masas contra el armamento nuclear es la preocupación de diversos gobiernos, entre los que se destaca el de México, porque se declare a América Latina «zona desnuclearizada».

Asimismo, la expresión de la lucha ant imperialista es diversa y de acuerdo con los problemas específicos que atenazan la garganta de cada país. Es el pueblo de Panamá que hace frente a las balas norteamericanas reclamando la soberanía sobre la plenitud del territorio y sobre el canal interoceánico. Es también México que defiende tenazmente el principio de no intervención, en el cual se apoya su propia soberanía para protestar contra la salinidad de las tierras de Mexicali provocada por los empresarios yanquis y reclama contra la política norteamericana de humillar los precios, rebajar las cuotas y alzar las tarifas aduaneras de las materias primas latinoamericanas.

Son las luchas armadas de las fuerzas revolucionarias de Venezuela y Guatemala y es la resistencia heroica de los campesinos guerrilleros colombianos en Marquetalia, como respuesta a la violencia del gobierno y la reacción en general, dóciles a la política de los EE.UU.

Son las mencionadas acciones de lucha de la clase obrera argentina, es la combativa clase obrera del Uruguay que batalla día a día por sus reivindicaciones inmediatas y prestándole una ayuda ejemplar a la heroica Cuba.

Fue el auge y el rumbo que tomaban las fuerzas democráticas y nacionales del Brasil hacia la limitación de la penetración monopolista, la recuperación de los servicios públicos en manos de los capitalistas norteamericanos, el comercio amplio con los países del campo socialista y otras grandes reformas que reclama la estructura económico-social del país, las cuales asustaron a los gobernantes de los EE.UU. que se dieron a la sucia faena de cocinar el golpe contra Goulart.

Son las fuerzas democráticas y progresistas de Chile que estuvieron a un centímetro del poder alcanzando la respetable cifra de un millón de votos en las elecciones presidenciales, bajo la consigna de la nacionalización del cobre en ma-

nos de los monopolios norteamericanos; y son los mineros revolucionarios de Bolivia que contribuyeron a echar por la borda al régimen de Paz Estensoro y que pugnan por imprimir un curso democrático y progresista a los acontecimientos ulteriores.

Es el pueblo de Costa Rica denunciando la amenaza de un golpe reaccionario. Son los pueblos de Ecuador, Honduras, República Dominicana y El Salvador, que no cesan su resistencia contra la política servil a los EE.UU. implantada por los gorilas golpistas, enemigos no sólo de los intereses populares, sino incluso de las reformas que postula la Alianza para el Progreso. Y son, en fin, los haitianos contra la ferocidad de Duvalier, los paraguayos contra la dictadura de Stroessner y los nicaragüenses contra el régimen pantalla de René Schick.

Mas hay consignas y formas de la lucha antiimperialista comunes a todos los países del continente. En primer lugar, la lucha en defensa de Cuba y la solidaridad con la Revolución Cubana que han desarrollado los partidos marxistas-leninistas y otras fuerzas revolucionarias y democráticas de América Latina. Este apoyo ha adquirido en determinados momentos las proporciones de un auge revolucionario que ha estremecido a todo el continente. El proletariado, los campesinos, la intelectualidad progresista y la pequeña burguesía revolucionaria han librado verdaderas batallas, acosando a los imperialistas y a sus servidores bajo las consignas de «¡Fuera las manos de Cuba! ¡La Revolución de Cuba es nuestra Revolución! ¡Cuba sí, yanquis no!»

Las manifestaciones obreras de la Argentina, la movilización proletaria del Uruguay, las huelgas generales de los trabajadores de Chile, las manifestaciones populares en Río de Janeiro, Lima, la Paz, Bogotá, Quito, Guayaquil, Panamá, San José de Costa Rica, San Salvador, Tegucigalpa y otras capitales latinoamericanas, así como los combates populares contra las fuerzas represivas librados en las calles de Caracas y Guatemala, en los momentos más álgidos de la ofensiva norteamericana contra Cuba, han sacudido a los gobiernos más sumisos a la política de Wáshington. Las demostraciones estudiantiles, las protestas y los mensajes de eminentes intelectuales de todo el continente, de apoyo y adhesión a Cuba, han entrañado siempre una denuncia contra la política de los Estados Unidos.

Las grandes demostraciones populares y las jornadas de solidaridad efectuadas durante las conferencias de San José de Costa Rica y Punta del Este, así como durante los dramáticos días de la invasión mercenaria a Playa Girón y la crisis del

Caribe, hicieron temer seriamente a los imperialistas sobre los resultados de su política hacia Cuba. Esa inmensa presión popular retardó bastante tiempo la ruptura de las relaciones diplomáticas por parte de los gobiernos latinoamericanos, y sólo recurriendo al chantaje, a la presión sobre los gobiernos más vacilantes, a la sustitución del gobierno del Brasil y a la coerción de la OEA sobre los gobiernos de Chile, Uruguay y Bolivia, ha podido finalmente el imperialismo norteamericano conseguir esa ruptura.

Todo esto crea un fondo propicio para la unidad de acción entre las distintas fuerzas políticas y sociales con vistas a acciones de grandes proyecciones y de envergadura nacional. Sobre esta base se abre paso en la conciencia de las masas, y entre los dirigentes clarividentes y honrados, la necesidad de fortalecer la unidad y la coordinación de todas las fuerzas antilimperialistas para impulsar el movimiento de liberación nacional hacia soluciones definitivas.

Los partidos comunistas y obreros, teniendo que actuar en las más variadas y frecuentemente difícilísimas condiciones, se esfuerzan en todas partes por combatir en primera fila en todas estas luchas y por ser los principales y más eficaces artífices de esta unidad.

Gracias a los brillantes éxitos alcanzados por la Unión Soviética y demás países del campo socialista, al ejemplo heroico de Cuba revolucionaria, se abren paso también entre las masas las ideas del marxismo-leninismo. Centenares y millares de nuevos combatientes se suman diariamente a las filas revolucionarias. Expresión concentrada de este avance es el crecimiento sostenido de la influencia y la organización de los partidos comunistas y obreros, en los cuales cifran de más en más sus esperanzas de liberación, soberanía y progreso los millones de latinoamericanos expoliados por el imperialismo yanqui.

REVISTA INTERNACIONAL, N. 1, 1985

El Pentágono en guerra contra el hemisferio

A. FERRARI y J. M. FORTUNY

El imperialismo norteamericano ha desatado una nueva ola de agresiones, directas e indirectas, contra América Latina. No es cosa inédita —después del medio centenar de agresiones abiertas similares en el último siglo y medio— sino en cuanto ésta se lleva a cabo en nuevas condiciones históricas. En condiciones en que ya no le valen al imperialismo subterfugios «democráticos» ni eufemismos legalistas y se presenta desnudo ante el mundo, mostrando su repelente anatomía de gendarme internacional, de enemigo principal de todos los pueblos que luchan por la paz, la independencia nacional, la democracia y el progreso social.

Tal es el sentido de la insólita resolución adoptada el 20 de septiembre por la Cámara de Representantes de los EE.UU., en la que se establece que: «cualquiera o cualesquiera de las partes contratantes del tratado interamericano de asistencia recíproca puede, en ejercicio de la autodefensa individual o colectiva, llegar a recurrir hasta la fuerza armada y, de acuerdo con las declaraciones y principios anteriormente formulados, adoptar medidas para precaver o combatir la intervención, dominación, control y colonización en cualquier forma, por las fuerzas subversivas conocidas como comunismo internacional y sus agencias en el hemisferio occidental».

Cuenta tenida de que el imperialismo yanqui ya vio esa «amenaza» y esos «agentes» en el intento constitucionalista y en los amigos dominicanos de Juan Bosch, cabe preguntar: ¿qué

pueblo que luche por su libertad e independencia estará libre, en lo sucesivo, del abierto ataque armado de los EE.UU. o de cualquier gobierno «gorila» en entendimiento con ellos?

Con esa cínica resolución, el imperialismo norteamericano no sólo pretende colocarse y colocar a cualquier gobierno «gorila» aliado suyo por encima de las Naciones Unidas, violando descaradamente su Carta Orgánica y haciendo befa de su resolución anticolonialista; no sólo aparta de un puntapié, como con asco, a su propio y maltrecho engendro de otros tiempos, la Organización de los Estados Americanos; no sólo hace trizas el propio derecho internacional burgués, sino que también, potencialmente, declara la guerra a cualquier país del hemisferio que intente dar un paso hacia su desarrollo independiente.

Pero, más allá de su determinación hemisférica, la resolución entraña un nuevo peligro para la paz mundial; por cuanto apunta a crear nuevos focos de guerra —concretamente en el continente americano— y por cuanto es parte, indudablemente, de toda la estrategia bélica mundial del imperialismo yanqui.

* * *

Los últimos actos agresivos de la camarilla militar norteamericana y las medidas «legislativas» de que han estado acompañados muestran que los imperialistas norteamericanos tratan de restablecer su orden del mismo modo que a finales del siglo pasado lo hacía la reacción absolutista feudal, en lucha encarnizada contra las revoluciones burguesas. En 1820, la Santa Alianza proclamaba en su Congreso de Troppau el «derecho» de la reacción a intervenir en los asuntos de otros Estados en el caso de que «su forma interna de gobierno sea cambiada por una insurrección y cuando este cambio represente un peligro para otros miembros de la Alianza». La Santa Alianza elevaba a la categoría de «ley» la práctica de pisotear los derechos soberanos de los pueblos, derechos que eran proclamados y defendidos por líderes burgueses progresistas, entre ellos por Jefferson. Al aplicar una política de intervención en los destinos de los pueblos que se estaban liberando de las cadenas feudales, la reacción absolutista sufrió, en fin de cuentas, un fracaso y no pudo conseguir el triunfo. Los conflictos internacionales provocados por ella no pudieron impedir el hundimiento del feudalismo y del absolutismo de la vieja Europa.

No es más lo que puede conseguir la reacción imperialista de nuestros días al suscitar conflictos internacionales. En el

pasado, las fuerzas avanzadas no estaban unidas para luchar a escala mundial, y los intentos de la reacción agrupada en la Santa Alianza para aplastar los movimientos revolucionarios que surgían en uno u otro lugar tenían, relativamente, más posibilidades de éxito.

En la actualidad se fortalece la lucha de las fuerzas progresistas en todo el mundo contra la intervención imperialista en los países donde se alzan las olas de los movimientos de liberación. Las fuerzas revolucionarias tienen su vanguardia a escala internacional: el movimiento comunista mundial. Cuanto mayor sea la unidad de este movimiento, más real será la pujanza de todas las fuerzas progresistas. En los países que luchan por su independencia es evidente que las fuerzas revolucionarias tienen todas las posibilidades de triunfar.

En los momentos en que los imperialistas norteamericanos formulaban la llamada «doctrina Johnson», que proclama su «derecho» a imponer su voluntad a otros pueblos, la Unión Soviética presentaba al examen de la Asamblea General de la ONU un proyecto de declaración sobre la inadmisibilidad de la ingerencia en los asuntos internos de los Estados y la salvaguardia de su independencia y soberanía. En esta declaración se propone exigir enérgicamente que cesen sin demora y no se permitan en el futuro actos que constituyan una intervención armada o de otro género en los asuntos internos de los Estados, lo mismo que toda acción enfilada contra la justa lucha de los pueblos por la independencia nacional y la libertad. En estas palabras resuenan las ideas emancipadoras de la Revolución de Octubre, así como las ideas del decreto leninista de la paz. Tras estas palabras se alzan las fuerzas reales que despertó la Gran Revolución: el poderoso sistema socialista mundial, la clase obrera, que marcha a la cabeza de los trabajadores en la lucha contra el imperialismo, y las revoluciones nacional-libertadoras, que han enarbolado su bandera en todos los continentes de la Tierra.

Ha quedado en la historia una significativa anécdota en la que se cuenta cómo el zar ruso Nicolás I, conocido como el «gendarme de Europa», al enterarse de la revolución de febrero de 1848 en Francia, ordenó a sus oficiales: «¡A caballo, señores! En Francia hay República». Pero es sabido también que los caballos de Nicolás I no lograron aplastar la revolución en Francia.

Hoy los magnates del capital monopolista han ocupado el lugar de los antiguos monarcas absolutos feudales. Ahora los

imperialistas norteamericanos, que son el gendarme mundial, dan órdenes análogas a sus bravuconas tropas.

Ciertamente, su potencia económica y militar es enormemente superior a la de Nicolás I. Pero también lo es la de las fuerzas de la paz, la independencia nacional, la democracia y el socialismo, en su conjunto. Si en su tiempo la Santa Alianza no pudo impedir la primera independencia de los pueblos latinoamericanos del dominio hispano-portugués, tampoco el imperialismo yanqui podrá impedir su segunda y definitiva liberación nacional y social hoy, cuando el mundo vive la época de transición del capitalismo al socialismo, iniciada por la Gran Revolución Socialista de Octubre, cuyo XLVIII aniversario acoge la humanidad progresista como bandera de resuelta lucha contra la agresión y la intervención de los imperialistas.

Ya pasó la época en que el poder omnímodo del imperialismo disponía a su antojo del destino de los pueblos. Frente a él se alzan ahora el poderoso y ascendente sistema socialista mundial, el creciente movimiento de liberación nacional, a cuyo embate se derrumba el sistema colonial imperialista, el vigoroso movimiento revolucionario y democrático de la clase obrera y los pueblos del mundo entero.

El imperialismo no ha sido aún liquidado. Sigue siendo capaz de desencadenar la agresión en Vietnam, en el Congo, en Santo Domingo, en diversos puntos del planeta; y de blandir ante el mundo la amenaza de una tercera guerra mundial. Pero ya no es libre de hacer lo que quiere. Ya existen en el mundo las fuerzas capaces de limitar su acción.

* * *

¿Qué es lo que impele al imperialismo yanqui a declaraciones tan extremas? La susodicha resolución dice salir al encuentro del peligro de «intervención», «dominio», «control» o «colonización» de algún país del hemisferio por el «comunismo internacional». Pero todo el mundo sabe que quien intervino militarmente en Santo Domingo es EE.UU. y no ningún país socialista; que quien bloquea y agrede permanentemente a Cuba es la flota, las fuerzas armadas, los servicios de espionaje norteamericanos; que quien interviene, controla, domina y coloniza a los países latinoamericanos es precisamente el imperialismo —y muy particularmente el imperialismo yanqui—; no los países socialistas. Todo el mundo sabe que ningún país socialista tiene ni aspira a tener colonias y que la

Cuba socialista es el único país latinoamericano verdaderamente libre e independiente.

Lo que pasa es que, no frente al «comunismo internacional», sino ante las crecientes luchas liberadoras de los pueblos latinoamericanos, el imperialismo yanqui ve peligrar su propio control y dominio sobre los mismos. En efecto, todos los hechos dicen que, en las condiciones actuales del mundo y de América, aquellos pueblos latinoamericanos que se unan y luchen decididamente por su liberación nacional y social pueden lograr la victoria. Es un hecho que el imperialismo norteamericano no pudo impedir la victoria de la Revolución cubana; que no puede, por las vías usuales, aplastar las heroicas luchas armadas de los pueblos de Venezuela, Colombia, Guatemala y últimamente Perú; que crecen las luchas ant imperialistas de las amplias masas en todos los países del continente; que no puede lograr la unanimidad que necesita en la propia OEA; que ha visto alzarse la condena a sus acciones piratescas en su propio suelo, y finalmente que, pese a su enorme superioridad militar, no pudo lograr plenamente sus objetivos en la República Dominicana.

En efecto, si consideramos —muy a grandes rasgos y provisionalmente— qué ganó y qué perdió EE.UU. en su aventura dominicana, debemos reconocer, en primer lugar, que algo ganó: consiguió detener —aunque a medias y transitoriamente, por supuesto— un proceso revolucionario que debía desembarcar rápidamente en la democratización e independencia del país. Hoy continúan en el país las fuerzas de ocupación y nadie sabe cuándo ni cómo se retirarán. Esto no puede pasarse por alto. Y tal vez dé un elemento nuevo para resucitar la falsa idea —antes enterrada por el triunfo de la Revolución cubana— de que en América Latina, los pueblos no podrían luchar con éxito por su liberación porque, ya desde los primeros pasos, tienen que enfrentarse no sólo con la reacción de su propio país, sino también con la invasión militar norteamericana. Esta idea, que no hace mella en los revolucionarios, sirve de pretexto a ciertos líderes de inspiración burguesa y pequeñoburguesa en los movimientos populares, para echar sus baldes de agua fría sobre las luchas liberadoras.

Pero no es menos lo que el imperialismo yanqui perdió. En primer lugar, porque el pequeño y heroico pueblo dominicano demostró en los hechos que, en las condiciones actuales, es posible plantarse frente a la agresión armada directa de los EE.UU. e impedir que logren sus objetivos fundamentales. Y si

esto pudo hacerlo el pueblo dominicano, ¿por qué no lo podrían los demás de América Latina?

En segundo lugar, la invasión directa del imperialismo transformó lo que, en el peor de los casos, hubiera sido la guerra civil, en una guerra de independencia nacional de todo el pueblo contra el invasor extranjero, facilitando así el aislamiento del grupo trujillista y dando una base social más amplia al movimiento constitucionalista. No cabe duda que el mismo efecto tendría la invasión yanqui a cualquier otro país latinoamericano.

Finalmente, no pudo impedir que en Santo Domingo se abriera una brecha hacia su democratización e independencia; brecha que a pesar de todos los obstáculos y dificultades, puede ser ampliada y abierta definitivamente por la lucha de las masas populares y la solidaridad internacional.

Y para esto, el imperialismo yanqui necesitó poner en quiebra la OEA y conmover todo el andamiaje del llamado «sistema interamericano». En efecto, la OEA, creada a pretexto de impedir la agresión, se vio forzada a convertirse en su instrumento legalizador; y en el intento sufrió desgarraduras incurables. No es casual que estadistas, no precisamente revolucionarios, planteen ahora la necesidad de sustituirla por una organización latinoamericana, con exclusión de los EE.UU. No puede omitirse el hecho de que algunos de los miembros de la OEA se opusieron y condenaron abiertamente la intervención militar norteamericana en Santo Domingo; otros la toleraron a regañadientes; otros, en fin, quisieron apoyarla, pero sus propios pueblos se lo impidieron. Contados fueron los que enviaron sus tropas para dar viso interamericano a la invasión yanqui. *El fracaso deterioró el prestigio y la influencia norteamericana no sólo en América, sino en el mundo entero, incluso ante sus aliados del campo imperialista.*

Pero el hecho más importante es que, después del triunfo de la Revolución cubana, los pueblos de América Latina y de todo el mundo, lejos de intimidarse o desalentarse ante estas agresiones brutales del imperialismo norteamericano, elevan su combatividad y en algunos casos, además, adoptan nuevas formas de lucha. La invasión yanqui a Santo Domingo actuó como un revulsivo sobre la piel ya irritada de la clase obrera y los pueblos del continente. A los pueblos que vienen luchando de más en más por su liberación nacional y social se les presentó en el espejo dominicano, en su forma más aguda, la imagen de su propio dilema actual: unirse y luchar o perecer

aplastados por la bota yanqui. Ante tal dilema, la opción no es dudosa.

En efecto, desde el instante mismo de la agresión, en Chile, Uruguay, Argentina, Brasil, México, Panamá, Costa Rica, Colombia, Venezuela y, prácticamente, en todos los países latinoamericanos, se alzaron vigorosas manifestaciones populares de protesta contra la misma. En casos como en Argentina, Chile, Uruguay, esas manifestaciones fueron encabezadas por la clase obrera sindicalmente organizada, con la participación activa de estudiantes y otros sectores populares, abarcaron prácticamente a todos los partidos y sectores sociales populares y, por su magnitud y combatividad, alcanzaron muy grandes proporciones. Momentáneamente, se borraron discrepancias y recelos entre los diversos partidos y organizaciones de masas, y todos coincidieron en el repudio unánime a la intervención imperialista. Algunas de esas manifestaciones alzaban junto a la exigencia de una actitud independiente y digna de sus gobiernos frente al caso dominicano, la de profundas transformaciones económicas y sociales en sus propios países. A algún gobierno entreguista vacilante —como el de Argentina— llegaron a ponerlo al borde de la crisis y a obligarlo a renunciar a su propósito de enviar tropas a Santo Domingo. Por un momento, la ola de protestas desbordó los organismos e instituciones represivos y arrastró incluso a dirigentes sindicales y políticos venales divisionistas. De esta manera, las masas pudieron extraer la conclusión de que, si tanta fuerza habían tenido unidas en la protesta por la agresión yanqui a Santo Domingo, tanta o más tendrían unidas en la lucha por las reivindicaciones inmediatas y mediatas relativas a su propia liberación nacional y social. En consecuencia, las luchas económicas, políticas y sociales de la clase obrera y los pueblos cobraron un nuevo impulso.

* * *

Todo muestra, pues, que cada paso adelante que da el imperialismo norteamericano en su política colonialista y agresiva contra los pueblos latinoamericanos tropieza con una mayor resistencia de los mismos. Con la agresión militar abierta al pueblo dominicano, la lucha entre el imperialismo yanqui por una parte, y los pueblos latinoamericanos, por la otra, se ubica en un nuevo nivel, cualitativamente distinto. **Ante la amenaza prepotente de invasión abierta de su Patria, no sólo los revolucionarios, no sólo los obreros, campesinos y estudiantes, sino**

que cada pueblo latinoamericano en su conjunto sabrá unirse y poner en juego todas las formas de lucha necesarias para impedir la.

En este sentido, tienen enorme importancia las luchas de masas por obtener la libertad de los presos políticos, el respeto a los derechos democráticos y para impedir los golpes de Estado reaccionarios. Y si a pesar de todo la invasión se produjera, los pueblos sabrán también cumplir con su deber supremo de empuñar las armas en defensa de su Patria. En esa lucha deberán contar, ante todo, con su propia unidad, su propia organización y su propia voluntad de luchar hasta vencer; pero contarán también, no cabe duda, con la solidaridad activa y fraternal de todos los demás pueblos latinoamericanos, de la clase obrera y los pueblos del mundo entero y, en particular, del campo socialista, sincero y consecuente defensor de la independencia de todas las naciones, grandes y pequeñas.

Todo esto será un motivo de seria reflexión, también, para los integrantes de las fuerzas armadas de los diversos países de América Latina. No nos referimos, claro está, a aquellos que, perdido hasta el último vestigio de honor nacional, se han convertido ya en agentes y fieles ejecutores de las órdenes del Pentágono. Pero todos aquellos que, sin ser ni remotamente comunistas ni revolucionarios, emprendieron la carrera militar con el noble anhelo de dedicar sus vidas a la defensa de la Patria, podrán reflexionar seriamente sobre su propio destino. ¿Colaborarán servilmente con los agresores de su propio país o ayudarán a su pueblo a defender las fronteras nacionales? También para ellos —independientemente de sus ideas políticas o credos religiosos— es esta una hora de definiciones. La experiencia dominicana muestra que los que saben cumplir con su deber patriótico, tienen el apoyo decidido y la gratitud de sus pueblos, la solidaridad activa y la admiración de todos los pueblos del mundo. **¡Que frente a cada posible Imbert, surja un Caamaño en cada país latinoamericano!**

* * *

Pero es claro que no se trata de esperar a que los «marines» u otras tropas yanquis traspongan las fronteras de un nuevo país latinoamericano, sino de fortalecer la unidad de los pueblos y elevar el tono de las luchas, en consonancia con la agresividad norteamericana, ahora mismo. Y esto porque el imperialismo yanqui está aplicando ya nuevas y más abiertas formas de agresión. La resolución adoptada por la Cámara de

Representantes estadounidense es sólo un paso más en el camino de la «doctrina Johnson-Mann», de apoyo a los gobiernos dictatoriales, de golpes de Estado y de agresión abierta a los países latinoamericanos, que EE.UU. viene aplicando desde tiempo atrás.

En efecto, además de Cuba y Santo Domingo, toda América Latina está siendo objeto de agresiones o preparativos de agresión por parte de los EE.UU. Cuando la prensa chilena denunció, el siniestro Plan «Camelot», de alcances continentales y extracontinentales, voceros del gobierno norteamericano dijeron que éste había renunciado a su realización. Pero en la práctica se va cumpliendo paso a paso y de manera activada.

A través de la Junta Interamericana de Defensa, del Consejo Centroamericano de Defensa, de los pactos «defensivos» regionales, como el del Atlántico Sur, de las maniobras conjuntas, como las navales «Unitas», y las terrestres, como la «Ayacucho» y la «San Lorenzo» (esta última a realizarse en la Argentina), de los tratados de uniformación de armamentos, de la coordinación de las policías políticas bajo la dirección del FBI, del establecimiento de bases de cohetes y de rastreo de satélites artificiales, de la diseminación de los «Cuerpos de Paz», etc., etc., el Pentágono y la administración norteamericana tratan de subordinar a su control directo todas las fuerzas armadas, militares y paramilitares, del continente.

Bajo su dirección, se ha desatado una nueva ola de represión antidemocrática y de agitación maccarthysta, que abarca desde México y Guatemala a la Argentina, destinada a sostener a los gobiernos plenamente sometidos y eficaces como agentes suyos —por ejemplo, en Venezuela, Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Paraguay—, o a preparar las condiciones propicias para un golpe de Estado allí donde, por su gran desprestigio o sus vacilaciones, los gobiernos no le ofrecen garantías suficientes de poder contener las luchas de las masas, tales son, por ejemplo, los casos de Colombia, Argentina y, en cierto modo, Perú.

Esta represión reviste los caracteres más brutales e inhumanos en aquellos países donde existe lucha armada. A pretexto de combatir a los guerrilleros, en Colombia, Venezuela, Perú, se realizan operaciones militares contra regiones campesinas enteras, se dispara sobre los campesinos inermes, hasta con bombas de napalm, se incendia sus aldeas, se comete toda clase de depredaciones. La cárcel y los tormentos para los presos políticos están a la orden del día. Y también en esta materia el

imperialismo y sus aliados latinoamericanos han pasado a un nuevo nivel; en Venezuela ya no se detiene, se asesina; en Perú se ha establecido la pena de muerte contra los acusados de ayudar a los guerrilleros. Pero incluso donde no hay lucha específicamente guerrillera se extiende la represión, y a veces con caracteres no menos sangrientos, como en el caso de Bolivia, donde en operaciones militares de envergadura se llevaron a cabo verdaderas masacres de mineros en huelga. La ola de represión ha llegado a países como la Argentina —donde han vuelto a producirse las razzias de comunistas y demócratas y se mantiene en las cárceles a centenares de presos políticos— y al Uruguay, donde se han implantado las «medidas de pronta seguridad».

Pero esto es sólo una parte del plan imperialista. La parte fundamental, directamente vinculada a la resolución de la Cámara de Representantes, es la constitución de una fuerza militar «interamericana» capaz de actuar en cualquier país del hemisferio cuyos pueblos luchen por su libertad e independencia nacional.

Para ello se ha venido doctrinando —y entrenando prácticamente— a las fuerzas armadas del continente en la concepción de la «guerra contrarrevolucionaria» y del «frente interno», o de las «fronteras ideológicas», como ha dado en llamársela ahora. Según ella, el mundo estaría ya en guerra, pero la contienda no sería entre Estados, sino entre el «comunismo», por una parte, y el «mundo libre» (a la manera norteamericana), por la otra. El «enemigo» no sería, pues, tal o cual Estado extranjero, sino la clase obrera y el pueblo del propio país. La misión de las fuerzas armadas nacionales no consistiría ya en defender las fronteras de la Patria, sino en aplastar las luchas obreras y populares en el propio país o en cualquier otro de Latinoamérica para sostener los gobiernos reaccionarios y el dominio norteamericano sobre los países de América Latina. Con ese fin se ha venido entrenando a las fuerzas armadas en la lucha «antiguerrillera», en la toma de empresas o sindicatos presuntamente ocupados por los obreros, en el ataque a manifestaciones populares, etc. Está claro que el objetivo de todo esto no era otro que crear, con fuerzas latinoamericanas, un aparato militar perfectamente coordinado y supeditado al Pentágono, que sirviera al imperialismo yanqui de instrumento armado de su dominio sobre el continente.

Sin embargo, frente a los hechos de Santo Domingo, este aparato no estuvo en condiciones de actuar, al menos oportuna

y eficazmente. Para impedir una neta victoria constitucionalista, EE.UU. tuvo que intervenir directamente, con sus propias tropas, desenmascarándose como agresor sin atenuantes. Fue entonces cuando se planteó en la OEA la creación de una fuerza militar interamericana. Pero el planteo suscitó la oposición decidida de todos los pueblos y la resistencia, más o menos abierta, de una serie de gobiernos. Sólo unos pocos enviaron tropas a Santo Domingo a colaborar con los «marines» yanquis.

Sin embargo, el imperialismo norteamericano no renuncia a sus propósitos. Lo que no pudo lograr plenamente y de golpe, trata de irlo construyendo poco a poco. Ese sentido tienen la integración de fuerzas militares de Centroamérica bajo la dirección del Consejo de Defensa Centroamericano, el acuerdo de los generales Onganía (Argentina)—Costa da Silva (Brasil), apuntando no sólo contra sus propios pueblos, sino también contra los de Uruguay y Chile; las conversaciones sobre asistencia recíproca entre los gobiernos de Venezuela y Colombia, los conciliábulos de Belaúnde Terry (Perú) con el representante norteamericano en su país. La enérgica réplica que tuvieron las cónicas declaraciones de Onganía en ese sentido, de parte de los pueblos y gobiernos uruguayo, y chileno y del propio pueblo argentino, lo obligaron a desdecirse en parte; pero es indudable que el acuerdo sigue en pie. En medio, pues, de una creciente resistencia de los pueblos y de algunos gobiernos, la idea de la «fuerza interamericana» se va realizando paso a paso.

La resolución de la Cámara de Representantes norteamericana tiende a darle nuevo impulso. Por ella, no sólo EE.UU. proclama su decisión de intervenir unilateralmente en cualquier país del hemisferio, sino que alienta a cualquier gobierno «gorila» a hacer lo propio, asegurándole que, en tal caso, tendrá su consentimiento y su apoyo. De esta manera el imperialismo yanqui tiende a encender la llama de la guerra también entre los países latinoamericanos.

* * *

La opinión indignada de los pueblos ha comenzado ya a manifestarse contra esa insolente resolución. Infinidad de organizaciones políticas, sindicales y populares del continente y fuera de él han dicho su repudio. Esto ha tenido su reflejo ya en cancillerías y parlamentos latinoamericanos. En conocimiento de la decisión de la Cámara de Representantes norteamericana, el subsecretario de Relaciones Exteriores de Chile, Oscar Pinochet, declaró con énfasis que: «es inquebrantable la resolu-

ción del Gobierno chileno respecto a la no intervención y a la libertad de los pueblos para darse los gobiernos que estimen convenientes, como base y sustento del sistema interamericano».

El Congreso colombiano aprobó una resolución que dice: «Expresamos nuestra sorpresa por la resolución de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, que supone un retorno a las eras menos felices del imperialismo yanqui, contra el cual lucharon los países latinoamericanos... Rechazamos el retorno a la política del gran garrote y una vez más proclamamos nuestro apoyo a las normas de no intervención.»

La Cámara de Diputados peruana adoptó una resolución similar en la que dice que la aprobada por la Cámara de Representantes norteamericana «pretende elevar a la categoría de principio de política interamericana el intervencionismo unilateral, inconsulto y armado».

El canciller y presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado de México, Manuel Tello, expresó: «Sobre el principio de la no intervención, la posición de México es irreductible. No admitimos la intervención individual.»

Un grupo de diputados peronistas de la Argentina presentó un proyecto de repudio a la resolución norteamericana, de la que dice que «ataca directamente al principio de no intervención, base de la autodeterminación, vulnera los tratados vigentes y agravia la conciencia americana de respeto y solidaridad recíprocos».

Hasta el propio gobierno de Leoni, en Venezuela, se ha visto obligado a manifestar, a través de su canciller Ignacio Iribarren Borges, que disiente de la resolución porque es contraria a la Carta de la OEA. Más categóricamente expresó su rechazo el Parlamento venezolano. El Presidente y la Cámara de Representantes de Costa Rica se pronunciaron en igual sentido.

Del mismo modo se ha expedido el Parlamento latinoamericano, convocado al efecto por su presidente, el diputado argentino León.

Sin duda, también la ONU pronunciará su palabra al respecto, ante el hecho de que uno de sus miembros, poniéndose por encima de la organización colectiva, pretenda dar este paso abiertamente agresivo y violatorio del derecho internacional.

En todo el mundo va aumentando el convencimiento de que la resolución yanqui del 20 de septiembre implica una declaración de guerra colonialista del Estado norteamericano a todos los países del

continente; y convoca por lo mismo, no sólo a los revolucionarios, sino a todos los patriotas, a unirse —posponiendo divergencias que, por importantes que sean, pasan a segundo plano en esta emergencia— y ponerse de pie en la lucha contra su enemigo común, el imperialismo yanqui y sus aliados. Haciéndolo así, con el mismo heroísmo y decisión con que lo hicieron los pueblos cubano y dominicano, lograrán detener al agresor, derrotar a sus agentes en cada país y asegurar definitivamente su independencia y soberanía nacional, dando al mismo tiempo su importante y necesaria contribución a la causa de la paz mundial y del progreso social.

REVISTA INTERNACIONAL, N. 2, 1965

La I Conferencia Tricontinental

LIONEL SOTO

Por primera vez en el acontecer internacional, se han reunido, para deliberar y acordar acciones conjuntas, los representantes de las fuerzas revolucionarias y progresistas de la zona geográfica más convulsa y combatiente de la hora actual. Emisarios políticos venidos de 82 países, en número de más de 600 (512 delegados y 141 observadores e invitados), inauguraron en La Habana, capital del único territorio libre de América, la I Conferencia de Solidaridad de los pueblos de Asia, Africa y América Latina, más comúnmente conocida como *la Conferencia Tricontinental*.

Tal como expresa la Resolución Política General de la Conferencia, la elección de Cuba como sede de la Conferencia Tricontinental «es el reconocimiento más alto de la importancia de su Revolución y la significación que tiene para los pueblos de los tres continentes»; y que «Cuba, por su relativa pequeñez, su ubicación geográfica próxima a Estados Unidos y en una zona rodeada de gobiernos títeres de los imperialistas yanquis y, por tanto, hostiles, a miles de millas del campo socialista, del que recibe el más firme apoyo, prueba con su Revolución triunfante frente a todas las agresiones realizadas o fomentadas por Estados Unidos, que cuando hay un pueblo decidido a defender hasta con la vida su libertad e independencia, con una dirección firme e indoblegable, la Revolución es posible e invencible».

Así, pues, la elección de La Habana como el lugar apropiado para la Conferencia del movimiento de liberación del «tercer

mundo», implicaba desde el mismo instante de su decisión un acto revolucionario. En el centro de las Américas, en la otrora «área reservada» de los imperialistas yanquis, en abierto desafío de sus presiones y amenazas, se reunió la Conferencia. Cuba, como sede, se alza a la altura de los tiempos y simboliza el nuevo espíritu de independencia y progreso social, que se extiende como purificadora llamarada, y que convertirá en cenizas a los imperios.

Antecedentes

La historia de las luchas de los pueblos de Asia, Africa y América Latina abarca siglos. Muy diversas son sus tradiciones y muy complejos los caminos recorridos. Los años que van de los siglos XV al XIX, presentan el panorama de las aventuras colonialistas de España, Portugal, Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Japón, Italia, Rusia, Estados Unidos. La barbarie colonialista ejercida por las clases burguesas, en alianzas con feudales y reaccionarios de toda laya, trajo a cientos de naciones inenarrables sufrimientos, y la distorsión del desarrollo de las mismas, destruyendo en muchos casos milenarias culturas; frenando siempre el avance económico, cultural y social de los pueblos oprimidos. Cada poder colonial dejó su huella de sangre y extorsión; sus características y sus influencias culturales, sociales y políticas. Pero, por sobre la diversidad de los dominadores, hubo algo que fue común para los pueblos oprimidos: la brutalidad rampante; el crimen, la explotación inmisericorde de seres humanos; el saqueo de los recursos naturales de sus países; la humillación y el desprecio de sus nacionales; la discriminación racial; en una palabra: el afán de lucro elevado a institución suprema por los personeros de las clases dominadoras.

Ha sido el ansia de libertad, de independencia y soberanía, de búsqueda incesante de sus destinos nacionales, lo que ha unido en la historia a los pueblos de Africa, Asia y América Latina, como contrapartida ineludible frente a la explotación extranjera. No importa el desconocimiento mutuo de sus tradiciones, de sus ricos legados culturales, de sus heroísmos, de sus sufrimientos. Un hilo ha unido a estos tres continentes que aflora con potencia demoledora en nuestros días y que constituye la dinamita social de las grandes transformaciones del presente.

Los finales del siglo pasado trajeron, con la potenciación económica monopolista del capitalismo, los vientos del imperialismo norteamericano. Quiso la historia que el coloso imperial de nuestros días, los Estados Unidos, marcaran el paso de la depredación y sojuzgamiento de los países coloniales. El primer trueno monopolista se hizo rapiña concreta en la intervención de los Estados Unidos en la guerra liberadora que librara el pueblo de Cuba en el año 1898. Cuba, Puerto Rico, Filipinas, cayeron en la alforja norteamericana. Y así se inició el siglo XX.

La historia del imperialismo, tal como lo definiera Lenin, hunde sus raíces en las viejas exacciones colonialistas, y no hace más que agravar todos sus males heredados y todas las monstruosidades de aquéllas. Se repartió el mundo entre unos cuantos países imperialistas, con los imperialismos yanqui, británico, francés y alemán a la cabeza.

En América Latina, la independencia política del viejo colonialismo español y portugués quedó mayoritariamente decidida en el primer tercio del siglo XIX, en los momentos en que emergía la fuerza del capitalismo norteamericano, con la consustancial tendencia expansionista que llevaba adentro. Después de 1898, con excepción de los vastos territorios robados a México y el apoderamiento de Puerto Rico, que quedó cautivo, y sin soberanía formal siquiera, el panorama latinoamericano se presentó como el de creciente penetración económica y cultural de Estados Unidos, hasta lograr éste la implantación de su control sobre la economía y la vida política de los países a la manera que hoy se denomina neo-colonialismo, o sea, la ficción de una independencia en el papel y la subordinación real de los países de América Latina a los designios imperialistas. Las viejas burguesías y las clases semif feudales de América Latina se arrodillaron para entregar la independencia política que las grandes masas de campesinos y de la nascente clase obrera latinoamericana conquistaron a fuerza de sangre y sacrificios.

Así se convirtió América Latina en el solar aparentemente tranquilo y supuestamente para el eterno despojo. Fue, pues, América Latina el centro operacional casi exclusivo del imperialismo yanqui antes de la segunda guerra mundial.

De otra parte, en Asia y Africa los imperialismos británico, francés y japonés, principalmente, sentaban sus reales flagrantemente como usurpadores de las aspiraciones nacionales de sus pueblos, ejercitando, en nombre de una hipócrita misión civilizadora, el más cruel de los dominios. Presentaron a los

pueblos afro-asiáticos, despersonalizados, como salvajes y semisalvajes; como pueblos decadentes e incapaces de sobrellevar sus destinos, si no era con la muleta imperial.

Pero las leyes de la historia se abrieron camino. Se desgajó la inmensa Rusia de los zares del árbol capitalista; y de aquella cárcel de pueblos y por paradoja, semicolonias anglo-francesas, surgió el vivificante hálito de la Revolución de Octubre de 1917: el primer Estado socialista.

La crisis del colonialismo entró en su nueva etapa en la década del cuarenta. Sin duda alguna los propósitos esquilmodores y egoístas de las clases burguesas-imperialistas que desencadenaron la segunda guerra mundial no previeron las consecuencias de sus actos, de la agresión del imperio alemán contra la URSS. La guerra antifascista tuvo que hacerse bajo el signo de la lucha por la democracia y la libertad y, además, pelearon en ella millones de obreros y campesinos. La derrota del bloque fascista y la lucha antifascista y ant imperialista de los pueblos dieron un golpe demoledor al sistema imperialista mundial; y si bien el imperialismo de Estados Unidos emergió como la cabeza de la reacción y el gendarme internacional, sus socios ingleses y franceses y sus contrincantes alemanes, italianos y japoneses fueron reducidos por la dialéctica de la misma acción entre imperialistas.

Surgieron las democracias populares europeas y la República Democrática Popular de Corea. Se aceleró la marcha de la Revolución China, como consecuencia inmediata de la hecatombe, y se produjo el triunfo decisivo de esa Revolución y el nacimiento de la República Popular China. El pueblo vietnamita sacudió el yugo e hizo frente a los intentos de reconquista del imperialismo francés, hasta llegar a la victoria de Dien Bien Fu. Numerosos pueblos de Asia y de Africa se alzaron a la lucha en una u otra forma y lograron la soberanía estatal. Y en 1959 se produjo la victoria de la Revolución Cubana. En 1960 se inicia la lucha del pueblo de Vietnam del Sur por la libertad, que ha producido páginas de las más heroicas que puedan recordarse. Y en 1962 se corona el combate de más de siete años de los patriotas argelinos, que no es más que la historia de un pueblo pequeño que vence al imperialismo francés, apoyado por la OTAN.

Recorriendo de ese modo la historia, se ve cómo en lo que va de siglo se ha ido tejendo una madeja de acciones enfiladas a la obtención de la liberación nacional y social de las naciones subyugadas. Y que en ese proceso, las vanguardias revo-

lucionarias de los distintos pueblos, y muchos pueblos, asimismo, van cobrando la conciencia de la necesidad de la alianza de los oprimidos contra los opresores; de la unidad de los pueblos contra sus verdugos.

Hasta hace unos años, la historia al uso y la noticia diaria se referían a esta o aquella gran potencia. Actualmente se habla de numerosos pueblos cuyos perfiles eran borrosos o totalmente desconocidos para la opinión pública. En el futuro la historia se escribirá de manera distinta.

La Conferencia Tricontinental es, por tanto, la culminación de un movimiento histórico que se proyecta como un alud en las presentes circunstancias.

A c e r c a m i e n t o t r i c o n t i n e n t a l

Después de la segunda guerra mundial, los imperialistas norteamericanos comprendieron en cierta medida los cambios sociales acaecidos, y trataron de afianzar su poder, primeramente en América Latina, y así, fundaron en 1948 la Organización de Estados Americanos, que tenía un mezquino antecesor desde el siglo pasado en la denominada Unión Panamericana. Aún más, en 1947 Estados Unidos concertó en Río de Janeiro con los gobiernos de América Latina, un llamado «Tratado de Asistencia Recíproca», especialmente encaminado a la «defensa del hemisferio» frente a lo que ellos denominaron «agresiones extracontinentales», y que en realidad se refería al aplastamiento de las luchas revolucionarias de los pueblos.

Mientras tanto, en Asia, como resultado de la sacudida de posguerra, se efectuaba en Nueva Delhi, en marzo de 1955, el Congreso de los Pueblos Asiáticos; y un mes más tarde, la histórica Conferencia de Bandung, que reunió a los jefes de Estados y de gobiernos de 29 naciones de Africa y de Asia, y que formuló los trascendentales y conocidos principios de Bandung.

En Africa el agrupamiento de los elementos revolucionarios y progresistas de ese continente comenzó a perfilarse en la Conferencia de Manchester de 1945, y tuvo su expresión más acabada en la Primera Conferencia de todos los Pueblos de Africa, efectuada en Ghana, en el año 1958. Indudablemente han sido alientos de consideración para el movimiento africano y para el movimiento de liberación nacional la Revolución Egipcia de 1952; la gran epopeya de la guerra patriótica que libró el pueblo de Argelia; la resistencia heroica del pueblo de

Kenia; el surgimiento de las repúblicas de Ghana y Guinea; la lucha armada en las colonias portuguesas de Guinea, Angola y Mozambique; las luchas del pueblo congolés (Leopoldville). El impulso unificador de los pueblos de Africa se expresó en la constitución por parte de los Estados más progresistas de ese continente de la Organización de la Unidad Africana en 1963.

El papel de vanguardia de los continentes de Africa y Asia en la lucha anticolonialista se materializó en la celebración de la Primera Conferencia de Solidaridad Afro-asiática que tuvo lugar en El Cairo (República Árabe Unida), de diciembre de 1957 a enero de 1958, y de esa reunión nació la Organización para la Solidaridad de los Pueblos Afro-asiáticos, que ha rendido frutos valiosos durante ocho años.

Como expresa el informe político presentado por el Comité Internacional Preparatorio de la Conferencia Tricontinental: «En América Latina, el triunfo en 1959 de la Revolución Cubana entraña un viraje esencial en el desarrollo de la lucha antimperialista, que se traduce en el fortalecimiento de los movimientos revolucionarios existentes y en la extensión y hondura de la conciencia de la lucha de masas. Puede aseverarse que a partir de ese magno suceso, la estrategia del imperialismo yanqui en esa parte del mundo está condicionada por el curso ascendente de la Revolución Cubana, que conmovió los cimientos del sistema del imperialismo yanqui en América y, destruyendo dogmas de fatalismo geográfico, reveló la nueva correlación de fuerzas en el mundo y demostró las posibilidades de lucha y triunfos revolucionarios de los pueblos en este continente, convirtiéndose en una firme base de apoyo de las luchas de los pueblos africanos, asiáticos y latinoamericanos por su autodeterminación, independencia y soberanía.

El conjunto de estos antecedentes y circunstancias determinan que el amplio y pujante movimiento de solidaridad afro-asiática tienda su mano a América Latina, y se examinen y constaten las características similares de las luchas y vicisitudes de los tres continentes, sometidos a la misma política de explotación, agresión e intervención de las potencias imperialistas y colonialistas, así como las particularidades nacidas de condiciones históricas, económicas, sociales y culturales diversas.»

En ese sentido no debemos olvidar que la Segunda Declaración de La Habana expresa: «¿Qué es la historia de Cuba sino la historia de América Latina?» «¿Qué es la historia de América Latina sino la historia de Asia, Africa y Oceanía?» «¿Qué es la

historia de estos pueblos sino la historia de la explotación más despiadada y cruel del imperialismo en el mundo entero?»

Fue en la cuarta sesión del Consejo de Solidaridad de los Pueblos Afro-asiáticos, celebrada en Bandung, en abril de 1961, donde por primera vez se planteó la idea de organizar la Conferencia de Solidaridad de los Tres Continentes. Abril de 1961 fue el mes y año en el que se produjo la agresión imperialista de Playa Girón, aquella victoria histórica del pueblo cubano sobre el imperialismo yanqui. A la mencionada reunión de Bandung asistió un observador cubano. En diciembre de ese mismo año, el Comité Ejecutivo de la Organización de la Solidaridad de los Pueblos Afroasiáticos, reunido en Gaza (Palestina), aprobó una resolución llamando a preparar la convocatoria de una conferencia de los pueblos afroasiáticos y latinoamericanos. Más adelante, durante la celebración de la Tercera Conferencia por la Solidaridad de los Pueblos Afro-asiáticos, efectuada en Moshi (Tanzania), en 1963, y a la cual asistió como observador un delegado de Cuba, fue formulada la invitación del Primer Ministro del Gobierno Revolucionario de Cuba, Comandante Fidel Castro, en la cual se ofrecía a La Habana como sede de la Primera Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de Asia, Africa y América Latina. Allí se constituyó el Comité Preparatorio de la Conferencia, que debía estar integrado por 18 miembros de los siguientes países: Argelia, Guinea, Marruecos, República Árabe Unida, Tanzania, Africa del Sur, República Popular China, India, Indonesia, Japón, Unión Soviética y Vietnam. En la Cuarta Conferencia de Solidaridad Afro-asiática, que se efectuó en Winneba (Ghana), en 1965, fue elegida Ghana en sustitución de Marruecos, ya que al movimiento revolucionario de ese país se le asignó la Presidencia del Comité Preparatorio, en la meritoria personalidad política de El Mahdi Ben Barka.

Posteriormente, en la sexta reunión del Consejo de Solidaridad Afro-asiático, celebrada en Argel, se decidió convocar a los 12 miembros africanos y asiáticos para la constitución ulterior del Comité Preparatorio. En abril de 1964, en El Cairo, se efectuó esa reunión y se aceptaron los siguientes países de América Latina como miembros del Comité Preparatorio: México, Venezuela, Guatemala, Chile, Uruguay y Cuba. Y finalmente, en la Conferencia de Winneba se decidió definitivamente celebrar la I Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de Asia, Africa y América Latina, en La Habana, a principios de enero de 1966, para que coincidiera con el séptimo aniversario de la Revolución Cubana.

Y esa I Conferencia tuvo lugar desde el lunes 3 de enero hasta la mañana del sábado 15 de enero de 1966. Su reunión de clausura tuvo lugar en la noche del sábado 15 y las palabras finales estuvieron a cargo del Comandante Fidel Castro, Primer Ministro del Gobierno Revolucionario de Cuba.

La Conferencia Tricontinental, después de sus sesiones plenarios iniciales, constituyó las siguientes comisiones de trabajo: *Comisión Política*, la que se desglosó en una Comisión Política de carácter general y tres subcomisiones: de *Asuntos Caudentes, sobre Vietnam y sobre el Colonialismo y Neocolonialismo*; *Comisión de Organización*; *Comisión Económica*; *Comisión Social Cultural*.

La Comisión Política

La *Comisión Política* fue la comisión que más asistencia atrajo de todas las constituidas. Casi todos los países estuvieron representados permanentemente en ella.

La *Comisión Política que trató asuntos de carácter general*, no comprendidos en las subcomisiones, aprobó resoluciones detalladas sobre el apoyo a la Revolución Cubana; en condena-ción de las fuerzas «interamericanas de paz», de la OEA, del acuerdo adoptado por la Cámara de Representantes de los Estados Unidos; de denuncia del imperialismo germanoocciden-tal y de los pactos y bases militares; sobre la semana interna-cional de solidaridad; sobre el caso Ben Barka; sobre los de-rechos humanos de los negros norteamericanos; sobre la lucha revolucionaria de los pueblos de Colombia, Venezuela y Perú y sobre otros problemas específicos.

La subcomisión de *Asuntos Caudentes* aprobó resoluciones sobre la República Dominicana, el Congo (L), Angola, Guate-mala, Africa del Sur, Zimbabwe (Rhodesia del Sur), Corea, Cam-bodia, Chipre, Laos, Perú, Guinea «Portuguesa» e Islas de Cabo Verde, Palestina, Mozambique, Sur del Yemen. En todas ellas se enfoca la situación de los países mencionados con la explicación de sus cuestiones más características.

La subcomisión *sobre Colonialismo y Neocolonialismo* acordó una resolución general sobre colonialismo y neocolonialismo y resoluciones sobre Guadalupe y Brasil.

La subcomisión *sobre Vietnam* aprobó resoluciones sobre Vietnam, una resolución general sobre el Comité Tricontinental de Apoyo a Vietnam y una resolución sobre el Fondo Interna-cional de Ayuda a Vietnam.

La Resolución Política General es un reflejo de las múltiples resoluciones aprobadas por la Comisión Política y sus subcomi-siones, y constituye un valioso documento de orientación polí-tica con respecto a las cuestiones más palpitantes de la reali-dad internacional. La Resolución Política General, después de explicar los motivos de solidaridad y de intercambio de expe-riencias que han motivado la I Conferencia de los tres conti-nentes y de subrayar hechos victoriosos de la lucha de los pueblos, como la batida al imperialismo yanqui en Vietnam, el triunfo de Argelia y el fortalecimiento de la Revolución Cubana, destaca los hechos históricos del último medio siglo que más han influido en el desarrollo del movimiento liberador, de la siguiente manera: «La Gran Revolución Socialista de Octubre; el triunfo de la Revolución China; la formación del sistema so-cialista mundial; las gloriosas victorias contra la dominación colonial en Africa y Asia y el triunfo de la Revolución Cubana en el Continente americano son hechos que han creado nuevas condiciones y circunstancias propicias para la lucha liberadora de los pueblos.»

La Resolución, aunque exponiendo que no todos los pueblos se encuentran al mismo nivel en su lucha por la liberación, afirma la existencia de condiciones objetivas en los tres conti-nentes para el desenvolvimiento de la lucha revolucionaria, y que frente a la represión violenta de los imperialistas que tiene lugar en numerosos países, los pueblos de los tres continentes tienen el derecho de responder con la violencia revolucionaria, tanto en lo que se refiere a la conquista de la independencia nacional como al logro de la liberación, y señala que los pue-blos «deben recurrir a todas las formas más enérgicas, entre las cuales la lucha armada es una de las formas superiores para obtener la victoria final». El papel de las vanguardias revolu-cionarias antimperialistas es destacada en la misma como el de aquellos grupos políticos que tienen la ineludible respon-sabilidad de liderar la Revolución, ya que no sólo el prestigio de esas vanguardias está en juego, «sino la propia razón de existir» de las mismas.

La Resolución denuncia el grandísimo cinismo de los impe-rialistas, que acusan a los pueblos de que su lucha por la libe-ración es el resultado de factores e influencias exteriores, tal como sucede en Vietnam, Santo Domingo, Colombia, Chipre y otros lugares; así como el pretendido derecho de la Cámara

de Representantes norteamericana que ha aprobado la intervención de Estados Unidos en cualquier país de América Latina que les venga en ganas a los imperialistas. Por otra parte, allí se proclama que los países progresistas y los movimientos revolucionarios darán ayuda consecuente e incondicional a los pueblos en su lucha de liberación, o que sufran la agresión imperialista.

La Resolución condena el hecho de que las Naciones Unidas hayan sido utilizadas por el imperialismo yanqui, en muchas ocasiones, «como instrumento de su política agresiva», «como en el Congo, Corea y Santo Domingo».

La Resolución en diversos párrafos destaca puntos tales como la importancia particular que tiene el desarrollo de la solidaridad con los pueblos latinoamericanos que luchan por medio de las armas, ya que cada golpe que se le dé a los Estados Unidos en América Latina «influye decisivamente en el debilitamiento del imperialismo norteamericano»; la existencia del colonialismo colectivo en África del Sur; y el vigoroso apoyo a la lucha sin par del pueblo vietnamita, que tanto representa para el movimiento revolucionario en el mundo.

La Resolución Política General, después de presentar al imperialismo yanqui como la cabeza de la reacción mundial, define al imperialismo germanooccidental como su aliado más importante, y proclama, finalmente, «la necesidad de estrechar las relaciones de cooperación con los países del sistema socialista, la clase obrera y demás organizaciones revolucionarias y progresistas de los pueblos de Europa y de América del Norte».

RESOLUCION SOBRE COLONIALISMO Y NEOCOLONIALISMO

La Resolución sobre colonialismo y neocolonialismo tiene verdadera trascendencia para la definición de estos fenómenos en la actualidad y para la localización de los focos más importantes de perturbación del progreso social y de más honda polarización de la lucha revolucionaria. Después de afirmar que vivimos en la época del derrumbe del sistema colonialista del imperialismo, en la época del despertar y del renacimiento de los países de África, Asia y América Latina, define que: «el imperialismo es el resultado del dominio en los países capitalistas desarrollados de los cárteles, trusts y consorcios financieros, que tienen como fin principal y último la obtención de

la máxima ganancia, una de cuyas fuentes más importantes es el saqueo y la explotación de las colonias y de los países neocoloniales».

Aquí se señala cómo las primeras víctimas de la política neocolonialista, fueron los países latinoamericanos que, en su mayor parte, obtuvieron la independencia política en el siglo pasado y que, fueron, posteriormente, víctimas de la penetración del imperialismo británico, y del francés en menor escala, para pasar luego al dominio predominante del imperialismo norteamericano; y como, en África y Asia, después de la independencia de una serie de países, los imperialistas británicos y franceses realizan acciones similares.

El imperialismo se alía y apoya para su dominación en las viejas clases dominantes burguesas y latifundistas, y crea todo un aparato de poder en el que el terror se combina con la corrupción y las dádivas. Las diferencias religiosas, culturales, raciales e ideológicas de las masas oprimidas son utilizadas para exacerbar la división en el seno de los pueblos.

La brutalidad desnuda del viejo colonialismo ha sido sustituida en numerosos países por medios sutiles, por nuevas formas de dominación colonial, es decir, por un colonialismo de nuevo tipo o neocolonialismo.

La Resolución sobre colonialismo y neocolonialismo indica algunos rasgos capitales del neocolonialismo:

— El surgimiento del *colonialismo colectivo*, o sea, la acción coordinada de varios imperialismos contra el movimiento de liberación de los pueblos, tales como en el Congo, y anteriormente en Argelia, y la «explotación conjunta de las riquezas naturales de los países asiáticos y africanos por los monopolios norteamericanos, británicos, franceses, germanooccidentales y japoneses».

Y, en ese marco, la *utilización de las alianzas militares* para aplastar los movimientos revolucionarios, como la OTAN en el caso de Argelia y de las colonias portuguesas; la OTASO, en Laos y Vietnam. Asimismo, se dice, los imperialistas yanquis han logrado utilizar la ONU para fines neocolonialistas, como en el Congo y Corea. Los imperialistas, «ante el avance del movimiento liberador, se apresian a la defensa de sus intereses comunes de clases».

La Resolución trae el ejemplo de colonialismo colectivo que representa el Mercado Común Europeo, que se asemeja a lo hecho en América Latina por los Estados Unidos, por el uso de un sistema preferencial en el comercio, en el que los integran-

tes del MCE «aseguran ventajas arancelarias para los productos industriales que exportan a dichos países africanos, así como ventajas para la inversión de sus capitales. Los principales beneficiarios de esa política son los imperialistas franceses y germanooccidentales».

— Cada vez se hace mayor la *participación de los Estados imperialistas en las inversiones* en África, Asia y América Latina, principalmente bajo la forma de «ayuda», lo que constituye «una nueva forma de exportación de capitales». Esa «ayuda» está destinada a fortalecer las posiciones de los monopolios y, generalmente, se presenta como préstamo, que conlleva altas tasas de intereses. Mediante un préstamo tal se obliga al Estado que lo recibe a comprar bienes a los monopolios del país prestamista, que vende los objetos de comercio a precios muchas veces exorbitantes.

— La utilización de los *organismos crediticios internacionales* es parte de la política de expansión de los imperialistas, y muy especialmente de los imperialistas norteamericanos, puesto que los Estados Unidos controlan esas instituciones. *El Fondo Monetario Internacional*, el *Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento*, el *Banco Interamericano de Desarrollo* y otros prestan servicios a la política imperialista. La sutileza en este caso radica en que los Estados Unidos pueden imponer condiciones y no aparecer haciendo esas funciones. Los créditos se conceden para la construcción de obras que son de importancia para la política del imperialismo y no para necesidades básicas del país. Un ejemplo muy notable, entre otros, se refiere a lo sucedido con respecto a la represa de Asuán, en la República Árabe Unida. En América Latina son bien conocidos los llamados «planes de estabilización» impuestos por el Fondo Monetario Internacional.

La Resolución convoca el apoyo militante para las luchas de los pueblos en tres direcciones:

— Con respecto a los pueblos que combaten por lograr su liberación de la opresión colonial, tales como: Angola, Mozambique y Guinea llamada Portuguesa; de San Tomé, Príncipe y las colonias españolas; de Aden y Oman en Arabia del Sur; de Kalimantan y Malaya (incluyendo Singapur); de Puerto Rico; de la Guayana Británica; de Guadalupe.

— Orientando la solidaridad activa y dinámica con los países que sufren la agresión de los imperialistas; en este sentido el punto crucial de atención es Vietnam, «que es el centro de la lucha actual contra el imperialismo norteamericano». La solida-

ridad debe extenderse a Laos y Cambodia; a Cuba; a la República Dominicana; a la República Democrática Popular de Corea; al Congo (Brazzaville); Ghana, Guinea, Malí y Tanzania.

— Apoyando las luchas de liberación nacional, especialmente en aquellos países donde se libra una lucha armada como en Venezuela, Colombia, Guatemala, Perú, Oman, Congo (L).

La Resolución proclama que ante la violencia armada del imperialismo, «es un derecho y un deber de los pueblos agredidos emplear la violencia revolucionaria». Y afirma que los países de los tres continentes deben «dar todo su apoyo moral, así como la ayuda material, política y diplomática a los movimientos revolucionarios en lucha armada y política». Por otra parte, denuncia la creciente política de los golpes de Estado reaccionarios en América Latina, África y Asia, de lo cual hay numerosos ejemplos. Finalmente, de manera rotunda, declara que: «el colonialismo y el neocolonialismo constituyen el cáncer más grande de la humanidad contemporánea».

SOBRE VIETNAM

La subcomisión sobre Vietnam aprobó una resolución sobre este tema, en la que destaca el inmenso heroísmo, la inquebrantable voluntad de vencer y los éxitos impresionantes del pueblo vietnamita, que se enfrenta al poderío yanqui, y expresa que la Conferencia «ha prestado particular atención al problema de Vietnam, problema central de la Conferencia», y que: «la conciencia humana se encuentra profundamente asqueada y violentamente indignada ante los crímenes bárbaros de genocidio de los agresores norteamericanos».

La Resolución denuncia las hipócritas maniobras de los Estados Unidos en su término de «ofensiva de paz», «voluntad de paz» y «negociaciones sin condiciones», y exige el estricto cumplimiento de los acuerdos de Ginebra de 1954, así como, apoya la declaración del 5 de enero de 1966 de la República Democrática de Vietnam, y la declaración del 6 de enero de 1966 del Comité Central del Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur, así como los cinco puntos contenidos en la declaración del 22 de marzo de 1965 del Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur, y los cuatro puntos expresados en la declaración del 8 de abril de 1965 del Gobierno de la República Democrática de Vietnam; y expone que: «La Conferencia considera que estos son la sola y única plataforma justa, para la solución del problema de Vietnam.» Un punto decisivo.

en esa dirección es la retirada inmediata de Vietnam del Sur de todas las tropas norteamericanas y de los países satélites.

Igualmente, se decidió crear el *Comité Tricontinental de Apoyo al pueblo de Vietnam*, que tiene como objetivo fundamental «movilizar, organizar, coordinar e intensificar los movimientos de solidaridad, de apoyo y de ayuda al pueblo vietnamita en todos los aspectos, moral-político, material y económico, incluyendo la ayuda con voluntarios y armas en el marco de cada país, de cada continente y tricontinental». La sede de este comité se encuentra en la Habana.

La Comisión Política de la Conferencia decidió tratar la proposición presentada por la delegación de la Unión Soviética sobre la constitución de un «*Fondo Internacional de Ayuda al Vietnam*» anexo al antes mencionado Comité Tricontinental, para que se estudie el lado operativo de éste.

SOBRE LA COEXISTENCIA PACÍFICA

La Comisión Política aprobó, de igual modo, otras resoluciones que tienen gran importancia, entre ellas una nítida definición de la coexistencia pacífica.

La resolución sobre la coexistencia pacífica expresa que ésta «se refiere exclusivamente a las relaciones entre Estados de diferentes regímenes sociales y políticos», eliminando toda duda sobre la coexistencia entre clases sociales explotadas y explotadoras y sobre la coexistencia de pueblos oprimidos por el imperialismo con sus opresores. Del mismo modo proclama el derecho a la revolución social de los pueblos y el respeto a los principios de autodeterminación de las naciones, y afirma que: «cuando los Estados democráticos y progresistas le brindan su ayuda más decidida a los pueblos agredidos, están salvaguardando la vigencia del principio de coexistencia pacífica».

Esta definición teórica del principio de la coexistencia pacífica tiene una enorme importancia para precisar el alcance político de este término tan traído y llevado, y que ha servido de refugio para desviaciones ideológicas en el campo del movimiento revolucionario al concedérsele un contenido, por parte de elementos reformistas, de quietud, de status quo, de establecimiento de nuevas esferas de influencia, de, en fin, paralización de la voluntad liberadora de los pueblos y de sus vanguardias revolucionarias.

La Comisión Política acordó un *Mensaje a la clase obrera y a los movimientos populares de Europa y América del Norte*, en el que se destaca la lucha de la clase obrera en los países capitalistas desarrollados por sus derechos y a la que invita a estrechar los lazos de solidaridad con los pueblos y movimientos de liberación de África, Asia y América Latina con el lema de que «nuestra lucha es una sola y el enemigo es el mismo», y de que la liberación en estos continentes «acelerará la emancipación de los sectores oprimidos en los países capitalistas». Asimismo, decidió enviar un mensaje de saludo y aliento al pueblo de los Estados Unidos en el que se afirma que: «es indudable que la guerra de Vietnam está contribuyendo a despertar las conciencias»; y en que exhorta a la población norteamericana a intensificar la lucha contra la guerra de agresión al pueblo vietnamita, por los derechos civiles de la población negra, y a estimular las «acciones concretas en este sentido».

Comisión Económica

La *Resolución General* aprobada por la Comisión Económica representa indiscutiblemente un resumen de posiciones comunes para los pueblos que han logrado la independencia y para los pueblos que luchan por su liberación nacional y social y contra el neocolonialismo. En los considerandos de la resolución se explica cómo el progreso técnico no ha llegado a gran número de países de los tres continentes; cómo en muchas partes en la agricultura y en otras ramas de la producción se trabaja con escasa productividad, debido al atraso técnico; cómo se requiere un aporte superior de fuerzas de trabajo calificadas; cómo se ceba el imperialismo en los países subdesarrollados, estableciendo una economía de monoproducción de artículos no manufacturados; y cómo los imperialistas han utilizado los préstamos en calidad de instrumentos de penetración económica y de subordinación política. La resolución establece que es preciso destruir las viejas estructuras feudales y semif feudales; realizar una verdadera Reforma Agraria, que liquide las viejas estructuras feudales y semif feudales y fomente el desarrollo de la agricultura y la ampliación del mercado interno, así como la capacidad de exportación del país dado.

La resolución proclama la adhesión de la Conferencia «a los principios de la eliminación de la explotación del hombre por el hombre, a través del desarrollo no capitalista y su culminación».

ción en el socialismo, de acuerdo con las condiciones concretas de cada país», y más adelante se refiere a cuestiones programáticas generales del desarrollo, como son: «a) el control racional de los recursos naturales básicos, b) la nacionalización de la banca y de las empresas vitales para la economía nacional, c) el control estatal sobre el comercio exterior y los cambios, y d) el crecimiento del sector público», que se constituyen entre las más vitales de la lucha anticolonialista y en factores decisivos para el desarrollo económico.

En otra disposición, la resolución proclama que los países liberados «deben desarrollar sus economías nacionales basándose en sus propias fuerzas», y con la «utilización eficiente y racional de la ayuda del campo socialista y de los países anticolonialistas más desarrollados». Por otra parte, igualmente señala el papel de la planificación económica como indispensable para ofrecer un cuadro armónico del desarrollo.

En un punto que tiene enorme significación hoy en día, la resolución expresa: «la necesidad de poner fin a la fluctuación constante de los precios de los productos básicos y de fijar, de forma equitativa, esos precios, de tal manera que estén racionalmente relacionados con los precios de los productos industriales». En este sentido debemos recordar que esta cuestión se refiere, en cierta medida, a lo que ha venido a llamarse actualmente «el deterioro de los términos de intercambio», o séase, la venta de materia prima o semielaborada a precios bajos a los países desarrollados a cambio de productos de la industria de esos países que tienen precios altos. No es necesario decir que los máximos exponentes de esta política comercial internacional son los imperialistas, particularmente los imperialistas de Estados Unidos. Y es por esto que la comisión se manifestó por un comercio internacional basado «en precios justos y acuerdos a largo plazo», o lo que es lo mismo, *un trato justo* en las relaciones entre países de mayor y menor desarrollo, así como por el establecimiento de medidas preferenciales generalizadas y no recíprocas, en favor de los países subdesarrollados sin excepción.

La resolución reitera un concepto político que tiene trascendencia económica, y que está presente en muchos documentos de la Conferencia, y es el que se refiere a que es necesario allegar a los movimientos «de los países que luchan con las armas en la mano ayuda económica, financiera y material, de todo tipo, inclusive armas y municiones, para libertar a su país y consolidar la paz del mundo».

La Comisión Social Cultural abordó cuestiones relativas a los países que luchan por su liberación y a los países liberados. Aprobó una resolución general y ocho resoluciones específicas que se encuentran resumidas en la mencionada resolución general. La introducción de la resolución general enfoca, fundamentalmente, la acción de la lucha por la liberación en los países subyugados, y se refiere a los logros culturales de pueblos antiguos, como los de Egipto, la India, China, Japón, Vietnam, Cambodia, Indonesia; los de Zimbabwe, Benin, Congo, Malí y Ghana en Africa Negra; los de Africa del Norte y del mundo árabe, que han dejado importantes huellas en la cultura universal. Asimismo, se refiere a las culturas precolombinas: azteca, maya, de los incas. Con respecto a aquellas milenarias culturas afirma: «la acción colonial, en su brutalidad mercantilista, privó a estas diferentes culturas de toda posibilidad de desarrollo y renacimiento».

La Resolución general destaca la explotación feroz, la miseria, el hambre, la discriminación racial de que han sido víctimas los pueblos de los tres continentes, y expresa que: «la misma lucha armada es un hecho cultural que moviliza, a través de una praxis heroica, los recursos seculares, las fuerzas emocionales, las impaciencias y las aspiraciones de cada pueblo asiático, africano y latinoamericano, dándole pleno acceso a la fecundidad cultural perdida».

La resolución más general de esta Comisión es la que trata sobre la penetración cultural e ideológica del imperialismo. En ella se denuncia cómo el imperialismo trata de corromper la conciencia nacional de los pueblos mediante la implantación de su decadente cultura. En especial, revela los manejos del imperialismo yanqui a través de sus torrentes de propaganda impresa, radial, cinematográfica, y el uso por parte de éste de los llamados «centros culturales» y de la política de «intercambio cultural y cooperación». Los llamados «cuerpos de paz», grupos yanquis de elementos al servicio de la CIA que se hacen pasar por «técnicos», «sociólogos», etc. y que, bajo ese disfraz, penetran en muchos países, fueron duramente condenados.

La Comisión recomendó librar una batalla inmediata para expulsar los elementos de la cultura imperialista del seno, tanto de los pueblos que luchan por su liberación, como de aquellos pueblos liberados o con independencia estatal que ven penetrar la influencia cultural de los imperialistas como un arma poderosa del neocolonialismo.

La Comisión aprobó también resoluciones particulares sobre la revolución cultural en los países, liberados del yugo imperialista; sobre la revolución científico-técnica, y sobre la formación de cuadros nacionales, cuestiones íntimamente vinculadas entre sí.

Sobre la revolución cultural, la resolución recomienda estudiar los puntos esenciales de ella y que se refieren: «a) eliminación del analfabetismo y elevación del nivel de instrucción general de la población; b) impulso a la enseñanza científico-técnica de carácter secundario y superior; c) fomento de las artes y la literatura; d) estímulo a las actividades escolares y no escolares de educación física y deportes; e) organización de la instrucción política revolucionaria de la población de la nueva sociedad liberada y, especialmente, de la clase obrera y de los campesinos.»

Con respecto a la *revolución científico-técnica* se afirma: «no puede consolidarse la revolución social si no se realiza la revolución técnica y si no se pasa a un estadio superior del desarrollo económico».

La revolución científico-técnica es una condición sine qua non del desarrollo económico y la Comisión la estimo desde el ángulo educacional, o sea, el lado formativo de cuadros técnicos. La resolución sobre la *formación de cuadros nacionales* vertió su atención sobre la formación de los cuadros de índole económico-administrativa; técnico-científica de la agricultura y de la industria; científicos superiores; investigadores; docentes; culturales, y políticos.

La Comisión aprobó, igualmente, una resolución *sobre el patrimonio cultural y científico*, en la que se explica cómo los pueblos de Africa, Asia y América Latina «han pagado con creces su cuota de contribución a los logros científico-técnicos de las metrópolis imperialistas», y cómo las propias necesidades del desarrollo exigen promulgar el derecho al libre uso de esas conquistas del pensamiento y de la ciencia. La resolución establece «la abolición de todos los derechos de autor que benefician a los organismos mercantiles monopolistas», aunque reserva la posibilidad de compensar a aquellos autores que dan su obra al progreso de la humanidad. Esta resolución es altamente revolucionaria y tiende a poner a disposición de la humanidad el acervo científico-técnico de los países imperialistas, poseedores de gran desarrollo técnico e industrial.

La Comisión aprobó, del mismo modo, resoluciones *sobre la seguridad social, sobre la salud pública y sobre la educación*

física, los deportes y la recreación, que contienen los principios científicos y revolucionarios en estos dominios que harían llegar a las grandes masas populares los beneficios de estas imprescindibles actividades del poder público. Estas resoluciones plantean muy certeramente el bienestar, la prevención de enfermedades, la protección de la vida del trabajador y su familia.

Este grupo de resoluciones, ciertamente, se refieren a los países liberados, revolucionarios, pero estimamos que por comprender mucho del contenido de cualquier revolución social de nuestros tiempos es, asimismo, un programa y un acicate valiosísimos para los movimientos revolucionarios que combaten por la libertad o por encauzar la política de los países recientemente independizados que se debaten entre el bloqueo imperialista y la penetración económico-social del neocolonialismo. Estas resoluciones recogen principios realizables, experiencias nacionales de los pueblos liberados y nuevas ideas en desarrollo, en una forma sistematizada y capaz de inspirar, por la nobleza de sus orientaciones y la claridad y justeza de sus exposiciones, a los revolucionarios y patriotas que quieren un futuro luminoso para sus pueblos.

La Comisión también aprobó mociones *sobre la cooperación cultural tricontinental*, en la que se detallan métodos encaminados a establecer el nexo cultural entre los pueblos. Asimismo, aprobó recomendaciones *sobre la coordinación de las actividades de los organismos sociales de los tres continentes*, en los que se expresan el apoyo al «IX Festival de la Juventud y de los Estudiantes por la Solidaridad, la Paz y la Amistad»; y el estímulo a las relaciones con la Federación Democrática Internacional de Mujeres y con la Federación Sindical Mundial; así como métodos de solidaridad con pueblos como los de Africa del Sur y Zimbawbe.

Comisión de Organización

La Comisión de Organización aprobó una sola resolución que tiene un gran significado, puesto que ella expresa la conclusión más importante de la Conferencia, a saber, el organismo tricontinental. En ella se establece la constitución de la Organización de la Solidaridad de los Pueblos de Asia, Africa y América Latina (OSPAAA) que tiene como objetivos «unir, coordinar e impulsar la lucha de los pueblos de Africa, Asia y América Latina contra el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo, encabezado por el imperialismo norteamericano», así como

prestar ayuda efectiva a los movimientos de liberación nacional y a los pueblos liberados de los tres continentes. La OSPAAA deberá aplicar los acuerdos y métodos adoptados en la Conferencia.

La Resolución establece que la OSPAAA tendrá un Secretariado Ejecutivo, integrado por un secretario general y 12 secretarios, cuatro por cada continente, y que su sede temporal será la ciudad de La Habana. Este Secretariado Ejecutivo pondrá en práctica las decisiones de la Conferencia y preparará la II Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de Asia, Africa y América Latina, que tendrá lugar en 1968 en la ciudad de El Cairo (República Árabe Unida), la cual Conferencia determinará la sede definitiva de la Organización. El Secretariado Ejecutivo, igualmente, supervisará el funcionamiento del Comité de Asistencia y Ayuda a los movimientos de liberación nacional.

Al corresponderle a Cuba el gran honor de elegir el secretario general, el Buró Político del Partido Comunista de Cuba designó al Capitán Osmany Cienfuegos; presidente de su Comisión de Relaciones Exteriores y miembro de su Comité Central, para ocupar el cargo mencionado.

La resolución también se refiere a la creación del Comité de Asistencia y Ayuda a los movimientos de liberación nacional y de lucha contra el neocolonialismo. Este Comité está constituido por 12 miembros, entre ellos un presidente, un vicepresidente y un secretario. Sus objetivos son los de promover la solidaridad activa y «aplicar los métodos y emplear los medios que sean necesarios para dar efectiva vigencia y eficaz práctica a los objetivos fundamentales de la organización, especialmente los que proponga la lucha armada como legítima defensa contra la violencia imperialista».

Organización Latinoamericana de Solidaridad

Aunque la creación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) no es una actividad referida a la Conferencia Tricontinental, es algo tan íntimamente vinculado a aquélla, que puede bien considerarse como una derivación del espíritu y los acuerdos de la Conferencia Tricontinental. Una vez terminada la Conferencia, todos los integrantes de las 27 delegaciones latinoamericanas celebraron el domingo 16 de enero una reunión a la que asistió el Primer Ministro de Cuba, Fidel Castro,

y los miembros del Buró Político del Partido Comunista de Cuba, y decidieron unánimemente constituir la OLAS con sede en La Habana. Este organismo continental celebrará en 1967 la I Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de la América Latina. En dicha reunión, presidida por el Comandante Pedro Medina Silva, del Frente de Liberación Nacional de Venezuela, vicepresidente por la América Latina de la Conferencia Tricontinental, se constituyó el *Comité Organizador*. Quedó integrado por los movimientos revolucionarios de Brasil, Cuba, Colombia, Guayana Británica, Guatemala, Méjico, Perú, Uruguay y Venezuela, y tendrá la tarea de orientar los trabajos de la nueva organización en estrecha cooperación con los Comités Nacionales de cada país. Los Comités Nacionales de cada país deben estar integrados por los sectores antilimperialistas más activos y de real respaldo popular. La OLAS —como expresa el comunicado que se dio a conocer después de su constitución— vinculará su acción y la de los organismos que en ella participan a las actividades de la Organización Tricontinental.

La creación de la OLAS responde a una muy sentida aspiración de los pueblos de América Latina; a la necesidad de unificar las tácticas y estrategia revolucionarias en la parte del mundo donde el imperialismo yanqui es más sensible y, por lo tanto, capaz de desarrollar la más alta agresividad para impedir las luchas liberadoras.

La Declaración General de la Conferencia

La Declaración General de la Conferencia es el documento más importante de la misma, y en ella hallan expresión sintética las cuestiones más esenciales formuladas en el conjunto voluminoso de resoluciones de la Conferencia Tricontinental y que fue como la definiera el Comandante Fidel Castro en el discurso de clausura de la Conferencia: «la más profunda, la más amplia y la más radical de cuantas se han elaborado y acordado en una Conferencia de esta índole».

La Declaración General de la Conferencia afirma que: «los pueblos que han logrado abolir la opresión y la explotación del hombre por el hombre instaurando el socialismo constituyen, por su ejemplo y por su ayuda, un impulso valioso en la lucha de los pueblos oprimidos por el imperialismo». No es posible dudar de la voluntad progresista de la amplísima representa-

ción de la fuerza revolucionaria de los tres continentes que aprobaron esta categórica afirmación.

Otra idea capital de la Declaración General expresa que: «en la medida en que avance el movimiento de liberación de los pueblos de Asia, Africa y América Latina, la clase obrera y los sectores progresistas de las naciones capitalistas podrán ayudar de una manera más efectiva y directa a ese movimiento». Esta expresión está calzada por las pruebas que aporta la movilización cívica del pueblo norteamericano, que refleja en sentido creciente la protesta contra la guerra que libran los Estados Unidos en Vietnam. La lucha de los pueblos de Asia, Africa y América Latina por la liberación constituye un motor del desarrollo de la conciencia y, por tanto, de la realización de acciones progresistas y revolucionarias en los países capitalistas desarrollados de Europa y en los Estados Unidos. El crecimiento de la ola revolucionaria en los países capitalistas desarrollados, a su vez, contribuirá al avance de las posiciones en favor de la liberación nacional en todo el mundo.

La Declaración General es un documento a estudiar y recoge, como dijimos, las más importantes cuestiones debatidas en las comisiones de trabajo.

La Declaración expone, una vez más, rotundamente: «el derecho de los pueblos a oponer a la violencia imperialista la violencia revolucionaria» y el combate fundamental contra el imperialismo yanqui, cabeza del imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo mundiales. La Declaración exhorta al mantenimiento de un esfuerzo coordinado, tal como se logró en la Conferencia, para la realización de las proyecciones fundamentales de la misma.

La Declaración General de la I Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de Asia, Africa y América Latina termina con un párrafo inspirador, tomado directamente de la II Declaración de la Habana: «Esta gran humanidad ha dicho basta y ha echado a andar, y su marcha de gigante no se detendrá jamás hasta conquistar su definitiva liberación.»

Conclusiones

El Comandante Fidel Castro, en su discurso de clausura de la Conferencia, expuso que: «frente a todos los augurios del imperialismo, frente a todos sus pronósticos, que revelaban la gran esperanza de que esta Conferencia concluyera en nada, de que

esta Conferencia, girando alrededor de los problemas del movimiento comunista internacional, estaba llamada a dividirse y estaba llamada a un rotundo fracaso, ha ocurrido lo que tal vez menos o quizás nunca esperaron: que la Conferencia haya sido un éxito, que en esta Conferencia se haya creado un organismo de carácter tricontinental, que haya arribado a acuerdos que recogen las aspiraciones más sentidas de los pueblos que luchan por su liberación, que se haya creado un Comité de Ayuda a los movimientos de liberación. Y no sólo eso: algo que incuestionablemente duele mucho a los imperialistas, y es que Cuba haya sido escogida como sede del Secretariado Ejecutivo de la Organización hasta tanto se celebre la próxima Conferencia Tricontinental».

Es incuestionable el clamoroso triunfo de las más grandes aspiraciones de *unidad combativa* de los movimientos revolucionarios de los tres continentes, que cuajaron en los documentos, las resoluciones y en las consecuencias prácticas inmediatas de la Conferencia Tricontinental.

La Conferencia demostró que es posible lograr *la unidad de las fuerzas revolucionarias* alrededor de una serie de objetivos fundamentales que se resumen en los propósitos revolucionarios de la liberación nacional y social de los pueblos de los tres continentes.

La decisión unitaria de los movimientos revolucionarios en su lucha liberadora halló comunidad de criterios en la apreciación unánime de que es *el imperialismo yanqui el enemigo más brutal y feroz de los pueblos*, el baluarte reaccionario a derrotar como garantía del avance liberador y del progreso social de la humanidad.

La Conferencia Tricontinental lleva implícita en sus resultados la reafirmación del principio de autodeterminación de los países y de soberanía nacional y, por consiguiente, *el derecho de los pueblos a realizar los cambios revolucionarios que estimen convenientes*, sin intervención extranjera. Los lemas de independencia y de autodeterminación nacionales son pilares poderosos del movimiento revolucionario tricontinental.

La Conferencia Tricontinental definió líneas muy concretas, tanto en lo referente al *contenido político, económico y social-cultural* de la Revolución —o lo que es igual, el aspecto programático de la misma— como a la *combatividad, a los métodos y acciones* de los pueblos para conquistar, en lucha sin cuartel, su libertad, específicamente mediante el uso de las armas.

La línea trazada por la II Declaración de la Habana —aprobada el 4 de febrero de 1962— encontró su vínculo y continuidad históricos en las reiteradas afirmaciones de la Conferencia *en favor de la lucha armada*, que como respuesta a la violencia sangrienta, a la opresión criminal y antidemocrática de los imperialistas en numerosos países de Asia, África y América Latina, han de transitar sus pueblos.

El movimiento revolucionario tricontinental estimó la lucha del pueblo de Vietnam y la *solidaridad efectiva y práctica* con esa lucha como la *cuestión central* del combate de la humanidad progresista en nuestros días; como el nudo más decisivo que contiene efectos trascendentales para el triunfo liberador en la batalla fundamental contra el imperialismo yanqui. En Vietnam se expresa en su forma más concentrada el choque de las fuerzas del progreso y de la reacción.

La Conferencia Tricontinental refleja *una nueva etapa, superior*, del movimiento liberador de los pueblos, en la que confluyen históricamente las corrientes nacional-liberadoras y socialistas para la creación de una nueva Asia, una nueva África y una nueva América Latina, es decir, para la promoción de un nuevo mundo donde *la eliminación de la explotación del hombre por el hombre sea una realidad total*.

Este movimiento liberador será un acicate y un contribuyente estratégico —sin duda alguna— para la realización de las *revoluciones sociales* en los países capitalistas, en un proceso en el que ambos fenómenos sociales estarán íntimamente relacionados, lo que exige la acción coordinada de los revolucionarios de los tres continentes con las vanguardias de la clase obrera de los países opresores. Por otra parte, los pueblos oprimidos por el imperialismo han sellado ya su alianza de activa unión y mutua solidaridad con los países del campo socialista, los cuales pueden ofrecer un contén político, económico y militar a los imperialismos y extender, de ese modo, un brazo vigoroso de ayuda moral y material a los movimientos liberadores.

No puede hoy concebirse cosa alguna en escala internacional sin tener en cuenta, en lugar cimerio, al movimiento liberador de los tres continentes. La política de las organizaciones revolucionarias nacionales e internacionales tiene que adecuarse a la existencia de ese formidable movimiento.

* * *

A pesar del corto tiempo transcurrido desde la celebración de la Conferencia Tricontinental, ya se han alzado voces numero-

sas contra sus acuerdos, contándose como abanderados de esas posiciones a los imperialistas yanquis y a sus agentes embozados o descarados, y muy señaladamente, a su «ministerio de colonias», o sea, la OEA; a todos los reaccionarios; a los revisionistas; a los reformistas; a los agentes encubiertos de la CIA, que vociferan consignas ultraizquierdistas; a los revolucionarios arrepentidos o acobardados; a toda la gama de servidores directos e indirectos del imperialismo, que han salido a combatir las esclarecedoras ideas de la Conferencia Tricontinental. Y es que temen un hecho previsible: que las ideas revolucionarias de la Conferencia Tricontinental ya estén haciéndose realidades y que estamos en vísperas de una proliferación extraordinaria de las acciones políticas de todo tipo por parte de los pueblos, y, muy en especial, de la lucha armada, del combate frontal por la libertad.

La marcha de gigante de cientos de millones de seres humanos, hasta hace poco humillados y explotados, no se detendrá jamás!

RECOPILACION «PROCESO REVOLUCIONARIO EN AMERICA LATINA: PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS»

I. — LOS CAMINOS DEL DESARROLLO DEL PROCESO REVOLUCIONARIO EN AMÉRICA LATINA

<i>R. Arismendi.</i> Algunos aspectos actuales del proceso revolucionario en América Latina. (No. 10, 1964)	7
<i>E. Giudici.</i> El proceso revolucionario en América Latina. (No. 2, 1965) , ...	28
<i>E. Mora Valverde.</i> La situación económica de América Latina y el desarrollo de la Revolución. (No. 8, 1965)	44
<i>J. M. Fortuny.</i> ¿Se ha hecho más difícil la Revolución en América Latina? (No. 8, 1965)	61
<i>P. Motta Lima.</i> Problemas de la democracia en el proceso revolucionaria de América Latina. (No. 8, 1965)	79
Sobre la situación revolucionaria y algunos problemas de la lucha liberadora en América Latina: la experiencia guatemalteca.	
a) <i>Hugo Barrios Klee.</i> (No. 3, 1964).	98
b) <i>A. Guerra Borges.</i> (No. 3, 1964)	117

II. — SOBRE LAS FUERZAS MOTRICES DE LA REVOLUCIÓN

<i>L. Figueroa.</i> Algunos problemas del movimiento obrero en América Latina. (No. 3, 1966).	135
<i>R. Dalton.</i> Los estudiantes en la revolución latinoamericana. (No. 3, 1966).	157

III. — AMÉRICA LATINA Y EL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO

<i>E. Barrera y C. Medina.</i> De las nuevas fronteras a la política de mano dura. (No. 6, 1964)	1,
<i>A. Ferrari, J. M. Fortuny, L. Ferrerto y P. Motta Lima.</i> La Revolución Cubana y el frente antiimperialista en América Latina. (No. 1, 1965)	
<i>A. Ferrari y J. M. Fortuny.</i> El Pentágono en guerra contra el hemisferio. (No. 11, 1965)	
<i>L. Soto.</i> La primera Conferencia Tricontinental. (No. 4, 1966) .	